



María Cristina Restrepo

# Amores sin tregua

Seix Barral

---

Amores sin tregua



863  
R 4361a

030 49

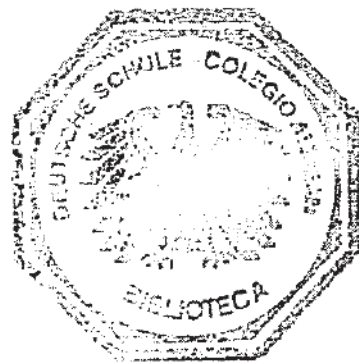
Seix Barral Biblioteca Breve



---

# María Cristina Restrepo

## Amores sin tregua





Diseño de colección: Josep Bagà Associats

Cubierta: *Marcelina Vásquez de Márquez*, óleo de Edouard Vienot, y *Batalla del río Palo*, óleo de José María Espinosa, ambas obras de la colección de pintura del Museo Nacional de Colombia.

Primera edición: enero de 2006

Segunda edición: abril de 2006

Tercera edición: mayo de 2006

- © 2006, María Cristina Restrepo
- © 2006, Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 N°. 7-60, Bogotá

ISBN: 958-42-1399-7

Impreso por Editorial Linotipia Bolívar

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

---

*El destino puede seguir dos vías para causar nuestra ruina:  
rehusarnos al cumplimiento de nuestros deseos  
o cumplirlos a plenitud.*

AMIEL



---

*A mis hijos,  
a Richard.*



---

**PRIMERA PARTE**





---

## DICIEMBRE DE 1861

La segunda noche de diciembre llegó con lluvia a la pequeña ciudad perdida entre los pliegues de la cordillera Central. El sol acababa de ocultarse detrás de los picos de las montañas cuando se desató un aguacero que hacía rodar el agua por los techos con ruido de creciente, arrullando la casa vacía.

De haberlo notado, el silencio de la vivienda de don Agustín Giraldo habría llamado la atención de los vecinos que ahora se preparaban para abrigarse en las camas de cobre, en los lechos de comino crespo, en los catres de tijera, en las duras tarimas, después de santiguarse para conjurar el peligro de los relámpagos que estallaban en el cielo como disparos de fusil. Debido al fragor de la tormenta, tampoco oyeron el paso de la mula en la cual Vicente Gómez viajaba de un lado a otro del estado de Antioquia sin tropezar, sin espantarse en el filo de los precipicios, sin resbalar en el barro de los canalones abiertos por la erosión en los caminos de herradura.

El Tungo, como lo conocía la gente por haber perdido la oreja izquierda en una pelea, se disponía a entrar a la vivienda de su patrón por la puerta del solar. No era la primera vez que lo hacía así, arropado por las tinieblas. Pero esta vez acudía para cumplir un encargo ajeno a las transacciones comerciales, al trabajo en las tierras cálidas del Cauca o en las minas de oro de Santa Rosa, al norte del estado. Su presencia tampoco tenía que ver con el paso

---

sigiloso de los contrabandistas que transportaban mercancías por el Río Grande de la Magdalena desde Mompox, en un viaje paralelo al de los géneros importados legalmente hasta el almacén de don Agustín Giraldo en la calle del Comercio. Un relámpago iluminó por un instante las facciones del rostro con la traza de los antepasados españoles que poblaron la región de El Peñol, donde había nacido treinta años antes.

Desde hacía diez ayudaba a comprar mulas para el comercio, a trasladar la mercancía que llegaba desde Jamaica hasta Medellín, a ordenar con firmeza las cuadrillas de hombres empleados por don Agustín para tumbar monte o sacar oro en las minas. El Tungo era analfabeto como la mayoría de la gente, pero la memoria compensaba ese pequeño inconveniente. Jamás olvidaba unas señas, una razón, unas cuentas por cobrar, ni mucho menos una ofensa. Su familia era conservadora, pero a él lo tenían sin cuidado las pasiones que encendía el juego de la política. Por ellas había visto correr mucha sangre, sin que el resultado fuera gran cosa.

Los cascos del animal salpicaban las tapias traseras de las casas que daban a la plaza. Pese a la oscuridad el jinete se detuvo frente a una puerta entreabierta, de un salto se apeó de la mula y con ella de cabestro caminó hasta un cobertizo, le quitó el bocado y tanteó la canoa para comprobar que tuviera agua. Después caminó bajo el alero hasta la cocina, donde una olla borboteaba sobre la lumbre de carbón. El Tungo se sentó a esperar en una de las tres sillas de vaqueta arrimadas a la mesa en un rincón.

Pasado un rato creyó oír rumor de voces en el piso de arriba, tal vez un gemido sofocado por las alfombras enrolladas frente a la puerta de la última habitación para mantener en secreto lo que ocurría a esas horas. Una gata saltó desde el poyo asustando al peón, que en vano trató de propinarle un puntapié. Después de esquivarlo, el animal le regaló una mirada despectiva para luego atravesar la cocina con el lomo arqueado y la cola erguida, como si quisiera señalarle que el intruso era él.

---

Finalmente el resplandor de una vela anunció que alguien se acercaba. Carlina Lopera, el ama de cría de las hijas de su patrón, entró a la cocina, dejó el candelero de loza sobre la mesa, se acercó a la olla de agua hirviente y con movimientos pausados vació parte de su contenido en otra más pequeña, agregándole un poco de agua fría. Sólo entonces se volvió para saludarlo.

—Buenas noches, Vicente.

—Buenas noches —respondió el peón sin ponerse de pie. Sólo lo hacía cuando doña Inésita o alguna de las hijas de don Agustín le dirigían la palabra.

—Dicen que está preparado —afirmó ella—. Espero que no falte a la palabra.

—Así se lo prometí al patrón.

—Quiero saber si de verdad se ocupó de todos los detalles.

—De todos —respondió El Tungo, molesto porque la criada se atrevía a poner en duda aquello que don Agustín ni siquiera cuestionaba.

—Hay cosas que ustedes los hombres no consideran. Hay otras que tampoco pueden hacer —dijo Carlina.

—Suelte a ver lo que está pensando —respondió El Tungo.

—Quiero saber quién se encargará de la criatura durante el viaje.

—Usted sabe muy bien que no puedo revelar ningún detalle. ¿De qué viaje está hablando?

Carlina se acercó al hombre. Visto de perfil por el lado derecho, Vicente Gómez tenía un rostro de facciones nobles. Visto por el izquierdo parecía un truhán.

—Sé muy bien que a la criatura no la van a dejar por aquí cerquita —dijo Carlina casi en un susurro, tocando con el aliento el rostro de su interlocutor—. La señora me dijo que usted se encargaría de llevarla lo más lejos posible. Tan lejos que la deshonra borrada pueda también borrar el pecado que se va a cometer —mintió. Sólo conocía el disimulo. Lo demás, eran meras conjeturas.

—Tengo una persona encargada.

---

—¿Otra persona?

—No estará pensando que yo puedo solo con semejante tarea.

—Ni por un segundo se me ocurrió. Tenga bien claro que si a ese niño le ocurre algo me las va a pagar, Vicente. ¡Sólo Dios sabe el crimen que estamos cometiendo! De usted depende que llegue con vida a su destino.

Vicente Gómez desvió la mirada, sus dedos jugaron con la cabuya que hacía las veces de cinturón. Todavía llevaba puesta la ruana que le servía lo mismo en las tierras frías del norte como en las ardientes riberas del Cauca. Esa noche la usaría para cobijar a la criatura hasta cruzar el río por uno de los bajos que por obra del aguacero tendrían bastante corriente, buscar a la nodriza y seguir hasta llevarla a su destino, como decía Carlina.

\*\*\*

La criada tomó la olla de agua tibia, caminó por el corredor hasta las escalas y comenzó a subir lentamente los peldaños. La sombra que se proyectaba en la pared era la de una mujer anciana. Al pasar frente a las habitaciones de las hijas menores miró hacia el interior movida por la costumbre, a sabiendas de que no había nadie allí, pues desde comienzos de noviembre las jóvenes temperaban en Marinilla, ignorantes de la deshonra que las cubría.

Así la criatura que estaba por nacer no hubiera sido una vergüenza, sino un hijo legítimo, doña Inesita habría buscado la manera de conservar intacta su inocencia para que llegaran al matrimonio completamente puras, como ella misma había llegado a los brazos de don Agustín cuando parecía que la amaba, cuando sonreía en lugar de fruncir el entrecejo al verla aparecer, cuando los acentos de su voz no eran tan duros y cortantes como el acero. El hecho de ignorar lo relacionado con la concepción y el nacimiento de un niño era la mejor prueba de castidad de una recién casada. Por eso la caída de Estefanía parecía obra del Diablo, algo imposible de sucederle a una hija suya.

---

Sentada en un taburete lo más lejos posible de la cama donde Estefanía daba a luz, doña Inesita presenciaba el parto tal como su marido ordenara. Alguien que no supiera su edad habría creído que había dejado de sangrar, y que entraba en esa etapa de la vida en la cual las mujeres comienzan a parecerse a los hombres. Desde su asiento observó que Carlina dejaba la olla junto a la mesa con un aguamanil y se acercaba al lecho.

No preguntó por Vicente Gómez. Nadie debía enterarse de su presencia esa noche, ni del papel que jugaría una vez naciera la criatura. Carlina sintió el calor de su mirada pero hizo como si doña Inesita no existiera. Al ver a la criada, la joven dejó de gemir.

—Aguante otro poquito, hija —dijo Carlina, interrogando con la mirada a la comadrona.

Después de examinar a Estefanía la noche anterior, Carmen Peña había prometido una total ausencia de complicaciones. La comadrona hablaba con la autoridad que le daba el hecho de haber pasado años atendiendo partos buenos y malos, de haber dado nalgadas, cortado ombligos, soplado su aliento a las caras diminutas, después de haber visto tantas veces a la muerte ganarle la partida a la vida.

Los propios alumbramientos le habían enseñado un oficio que ejercía por derecho, sin acudir a trámites legales. Esa práctica empírica, carente de cualquier fundamento científico, la había llevado en un comienzo a cometer actos de verdadera carnicería destrozando criaturas en el vientre de las madres para sacarlas partidas en trozos como se hacía a veces con las crías del ganado, desangrando a otras al cortarles el cordón, infectando a las parturientas, para concluir después de tantos horrores que era mejor ponerles emplastos de yerbas sobre el vientre, rezarles letanías, tranquilizar a las abuelas y no interferir de manera directa con la madre naturaleza, a la cual era mejor dejar obrar.

El día anterior había recibido la visita del hombre de confianza de don Agustín Giraldo. Se cuidó muy bien de decirle que



---

hacía cuatro meses había despachado a la esposa de su patrón con una receta efectiva en la mayoría de los casos. Pero la visita de Vicente Gómez le confirmó que la hija del comerciante había rechazado las pócimas de miel de abejas con altamisa, sanguinaria y ruda que le enseñó a preparar a su madre, o que no le habían hecho efecto, lo cual ocurría cuando el embarazo estaba adelantado o la criatura bien aferrada a la vida.

—¡Ahí viene! —exclamó—. Cuando le llegue el dolor púje con fuerza —añadió, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Un cuarto de hora después Carmen Peña anunciaba el nacimiento de una niña, alzando por los pies el pequeño cuerpo ensangrentado. La recién nacida respondió con un vagido a la nalgada de la partera, que la puso sobre la cama a los pies de Estefanía y le sopló varias veces en la cara para que no dejara de respirar, antes de cortarle el ombligo. Tenía órdenes de no permitir que la madre tocara a la criatura. Estefanía trató de incorporarse pero después de varios intentos permaneció muy quieta, con los ojos entornados y una sonrisa en los labios.

Doña Inesita se puso de pie y por primera vez en la noche se acercó a la cama. Miró a Estefanía sin compasión, sin ternura, sin rencor por la afrenta cometida contra ella, contra el padre a quien todo se lo debían, contra las hermanas amenazadas de hundirse en el oprobio si la gente llegara a saber.

Su marido había tildado a Estefanía de traidora, pero ella sabía que el pecado de la hija era cosa del Demonio. Hacía una semana lo había visto a horcadas sobre la viga mayor del techo de la sala. Negro, desnudo, con la cola enroscada en la madera, las uñas largas y un brillo malévolo en los ojos relumbrantes. Al verla, el Diablo dejó escapar una risita perversa antes de desvanecerse dejando en el aire un olor azufrado para recordarle que él se mantenía al acecho, dispuesto a perder a las hijas menores, así como había perdido a la mayor.

La mirada de doña Inesita pasó del rostro de la hija a la recién nacida. La niña era pequeña, pesaría si acaso seis libras. Notó

---

que tenía las manos alargadas de Estefanía. Recordó el primer parto, cuando su propia madre le puso a la hija en los brazos y las horas de dolor desaparecieron en un solo instante compuesto de un amor tan absoluto como nadie habría podido describir. Estefanía trató de incorporarse de nuevo, pero Carlina la empujó suavemente hacia atrás.

—Descanse, que ya pasó lo peor.

—¿La niña? —preguntó Estefanía con un hilo de voz—. Yo sabía que iba a ser una niña..., déjeme verla.

—La niña está bien. Carlina la está arreglando —respondió doña Inesita.

—La voy a bañar para que la vea. Es muy hermosa, hija —dijo Carlina.

Estefanía seguía desde el lecho los movimientos de la criada, el ruido del agua tibia en la palangana, las palabras que murmuraba en voz baja.

—¿Qué le está diciendo?

—Nada, hija. Le estoy hablando para que no llore mientras la baño —respondió Carlina. Acababa de bautizarla llamándola Isabel, “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, porque no se sabía cuál sería su suerte de ahí en adelante, si la irían a bautizar, o si olvidarían hacerlo con una huérfana que tenía a los padres vivos, con una desposeída que había nacido en cuna de plata para perderlo todo en el preciso instante de venir al mundo.

—¿Terminó de vestirla? —volvió a preguntar Estefanía—. ¡Déjeme verla!

—Ya va, hija, ya va. Tenga paciencia.

Carmen Peña se acercó al lecho con la botella de vidrio que llevaba a los partos y que algunas, menos afortunadas, no alcanzaban a usar.

—Sople con fuerza —ordenó, poniéndole la boca de la botella en los labios.

—Quiero ver a la niña —dijo Estefanía, tratando de apartar la botella.



---

—Tiene que soplar para que arroje la placenta. En una semana va a poder caminar por el cuarto como si nada hubiera pasado. Sople, ¡haga de cuenta que está inflando la botella!

Doña Inesita sentía el olor de la vida nueva, ese olor a sangre y también a algo tierno como el pan caliente, como las flores acabadas de abrir. Luchaba contra el deseo de apartar a Carlina para terminar de vestir a la niña, impaciente por tenerla en brazos así fuera unos minutos, el tiempo que le tomaría salir del cuarto, bajar hasta el primer piso, abrirse paso por las sombras de la casa y perderla para siempre.

La partera estaba contenta con el trabajo realizado. Poco esfuerzo para tan buenos resultados, la niña, linda como un lucero y la madre sin haber sufrido una desgarradura.

—Carlina, déjeme verla —volvió a suplicar Estefanía con voz débil. Sentía que el sueño la iba envolviendo en sus redes de tela de araña. Sólo el deseo de ver a la hija la mantenía despierta.

Doña Inesita tomó a la recién nacida en los brazos y se dirigió con ella hacia la puerta.

—¡Por el amor de Dios, misiá Inés! —rogó la criada, con intenciones de cerrarle el paso.

—Déjeme verla, mamá. ¡Es mi hija! —sollozó Estefanía, haciendo esfuerzos por incorporarse—. ¡Tengo derecho a cargarla aunque sólo sea un instante!

Doña Inés se volvió desde la puerta. Estefanía vio la cabecita de su hija y sintió una oleada de ternura tan intensa como el dolor de perderla.

—Es mejor que no la toque, Estefanía. Si lo hace, no va a poder vivir con ese recuerdo. Carlina, traiga una vela —ordenó, alejándose del cuarto con la recién nacida.

La comadrona volvió a pensar que habría sido mejor si la niña hubiera nacido muerta, con el cordón enredado en el cuello, morada y con el rostro hinchado como había visto a tantos.

Estefanía tenía los pies en el suelo. Se apoyaba en la cabecera de la cama para ponerse de pie y alcanzar a su madre, pero

---

Carmen Peña la tomó por los hombros y con mano firme la obligó a recostarse. -

—No se desmande, niña Estefanía. Si se descuida se puede desangrar y a la niña de nada le valdrá tener a la mamá muerta. Quédese quietecita mientras le preparo una bebida para que duerma. El papá de su hija puede ayudarle a encontrarla más adelante —agregó, preguntándose si sería casado.

—José Manuel está en la cárcel —sollozó Estefanía—. Hace meses lo trajeron preso los conservadores, cuando derrotaron a los liberales en el cerco de Carolina. ¡Por eso no pudimos casarnos!

—Entonces consuélase porque él está aquí cerquita, a unas cuadras no más —dijo Carmen Peña—. La niña está sana, aguantará hasta que el señor salga de la cárcel y puedan ir por ella.

—¡Papá jamás revelará su paradero! —dijo Estefanía con la voz quebrada por los sollozos. A la imperiosa necesidad de tener a su hija, de prodigarle ese sentimiento que se convertía en la única razón de vivir, se sumaba la certeza de haberla perdido.

Después de comprobar que Estefanía no tenía fuerzas para incorporarse, Carmen Peña se alejó del lecho, sacó un puñado de hierbas de un saquito de tela y las puso a hervir en un samovar. El resto lo dejó aparte para entregárselo a Carlina con instrucciones de darle dos tomas al día hasta que la leche se secase y la joven fuera capaz de soportar la pena impuesta por los privilegios.

\*\*\*

Doña Inesita bajó las escalas llenándose del olor de la niña, acariciándola, apartándola un poco para verla en la penumbra. Su nieta dormía confiada, con los puños cerrados junto a la carita que ella trataba de aprenderse de memoria. Carlina iba adelante, para alumbrar el camino. Ya no llovía y las gotas que rebotaban sobre los charcos del patio se desprendían de los aleros o de las ramas de los árboles. Al ver a doña Inesita, Vicente Gómez se puso de pie.

---

—Es una niña —dijo ella. Era la primera vez que Vicente Gómez la oía hablar con firmeza, como si quisiera recalcar cada palabra—. Entiendo que usted arregló las cosas de manera que no vaya a pasar hambre —agregó.

—No hay por qué preocuparse, doña Inesita. La criatura va a estar bien —dijo El Tungo, sin mucha convicción. Al igual que la partera, consideraba inexplicable la determinación de separar a la niña de la madre. Mucho más fácil sería tolerar las habladurías que algún día terminarían por acallarse. Veía que doña Inesita estaba encaprichada con ella. Ahora la apretaba contra el pecho como si él fuera a quitársela por la fuerza.

—Carlina, tráigala hasta el cobertizo —ordenó el peón, resuelto a no prolongar esa mala hora.

El Tungo y Carlina se alejaron en dirección al solar. Cuando ya no pudo verlos, doña Inesita se apoyó en el marco de la puerta para gritar sin importarle lo que pudieran oír los vecinos:

—¡Me responde por la niña, Vicente!

—Arrópela bien —dijo Carlina.

—La llevaré debajo de la ruana. No vamos muy lejos.

—Se llama Isabel.

Sin agregar más, la criada le entregó a Isabel y regresó al interior de la morada.

\*\*\*

Seis meses antes del nacimiento de la pequeña Isabel, los caudillos derrotados por las fuerzas conservadoras en el cerco a la población de Carolina encontraron a Medellín dividida por las pasiones políticas. El monopolio del aguardiente recién impuesto por el gobierno local con el fin de recaudar fondos, los empréstitos forzosos que recaían principalmente sobre los miembros del Partido Liberal, así como la conscripción militar que obligaba a jóvenes campesinos a ingresar en las filas del Ejército, fomentaban resentimientos y enemistades dentro de las familias.

Desde comienzos de 1860, las relaciones entre opositores y defensores del Gobierno se volvían cada vez más violentas,

---

agravadas con las noticias que llegaban a Medellín del resto de la república. El general Tomás Cipriano de Mosquera, gobernador del estado del Cauca, se rebelaba contra el Gobierno Nacional y separaba su estado de la Confederación Granadina. La decisión del viejo caudillo, a la cual se unieron los estados de Magdalena, Bolívar y Santander, anunciaba una guerra abierta contra el gobierno conservador del presidente Mariano Ospina Rodríguez. Quienes lo conocían no tenían que esperar ningún anuncio oficial para saber que Mosquera invadiría los estados que no se acogieran a su revolución.

Los gobernadores conservadores estaban muy al tanto, así como cualquier persona interesada en los avatares políticos, de los viejos odios entre Tomás Cipriano de Mosquera y el presidente Mariano Ospina Rodríguez. Mosquera acusaba al presidente de sinuoso y cobarde por haber levantado el puñal asesino contra el Libertador. Le reprochaba también el haber precipitado a José María Córdova a la revolución de 1829, el haber combatido en las Cámaras contra la libertad religiosa, fomentando el fanatismo, y el haber aprobado una serie de nefastas medidas de seguridad, cuando era secretario de estado de Pedro Alcántara Herrán.

Del desempeño de Ospina en la actual administración, Mosquera advertía a la opinión pública que su enemigo deseaba convertirse en dictador. El caucano, que quizás quería serlo también, acusaba al presidente de obrar contra la soberanía del estado del Cauca nombrando allí a jefes civiles y militares autorizados para levantar una fuerza armada, para dar ascensos y organizar una guardia nacional, en una flagrante violación a la constitución federal. Los pretextos para enfrentarse al Gobierno se multiplicaban. También acusaba al presidente de otras violaciones a la Constitución como la de dar ascensos ilegales en el Ejército, función que debería cumplir el Congreso, de un indebido consumo de caudales públicos, de la desaparición del crédito nacional y de las rentas destinadas al pago de la deuda exterior, en suma, de precipitar el país a la guerra.



---

Luego de pedirle al Congreso que llamara a juicio al presidente Ospina Rodríguez y el desarme del Gobierno general en todos los estados con el fin de restablecer así el imperio de la constitución federal, Tomás Cipriano de Mosquera anunció al país que era hora de optar por el levantamiento armado para hacer triunfar la legalidad, y llamó a las armas a todos los defensores de la federación.

Como conocía de sobra los motivos personales y políticos que movían al general, y sin dudar ni un solo instante que el estado de Antioquia sería atacado por sus fuerzas revolucionarias, el gobernador Rafael María Giraldo declaró turbado el orden público en su región, y decretó nuevos empréstitos para financiar los batallones que enviaría a Manizales para repeler a Mosquera, donde logró una momentánea victoria sobre sus tropas.

Nadie más sorprendido por este hecho que el propio gobernador Giraldo, quien regresó a Medellín con el mismo temor de antes: a pesar de haber retrocedido hacia el interior del estado del Cauca, Mosquera volvería a atacar.

Pese a la aparente victoria del gobierno conservador del estado de Antioquia contra el caudillo liberal, Medellín pasó a ser una prisión para sus atemorizados habitantes. El "alto" de los centinelas resonaba a cualquier hora del día o de la noche, el redoble de los tambores obedecía al toque de cornetas. Los conservadores dudaban de la victoria obtenida en Manizales a pesar del armisticio, o Tratado de Esponsión, firmado por Mosquera, y que Ospina Rodríguez había rechazado de plano. Aseguraban que las promesas de Mosquera eran palabras huecas, estratagemas para ganar tiempo y adueñarse por completo del poder.

Por su parte, los liberales antioqueños trataron de unirse a las tropas liberales de la Costa Atlántica, cuando éstas intentaron invadir por el norte. El gobernador de Bolívar bajó por el río Magdalena y desembarcó en Zaragoza. De allí siguió hasta Anorí, donde se le unieron los liberales de Amalfi y sus alrededores. Fue entonces cuando Pascual Bravo, Miguel Londoño Marulanda,

---

José Manuel Toro, Cipriano Rodríguez, seguidos de un grupo de jóvenes liberales de Rionegro y Medellín, burlaron la vigilancia del gobernador Giraldo y salieron a su encuentro.

Pero los conservadores antioqueños no estaban dispuestos a ceder el poder ni al mismísimo Tomás Cipriano de Mosquera, quien ahora ostentaba el pomposo título de supremo director de la guerra. En Santa Rosa de Osos, al norte del estado, Pedro Justo Berrío, jurista, prefecto del Norte, coronel y comisionado del Ejército, ordenaba marchar a las tropas conservadoras para oponerse a las fuerzas invasoras y a los jóvenes liberales que trataban de apoyarlas. Utilizaría sus dotes de estrategia para tenderles una trampa, seguro de que caerían en ella.

Conocedor del terreno escarpado de su región, Berrío empujó hábilmente a los jóvenes rebeldes liderados por Pascual Bravo hasta Carolina, población vecina a Santa Rosa, sitiándolos en el pueblo. El hambre y la posición desventajosa de los sitiados, que habían caído en la trampa con una ingenuidad pasmosa, aseguró la victoria de los conservadores al mando del jurista.

Berrío consideraba que los liberales, hasta los más orgullosos como ese gallito fino de Pascual Bravo, padecían un sentimiento de inferioridad por el hecho de pertenecer a un partido minoritario. Prueba de su desventaja, decía, era esa manía de tratar de apropiarse del poder mediante la sublevación. Quizás los liberales antioqueños no lo supieran, pero para él era claro: Mosquera iba a utilizarlos como peones en una partida de ajedrez, de la misma manera como utilizaba a los negros de sus haciendas para que sirvieran de carne de cañón a sus propósitos dictatoriales.

Vencedores y vencidos en el cerco de Carolina emprendieron el regreso a Medellín. Los conservadores, con Berrío a la cabeza, eran aclamados por los campesinos a la orilla de los caminos. A medida que avanzaban, algunos soldados del ejército vencedor se iban separando de la columna. Eran campesinos del norte, a quienes el comisionado Berrío autorizaba regresar a los cultivos que no convenía abandonar.

---

Entre tanto Epifanio Mejía, un hombre rubio, de ojos verdes y elevada estatura, amigo de Berrío y aprendiz de poeta, quien en tiempos de paz cultivaba una granja en las laderas del Pandeazúcar, en Medellín, escribía por encargo de Berrío unos versos de indudable efecto propagandístico:

*A la cárcel los llevan; no a tratarlos  
como a crueles verdugos de sus hechos,  
no a ponerlos con grillos y cadenas,  
sino a darles abrigo y alimento.*

Los prisioneros liberales pasaron la noche en poder de las tropas que tan amablemente decían tratarlos en las laderas de Hato Viejo, a pocas horas de Medellín. Para el comisionado Pedro Justo Berrío era el inicio de la guerra. De él se decía que tenía el carácter áspero, pero José Manuel Toro no habría podido adivinar cómo era en realidad el hombre que los había derrotado. Sentado sobre una piedra en medio del campamento escuchaba el canto ensordecedor de las chicharras, diciéndose que llevaba semanas sin tener noticias de Estefanía, cuando observó que Berrío se acercaba con paso taciturno al lugar donde se encontraba Pascual Bravo.

—He leído con interés la mayoría de sus artículos —dijo Berrío después de cambiar algunas frases corteses con el joven liberal, ofreciéndole un trago de café cerrero preparado con granos provenientes del solar de un amigo.

—Gracias, comisionado. No me he acostumbrado a esa bebida —respondió Pascual Bravo, pasando por alto el comentario sobre sus controvertidos artículos en la prensa.

—¿Teme desvelarse? —preguntó Berrío, con una sonrisa.

—Hoy me da igual —respondió el prisionero, encogiéndose de hombros. No le temía a las noches a la intemperie, acostumbrado como estaba a la cacería de venados, a la tala de bosques en el Nus, pero prefería las que pasaba en la cama, al igual que cualquier hombre civilizado.



---

—Como le decía, procuro leer sus artículos. Es fácil deducir que en sus ideas sobre religión aparece la influencia anticlerical de Mosquera.

—Usted sabe perfectamente que adhiero a la causa de Mosquera, comisionado. Mis ideas sobre religión y política me pertenecen por entero, así encuentren eco en el pensamiento de otras personas.

—Tendrá claro que la de Mosquera es una causa personal, señor Bravo —dijo Berrío, escrutando el rostro de su interlocutor—. A él sólo lo mueve el afán de gloria.

—Al general Mosquera lo mueve el interés por sacar al país del atraso y la barbarie, comisionado —respondió Pascual Bravo con la mirada encendida—. Está bien que usted reconozca en él a un enemigo político, pero ello no tiene por qué cegar al valor de sus ideas de progreso.

Berrío apretó aún más los brazos contra el pecho y se limitó a levantar las cejas.

—Si hoy podemos viajar a vapor por el Río Grande de la Magdalena en lugar de hacerlo en un incómodo champán —continuó el prisionero—, si contamos con un moderno ejército y tenemos un sistema monetario unificado que puede ayudar a impulsar la industria y el comercio, debemos agradecerle a Mosquera. Las nuevas políticas económicas son apenas algunos de los aportes del general al país —añadió el joven prisionero, sin pasar por alto la irónica sonrisa que a floraba a los labios del jurista—. En cuanto al afán de gloria que tanto parece incomodarlo, hay que reconocer que a todos los que buscamos el poder nos mueve esa fuerza. Algunos luchamos para que la vida de nuestros compatriotas sea menos dura. Pero el afán de gloria está siempre presente. No tiene color, ni bandera, ni partido político.

—Esto significa que usted piensa seguir desempeñándose en la arena política.

—Sí. A pesar de encontrarme hoy con las manos encadenadas.

—No exagere, señor Bravo —dijo Berrío esbozando de nuevo una sonrisa—. Bastante bien los hemos tratado. Aquí ninguno

---

tiene las manos amarradas. Procuraré que las condiciones de su cautiverio sean lo más llevaderas posible.

—Gracias, comisionado. Eso depende del gobernador Giraldo.

—Tiene razón. En todo caso, espero que no se prolongue por mucho tiempo. La cárcel envilece hasta a los espíritus más elevados, como el suyo. Se necesita mucho temple para poder sobrellevar la prisión sin perder la integridad.

—También confío en que saldremos pronto de la cárcel, doctor Berrío —respondió Pascual Bravo, observando a José Manuel Toro, al parecer absorto en la puesta del sol—. En cuanto Tomás Cipriano de Mosquera deponga al presidente Ospina Rodríguez, las riendas del poder en el estado de Antioquia pasarán a manos nuestras. Ya los estados de Bolívar, Magdalena y Santander son suyos. Más de la mitad del país. Falta poco para que las cosas se den tal como esperamos los liberales.

Ambos hombres comprendieron que se enfrentarían de nuevo. Las dos figuras se recortaban contra el crepúsculo, la una joven y marcada por la gracia, la otra madura, de ademanes estudiados. Alguien que los hubiera visto de lejos habría podido pensar que se trataba de un sacerdote y un alumno enfrascados en una discusión teológica, tal era la atención que cada uno ponía en las palabras del otro.

Pedro Justo Berrío se alejó del prisionero después de una cortés despedida, con los brazos cruzados y una sonrisa inescrutable en los labios. Estaba dispuesto a llevar la guerra contra Tomás Cipriano de Mosquera hasta las últimas consecuencias, así tuviera que sacrificar su vida de hombre de familia en el Valle de los Osos. Se mantendría alerta, calcularía los movimientos del viejo león que ahora marchaba sobre Bogotá para deponer al presidente Ospina Rodríguez. Velaría también por mantener a raya a los jóvenes que hoy eran sus prisioneros. Con los liberales de la Costa Atlántica dispuestos a intentar otra invasión al estado de Antioquia, Mosquera quedaba en libertad para dirigir personalmente la guerra contra el gobierno conservador en el centro y sur del país.

---

“De Mosquera había que temerlo todo —pensaba Berrío—: la astucia de zorro viejo, el desmedido afán de poder, la genialidad de estrategia en el campo de batalla, la falta absoluta de principios morales”.

\*\*\*

José Manuel Toro era un hombre de mediana estatura, espalda ancha, cintura estrecha. Se movía con la elasticidad de un atleta y en su rostro llamaban la atención los ojos verdes, la mandíbula firme, la boca de trazo sensual.

“Noche de luna llena”, pensó, al ver el resplandor detrás del perfil de las montañas. Se preguntaba si Estefanía estaría enterada de la derrota que habían sufrido en Carolina. Entre el crepitar de las hogueras se oía el canto enloquecido de las chicharras.

Todavía ignoraba que Estefanía esperaba un hijo que nacería antes de Navidad. Lo sabría dos semanas más tarde a través de una razón de Carlina, susurrada a la hora de la comida por uno de los guardias de la prisión. Ese día sentiría con más amargura que nunca el espesor de los muros que los separaban tanto como habría podido hacerlo una vasta extensión del mundo.

La existencia de Estefanía se desarrollaba en el estrecho marco de unas pocas cuerdas donde se concentraban las convenciones y los privilegios. Esa limitada composición de la sociedad obraba como una barrera que lo dejaba a él, un artesano sin fortuna, por fuera de la existencia de la hija mayor de uno de los comerciantes más ricos de la ciudad. Por eso tenían decidido casarse a espaldas de los prejuicios cuando José Manuel regresara de la expedición de los liberales que apoyaban la invasión de la Costa. Vivirían en Guayabal, en las afueras de la ciudad, donde José Manuel tenía un tejedor medio abandonado por la difícil situación económica, que se prometía volver a trabajar. Pero ahora la derrota sufrida en el cerco de Carolina los separaba aún más que la ambición del padre de Estefanía, para quien la hermosura de la hija representaba la posibilidad de una alianza ventajosa.

---

Pascual Bravo sintió la mirada de José Manuel y volvió la cabeza, tratando de distinguir sus facciones en la oscuridad.

—¿En qué está cavilando, José Manuel? No ha dicho palabra desde que salimos de Carolina.

—En Estefanía.

\*\*\*

Antes de las once de la mañana, Obdulia Escobar salió sin decir nada de la casa de su hermana mayor. Buscaba un lugar a la sombra, entre la multitud de curiosos que se agolpaban en la calle Carabobo, para ver la llegada de los prisioneros del cerco de Carolina. Ya se sabía de memoria el poemita sobre los cautivos que acababa de componer Epifanio Mejía, y que circulaba entre la gente:

*Que levanten su voz [...] que digan todos,  
que le digan a Antioquia si no es cierto  
que los tratan a todos como hermanos,  
si no es cierto que hallaron en sus pechos  
en lugar de crueldad y de venganza,  
hidalguía, amor, consuelo.*

La joven, que no creía una sola palabra de lo que decía el poema, ardía de impaciencia bajo las ramas de los chumbimbos a lado y lado de la calle. El tiempo parecía detenerse marchitando los pétalos de las flores que llevaba en una canastilla forrada de raso para arrojar al paso de Pascual Bravo. Pasados tres cuartos de hora, los cornetas del ejército de Berrío anunciaron su entrada triunfal a Medellín, al frente del botín humano que el coronel pondría a buen recaudo para que los conservadores pudieran seguir gobernando como lo hacían desde hacía diez años. Pascual Bravo, Miguel Londoño Marulanda, Juan Pablo Uribe, el coronel Cipriano Rodríguez, el general Santo Domingo Vila, José Manuel Toro, y tantos otros valientes cabalgaban fuertemente escoltados, con el rostro marcado por las huellas del hambre padecida durante las semanas que duró el cerco.



---

Pascual Bravo avanzaba escoltado por dos soldados con trazas de vagabundos. Erguido en el rocín, los ojos fijos en el horizonte, parecía indiferente a los insultos, a los gritos de los conservadores alentados por la victoria de Berrío, a los pocos vivas que resonaban entre la multitud. Detrás de él marchaba José Manuel Toro, visiblemente alterado por las vejaciones o por la idea de perder la libertad.

De haber estado atenta a la gente que la rodeaba, Obdulia habría visto a Estefanía, la hija mayor de don Agustín Giraldo, el dueño del almacén donde la madre de Pascual Bravo compraba la seda para sus trajes. La conocía de vista. Era imposible dejar de notar ese rostro alegre, los hoyuelos que adornaban su sonrisa en forma tan encantadora, que hacía volver la cabeza a grandes y chicos cuando pasaba por la calle.

Pero Obdulia sólo tenía ojos para su primo Pascual. Esperó hasta que finalmente pudo arrojar los pétalos al paso de su caballo, volcando en seguida la canastilla de mimbre para vaciar las últimas flores bajo los cascos de la cabalgadura de José Manuel Toro. Pascual Bravo sonrió al verla, inclinando la cabeza a manera de saludo. José Manuel en cambio permaneció indiferente ante los restos del homenaje que por un instante adornaron la calle polvorienta, antes de convertirse en basura. Sentía en la espalda el fuego de los ojos de Estefanía que le había dicho adiós con un ademán desolado, suficiente para expresar la enormidad de su angustia.

\*\*\*

Si el país se veía dividido por intereses contradictorios que lo llevaban una vez más al conflicto, en el interior de la familia del supremo director de la guerra ocurría lo mismo. Ahora Mosquera desconfiaba hasta del general Pedro Alcántara Herrán, el amigo al cual había concedido la mano de su hija Amalia, quizás la única persona que amaba en el mundo. Sin embargo, Amalia Mosquera tenía resuelto desobedecer la costumbre que exigía una completa aceptación de las ideas del marido, y se mostraba ferozmente leal

---

a su padre aun a expensas de Herrán, a quien el presidente Ospina había ordenado regresar de Nueva York, nombrándolo comandante del ejército gobiernista en la lucha contra la revolución promulgada por su suegro. En las desavenencias con Mosquera, el general Pedro Alcántara Herrán había llegado al punto de advertir al país contra “la dominación del tirano” y apoyaba el envío de tropas al estado del Cauca, con el fin de cercarlo.

Pero Mosquera sonreía complacido, porque la oportunidad de seguir la contienda llegaba como caída del cielo. Puesto que lo atacaban de manera tan directa lo mejor era llevar la guerra hasta Bogotá, asumir dictatorialmente la Presidencia de la República, pacificar el país y cumplir con aquello para lo cual había nacido: mandar.

A pesar de la impaciencia por lograr su cometido, la situación política obligaba a Mosquera a enfrentar desde Popayán una serie de situaciones desfavorables a sus intenciones. En Barbacoas, sobre la Costa Pacífica, se abría un puerto de entrada para las armas del Gobierno. El Gobierno Central desconocía la Esponción, o armisticio propuesto por Mosquera, con el fin de ganar tiempo, según amigos y enemigos. Pero él continuaría luchando con el apoyo de sus hombres, tal como le anunció a su enemigo el general Posada Gutiérrez, no con el ánimo de intimidarlo, sino con la confianza propia de buenos camaradas.

*Al llegar aquí (a Popayán) he sido recibido con un entusiasmo loco y las pocas bajas que ha tenido mi ejército no solamente se han reemplazado sino que éste aumenta de día en día. Hoy he publicado la Ley Marcial y como los caucanos luchan por opinión y saben que el más pequeño triunfo que sobre ellos obtuviera el gobierno general les costaría el pescuezo, pelearán con el entusiasmo digno de la causa que sostienen.*

En Bogotá, tanto los partidarios del Gobierno como los amigos de la revolución mosquerista poco o nada sabían de los rápidos progresos del general, que vencía cada obstáculo con la tenacidad de un joven combatiente. La ciudad, bañada por una llovizna perenne, estaba aislada en el altiplano debido a la falta de

---

comunicaciones. El gobierno del presidente Mariano Ospina Rodríguez se valía de ello para no desmoralizar a sus partidarios. Sin embargo, cuando se conoció que Mosquera no estaba vencido en el Valle del Cauca tal como se creía, ni mucho menos imposibilitado para continuar con sus propósitos revolucionarios, el pánico cundió entre los miembros del Gobierno. El ejército de Mosquera se acercaba a la capital después de ocupar la ciudad de Ambalema y tomarse el puerto de Honda sobre el Río Grande de la Magdalena, arteria que unía de norte a sur el país.

Entre tanto, y fiel a sus principios de mujer dueña de sus ideales, Amalia Mosquera de Herrán seguía traicionando a su marido y le enviaba noticias a su padre desde la capital, a través de un verdadero contingente de espías leales a la causa revolucionaria.

Por aquellos días, el presidente Ospina Rodríguez lucía visiblemente desmejorado. Llevaba la misma chaqueta ajada y no se quitaba las raídas zapatillas de felpa ni para las reuniones con sus ministros. La expresión melancólica de su rostro se veía acentuada por el pelo revuelto, la barba con migas de comida. En los últimos tiempos se reprochaba amargamente no haber seguido el impulso de abandonar la política cuando Enriqueta Vásquez, treinta años más joven que él, lo había aceptado en matrimonio. Su joven esposa lo amaba con una pasión difícil de comprender, ignorando las miserias de su cuerpo envejecido, como si en lugar de un hombre viejo fuera el más apuesto de los amantes. Enriqueta se ocupaba además de los asuntos financieros de la familia con una rara habilidad de comerciante, dejándolo libre de seguir el camino por el que ahora se perdía.

A su vez, los espías conservadores que a diario llegaban a Palacio lo mantenían enterado de los movimientos del enemigo. Los campos estaban asolados por el paso de los rebeldes que arrasaban y saqueaban sin piedad. Hombres, mujeres y niños huían de la guerra, convirtiéndose en hambrientos vagabundos. Muchos ciudadanos se encontraban en la miseria después de haber visto desaparecer el producto de años de industriosa labor.



---

Ahora, cuando faltaban pocas semanas para que su marido le entregara el poder ejecutivo a Bartolomé Calvo, Enriqueta Vásquez no paraba de hablar del regreso a Medellín, donde su tío Julián Vásquez, partidario del gobierno conservador, aportaría grandes sumas de dinero para la compra de armas y el entrenamiento de los soldados que cerrarían la entrada de las tropas de Mosquera a ese estado. La victoria definitiva de los conservadores sobre el caudillo y el grupo de jóvenes seguidores que apoyaban los intentos de invasión no parecía un hecho improbable.

\*\*\*

El supremo director de la guerra enfrentaba también problemas internos que debía resolver antes de marchar sobre Bogotá y continuar desde allí la campaña contra el estado de Antioquia. Se le acusaba de mantener vivas las simpatías por el Partido Conservador, origen de una constante desconfianza entre los civiles del Partido Liberal y aun entre las tropas. Recelosos de sus intenciones, los negros caucanos afirmaban que “el amo Mosquera no les pierde el amor a los godos”. Para derrocar al gobierno central, Mosquera debía ser reconocido como jefe único de la revolución.

Acosado por las tropas enemigas en su avance hacia la capital, se refugió en el Alto del Raizal. La comida escaseaba. Los merodeadores de su ejército recorrían los campos en busca de un cerdo o una gallina, con peligro de ser capturados por las fuerzas gobiernistas.

Esa tarde se presentó a su tienda una vivandera con una gallina a medio asar. La mujer sirvió el ave escuálida en una improvisada mesa hecha con una caja de pertrechos. Mosquera invitó a su estado mayor a participar de la cena que en nada se parecía a las comidas servidas a la usanza inglesa, a las cuales estaba acostumbrado desde niño. El olor de la carne asada reanimó el ambiente de la tienda empapada por la lluvia. El general José Hilario López, a quien Mosquera había invitado a unirse a la revolución, era el huésped de honor. Movido por la informalidad del deco-

---

rado, José Hilario López se acercó a la caja de pertrechos y con el cuchillo que llevaba al cinto le cortó un ala a la gallina. La voz inconfundible de Mosquera lo detuvo en seco:

—¡Dondequiera que se halle el supremo director de la guerra, tiene el derecho de ocupar puesto preferente y a servirse primero! —exclamó.

La vivandera se apartó de la frente un mechón de pelo. Las voces de los oficiales del estado mayor, animados por la perspectiva de irse a la cama con menos hambre que de ordinario, callaron a la vez. Seis pares de ojos se posaron en José Hilario López, ruborizado como si lo hubieran sorprendido cometiendo una acción vergonzosa. Durante una fracción de segundo permaneció con el brazo inmóvil a mitad de camino entre la mesa y la boca. Por un momento pareció como si fuera a responder con igual violencia al exabrupto, agrediendo al general con el arma en la que ensartaba el ala. Sentía los ojos de los oficiales fijos en él, oía la respiración de la vivandera, emocionada por el relato que llevaría a su casa para entretener el hambre de esa tarde. José Hilario López comprendió que defenderse significaría romper con la causa revolucionaria. Hizo un esfuerzo por dominarse y respondió:

—Pido disculpas, general. Tenga la bondad de servirse primero.

Tomás Cipriano de Mosquera quedaba reconocido como la cabeza visible de la revolución. Las ofensas que repartía, las susceptibilidades heridas, el poder que arrebatava, aguardarían la ocasión para el desquite. Ahora se imponía la necesidad de triunfar, tomando la capital a sangre y fuego. Continuaría el avance hacia Bogotá. Después, se ocuparía del estado de Antioquia.

De sobra conocía Mosquera el motete que le ponían a causa de la mandíbula de plata con la cual los cirujanos habían reemplazado en su ya lejana juventud la de hueso, cuando fue herido en la batalla de Barbacoas. El Mascachochas, apodo bastante vulgar para un hombre aficionado al rico ceremonial de los ministerios y las misiones diplomáticas, a la cortesía de los banquetes, al

---

brillo de la plata y los destellos del cristal sobre los blancos manteles de lino o de damasco, a la sonrisa de las mujeres hermosas, a las puertas que se abrían a su paso empujadas por ujieres, por ordenanzas, por esclavos. Disfrutaba del poder para negar o conceder favores, para concertar alianzas o decidir sobre la suerte ajena. Gozaba también del respeto, sincero o fingido, que se le brindaba. El supremo director de la guerra amaba los signos de la diferencia, la prueba irrefutable de que, al morir, no pasaría al olvido.

\*\*\*

A mediados de junio Mosquera consolidó su posición en Usaquén en la marcha hacia la capital, luego de triunfar en combate con las fuerzas del Gobierno que trataban de romper el cerco tendido alrededor de la ciudad. Obraba sin vacilar, seguro de los resultados de las acciones que dirigía con autoridad glacial. Pero los partidarios del Gobierno en Bogotá, mal informados, o simplemente ofuscados por la cercanía del poder, lo creían a punto de ser vencido por las tropas del Gobierno. Por la capital cundió la voz de su derrota, y un viernes en la tarde sus habitantes se volcaron a la plaza para verlo entrar abatido por el Gobierno, presa de una humillación tan grande como su soberbia. Nadie quería perderse el espectáculo. En el atrio de la catedral estaban no sólo sus enemigos sino muchos de sus amigos, dispuestos a hacer pública demostración del cambio de afectos políticos y personales. Las damas bogotanas vestían de seda y encaje como para una función de teatro, arropadas con mantillas vaporosas. No paraban de hablar mirando hacia la calle Real, por donde entraría el vencido. Los caballeros caminaban en grupitos de un lado al otro del altozano con la mano derecha metida en el chaleco, o se apartaban discretamente para discutir en privado importantes secretos administrativos, amparados por las sombras heladas de la catedral.

En la plaza estaban los demás. Los pobres, los excluidos, los indios, las mujeres de mala vida, los vendedores de dulces y golosinas, los chiquillos harapientos, los rateros. Allí se hablaba a viva

---

voz, se bebía chicha, se ofrecían frituras y remedios para toda clase de males. Las prostitutas se pavoneaban con los rostros pintados, con collares de vidrio, contentas porque esa tarde las fuerzas del orden las dejarían hacer. Una pareja de saltimbanquis entretenía al público con malabares y piruetas, un indio de tierra caliente hacía demostraciones con una culebra amaestrada.

Pese a ser la capital y guardar memorias de esplendores vi-reinales, Bogotá era una ciudad maloliente. Las basuras se acumulaban en las calles trazadas de oriente a occidente y de norte a sur. Los desperdicios de las casas daban a un caño de poca profundidad que atravesaba las calles por el medio. Las damas que en ese momento alargaban el cuello hacia la calle Real, con la esperanza de presenciar la llegada del rebelde derrotado, combatían el olor de los excrementos cubriéndose la nariz con un pañuelo bañado en agua de colonia inglesa. Las basuras se descomponían a la vista hasta que un aguacero las arrastraba hacia alguno de los muladares a donde acudían las gentes del pueblo para hacer sus necesidades. Los ríos San Francisco, del Arzobispo, San Agustín, y las vertientes que descendían de los cerros al oriente de la ciudad, llevaban el agua potable hasta las plazas y las casas principales a través de un rudimentario sistema de atanores de barro cocido, dispuesto debajo de las acequias que servían de desagüe y basurero, de manera que los excrementos se filtraban hasta las cocinas y las fuentes de los patios.

\*\*\*

La tarde pasó sin que las tropas del Gobierno aparecieran con el general.

Seguro del terreno que ganaba, Mosquera recibiría dos semanas más tarde una carta de su hija Amalia dándole noticias sobre la actitud sospechosa del ex presidente Ospina Rodríguez, quien permanecía en Bogotá en calidad de ciudadano después de haberle entregado el poder ejecutivo al cartagenero Bartolomé Calvo. Contaba Amalia Mosquera que Ospina conspiraba ahora con Julio Arboleda, sobrino de Mosquera y uno de sus más ardientes



---

opositores. Según el informe, el viejo ex presidente organizaría la resistencia en Antioquia, y Julio Arboleda, su primo hermano, lo haría en Popayán. La más reciente misiva de Amalia Mosquera a su padre decía:

*Ospina tratará de salir de Villavieja, y aun tal vez se disfrace para no ser reconocido.*

El supremo director de la guerra intensificó la vigilancia en torno al enemigo. Ahora buscaba una batalla a campo abierto con el ejército del Gobierno. De acuerdo con unos planes cuidadosamente trazados, Mosquera se iba acercando a la capital, observado por las fuerzas enemigas renuentes a responder a sus provocaciones. Finalmente quedó a media hora del corazón de la ciudad, a punto de lograr su objetivo.

Desde el cuartel general en Chapinero, Tomás Cipriano de Mosquera se declaró en pleno ejercicio del poder como presidente provisorio de los Estados Unidos de Colombia. Al día siguiente condenó a muerte a Mariano Ospina Rodríguez y a su hermano Pastor Ospina, quienes de manera imprudente se habían metido en la boca del lobo, a Andrés Aguilar, intendente de Cundinamarca, a quien culpaba de aplicar la ley de fuga a prisioneros políticos que alentaba a huir para luego asesinarlos a mansalva, a Plácido Morales, supuesto enemigo de su hija Amalia, aunque siempre quedaron dudas pues ella suplicó en vano para salvarle la vida, y al coronel Ambrosio Hernández, sospechoso de haberle dado muerte a lanzazos al general José María Obando, con quien Mosquera había sostenido desde la infancia una compleja relación de amores y de odios.

De los sentenciados a muerte, posiblemente el único culpable de contravenir a toda costa los designios de Mosquera era Mariano Ospina Rodríguez.

Preocupado por el avance de su enemigo hacia Bogotá, Ospina había decidido huir a Medellín, donde trataría de prevenir la inminente invasión del general al estado de Antioquia. El nombre de Pedro Justo Berrío ocupaba continuamente su pensamiento. A pesar de su airado temperamento Berrío era dócil frente a sus

---

superiores, buen estratega, había probado suerte en el campo de batalla al repeler las invasiones de la Costa y podría enfrentarse con buenos resultados al usurpador. Protegido por la neblina, Ospina Rodríguez salió de la capital en compañía de su hermano Pastor y de un grupo de jóvenes conservadores, hijos de familias distinguidas, notablemente afectas a los ideales de su partido.

Pero las cosas comenzaron a salirles mal desde el principio cuando, imprudentes, tomaron el camino de La Mesa, un territorio poblado de revolucionarios liberales. Algunos de los habitantes de la región reconocieron al ex presidente. Airados, amenazaron con incendiar la casa de techos de paja en la cual se refugiaron al verse perseguidos, y en la que ahora se encontraban acuartelados, sin armas suficientes para enfrentar un ataque. Veinticuatro horas después se rendían. Mariano Ospina Rodríguez y sus amigos estaban a merced de los liberales.

Los prisioneros, escoltados por dos regimientos de caballería, fueron llevados al cuartel general del ejército mosquerista en Chapinero, donde las tropas los recibieron con una barahúnda de rechiflas y burlas. La sala de billares de la quinta donde se alojaba el gobierno revolucionario les sirvió de prisión. Muertos de miedo, ateridos de frío, debilitados por la falta de alimento, los hermanos Ospinas escuchaban el jolgorio que armaban las tropas de Mosquera, por su captura.

A pesar de la fatiga del viaje no podían conciliar el sueño. Cada cual fingía dormir para no preocupar al otro, pero la dureza de la mesa de billar, el hielo de la noche en el altiplano y el hecho de saberse en las garras del enemigo les impedía hacerlo.

Antes de la madrugada un oficial del estado mayor de Mosquera llamó a la puerta que luego abrió con una pesada llave de hierro, prohibiendo que los guardias entraran a la habitación de los prisioneros. Visiblemente molesto, el emisario del supremo director de la guerra carraspeó antes de hablar.

—Señores —dijo, mirando primero a Pastor Ospina, luego al ex presidente—. Se me ha encomendado la penosa tarea de notificarles que a las siete de la mañana serán fusilados por orden

---

del supremo director de la guerra, general Tomás Cipriano de Mosquera.

El campamento todavía dormía. Mariano Ospina temió que el oficial fuera a escuchar los latidos de su corazón, tildándolo de cobarde. Se había levantado de la mesa de billar para recibir al mensajero, pero tuvo que apoyarse en ella para no caer. La idea de morir unas horas más tarde le parecía inconcebible. Le costaba creer que no volvería a ver el paso del sol por el firmamento, que jamás podría contemplar los cerros envueltos en jirones de niebla a la hora del crepúsculo. No volvería a oír la voz de Enriqueta, nunca más sentiría el peso de Tulio y Pedro Nel sobre sus rodillas. Iba a morir. Esa vaga posibilidad era ahora la única certeza. Hasta un enfermo grave ignoraba la hora exacta de su muerte. En cambio, él podría descontar uno a uno los minutos que lo arrastrarían hasta las siete de la mañana, los segundos que lo llevarían de la luz a la oscuridad. Serían las dos, acaso las tres de la madrugada. Ese día el trino de las aves anunciaría el fin de la vida, no el comienzo de un nuevo día. El ex presidente hizo un esfuerzo por dominarse.

—Solicito una entrevista con el *señor* Mosquera.

A pesar del miedo subrayó la palabra *señor*, para dejar en claro que, aún en esas circunstancias, Mosquera no era más que un simple usurpador.

—Veré qué puedo hacer al respecto —respondió el oficial, aliviado por el encargo que lo alejaba de allí. Con una leve inclinación de cabeza abandonó la sala. La puerta se cerró de golpe y los condenados a muerte se quedaron a oscuras, de pie junto a la mesa de billar, incapaces de pronunciar palabra.

Pasados diez minutos recibieron otra visita. Esta vez era el gobernador de Cundinamarca. Los saludó con una profunda reverencia que los prisioneros respondieron de manera un tanto envarada como si el temor, o tal vez la dureza del lecho, les hubiera entumecido las coyunturas. Mariano Ospina preguntó qué tan cierta era la amenaza de fusilarlos unas horas más tarde.

El gobernador respondió con gravedad:

---

—Desafortunadamente no se trata de una amenaza, doctor Ospina. La sentencia de muerte es el resultado de un acuerdo unánime del Consejo de Gobierno, motivado por la manera como el gobierno que usted presidió, y el que preside el actual presidente Bartolomé Calvo, han considerado el movimiento popular a favor de la federación.

Esforzándose por mantener la voz firme, el condenado a muerte exclamó:

—¡No puedo creer que un hombre público como usted, defensor de los fueros civiles, consienta el sacrificio de dos vidas inocentes!

El gobernador parecía tan conmovido como su interlocutor. En secreto se rebelaba contra la arrogancia de Mosquera, al cual le faltaba gallardía para atender el último llamado de sus víctimas. No estaba de acuerdo con la decisión tomada en el Consejo de Gobierno, pues en última instancia era la decisión del general, después de culminar victorioso una campaña iniciada dos años atrás con un batallón de hombres descalzos y seiscientos fusiles.

—Señor Ospina —respondió, evitando mirarlo a los ojos—. Las consideraciones públicas, así como los resultados de la guerra, imponen dolorosos sacrificios.

Pastor Ospina seguía inmóvil junto a la mesa de billar. No hablaba, ni su rostro expresaba ninguna emoción. El gobernador pensó que el golpe de la noticia lo tenía alelado. Había visto a otros condenados en situaciones similares, algunos llegaban al cadalso como autómatas. Pero el ex presidente parecía a punto de derrumbarse.

—Entonces, ¿seremos sacrificados en aras de las represalias y el odio? —preguntó, con temblor de lágrimas en la voz.

—Así lo creo, señores —respondió el gobernador—. En lo que a mí respecta, quiero comunicarles que no ahorraré esfuerzo alguno para aliviar su situación y mejorar las condiciones de su cautiverio, si no alcanzo a evitar la ejecución de la sentencia —dijo, ofreciéndoles frazadas, una copa de brandy, otra vela.



---

El gobernador desvió la mirada para no ver el rostro de Mariano Ospina Rodríguez, desfigurado en una mueca patética. Los sollozos del ex presidente estallaron en la habitación. Los guardias apostados en la puerta intercambiaron una mirada. Por un momento el gobernador temió que el condenado fuera a arrojarse a sus pies para implorar clemencia, pero se tranquilizó al ver que le daba la espalda y lloraba con los brazos apoyados en la mesa de billar. Apenas logró serenarse, Mariano Ospina se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta y volviéndose hacia el gobernador suplicó clemencia para su hermano.

—Señor gobernador, Pastor es inocente de cualquier inculpación. Jamás tuvo parte en las determinaciones que tomé como primer magistrado de la Nación.

El gobernador sabía que no era cierto. Sabía también que la decisión de Mosquera obedecía al deseo de dar un escarmiento a sus opositores.

—La sentencia que pesa sobre su hermano es irrevocable, doctor Ospina.

—Quiero saber si puedo escribirle una carta al arzobispo de Bogotá, pidiéndole que venga a recibir instrucciones sobre nuestras últimas voluntades —dijo entonces el ex presidente Ospina, pensando que tal vez el arzobispo, hermano del general Pedro Alcántara Herrán, el yerno de Mosquera, podría oponer las fuerzas de su partido, sumadas a las de la Iglesia, a la crueldad del rebelde.

—Puede hacerlo —dijo el gobernador, ordenándole a uno de los guardias que trajera otra lámpara, papel y pluma.

Mientras Mariano Ospina escribía apremiado por el correr de los segundos que lo empujaban hacia el cadalso, un ayudante del cuartel general llamaba al cura de Chapinero para que administrara los últimos sacramentos a los condenados y designaba el batallón de fusilamiento. En el estado mayor había opiniones contrarias a la decisión. El general Santos Gutiérrez consideraba que sería un grave error político. Para acallarlo, Mosquera le enseñó una carta de Ospina dirigida al gobernador de Boyacá, en la

---

cual le ordenaba tratar a los prisioneros liberales como si fueran malhechores.

—A Ospina en cambio lo fusilamos con todas las de la ley —declaraba Mosquera con visible satisfacción, mientras el reo firmaba la misiva dirigida al arzobispo.

La noticia de la condena a muerte llegó en menos de una hora a la capital. El presidente Bartolomé Calvo tomó medidas preventivas y encarceló a los primeros liberales que encontró en la calle, para luego advertir que serían ejecutados en cuanto se oyeran los disparos del batallón de fusilamiento. Enriqueta Vásquez cayó de rodillas en el suelo de su habitación y comenzó a rezar la primera de una interminable serie de novenas por la vida de su marido. El arzobispo Herrán se vistió a toda prisa. En ayunas salió a pie hacia Chapinero, acompañado de su hermano el general, con la carta de Ospina Rodríguez doblada en el bolsillo.

La presencia del arzobispo en el campamento predispuso los ánimos de Mosquera. La entrevista resultó un fracaso, pese a la forzada cordialidad que al comienzo de la misma enmascaraba los verdaderos sentimientos del prelado y el militar. Cuando el arzobispo Herrán censuró abiertamente al supremo director de la guerra por la decisión de fusilar a dos personajes tan influyentes en la historia de la Nación, la ira de Mosquera estalló como un trueno. Estuvo a punto de golpear a Herrán, amenazándolo con hacerlo salir a trompicones del cuartel.

En medio del violento altercado que los soldados oían desde la última tienda del campamento apareció de a pie el cuerpo diplomático. El barón Goury de Roslan, ministro plenipotenciario de Francia, Mr. Philip Griffith, encargado de negocios de su Majestad Británica, el general G. W. Jones, ministro de los Estados Unidos de América, y el señor Zelaya, encargado de negocios del Perú, entraban al cuartel general del ejército revolucionario en ayunas, con los párpados hinchados por el sueño, para solicitar una entrevista con Mosquera.

Las primeras luces del día se filtraban a través de la bruma. El ayuda de campo que salió a recibirlos parecía preocupado.

---

Después de escuchar la solicitud del cuerpo diplomático respondió tal como Mosquera le había ordenado hacerlo, previendo la llegada de los ilustres visitantes:

—Las actuales ocupaciones del supremo director de la guerra no le permiten recibir visitas de particulares. Pero si ustedes vienen en misión oficial los recibiré enseguida.

Si los condenados se jugaban la vida, Mosquera también se jugaba la carta decisiva en la diplomacia, al exigir que los ministros de los países extranjeros se entrevistaran con él de manera oficial, en nombre de sus respectivos gobiernos. Si aceptaban hacerlo, él quedaría reconocido como jefe de Estado. Así ganaba la última batalla política y consolidaba la victoria de la revolución.

Los ministros extranjeros pidieron unos minutos para deliberar. Vacilaban, conscientes de la celada que se les tendía. Los buenos oficios del arzobispo Herrán habían sido infructuosos y ahora eran ellos la única esperanza de salvar a Mariano Ospina Rodríguez y a su hermano Pastor. Al entrevistarse con el caudillo de manera oficial, sus respectivos gobiernos se comprometían a reconocerlo como presidente de los Estados Unidos de Colombia. De no hacerlo, los señores Ospinas serían fusilados en el término de media hora, con graves repercusiones para el país. Finalmente aceptaron.

El supremo director de la guerra salía victorioso, esta vez sin necesidad de recurrir a las armas. Resplandeciente en el uniforme cuajado de medallas, se dirigió a los diplomáticos con el tono solemne reservado para esas ocasiones y agradeció su gestión en favor de dos individuos que salvaban del cadalso. De paso les hizo el encargo de mediar ante el presidente Bartolomé Calvo para que entregara las armas.

Los demás sentenciados a muerte fueron fusilados en La Huerta de Jaime, después de que el jefe de la escolta los torturara moralmente haciéndolos arrodillar y obligando a los soldados a efectuar varias veces el ademán de descargar los fusiles. Mariano Ospina Rodríguez y su hermano fueron llevados prisioneros a la población de Zipaquirá, mientras Mosquera libraba

---

la batalla final del 18 de julio que derrocaba al Gobierno. Pocos días después fueron conducidos a Bogotá, donde se les unieron otros prisioneros conservadores, entre ellos el depuesto presidente Bartolomé Calvo. La muerte se les conmutaba por prisión indefinida en el Castillo de Bocachica, en Cartagena de Indias.

Casi nadie se atrevió a salir a la calle para despedir a los caídos en desgracia. El ex presidente Ospina iba a pie, calzado con unas botas de cuero de Rusia, abrigado con un poncho de hilo. Llevaba en la mano una cajita de bocadillos que Enriqueta le había hecho llegar por intermedio de Teodora, la criada de confianza. En cuanto pudiera, seguiría a su marido en un incómodo champán por el Río Grande de la Magdalena, con sus pequeños hijos, Tulio y Pedro Nel.

A pesar de sus tribulaciones familiares, Enriqueta Vásquez acariciaba la idea de encontrar un correo que pudiera burlar el cerco tendido por Mosquera al estado de Antioquia para escribirle a su tío Julián Vásquez, dándole cuenta de los últimos acontecimientos y del peligro en el cual se encontraba el gobierno conservador. El gobernador Rafael María Giraldo debía tomar las medidas necesarias para prevenir un nuevo intento de invasión, que no tardaría en producirse. Era necesario que aumentara las medidas de seguridad y mantuviera tras las rejas a Pascual Bravo y al resto de liberales que habían apoyado la primera invasión.

\*\*\*

Cuando comprendió que sería imposible visitar a su primo Pascual en la cárcel, Obdulia decidió regresar a su casa en Rio-negro. Al cruzar la segunda portada de tapia y teja al fondo del jardín de la finca en Llanogrande vio a su padre sentado en la vieja mecedora en el corredor, con una manta sobre las rodillas para alejar el frío de la tarde. Los pájaros alborotaban con sus trinos en el bosque al lado izquierdo de la casa, las flores moradas de los sietecueros resaltaban entre el follaje con los últimos resplandores del sol.



---

Aunque la vida militar era sólo un amargo recuerdo en la vida de su padre, la gente seguía llamándolo el comandante Ramón Escobar, con el respeto que merecían quienes habían sacrificado la juventud en las guerras de independencia.

Después de su matrimonio con la hermana de Pedro Bravo, el padre de Pascual y uno de sus compañeros de lucha, el comandante y su mujer se pusieron a trabajar la tierra, arrancándole a fuerza de trabajo algo más de lo necesario para la subsistencia de la familia, de manera que aun siendo pobres, Obdulia y sus nueve hermanos crecieron creyéndose tan ricos como los señores Montoyas con sus negocios de minas y exportaciones, los grandes barcos a vapor por el Río Grande de la Magdalena y su amplia esfera de influencia en los círculos del poder en Bogotá.

Las sombras de los árboles señalaban las cinco y media cuando Obdulia cruzó la portada en compañía de Aldemar y Beatriz, dos de los hijos de Alberto Vargas, el mayordomo, un indio de San Antonio de Pereira. Ella montaba en la yegua baya y se abrigaba con el chal de lana roja que tan poco apropiado le parecía a doña Marcelina Echeverri, la madre de Pascual. Obdulia no ignoraba que doña Marcelina los miraba con cierto desprecio. Le parecía que ellos no eran más que unos rústicos campesinos, los molestos parientes pobres que no pueden faltar en cualquier familia. Por eso no perdía la oportunidad de criticar la manera de vestir de Obdulia, como si el comandante pudiera gastar en los hijos las sumas de dinero que don Pedro invertía, sin poder hacerlo, en los caprichos de su mujer.

Aldemar cabalgaba la mula parda. Detrás de ellos venía Beatriz, con el pelo azabache suelto sobre los hombros. Habían crecido como hermanos, bajo la tutela del maestro que vivió en la finca durante doce años enseñándoles lectura, escritura, algo de francés, un poco de geografía y otro tanto de historia, además de las cuatro operaciones básicas de la aritmética.

El indio Alberto completó su educación enseñándoles a trabajar el campo de manera que si las guerras continuaban, las mujeres cumplirían con la tarea de ahuyentar el hambre y mantener

---

los principios de la civilización hasta que los hombres recobraran la cordura, cosa que no duraba mucho, según decía doña María Josefa, la madre de Obdulia. Eso era lo que repetía cuando le daba por despotricar contra el orden establecido desde siempre: las mujeres cuidaban de mantener la vida, mientras que cada cierto tiempo los hombres se mataban entre sí como bestias del monte. Hasta que el comandante le pedía un poco de silencio explicándole que por el momento los seres humanos no habían encontrado una mejor manera de resolver los conflictos.

Al verlos llegar saludó desde el corredor con una sonrisa de alivio. Por esta vez su hija se había librado de los peligros del camino, más imaginarios que reales, según ella.

—¿Cómo está, papá? —preguntó, desmontando junto al corredor.

—Bien, Obdulia. Pensé que regresarían hoy, y estaba preocupado porque se les hacía de noche. Cuénteme, ¿qué hay por Medellín?

Por el tono de su voz la joven comprendió que el comandante ya sabía que su primo Pascual estaba en la cárcel.

—Lo mismo en casa de mi hermana —dijo. No había nadie por allí cerca, lo mejor sería aprovechar el momento para revelar-le sus planes—. El niño aliviado y ella preocupada porque se le va a enfermar —continuó, mientras trataba de encontrar la manera más apropiada para ponerlo al tanto de la decisión que había tomado al ver a Pascual privado de la libertad, aparentemente humillado por la arrogancia y el poder de los conservadores—. La pobre debería pasar una temporada con nosotros, me parece que le estamos haciendo falta. ¡En la ciudad hay mucho revuelo con la llegada de los prisioneros de Pedro Justo Berrío! —agregó—. Si viera lo tristes que se veían camino a la cárcel, con la ilusión que tenían cuando salieron al encuentro de las tropas de la Costa.

—De nada vale ilusionarse sin tener en cuenta contra quién se está peleando, Obdulia. Berrío es un enemigo de cuidado. Pascual debería haberlo pensado antes. Ese hombre obedece a unos

---

amos poderosos, a los Vásquez, los Ospinas, los Zuláibar. Muchos creen que la cabeza del Partido Conservador en Antioquia es el ex presidente Ospina, pero Pedro Justo Berrío es el pilar donde se apoyan las esperanzas de continuidad de ese partido en el Estado. Sin embargo, hay que reconocer que si llegara a gobernar, como quieren sus superiores, haría un buen trabajo.

—No veo cómo puede decir esas cosas, papá.

—Es preciso ver más allá de las apariencias, Obdulia. ¡Ojalá Pascual lo hubiera hecho! Berrío es el enemigo porque está en el bando contrario al nuestro. Es insensible, autoritario. Pero también es ordenado, cuidadoso y, lo más insólito en un hombre público, no parece tener intenciones de robar. La verdad es que no quisiera encontrarme en los zapatos de Pascual.

—Madrugué a ver si me dejaban visitarlo, pero los guardias dijeron que por el momento ni lo intentara.

—Me alegra que hubiera decidido volver a casa. Mucho le he dicho, Obdulia, que no me gusta que ande por esas trochas con los hijos del indio Alberto. Puede ser peligroso.

—¿Usted no cree que con la ayuda de Mosquera, Pascual pueda salir de la cárcel? —preguntó la joven, haciendo caso omiso de la advertencia tantas veces repetida. No dejaba de pensar en su primo, al que amaba desde el día en que regresó a Rionegro del colegio de los jesuitas transformado en un joven elegante, apasionado por el conocimiento, convencido de que algún día podría mejorar las condiciones de vida de la gente.

—Si Pascual Bravo espera algo de Mosquera comete el peor error de su vida —respondió el comandante—. No se le olvide las promesas que firmó el general después de la derrota en Manizales. ¡La famosa Esponsión no fue más que una farsa!

—¡Pero si todo el mundo sabe que Ospina no aceptó el armisticio propuesto por Mosquera!

—No aceptó porque sabía que Mosquera sólo buscaba ganar tiempo. El general no es un hombre de fiar, Obdulia.

—Pues Pascual dice que no hay como ese hombre.

—Se equivoca. Se equivoca rotundamente.

---

—Cualquiera diría que usted se volvió conservador, papá. ¡Parece tener mejor opinión de Berrío, el hombre que puso a Pascual tras las rejas, que de Mosquera, nuestra única esperanza!

—Créame, hija, que si el presidente Ospina Rodríguez hubiera aceptado los términos de la Esponsión, propuesta por Mosquera tras su derrota en Manizales, habría quedado como un pelele, pues éste no habría revocado el decreto que separaba el estado del Cauca de la federación, ni se habría sometido al Gobierno —respondió el comandante—. La seguridad de los ciudadanos que le fueron hostiles estaría en jaque. Además, la idea de entregar las armas a la Confederación fue siempre una farsa. ¿Cuándo se ha visto en este país que los revoltosos entreguen las armas?

—Pascual sabe que Mosquera va a derrotar al Gobierno. Entonces los liberales demostrarán lo que pueden hacer en Antioquia —dijo Obdulia, sentándose en el quicio del corredor. Había dormido mal, estaba agotada después del largo día a caballo.

Su padre volvió a mirarla con una expresión entre triste y preocupada.

—Hay lecciones que sólo se aprenden en carne propia, Obdulia. Es probable que Tomás Cipriano de Mosquera ponga a los liberales en el poder. Lo difícil será que logren mantenerse.

—¿Qué se hizo todo el mundo? —preguntó la joven, mirando hacia los potreros bañados de rocío.

—María Josefa debe de andar con Alberto en San Antonio.

Como respuesta a sus palabras, oyeron el tañido de las campanas del pueblo llamando al rosario vespertino. La tarde pareció responder a esa cadencia apacible y de repente en el mundo reinaron la armonía y la cordura.

—Tengo que contarle algo —dijo la joven, resuelta a aprovechar ese raro momento de soledad. Primero tenía que convencerlo. Él se encargaría de hacer lo propio con doña María Josefa.

—Diga a ver, hija.

—Pienso casarme con Pascual.



---

El comandante Escobar aspiró la pipa, soltó una bocanada de humo y preguntó:

—¿Cuándo le propuso matrimonio?

—Todavía no me ha propuesto.

—Entonces, ¿de dónde saca semejante idea? Si la gente la oye hablar así, usted va a quedar muy mal, Obdulia. Lo mejor es que se resigne a quedarse soltera. Usted ya desperdició las buenas oportunidades que se le presentaron. Ahora piense que nos va a acompañar a María Josefa y a mí cuando se vayan sus hermanos.

—Pascual me va a proponer matrimonio apenas le haga la visita en la cárcel.

—Pascual puede pasar años en esa cárcel, Obdulia. Mire al Tuerto Echeverri, lleva seis meses en prisión y ni esperanzas tiene de salir. En su caso, de nada ha valido la influencia de don Gabriel Echeverri, a pesar de su dinero y de sus amistades en el poder. En la cárcel se van a quedar, por lo menos mientras dure el gobierno conservador. Además, si quiere que le diga, no veo sino inconvenientes en ese matrimonio.

—¿Cuáles inconvenientes? —preguntó ella, recogiendo la falda debajo de las rodillas. La ropa le olía al sudor de la yegua, deseaba un vaso de limonada preparada con agua del pozo y el zumo de esos fragantes limones que doblaban con su peso las ramas de los limoneros.

—No me diga que no los ve —respondió el comandante. Sus ojos grises la acariciaron con tristeza—. En primer lugar, ustedes son primos, Obdulia. En segundo lugar, Marcelina no la puede ver ni en pintura. Usted es una muchacha pobre, el día en que yo me muera no les quedará más que esta tierra, que dividida en diez parcelas no dará para nada. Y por último, Pascual está en la cárcel.

—Nada de eso es problema, papá. Lo del parentesco se resuelve con una dispensa, doña Marcelina dejará de odiarme cuando le demos un nieto, y para resolver lo de la cárcel, nos casaremos por poder. ¡Allá viene mi mamá! —exclamó Obdulia al verla llegar por el lado de los guayabos que dejaban caer al suelo las frutas

---

maduras, picoteadas por los pájaros—. No le diga nada todavía. Mejor esta noche le cuenta.

\*\*\*

El padre Joaquín Naranjo, capellán del convento del Carmen, esperaba en la iglesia de las carmelitas la visita de doña Inesita Uribe de Giraldo, a la hora en que acostumbraba a dormir la siesta después de almorzar con su hermana a las doce y media en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos.

Terminaban de comer cuando ella le preguntó a bocajarro si sabía qué pasaba en la casa de don Agustín Giraldo.

—Que yo sepa, nada, Juliana —respondió el padre Naranjo pasando con un trago de agua el último bocado de carne salada—. La madre priora me comunicó que la hija mayor quiere entrar al convento. Fuera de eso, no he sabido que ocurra nada especial.

Doña Juliana se quedó pensativa, como si buscara otro significado detrás de esa sencilla explicación. Al cabo de un rato insistió:

—¿Dice que la hija mayor de Agustín Giraldo piensa meterse de monja, Joaquín?

—Le ruego que guarde reserva, Juliana. No sé si la noticia se conozca todavía en la ciudad. Es mejor no pecar por imprudentes.

—¿La hija mayor es esa muchacha morena, la que tiene hoyuelos en las mejillas?

—Si no me equivoco, la mayor es la morena. La verdad es que no las distingo muy bien. Ella no se confiesa conmigo y cuando oficio, no me fijo en nadie en particular.

La criada que los atendía levantaba los platos en silencio. Era una adolescente de aspecto enfermizo, iba descalza y se movía con tanto cuidado que parecía flotar sobre los ladrillos del piso. Con movimientos calculados les sirvió el dulce de tomate de árbol. El padre Naranjo sintió que la boca se le hacía agua con el olor de las frutas en almíbar y se pasó la servilleta de lino por los

---

labios como había visto hacer a doña Mercedes Zuláibar, a doña Rosalía Saldarriaga, a doña Cecilia Santamaría, a doña Antonia Jaramillo, a las hermanas Álvarez, cuando lo invitaban a almorzar. Le maravillaba aquella variedad de servilletas y carpetitas que llegaban a la mesa oliendo todavía al almidón, a la tibieza de la plancha de hierro calentada al carbón.

Después de servir el dulce la criada salió hacia el repostero, desde donde podía oír la conversación en el comedor. Si le hubieran preguntado habría dicho que la mayor de las hijas de don Agustín Giraldo era la trigueña, la de los hoyuelos y la sonrisa pronta, la que saludaba con un amable “buenos días” cuando la encontraba en la calle. Pero no era nadie para intervenir en las conversaciones de los señores. A ella le estaban reservados el deber de callar y el derecho de observar. Como hacía su señora, que sabía de sobra lo que estaba preguntando.

—Qué dulce más rico —dijo el padre Naranjo partiendo una tajada de quesillo cuajado para acompañarlo.

—¿No le apetece un vasito de leche, Joaquín?

—No, mil gracias. Usted sabe que no tolero la leche, Juliana.

—Pero una tisana sí la va a recibir —dijo doña Juliana—. Antonia, haga el favor de traernos el agua aromática y la botellita de brandy. Me ayuda a dormir cuando estoy desvelada —explicó.

—Tenga cuidado con el trago, Juliana —advirtió su hermano, saboreando la combinación del dulce con la sal del quesillo.

—Unas goticas no le hacen daño a nadie, Joaquín.

El reloj de péndulo señalaba las doce y cincuenta minutos. Si se afanaba, todavía podría dormir una siesta corta antes de entrevistarse con la mujer de don Agustín Giraldo. El sacerdote estuvo a punto de comentarle a su hermana que doña Inesita iría a visitarlo a la sacristía de la iglesia, pero cambió de idea.

—Pensándolo bien, creo que la mayor es la muchacha morena —afirmó doña Juliana, quebrando la tisana con un generoso chorro de brandy.

—Puede ser... —respondió el sacerdote mirando de nuevo el reloj. Necesitaba dormir por lo menos una hora si quería pasar

---

buena tarde después del madrugón para la misa de cuatro en el convento.

—La mayor es la más bonita de las hijas de don Agustín—in-sistió su hermana—. Falta ver cómo quedan las mellizas. Algunas prefieren a la rubia, aunque yo sostengo que la más agraciada es Estefanía, a pesar de ser morena. Parece que es una muchacha bien educada, entiendo que toca el piano de maravilla. ¡Qué raro que quiera irse de monja! Nunca se le notó que fuera tan piadosa.

El padre Naranjo guardó silencio.

—¿A usted no le parece raro, Joaquín, que esa muchacha haya resultado con vocación?

—Si no hubiera muchachas con vocación la orden se acabaría, Juliana —respondió con brusquedad el padre Naranjo—. Ahora discúlpeme, pero debo ir a la iglesia para preparar el sermón del domingo —mintió.

—Entonces vaya, no lo demoro más —respondió doña Juliana—. Oiga, Joaquín, una última cosita. ¿Cuándo llega la niña al convento?

—Cuando sepa le cuento.

\*\*\*

Doña Inesita llevaba media hora de retraso. El padre Naranjo pensó que sería preciso abreviar la entrevista para terminar lo que tenía pendiente y llegar a tiempo a las vísperas al convento.

Se encontraba de espaldas a la puerta de la sacristía cuando sintió la presencia de alguien en la habitación. En un primer momento no supo de quién se trataba, pues doña Inesita estaba tan demacrada como si acabara de levantarse de un tifo. Al comprender que era ella, trató de ocultar la sorpresa saludándola con deferencia un tanto forzada.

—Siéntese, señora —dijo, ofreciéndole una silla de cuero.

Dona Inesita parecía tan consternada que no acertaba a pronunciar palabra. Con los movimientos deliberados de una anciana se sentó en la silla. El sacerdote notó que tenía las manos pálidas como la piel del rostro, quebrada en finas arrugas alrededor de

---

los ojos. La barbilla huidiza y los dientes protuberantes le daban un aire furtivo.

“Parece una liebre asustada”, pensó.

—Cuénteme qué la trae por aquí, doña Inés —dijo, con el tono a la vez firme y persuasivo que reservaba para las entrevistas difíciles.

—No sé cómo empezar, padre Naranjo —respondió doña Inesita.

“Otra que viene a contarme que se practicó un aborto”, pensó el sacerdote. Cada día eran más las mujeres de su edad que recurrían a esa medida, desesperadas de tanto dar a luz. O quizás venía a confesarle que no soportaba la vida al lado de don Agustín. Para nadie era un secreto el carácter errático y violento del comerciante. El padre Naranjo suspiró. Tendría que invocar a los santos, a la Virgen María, hablar de resignación, antes de mandarla a su casa dispuesta a padecer lo insoportable. Con la voz apaciguadora que usaba también en esos casos, le preguntó cómo podía ayudarle.

—He cometido un pecado terrible, padre.

—No hay pecado que no cuente con la misericordia del Creador —respondió el padre Naranjo, seguro, ahora sí, del aborto. Había oído hablar de una mujer llamada Carmen Peña, pediría a las autoridades que la investigaran.

—Este pecado no tiene la gracia de Dios, su reverencia. ¡Por eso no le pido confesión! No hay perdón para lo que hicimos... —dijo doña Inesita con un hilo de voz. Después tragó saliva y se puso a mirarse las manos que reposaban sobre la falda, tan quietas y descoloridas como las de un muerto.

El sacerdote trató de componer el rostro de acuerdo con la gravedad del momento. Ahora repetiría las frases de amenaza y consuelo que usaba para arrancar la confesión de las madres que habían asesinado a su criatura antes de nacer.

—Usted sabe muy bien que Dios es infinitamente misericordioso, señora. Para Él no hay pecado que no tenga redención



---

—repitió—. Su amor es grande... A ver, cuénteme qué la está atormentando.

Doña Inesita recordó la mirada de Estefanía. En sus oídos resonaban los sollozos de su hija mayor, rogándole a don Agustín que le devolviera a la niña. Estefanía imploró, prometió que se iría a vivir sola, lejos de la ciudad, que encontraría la manera de ganarse la vida y criar a la niña, juró que nunca más volverían a saber de ella. Invocó piedad, pidió clemencia por el amor de Dios, se arrastró a los pies de su padre hasta que Carlina le dio una bebida preparada con las semillas de amapola que le había dejado la partera. Todavía dormida, los sollozos estremecían el cuerpo de su hija. Las únicas palabras que pronunció don Agustín fueron para preguntarle por el nombre del padre de la criatura. Lo único que Estefanía no reveló fue eso.

A punto de interceder, doña Inesita se contuvo para no provocar aún más la ira de su marido. Tenía terror de esos estallidos en los que don Agustín prorrumplía en insultos soeces y quebraba a patadas mesas, adornos, macetas de flores, lo que se atravesara a su paso, poseído por una cólera que se adueñaba de él hasta transformarlo en una bestia acezante, desposeído de todo rastro de humanidad. También guardaba una esperanza. Tal vez con el tiempo el corazón de su marido se ablandaría y Estefanía podría reunirse con la niña. Dirían que había muerto, tal como ella había propuesto. Sin embargo, la mirada de don Agustín le hizo comprender que cualquier esperanza era vana. Lo supo en el gesto cruel de los labios apretados con las comisuras hacia abajo, en la nariz afilada, en los ojos desorbitados. El rostro de su marido era el de un ave de rapiña, implacable.

—Padre, ¿usted sabe que Estefanía va a entrar a la orden del Carmen?

—Sí, doña Inés. La madre priora me dio la noticia precisamente ayer. Es muy grato ver a una joven tan competente resuelta a dejar su casa, donde nada le falta, para convertirse en esposa de Cristo.

---

—Mi hija no ha decidido nada, padre. Fue mi marido el que decidió —dijo doña Inesita hablando rápidamente, como para no tener tiempo de dar marcha atrás.

—Cuénteme, doña Inés —preguntó el sacerdote acercando un poco más el rostro al de su interlocutora.

—Mi hija se va de monja para evitar que la vergüenza cubra a la familia.

—¿De qué vergüenza habla, doña Inés? —preguntó el padre Naranjo, tratando de ocultar la curiosidad.

—Estefanía tuvo una hija natural hace unas semanas. Mi marido se la quitó al nacer y la mandó a vivir al campo, no sabemos dónde. Ahora obliga a Estefanía a meterse de monja para borrar hasta el último rastro de lo ocurrido.

—¿Quién es el padre de la criatura? —preguntó el sacerdote.

—No sabemos. Estefanía está empeñada en mantener el secreto. Para mí que está muerto. ¡Usted no se imagina, padre, lo que hemos sufrido en los últimos meses! Yo le entregué la recién nacida a la persona encargada de llevársela para el campo. He tenido que padecer el dolor de mi hija, junto con el remordimiento de haberle arrebatado a la niña. ¡Estoy en pecado mortal, padre Joaquín!

Doña Inesita no podía dejar de pensar en la mirada de Estefanía cuando Carlina le cambiaba las vendas mojadas de leche, esos grandes ojos negros fijos en el vacío. Después de tanto llorar, de rogar para que le devolvieran a la niña, Estefanía había perdido la voluntad. Comía si Carlina le llevaba los alimentos, respondía si le preguntaban algo, dormía parte del día y despertaba antes de la aurora para permanecer inmóvil en la cama, con los ojos fijos en el juego de vigas del techo.

—Usted no ha cometido ningún pecado, señora. Así se obra en estos casos —dijo el padre Naranjo, poniéndose de pie para comprobar que no hubiera nadie fisgoneando por ahí. Aquella conversación tendría que permanecer en el más absoluto secreto si querían evitar el escándalo.

—Es lo que menos me importa, padre. Me condenaría dichosa con tal de aliviar la pena de mi hija. Sé lo que sufre Estefanía.



---

¡Yo misma peno por mi nieta, daría cualquier cosa con tal de recobrarla! ¡No puedo olvidar que fueron estas manos las que la arrancaron de los brazos de su madre para entregársela a un peón! —dijo doña Inesita, levantando las manos para contemplarlas con horror—. No, padre, ni Dios ni mi hija podrán perdonarme. Si pudiera elegir entre los dos perdones elegiría el de mi hija, pero ella ni me responde cuando le hablo. ¡Me da miedo que Estefanía enloquezca!

—Ella estará bien en el convento, doña Inés. Con el tiempo comprenderá que la decisión que ustedes tomaron es la mejor —dijo el sacerdote, sin poder ocultar la sorpresa al ver la expresión de odio que cruzó por el rostro de doña Inés, de ordinario tan apocada. En los años que llevaba al servicio del Señor nadie lo había mirado así.

—Estefanía no estará bien en ninguna parte, salvo con su hija. Nosotros la condenamos a padecer la peor pena, la de saber que la niña está viva sin saber dónde. Habría sido mil veces mejor si la niña hubiera muerto. Ahora estaríamos llorándola sin preguntarnos si estará con hambre, si tendrá frío, si se habrá dado cuenta de que las personas que la tienen son extrañas. No, padre, mi hija no va a estar bien. Nunca.

—El ambiente en el convento es muy apacible, ya verá que su hija se amaña. Le repito que se tranquilice —aseguró el sacerdote, diciéndose que en ese punto doña Inesita tenía razón. Si la niña hubiera muerto nada de esto estaría pasando, él se habría ahorrado la incómoda entrevista y estaría levantándose de la siesta fresco y descansado para revisar algunas cuentas antes de ir al convento—. Ustedes hicieron lo que tenían que hacer —repitió—. Las personas de su posición no pueden dar escándalo, eso de tener hijos por fuera del matrimonio está para gentes ignorantes, para las personas del pueblo —añadió, recordando que cuando había visto a doña Inesita por primera vez le había parecido una señora bonita, algo apagada, pero bonita.

—Tanto don Agustín como usted evitaron el escándalo —continuó, incómodo por el repentino silencio de su interlocutora—.

---

No sólo la vergüenza que habría recaído sobre la familia, sino el mal ejemplo a las hermanas menores, a otras jóvenes de su posición. Por no decir nada de las clases inferiores, tan susceptibles de caer en el pecado. Váyase para su casa, señora. Trate de recobrar la serenidad. Con el tiempo su hija olvidará lo que le pasó y gozará de la inmensa alegría de ser la esposa de Cristo. ¿Qué más puede pedir una joven después de haber caído? Estefanía debe sentirse agradecida por tener unos padres como ustedes.

—Estefanía sólo quiere tener a su hija. ¿Acaso no comprende la enormidad de esta tragedia? Yo pensé que usted podría ayudarme, padre Naranjo.

—Usted sabe que los recién nacidos se mueren como moscas, doña Inesita —dijo el padre Naranjo. Pero al ver la mirada de la esposa del comerciante se apresuró a corregir—. Me refiero a los que se crían en la calle, como se habría criado su nieta si Estefanía se la hubiera llevado quién sabe adónde, no a los que reciben los cuidados necesarios. Créame que don Agustín obró de la manera más correcta. Lo que usted tiene que hacer es velar para que nadie conozca el secreto. ¿Quién más está enterado?

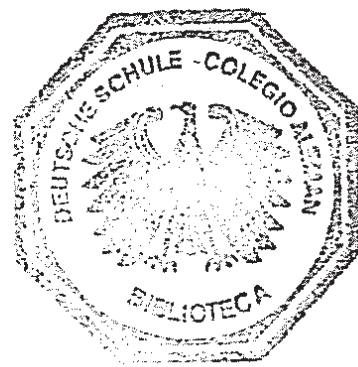
—La partera, Carlina y el hombre que se llevó a la niña.

—Hable con Carlina, amenácela con despedirla si es necesario. Los otros dos no hablarán si se les garantiza una buena propina.

Como doña Inesita no se movía de su asiento, el padre Naranjo se puso de pie para dar por terminada la conversación. Estaba molesto con la madre priora por haberle faltado a la confianza, ocultándole la verdadera razón por la cual la hija de don Agustín Giraldo tomaba el velo. Con Estefanía, la Donada y aquella Genoveva Alzate que tenía el descaro de pretender que la siguieran llamando Flor de Lis, la madre priora tendría problemas de sobra.

Eso, sin tener en cuenta la amenaza de los liberales. Si Mosquera llegaba a adueñarse del gobierno en el estado de Antioquia, la Iglesia estaría seriamente expuesta y la orden del Carmen no sería la excepción.

\*\*\*\*\*



## MARZO DE 1862

Flor de Lis trasplantaba hábilmente los pequeños brotes de zanahoria a la era de tierra abonada, mientras la nueva aspiranta hacía esfuerzos por imitarla. En el huerto del convento podían hablar en voz baja sin que la hermana Lucía del Corazón de Jesús, encargada de vigilarlas, se percatara de aquella violación a la regla más sagrada de la orden del Carmen.

El convento había sido fundado en Medellín para honra de Dios, bien de las almas y lustre de la provincia hacia finales del siglo dieciocho, después de una serie de fracasados intentos. La primera iniciativa tuvo lugar en 1723 gracias a don José Blanco, un piadoso habitante de la población de Honda, a orillas del Río Grande de la Magdalena, quien ofreció cuarenta patacones de oro para que la orden de las carmelitas descalzas tuviera una sede en Medellín. Pese al permiso concedido por su Majestad el rey Felipe V, la donación del señor Blanco no pudo hacerse efectiva pues el convento no se fundó en el tiempo estipulado.

La segunda iniciativa tuvo lugar sesenta años después, cuando dos eclesiásticos de Medellín viajaron hasta Santa Fe de Bogotá para acompañar a las religiosas que deberían, ahora sí, fundar el convento. Sin embargo, después de pasear por la ciudad y sus alrededores durante más de un mes, los sacerdotes regresaron inexplicablemente solos a Medellín. Fue entonces cuando una piadosa

---

dama de la ciudad, doña Ana María Álvarez del Pino, ofreció una donación en tierras, casas, ganados, negros y alhajas, que permitió poner en ejecución la vieja resolución de la Real Audiencia.

Los dineros de la señora Álvarez del Pino sirvieron para comprar la casa del presbítero José Antonio de Posada, a la cual se añadieron otros cuerpos hasta que el convento se levantó como un vasto edificio en la carrera Palacé. Dos portalones en arco, coronados por pequeñas ventanas enrejadas, la torre cuadrada de la capilla y las tapias del solar, era todo lo que los transeúntes podían ver desde la calle. El interior del edificio giraba alrededor de un patio central con corredores y una amplia fuente rodeada de jardines. En el primer piso quedaban el refectorio, el locutorio, el coro, la sacristía, el noviciado, las oficinas, la cocina, el solar, la huerta y el cementerio. En el segundo estaba el claustro, con las veintiún celdas. La regla equilibraba de manera armoniosa el trabajo y la oración, así que las monjas vivían en un estado de serenidad muy parecido a la dicha.

Estefanía levantó la cabeza para mirar por encima de las tapias. Los pómulos pronunciados tenían un color saludable y la piel del rostro, húmeda de sudor, recordaba un fruto maduro.

—Flor, ¿será que va a llover? —preguntó, después de examinar el cielo.

El verdadero nombre de Flor de Lis era Genoveva Alzate, pero Estefanía la llamaba como lo habían hecho los clientes en Santa Rosa de Osos. Flor de Lis era una mulata de pelo crespo, facciones pronunciadas y una boca dispuesta a sonreír hasta en el momento menos indicado. Tenía veintidós años, la misma edad de Estefanía. Como ella, había perdido la libertad, aunque desde hacía unas semanas la madre priora le permitía acompañar a la Donada a la plaza de mercado, a pesar de las recomendaciones que Pedro Justo Berrío le hiciera llegar por medio de doña Mercedes Zuláibar de Barrientos.

—Puede que llueva —respondió Flor de Lis mirando el cielo encapotado—, pero eso no quiere decir que yo no salga esta tarde. Pierda cuidado, Estefanía, que a la hora convenida estaré afuera.



---

Estefanía se pasó el dorso de la mano por la frente y miró hacia el corredor como si temiera que alguien pudiera enterarse de su conversación.

—Podemos hablar tranquilas. Ildefonso salió a llevarle unos pasteles a doña Mercedes, y la hermana Lucía dizque anda rezando —dijo Flor de Lis—. ¿Ha visto cómo se dan regalos entre la vieja y las monjitas? ¡Y eso que, según cuentas, hicieron voto de pobreza! ¡Pobreza! Más de un rico envidiaría la vida que se dan estas mujeres. Un día son unos fríjoles con papayuela que la Donada tiene que calar como si se los fuera a comer la reina de España, al otro día doña Mercedes les manda moras de Santa Elena, las monjas le bordan un mantel y ella les paga con un candelabro para el altar. ¡Si habrá gente de buenas!

—¿Dónde tiene la carta? —preguntó Estefanía, visiblemente preocupada.

—Aquí, donde nadie mete la mano sin mi permiso —respondió Flor de Lis, llevándose la mano al pecho.

—¿Por qué será que José Manuel no me escribe? Carlina prometió que encontraría la manera de avisarle lo que pasó con la niña.

—A lo mejor no ha podido. Seguro que a Carlina la mantienen tan vigilada como a nosotras. No cuente con su familia, Estefanía. De ahora en adelante las que le vamos a ayudar somos la Donada y yo. Las tres estamos aquí por la fuerza. Algún día vamos a salir juntas, así sea por la fuerza también. ¡Le apuesto a que cuando estemos al otro lado vamos a dar con Judas Tadeo y con la niña!

—No creo que la Donada quiera irse del convento —dijo Estefanía—. ¿Sabe, Flor? Yo creo que a José Manuel le pasó algo en la cárcel.

—¡Ya le he dicho que don José Manuel está bien! Todo el mundo sabe que la cosa se les puso grave a los prisioneros desde que los amigos trataron de sacarlos de la cárcel, pero ninguno se está muriendo. ¡Cómo los tendrán, que ni don Pascual Bravo ha podido ver a esa muchacha de Rionegro con la que se casó por

---

poder! ¡En Medellín todos estamos presos, los de afuera y los de adentro! —finalizó Flor de Lis, alzando imprudentemente la voz.

—Menos mal que usted se hizo amiga del guardia, Flor.

—Néstor nos va a servir mucho, ya verá.

\*\*\*

Tenía razón Flor de Lis cuando aseguraba que las condiciones de los presos políticos habían empeorado en los últimos tiempos. A partir de la segunda invasión de la Costa, esta vez al mando del general José María Mendoza Llanos, estaban sometidos a una severa vigilancia. El gobernador Giraldo había enviado de nuevo al coronel Pedro Justo Berrío, acompañado del coronel Cosme Marulanda, a repeler el segundo intento de invasión.

Estefanía recordó con dolor aquellos días que definieron su suerte. Tenía seis meses de embarazo y todavía no había revelado el secreto, esperando que ocurriera el milagro que dejara libre a José Manuel. A la hora del almuerzo don Agustín comentaba las noticias que ella escuchaba con el alma en vilo. Ese lunes, Carlina deslizó en su mano una nota escrita a toda prisa con un pedazo de carbón por José Manuel desde la cárcel.

*Estefanía:*

*Debes mantener la confianza, pase lo que pase. La libertad se encuentra a la vuelta de la esquina. Pronto estaremos juntos. Te amo más que nunca, tienes que saberlo.*

*José Manuel*

Estefanía trataba de no perder la confianza en la buena suerte. En Medellín permanecían apenas una docena de gendarmes, los más viejos y menos aptos para defender la ciudad de un ataque exterior, o para impedir un motín en la cárcel. La joven comenzó a vivir en un estado de alerta, aguardando el momento de la huida. A veces la esperanza se convertía en certeza, las dudas se desvanecían, el futuro dejaba de ser esa incógnita cargada de amenazas para ella y para la criatura que iba a nacer. Otras, presentía que los planes de fuga de los prisioneros estaban condenados al



---

fracaso. José Manuel seguiría preso y ella no podría ocultar por más tiempo que estaba embarazada.

El viernes a la una de la tarde oyó desde la casa los disparos de la guardia defendiéndose del motín para liberar a los presos. Dieciocho jóvenes liberales salieron armados desde una vivienda vecina a la prisión, donde se habían reunido en secreto. Al llegar a la cárcel uno de los amotinados, Antonio María Rodríguez, tomó por sorpresa al centinela y trató de arrebatarse el fusil. Pero el oficial de guardia se hizo cargo de la situación, cerrando con tranca la puerta. Estefanía oía el alboroto desde la ventana de su cuarto. Gritaban los presos que pateaban la puerta tratando de derribarla, gritaban los guardias y los asaltantes, gritaban los vecinos. Los soldados de la guardia disparaban contra los presos a través de las rejas del patio.

Al oír el tumulto, Luis María Restrepo, el gobernador encargado durante la ausencia de Giraldo, quien se encontraba en el estado del Cauca dispuesto a ofrecer la vida luchando contra la revolución de Mosquera, salió para la casa de Gobierno, convocó al comandante y a los pocos gendarmes que permanecían en la ciudad. Estefanía los vio acercarse y romper fuego contra los amotinados que huyeron en dirección al oriente. Algunos cayeron presos poco más allá de la Catedral. Dos de ellos lograron escapar.

Varios de los presos resultaron heridos. El coronel Cipriano Rodríguez, José Muñoz y Carlos Vélez, un oficial de la Costa capturado también en el cerco de Carolina, eran atendidos por el médico personal del gobernador. A partir de ese día las medidas de seguridad se extremaron en la prisión. Las esperanzas de Estefanía se desvanecieron en la media hora que duró el alzamiento.

\*\*\*

—A qué horas piensan salir esta tarde? —insistió Estefanía, nerviosa porque la hermana Lucía del Corazón de Jesús acababa de asomarse al corredor.

---

—Por ahí como a las tres. Tenga confianza de que antes de la comida don José Manuel sabrá que a usted le quitaron la niña y la encerraron a la brava en este convento. ¡Anímese, Estefanía! Cuando menos piense, don José Manuel quedará libre —dijo Flor de Lis, mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Si José Manuel logra sacarme de aquí, usted podrá vivir con nosotros, Flor. No tiene que volver a... a trabajar como lo hacía antes.

—No sabemos qué va a pasar cuando salgamos. Puede que viva con ustedes, puede que vuelva a trabajar en mi oficio, que no era tan malo porque me ayudaba a mantener a Judas Tadeo. Es duro bregar a una persona así... —dijo Flor de Lis con tristeza—. Cuando salía al pueblo tenía que amarrarlo para que no se volara y se me perdiera por ahí, en el monte. Judas Tadeo es terco como una mula, pero tiene un corazón más grande que el del mismísimo Jesús —sonrió—. ¡Más grande que el del propio Berrío, que dizque es un santo, según el cura de Santa Rosa!

—Me duele que Berrío la hubiera sometido a esa humillación, Flor.

—Gracias a ese zopenco estamos aquí, sembrando zanahorias, mientras que los liberales andan con grillos en los pies. Pero en carrera larga siempre hay desquite. Algún día podremos salir a buscar a la niña y a Judas Tadeo. ¡Algún día lo veremos derrotado! ¡A Berrío le deseo una muerte lenta y cruel! Una agonía que le duela tanto como a nosotras estar separadas de los niños sin saber si todavía están vivos.

—Yo siento que la niña está viva. A mí lo único que me interesa es que José Manuel salga de la cárcel para que busque a Isabel y a su hermano, Flor. ¿Usted no tiene idea de dónde pueda estar Judas Tadeo?

—Pueden haber pasado tantas cosas... —respondió Flor de Lis—. A lo mejor alguien pasó por la casa y, como lo vio solo, se lo alzó. O puede que a nadie le haya dado la gana de recogerlo, porque no puede trabajar. Judas Tadeo dependía de mí para todo, es tan

---

indefenso como su hijita recién nacida. ¡Si es que rezar vale la pena, hay que pedirle a la Virgen para que Mosquera llegue ligerito!

—No creo que a la Virgen le interese que Mosquera llegue a Medellín. En mi casa aseguran que es ateo, masón y enemigo de Dios, a pesar de tener un hermano arzobispo.

—Pues por eso mismo. ¡Por eso debemos rezar para que llegue! Le aseguro que entonces va a ocurrir el milagro que estamos esperando.

—Usted puede volarse del convento cuando quiera, Flor. Lo único que tiene que hacer al cruzar esa puerta es salir corriendo para Santa Rosa. ¡No entiendo por qué no lo ha hecho!

—La madre priora sabe por qué. Yo podría llegar hasta Santa Rosa, pero las monjas le avisarían a Berrío. Entonces el encierro sería en una colonia penal. ¡Allí sí quedaría fregada! No, es mejor tener paciencia, esperar a que las cosas cambien. Créame, Estefanía. La suerte va a cambiar. ¿Sabe que la mujer de Berrío se llama igual que usted? Pero ella es fea, esmirriada como un gato. También estaba en el balcón viendo el escarmiento público —continuó Flor de Lis, levantando la cabeza para observar las nubes que avanzaban veloces desde el sur de la ciudad, oscureciendo la mañana—. Ese día el pueblo entero salió a ver el espectáculo.

\*\*\*

Flor de Lis ejercía su oficio desde los catorce años en una casita de bahareque en las afueras de Santa Rosa, en una región poblada de robledales y marcada por las huellas de los buscadores de oro, donde vivía con su hermano Judas Tadeo. Santa Rosa estaba enclavada en el cruce de caminos que comunican con las vecinas poblaciones de San Pedro de los Milagros, Entreríos, Carolina, Gómez Plata, Angostura y Yarumal, de manera que siempre había hombres que pasaban por allí.

Estaba dispuesta cuando aparecía un cliente, porque no se sabía cuándo llegaría el otro. Disimulados entre los mineros y comerciantes circulaban los espías de Berrío, en busca de información sobre las actividades de los liberales que apoyaban la

---

revolución de Tomás Cipriano de Mosquera. Ella los reconocía por las preguntas que le hacían después de requerir sus servicios. Así sobrevivía, hasta el día en que llegaron los agentes del prefecto del Norte, Pedro Justo Berrío, a quienes en un primer momento confundió con los espías, asustada porque tendría que atenderlos a los tres, como ocurría a veces. Pero esas pequeñas ganancias adicionales le permitían comprar una camisa para Judas Tadeo, una saya para ella, así que se llenó de valor, saludándolos con una sonrisa.

Flor de Lis sabía por los clientes que el prefecto del Norte tenía el carácter áspero. Unos aseguraban que Berrío era ambicioso, otros que le habría gustado envejecer entre libros enseñando los secretos de la gramática, la geografía o la historia, pero que cumplía con decisión las obligaciones menos placenteras como aquella de cerrarles el paso a los invasores de la Costa Atlántica, o la de declararles la guerra a crímenes como la vagancia y la prostitución.

Los agentes de Berrío la violaron después de amarrar al niño de un pilar del corredor. Una hora más tarde la presentaron ante el prefecto del Norte, quien terminó de leer un documento antes de dignarse levantar la vista. Allí estaba la antítesis de su esposa, la mujer que reunía la miseria del pecado, el horror de la corrupción. Allí estaba la tentadora, la que seducía a los buenos campesinos, hombres honrados, padres de familia, mineros que se ganaban duramente la vida. Todo en ella hablaba de lujuria, desde el olor animal de su piel cobriza, hasta los senos orgullosos que parecían a punto de reventar la blusa. Flor de Lis era la provocación hecha carne, la promesa de un placer que casi se podía sentir con sólo ver las formas voluptuosas de su cuerpo apenas cubierto por las ropas desgarradas.

La joven observó que Berrío tenía las orejas demasiado grandes para el tamaño del rostro, la nariz abultada, el mentón pronunciado. Al ponerse de pie había cruzado los brazos que ahora apretaba contra el pecho como si quisiera protegerse de algo. También se fijó en las manos largas, en las uñas bien recortadas. Las manos eran lo primero que Flor de Lis miraba en un hombre.



---

Por la forma, por la manera de moverlas, anticipaba las caricias que recibiría y las que se le iban a exigir. Adivinaba también si la paga sería generosa. Sabía si el hombre se detendría en su cuerpo antes de penetrarla o si la poseería de una vez, buscando el desahogo detrás del cual iban todos.

A pesar de su posición desventajosa, lo miró con descaro. Un solo rasgo contradecía la severidad de aquella figura casi bíblica: la boca de labios sensuales, ligeramente plegados en una sonrisa irónica. Flor de Lis comprendió que el prefecto del Norte la deseaba. Berrío fue breve al momento de hablar.

—Supongo que sabrá cuál es el castigo al que se exponen las mujeres que se prostituyen.

Flor de Lis negó con la cabeza. No tenía idea de que hubiera otro castigo fuera de permitir que manos mercenarias la acariciaran.

—Mañana al medio día lo sabrá. Después, la enviaremos a un lugar de corrección. ¿Sabe qué es una colonia penal?

Flor de Lis negó con la cabeza.

—Es un lugar de castigo enclavado en el corazón de la selva. Pensar en huir sería una locura. Allí apartamos de la sociedad a personas como usted.

Flor de Lis quiso preguntar por su hermano, pero los gendarmes la sacaron a empellones del despacho.

A la mañana siguiente el barbero de Santa Rosa entró a la celda donde Flor de Lis permanecía sin alimento ni abrigo desde la tarde anterior, acompañado por uno de los agentes que la habían violado. Por un momento pensó que venían a forzarla otra vez, pero el agente se limitó a amarrarle las manos detrás de la espalda, apretándole los senos con una sonrisa húmeda.

—Déjela en paz, hombre, y siéntela allí. ¿No ve que tengo afán? —protestó el barbero señalando un taburete, el único mueble además del jergón de paja manchado de vómito en el cual Flor de Lis, a pesar de no estar acostumbrada a miramientos ni finezas, no había sido capaz de recostarse. El agente de Berrío la sostenía por los hombros mientras el barbero procedía a darle tijeretazos en el pelo, que caía al suelo en mechones ensortijados



---

y brillantes. Después tomó la barbera que utilizaba para afeitar al propio prefecto del Norte y le rasuró el cráneo hasta dejarlo tan liso como el de un recién nacido.

En la calle comenzaron a redoblar los tambores. El agente la levantó por los sobacos, obligándola a caminar hasta la puerta de la prefectura, donde cuatro gendarmes la escoltaron a la calle. Flor de Lis sintió en la cabeza rapada el azote del viento helado de Santa Rosa de Osos. La luz lechosa del mediodía la hizo parpadear, esquivando los ojos de la gente que se agolpaba en la plaza para presenciar el castigo. Aún así logró reconocer a varios de los clientes que ahora le arrojaban insultos a la cara, como antes habían lanzado sobre su boca el aliento jadeante de la pasión.

Las mujeres se apoyaban en las barandas de los balcones dispuestas a disfrutar del espectáculo. Venancio, el hombre de confianza de Berrío, un campesino que había estudiado con él en Santa Fe de Antioquia y luego en el Colegio Nacional en Bogotá, estaba en el balcón de la casa del prefecto al lado de la esposa del mismo y de una señora mayor que miraba el escarnio público con una mezcla de compasión y terror. Más allá del pueblo se alzaba la silueta baja y oscura de las colinas.

El desfile avanzaba al paso marcado por la banda de guerra. Cada cien metros se detenían para que el director de la banda leyera la proclama:

*¡El doctor Pedro Justo Berrío, prefecto del Norte, somete a escarnio público a Genoveva Alzate, culpable del delito de prostitución, y proclama que una vez concluido el castigo será enviada a una colonia penal!*

Doña Mercedes Zuláibar de Barrientos, a punto de regresar a Medellín después de pasar una temporada en su finca La Dolores, almorzaba ese día en casa de su amigo Pedro Justo Berrío.

—Le sugiero que en lugar de enviar a la joven a una colonia penal, la mande para Medellín, Pedro Justo —dijo cuando estaba en la mesa, sentada en la cabecera frente al prefecto.

—Esa muchacha es una amenaza para el orden moral, Mercedes. Encerrada estará mejor que en Medellín —respondió

---

Berrío, visiblemente molesto. Respetaba a doña Mercedes, a quien consideraba socialmente superior, pero le parecía inadmisibles que se entrometiera en asuntos de su administración.

—¡Yo le garantizo que las monjitas del convento del Carmen harán una buena labor con ella! La madre priora dirige de manera admirable la orden. Como le digo, la joven puede ayudar en las tareas más pesadas. ¡A lo mejor hasta se arrepiente de corazón! En el convento tendrá tiempo para reflexionar —insistió doña Mercedes.

—No estoy seguro, Mercedes —respondió Berrío, aceptando la tisana humeante que le ofrecía su mujer. Ella también estaba de acuerdo con doña Mercedes, pero por nada del mundo se habría atrevido a contradecir al jurista.

—Yo sé lo que le digo, Pedro Justo —insistió su invitada—. Al cabo de un año con las monjas, esa joven será otra persona. ¿Sabe si tiene familia?

—Entiendo que vivía completamente sola, dedicada a... a ejercer su oficio.

—Entonces las cosas son todavía más fáciles. Si no tiene familia, no va a querer salir del convento. Le aseguro que a veces hasta siento envidia de las religiosas. ¡En el convento del Carmen se respira una paz! Allí no llegan los conflictos familiares, ni las pasiones de la política, no se habla de la guerra, ni de la mala situación económica. Las monjitas no distinguen entre Mosquera o mi yerno Mariano.

Doña Mercedes se refería al ex presidente Ospina, que había estado casado con dos de sus hijas fallecidas en forma trágica con pocos años de diferencia, como si todavía fuera su yerno. —En el convento se vive en paz —repitió. Veía que el prefecto empezaba a vacilar.

—Un convento es un lugar de oración como usted bien dice, Mercedes, no un reformatorio para jóvenes extraviadas. Mucho me temo que las monjitas no sabrían qué hacer con una pervertida. Además, no se trata de premiarla sino de propinarle el castigo que se merece.

---

—Las monjitas no viven tan alejadas de la realidad, Pedro Justo —respondió doña Mercedes, pasando por alto la segunda parte de la respuesta de su anfitrión—. Pueden ponerla a trabajar, muchas de ellas están viejas. La madre priora tiene mi edad, la hermana Lucía del Corazón de Jesús es mayor que nosotras, la hermana tornera tiene casi ochenta años. Para las tareas más duras están el criado Ildefonso, que no tiene muy buen carácter, valga la verdad, y la antigua esclava, la Donada, que no puede sola con tanto oficio. ¡Créame, Pedro Justo, cuando le digo que esa muchacha sería una ayuda para las monjas!

—Realmente no sé...

—Pues entonces hagamos el ensayo. Yo me la llevo mañana. Si al cabo de unos meses las cosas no salen como esperábamos, le avisamos y usted la manda para la colonia penal, tal como tenía planeado.

El prefecto del Norte cedió. Esa tarde, Flor de Lis se marchó con doña Mercedes para La Dolores con la cabeza envuelta en un pañolón de su protectora y ropas limpias que le proporcionó una de las criadas de la esposa de Berrío. Al enterarse de la existencia de Judas Tadeo, doña Mercedes mandó a un peón a buscarlo, pero el hombre dijo al regresar que en la casita o sus alrededores no había rastros del niño.

\*\*\*

—Ojalá tenga razón, Flor —dijo Estefanía poniéndose de pie y arqueando la espalda adolorida—. Yo sólo espero el momento de salir de aquí para buscar a mi hija. No puedo pensar en otra cosa. Isabel es mi única razón de vivir. A veces creo que me estoy volviendo loca y hasta siento que José Manuel ha dejado de importarme, que podría renunciar a su amor con tal de recobrar a la niña.

—No diga eso que usted se muere por don José Manuel —dijo Flor de Lis—. A mí me pasa lo mismo con Judas Tadeo, no puedo dejar de pensar en él. ¡Y con la calladera que mantienen estas mujeres se piensa mucho más! ¿Qué le pasaría? ¿Por

---

qué desapareció como si se lo hubiera llevado el Diablo? Tal vez fue hasta la quebrada y se ahogó. Puede que esté muerto... Judas Tadeo era como un niño pequeño, a pesar de tener doce años —añadió, pasando la palma de la mano por la tierra removida en un gesto que recordaba una caricia.

—¡Si al menos pudiera saber quién tiene a la niña! —dijo Estefanía—. Es urgente que usted le lleve la carta a José Manuel. Él hará algo por ayudarnos. No podemos seguir en esta incertidumbre.

\*\*\*

Daban las dos de la tarde cuando la hermana tornera dejó salir a la Donada, a Flor de Lis y al criado Ildefonso. Debido a la mala situación causada por la guerra, bastaba con un solo canasto que con frecuencia no alcanzaban a llenar en los toldos del mercado, pero aún así la hermana notó que Flor de Lis iba con las manos vacías y un fulgor sospechoso en los ojos renegridos, como los del Demonio.

Apenas oyó correr los cerrojos la joven se volvió hacia sus acompañantes:

—Sigan ustedes, que yo los alcanzo.

El criado la miró con recelo. Tenían acordado el precio por esos minutos de libertad que Flor de Lis emplearía para saludar a uno de los guardianes de la cárcel, primo suyo. La joven se humedeció los labios con la punta de la lengua y añadió:

—No me demoro, Ildefonso...

Ildefonso aspiró el olor salvaje de su pelo, que volvía a crecer más grueso y ensortijado que antes.

—Qué primo, ni qué...

—¡Ay, Ildefonso, si quiere me acompaña para que lo conozca! Venga, vamos juntos.

—Bueno, vaya pues, pero no se demore.

—Vayan a la plaza primero. Yo saludo a mi primo y los alcanzo en el almacén de don Agustín Giraldo.

Las consecuencias de la guerra se sentían con más rigor que nunca. Después del fracasado segundo intento de invasión de los

---

liberales de la Costa, éstos habían bloqueado el comercio impidiendo el paso de las mercancías importadas que llegaban hasta el estado de Antioquia por el Río Grande de la Magdalena, el Cauca o el Nechí. Sus agentes detenían los barcos que subían con mercancía y confiscaban los cargamentos, medida que desalentaba a los comerciantes, quienes preferían guardar su capital en espera de tiempos mejores, en lugar de arriesgarlo en una empresa condenada al fracaso.

Por esa razón las mercancías, así como las armas de fuego, alcanzaban precios exorbitantes en el negocio de don Agustín Giraldo, como si él fuera el único capaz de desafiar la miseria que se veía en las calles. Porque en Medellín no había manera de adquirir artículos de primera necesidad, a menos que se pagaran los precios fabulosos en el almacén de la calle del Comercio. Obligados por la penuria, la gente convertía los ponchos en pantalones, los pañuelos en camisas, las mantillas en ropa interior, las cobijas en chalecos y levitas, de manera que la ciudad parecía un circo, a juzgar por la facha estrafalaria de sus moradores.

La respuesta a la abundancia de mercancía en el almacén de su patrón la tenía Vicente Gómez. Sigiloso, acompañado de dos o tres porteadores tan callados como él, El Tungo subía por la cordillera hasta Sonsón y de allí se descolgaba hasta el puerto de Honda sobre el Río Grande de la Magdalena unas veces, otras bajaba por las montañas del Chocó hasta Quibdó, donde compraba mercancía que introducía en el estado de Antioquia después de sobornar a guardias liberales o conservadores, según el caso.

\*\*\*

Al acercarse, Flor de Lis vio que los gendarmes discutían con un grupo de personas en la puerta de la prisión. Don Pedro Bravo, doña Marcelina Echeverri y Obdulia Escobar pedían permiso para ver a Pascual Bravo. En vano argumentaba don Pedro, un hombre de pelo entrecano y mirada bondadosa, vestido de negro de pies a cabeza.



---

El recientemente nombrado gobernador Marceliano Vélez endurecía las condiciones de los prisioneros ante la amenaza de una asonada. El descontento de las gentes, aun de los conservadores, era cada día mayor. De la capital no llegaban sino malas noticias. Mosquera, ahora presidente provisorio de la Nueva Granada, emprendía la campaña contra la Iglesia con la promulgación del decreto de tuición sobre la totalidad de los cultos establecidos en el país. A partir de la expedición del decreto, ningún ministro superior podría ejercer las funciones del culto sin haber obtenido permiso del poder ejecutivo o de los gobernadores de los estados, bajo pena de destierro. Los obispos y prelados debían sacar un pase ante las autoridades correspondientes para officiar. El ministro de Relaciones Exteriores, Rojas Garrido, había expulsado al nuncio de su Santidad al tercer día de la expedición del decreto, con lo cual se rompían las relaciones con el Vaticano. A este acto se siguió la disolución de la Compañía de Jesús, la ocupación de sus bienes y la expulsión de los religiosos, luego de recibir un plazo de setenta y dos horas para abandonar el país. Las protestas del arzobispo Herrán suscitaron una lacónica nota de Mosquera:

*El Gobierno dispone que obedezca usted, y que si tiene que representar lo haga como ciudadano granadino y no como funcionario público, porque el Gobierno no reconoce en los obispos otra cosa que ciudadanos sujetos a los preceptos de la ley y los mandatos de la autoridad.*

Como si quisiera corroborar sus intenciones, el gobierno revolucionario procedió a suprimir y a dispersar las demás órdenes religiosas privándolas de sus bienes y rentas, bajo el decreto de desamortización de bienes de manos muertas. Los conservadores, así como muchos liberales creyentes, consideraban a Mosquera un ladrón que despojaba a la Iglesia de sus bienes para venderlos en pública subasta a personas desalmadas, o simplemente a quienes, dejando de lado los escrúpulos, se decidían a comprar a buen precio una finca, unos terrenos destinados a construir un seminario o un colegio, un lote convenientemente situado cerca de la

---

ciudad. El decreto que tanto atemorizaba a religiosas del Carmen tocaba también los institutos educativos, las congregaciones, las cofradías, los patronatos, las hermandades, las parroquias, los hospitales y los conventos.

El clero de Antioquia, libre mientras la revolución de Mosquera no rompiera las fronteras, protestaba contra el pase para officiar. El obispo Domingo Antonio Riaño advertía que aquellas medidas formaban parte de un malévolos plan para esclavizar a la Iglesia. Bajo la dirección espiritual de Riaño, el clero escribió una carta negándose de manera contundente a solicitar el pase para officiar. En Antioquia se obedecía a Dios, no a Mosquera. Seguramente el obispo no imaginaba cuál sería el precio de esa rebelión ante la autoridad del ahora presidente provisorio de la Nueva Granada. Aislado por la geografía, se sentía fuera de las garras del usurpador.

Flor de Lis se detuvo a unos pasos del grupo.

—Por lo menos deberían dejar entrar a mi nuera —decía una señora de pelo castaño—. Ella se casó por poder con mi hijo Pascual y no ha podido visitarlo ni una vez —añadió, hundiendo la mirada en el rostro del gendarme. El joven se encogió como si lo hubiera amenazado con la punta de una bayoneta.

Flor de Lis contemplaba fascinada el traje de las damas. Ambas iban vestidas a la última moda, como si para ellas no existieran las duras condiciones impuestas por la guerra. Doña Marcelina Echeverri tenía el talle airoso de una jovencita, un rostro de facciones finas y los ojos soñadores de su hijo Pascual, enmarcados por unas cejas tupidas. Como el hijo mayor, tenía un hoyuelo en el mentón. Hablaba con voz melodiosa a pesar de la dureza con la cual recriminaba al gendarme. Flor de Lis se acercó un poco más para oler su perfume.

—Agradecemos la información, señores —dijo don Pedro—. Vamos, Marcelina —añadió, diciéndose que habían perdido el viaje—. Hablaré con el gobernador para que nos permita escribirle a Pascual —terminó, molesto por la presencia de una criada que miraba a su mujer de manera insolente.

---

—No entiendo por qué no nos dejan pasar. ¿Creerán que vamos a sacarlos a la fuerza? —insistió doña Marcelina.

—Tenemos órdenes de no dejar entrar a nadie, señora —repitió el gendarme.

—¿Por lo menos podrían decirle a Pascual que vinimos a verlo? —preguntó Obdulia.

Flor de Lis observó que a pesar de llevar un corsé, el talle de la joven era más grueso que el de la suegra. La joven parecía incómoda con el vestido de crinolina, y sin darse cuenta se llevaba la mano a la garganta para aflojar el collar. Se notaba que la mujer de Pascual Bravo seguía sin mucho éxito los dictados de la moda.

—Los presos están incomunicados, señorita —dijo el gendarme, impaciente por hablar a solas con Flor de Lis.

—Señora. No se le olvide que me casé por poder con Pascual Bravo.

—Disculpe, señora. Pero le repito que los presos están incomunicados.

—¿Usted cree que con esto logran algo fuera de mantener separada a una familia?

—Tenemos órdenes —dijo el gendarme. Sabía que a Flor de Lis no le sobraba el tiempo—. Las disposiciones son para todos —agregó.

—Es mejor que pidamos una autorización al gobernador —dijo don Pedro, tomando a doña Marcelina del brazo—. Que tengan buen día —agregó, volviéndose hacia los gendarmes.

Al pasar junto a Flor de Lis, Obdulia la miró a los ojos. Por un momento la criada creyó que la esposa de Pascual Bravo iba a decirle algo, pero luego vaciló y siguió calle abajo, detrás de sus suegros.

\*\*\*

—Cómo le va, Néstor —dijo por fin Flor de Lis, acercándose al guardia—. Hace días que no nos vemos... ¿Me ha pensado? —agregó en voz baja.

---

—¿Usted me ha pensado, Flor? —preguntó el gendarme, visiblemente turbado.

—Muchísimo. ¡No puedo dejar de pensar en usted!

—Eso es lo que quiero, que se acuerde de mí cuando no pueda salir del convento. Creí que ya no vendría. Se estaba haciendo tarde, esos señores no querían irse.

—Es que casi no logro salir. Hasta la Donada y yo, que no somos nadie en ese convento, estamos dedicadas a salvar el mundo a punta de canticos. Si no terminamos a tiempo las tareas nos ponen a rezar.

—Tiene que encontrar la manera de salir con más frecuencia, Flor. Hace dos semanas que no pasaba por aquí. ¡Ahora resulta que sale precisamente el día en que estoy de guardia en la puerta!

—Tranquilo, que yo hago lo que sea con tal de seguir saliendo. Ya sabe que no me da brega hacer cualquier cosa por usted, Néstor. Lástima que hoy lo tengan aquí... ¡Es mucho mejor cuando está en la garita! Allá podemos conversar solitos, sin que nadie nos moleste —dijo Flor de Lis, acercándose un poco más al gendarme.

—¿Cuándo cree que pueda volver? —preguntó el joven, consciente de estar a la vista de cualquiera que pasara por la calle.

—Depende de los mandados que tenga que hacer la Donada. Pero no se preocupe, yo le aseguro que nos volvemos a encontrar... Oiga, Néstor, ¿será que me puede hacer un favorcito? Un favorcito así de chiquito... —dijo Flor de Lis, señalando con el pulgar una pequeña porción del índice. Acercándose aún más, rozó al gendarme con el pecho.

—¿Como qué será?

—Es una cosita de nada —susurró Flor de Lis. El cuello de la blusa se había abierto y dejaba ver el nacimiento de los senos—. Entréguele esta cartica a don José Manuel Toro.

Turbado por la cercanía de la joven, el gendarme tomó la hoja de papel y la guardó en un bolsillo del uniforme, pensando que no podía confundirla con la otra que le había entregado don Pascual

---

Bravo. La guardaba para llevarla personalmente a la casa de don Pedro donde podría entregársela sin riesgo de ser descubierto. A los presos les había dado por escribir. Don Camilo Antonio Echeverri, el primo de doña Marcelina, se había pasado la semana escribiéndole al gobernador para que lo dejara salir de la cárcel y marcharse al extranjero, como si las cosas fueran así de fáciles y los presos políticos sólo necesitaran hacer una solicitud para quedar en libertad. Camilo Antonio Echeverri le escribía cartas a su padre, escribía artículos que algún día volvería a publicar en la prensa, anotaba hasta los pensamientos que le pasaban por la cabeza, encendiendo el único ojo en su rostro alargado y burlón.

—¿De quién es la carta para don José Manuel?

—Ahora no le puedo decir.

—Si no me dice la leo antes de entregársela —dijo el guardia, con los ojos fijos en los senos de Flor de Lis.

—Usted no sabe leer —respondió la joven, apartándose con una sonrisa—. Tampoco es que le haga falta —añadió—. Las personas como nosotros no necesitamos saber esas cosas. Oiga, Néstor, ¿verdad que esa señora tan linda es la mamá de don Pascual Bravo?

—Usted es una entrometida, Flor. No vaya a creer que no la vi poniéndoles cuidado. Sí, ella es la mamá de don Pascual. La otra es la señora. Se casaron por poder hace unos meses.

—¿Qué será eso de casarse por poder?

—Pues es algo así como casarse de lejos. En este caso la novia estaba en la iglesia de la Candelaria y el novio aquí, en la cárcel. Ella tenía en reemplazo de don Pascual a don José María Bernal. A don Pascual lo acompañó la señora de don Gabriel Echeverri, la madre de don Camilo Antonio, el que cree que el gobernador lo va a dejar salir por esa carta que le escribió.

—Me parece bobada casarse de lejos. Si no se pueden ver, ¿para qué se casan?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Una última cosita, Néstor: ¿cómo es don José Manuel?

—¿Cómo así que cómo es?



---

—Pues que si es alto, o bajito, buen mozo, o feo. ¿Es simpático?

—La verdad es que no me he fijado.

—Entonces, ¿cómo cuida a los presos si no se fija en ellos?

—Yo me fijo en que no se vuelen de la cárcel. Lo demás no me importa.

—Pero algo sabrá. Dígame cómo son.

—Pues... don Pascual es muy elegante, se parece a la mamá. Y don Camilo Antonio es tan flaco como una vara de premio.

—¿Y don José Manuel?

—A mí me parece que es común y corriente. Tiene barba. Se la dejó crecer desde que lo metieron preso. Tiene el pelo café, los ojos zarcos, no es alto, ni bajito.

—Trátelos bien, Néstor, que cuando los conservadores pierdan la guerra ellos van a ser personas importantes. En cambio los que ahora están en el curubito se van a reventar contra el suelo. ¡Ya verá!

—¿Quién le cuenta tantas cosas, Flor? Usted es casi una monja de clausura. No creo que a ellas les importe lo que pasa en la cárcel.

—A mí me importa lo que pasa aquí, donde está usted, Néstor. Algún día voy a salir del encierro, igualitico que don José Manuel, don Camilo Antonio y don Pascual Bravo. Verá que cuando Mosquera llegue, las cosas van a ser distintas. Ahora nos tenemos que despedir —dijo, al ver que las sombras de las casas comenzaban a alargarse sobre el empedrado de la calle.

—Mosquera está en Bogotá. Aquí mandan los conservadores —respondió Néstor, con la idea de prolongar el momento.

—Mosquera está que llega —aseguró Flor de Lis, mientras trataba de ver hacia el interior de la cárcel.

—Cuénteme, Flor... ¿Le voy a hacer falta? —preguntó Néstor acercándose a ella.

—Mucha... especialmente para... ya sabe. Eso que nos gusta tanto a los dos. Ojalá pueda verlo en la garita cuando vuelva a salir.

---

—Yo la voy a estar esperando, Flor.

—Yo también aguardo el momento de volvernos a encontrar. No se le olvide la cartica para don José Manuel —dijo la joven, rozando con la yema de los dedos la entrepierna del gendarme.

\*\*\*

Poco después del cambio de guardia, José Manuel Toro desdoblaba la carta de Estefanía:

*Mi adorado José Manuel:*

*Apenas puedo escribirte unas líneas burlando la vigilancia a la que estoy sometida para avisarte que nuestra hija Isabel nació el dos de diciembre. Esa misma noche me la arrebataron y se la entregaron a una persona extraña, que deberá criarla donde nadie sepa de su existencia, de manera que ella no sea un escándalo, ni yo un mal ejemplo para las buenas familias. ¡No te alcanzas a imaginar la inmensidad de mi dolor! Vivo en una permanente agonía por la niña, por nosotros dos.*

*Aunque sé que te encuentras en peores condiciones que yo, al menos tienes la esperanza de quedar libre tan pronto cambie el rumbo de la política. Yo también espero ansiosa ese momento. Entonces podrás buscar a Isabel. Esa ilusión es lo único que me permite soportar la vida. El tiempo vuela. Si no sales pronto y me ayudas a salir de aquí, tendré que tomar el velo. Confío en ti para recobrar a nuestra hija.*

*Siempre tuya,*

*Estefanía.*

—¿Malas noticias, José Manuel? —preguntó Pascual Bravo al ver el semblante del amigo, el temblor de las manos que sostenían la carta.

José Manuel Toro fijó en el compañero de cautiverio los ojos verdes como si no hubiera entendido la pregunta, pero luego respondió:

—Ha ocurrido lo peor, Pascual. Estefanía dio a luz una niña que le arrebataron en el momento de nacer. ¡Tan sólo un desalmado como don Agustín Giraldo sería capaz de hacer una cosa

---

así! ¡Arrebatarle la niña a Estefanía, obligarla a padecer una tragedia para evitar las habladurías de la gente!

—¿Dónde está ella en este momento?

—La enclaustraron en el convento del Carmen. Yo le juro, Pascual, que recobraré a la niña cueste lo que cueste. ¡Sería capaz de torcerle el cuello con mis propias manos a ese infame! Pensar que somos nosotros los que estamos aquí presos, cuando un criminal como don Agustín anda libre, y sin ningún remordimiento. Me pregunto si doña Inesita estaría de acuerdo con esto, o si habrá tratado de ayudarle a la pobre Estefanía.

—Ahora usted tiene una razón más para salir de aquí. Falta poco, José Manuel —dijo Pascual Bravo, compadecido por la palidez del amigo.

—Dios lo oiga, Pascual. Cada minuto de este encierro se me hace eterno. Ahora me maldigo por haber salido al encuentro de las tropas de la Costa. ¡Debería haberme quedado con Estefanía, haber hecho caso a sus ruegos! Nos habríamos casado en secreto y ahora estaríamos viviendo en Guayabal. De todas formas, la incursión que hicimos para apoyar la invasión de la Costa no sirvió para nada. Sólo por mi culpa Estefanía y la niña tienen que sufrir esta tragedia y yo a dos pasos, sin poder hacer nada. ¡Es como para enloquecer!

\*\*\*

Dos horas más tarde, don Pedro Bravo recibía una nota de su hijo Pascual escrita la noche anterior en su celda.

*Querido papá:*

*Le escribo para decirles que estoy bien, a pesar de las duras condiciones de mi cautiverio.*

*Espero que hayan aprovechado para hacer otras diligencias en Medellín, así no les habré hecho perder el viaje. Sé que los negocios están por el suelo pero le pido que mantenga vivos los contactos comerciales con Ambalema. El negocio de exportación del tabaco puede mejorar y no es el caso de perder los vínculos comerciales con Nueva York. Le aseguro que las personas que hoy estamos privadas*

---

*de la libertad jugaremos un papel importante en la recuperación del estado de Antioquia. Pronto habrá libertades individuales, educación para todos los niños. ¡Los días de la tiranía conservadora están contados!*

*Siento en el alma no poder verlos cuando se vayan mañana. Saludes a mi mamá, a Obdulia y a todos los de la casa.*

*Su hijo respetuoso,*

*Pascual.*

Por su parte, Camilo Antonio Echeverri recibía a vuelta de correo la respuesta del gobernador Marceliano Vélez, quien se jugaba con las tropas antioqueñas, enfrentadas una vez más al ejército de Mosquera, las últimas cartas a favor del gobierno conservador. Las palabras del gobernante resumían las razones por las cuales se mantenía a los jóvenes liberales rebeldes en el más estricto cautiverio:

*Manizales, 11 de marzo de 1862*

*Señor doctor*

*Camilo Antonio Echeverri,*

*Medellín.*

*Muy señor mío: Debo contestar la carta de usted, en términos francos y explícitos, porque a ello me obligan los conceptos emitidos por usted.*

*Siento profundamente no poder acceder a lo que usted me pide. Las leyes del país consideran a usted como delincuente, y sin un juicio previo usted no puede salir de la prisión a que ha sido sometido por haberse sublevado contra el gobierno y las instituciones legítimas. Si el mal que usted pudiera causar recobrando la libertad sólo me afectara a mí, puede usted estar seguro de que no le causaría ninguna mortificación, porque no quiero conservar mi vida si para ello es preciso que uno de mis semejantes esté sometido a las privaciones de una cárcel y arrastrando un grillete; pero los grandes intereses de la sociedad me obligan hoy, en mi calidad de magistrado, a tener a usted en la imposibilidad de hacer mal a la causa por que lidia de dos años a esta parte el gobierno del Estado.*

---

*Dejar a usted sin prisiones y en estado de cumplir lo que usted llama deber de recobrar su libertad, sería exponer la vida de muchos individuos y el sosiego de un pueblo que juzga con razón, en mi concepto, que las manifestaciones de su libertad son perjudiciales. Por una desgracia que yo lamento, el deber de usted, que es recobrar su libertad, está opuesto al mío, que consiste en no hacer mal a la causa del gobierno.*

*Para llenar mi deber, tal cual lo entiendo, he exigido de usted que me dé su palabra de honor de no procurar evadirse de la cárcel, ni tramar conspiraciones con ese fin. Los antecedentes de usted y el recuerdo de lo que hizo el 29 de septiembre último, me obligaron a mandarle poner grillos por su tenacidad en no contraer un compromiso que me tranquilizara respecto a las medidas que usted pudiera tomar para recobrar su libertad, mas no el deseo de martirizarlo, como lo teme usted.*

*Creo que usted debe ser juzgado por sus compromisos en la actual rebelión, conforme a las leyes, y el sumario se está instruyendo. Por esto yo no tengo facultades para permitirle que salga de la Nueva Granada, como usted lo sabe bien, ni para decidir de su suerte.*

*Soy de usted muy atento y seguro servidor,  
Marceliano Vélez.*

\*\*\*

Al salir para Rionegro con las primeras luces del día, Obdulia y sus suegros encontraron frente a la puerta de la pesebrera a don Agustín Giraldo, el propietario del almacén donde las personas más distinguidas de la ciudad compraban artículos de lujo, los paños y las sedas para sus trajes. El comerciante gesticulaba como si discutiera con un interlocutor invisible. Los músculos de su rostro se contraían en extrañas muecas, las manos halaban hacia arriba las mangas de la camisa. Al verlos trató de disimular la incomodidad que le causaba el haber sido sorprendido en semejante actitud, y saludó con voz estruendosa.

Don Pedro se quitó el sombrero para responder con un discreto “buenos días”. Su mujer en cambio lo miró con aire



---

ausente, alzando la vista hacia las montañas cubiertas por la neblina. Aldemar le regaló una mirada burlona, contento por haberlo sorprendido hablando solo como Betsabé, la loca de San Antonio de Pereira, una india a la cual él y Obdulia provocaban cuando eran niños, hasta hacerla proferir toda clase de vulgaridades. Seguía con la misma sonrisa cuando cruzaron el puente de la quebrada Bocaná, donde comenzaba el ascenso hasta el alto de Santa Elena.

Doña Marcelina cabalgaba en silencio, envuelta en un grueso pañolón. Sufría por la mala salud de su hijo en la cárcel, pero trataba de disimular para no confundir a don Pedro, abrumado por toda clase de preocupaciones. El comercio con Ambalema estaba casi paralizado por causa de la guerra y eran muchas las familias amigas que se encontraban en la ruina. El único que no padecía los estragos del bloqueo, al cual los sometían las tropas de Mosquera, parecía ser don Agustín Giraldo.

Los esfuerzos de don Pedro por mantener a flote las actividades comerciales dejaban a doña Marcelina tan sola para cuidar, disciplinar y educar a los hijos menores, como lo había estado siempre la madre de Obdulia, no porque el comandante tuviera que trasladarse a otras ciudades, sino por su costumbre de encomendarle las responsabilidades familiares. Si las cosas seguían mal, a su suegra le esperaban años de duro trabajo.

Las economías eran una prueba difícil para doña Marcelina, acostumbrada a guardar en el tocador frascos de perfume sin abrir, alfileres de madreperla para los sombreros, aretes de filigrana de Mompox. Tenía una colección de trajes y abrigos, de guantes y ropa interior que la madre de Obdulia reprobaba como una escandalosa muestra de despilfarro. Y lo peor era que Pascual había heredado ese amor por la moda, la pasión por los paños ingleses y las camisas de fino algodón, los zapatos de cordobán, las fragancias, los pañuelos de seda. Por eso su madre no dejaba de pensar en las incomodidades que padecería en la cárcel, tan penosas para sus costumbres refinadas como las mismas enfermedades a las cuales lo exponía el hacinamiento.

---

Nadie conocía a Pascual tan bien como ella. Mucho más que don Pedro, a pesar de su talante observador. Doña Marcelina sabía que la energía de su hijo era más mental que física. Era amante del orden, como ella. Al igual que ella, el joven demostraba un poder hipnótico sobre las personas. Como su madre, tenía vínculos emocionales con el pasado. Por eso había elegido casarse con Obdulia en lugar de hacerlo con cualquiera de las jóvenes de Rionegro o Medellín que se ruborizaban cuando lo encontraban en la calle, mientras las madres se detenían para saludarlo exhibiendo orgullosas la belleza de sus hijas, como si fueran novillonas en la feria de San Isidro.

Las bestias subían penosamente por el camino pedregoso. Obdulia y Aldemar no paraban de hablar, aunque la suegra desaprobaba esa familiaridad. Varias veces la vieron a punto de ordenarles silencio. Ella sólo había hablado un par de veces para referirse a Pascual. Para nadie era un secreto su predilección por el hijo mayor. No le hacía falta verlo para saber si estaba enfermo, si se encontraba afligido, si la esperanza despertaba en su alma para luego asfixiarse entre los sórdidos muros de la prisión, si mantenía vivo el deseo de participar en los grandes acontecimientos políticos que se avecinaban.

Al cruzar un arroyo crecido por las lluvias, volvió la cabeza y le sonrió a don Pedro con esa ternura que afluía en el momento menos esperado.

—¿Está cansada, Marcelina? —preguntó don Pedro, devolviéndole la sonrisa.

—Voy bien, Pedro.

—¡Ya casi llegamos a la casa de Baena! —exclamó Obdulia al ver aparecer en la cima de la cuesta los muros de la posada.

Su tío miró el reloj de leontina. Eran las diez y media de la mañana. Habían tardado poco más de cuatro horas en escalar la pendiente poblada por una tupida vegetación de árboles y helechos, con lo cual cubrían la parte más dura del camino. Los animales andaban con la cabeza gacha. Debían descansar por lo menos una hora antes de comenzar el descenso hacia el valle de Rionegro.

---

Los jóvenes desmontaron junto al corredor de la posada. Baena, un hombre de unos cincuenta años que se ganaba la vida atendiendo a los viajeros que pasaban por aquella ruta, los esperaba con limonada y bizcochos para reponer las fuerzas. Obdulia notó que su suegra ocultaba la fatiga detrás de una sonrisa irridada.

—Venga, tía, descanse un rato —dijo, mientras veía cómo su falda caía al suelo en pliegues tan graciosos como si hubiera estado en un salón de baile. Pero en lugar de responder, doña Marcelina pasó frente a ella y entró con paso altivo al corredor de la casa, donde diez años antes había caído un rayo que incendió las paredes adornadas con frases ingeniosas de Rufino Cuervo, Juan Francisco Ortiz y los versos dedicados por Gregorio Gutiérrez González a Medellín.

Se sentaron a descansar en una banca de madera en el corredor, deslumbrados por la imagen del valle que se extendía a sus pies. Vista desde arriba, la ciudad parecía un pesebre con sus casas de techos rojos y paredes encaladas. En las afueras estaban las quintas de los ricos con los huertos y jardines enmarcados por cercos de búcaros, el río que serpenteaba entre árboles de un verde oscuro, surcado por gruesas pinceladas de sombra. A medida que la vista se alejaba de la ciudad distinguían las pequeñas granjas cultivadas. Más lejos estaban las poblaciones de Belén e Itagüí, con sus plazas en miniatura coronadas por el pequeño templo.

—Nada más parecido a la imagen de un verdadero paraíso —dijo don Pedro.

Nada más distinto en la realidad, con las intrigas familiares, las mezquinas traiciones a los amigos o las enconadas luchas por el poder de los políticos, que terminaban por envilecer la existencia de los pobladores.

Hacia la una de la tarde comenzaron el descenso por la cuesta del Tambor. Durante un rato anduvieron a buen paso por el llano de Chachafruto, y más lentamente por el de El Tablazo. Allí se detuvieron para dar de beber a los animales, y antes de la oración cruzaron el puente rodeado de cenagales que daba a la calle

---

Belchite, donde vivían sus tíos. La casa sería también el hogar de Obdulia hasta que Pascual quedara libre y pudieran vivir solos como marido y mujer, no como primos, no como compañeros de infancia, ni mucho menos como viejos camaradas. Ese era el momento que Obdulia anhelaba y el que más temía también.

Rionegro tenía algunas calles irregulares y mal empedradas, muchas de las cuales terminaban frente a una casa que interrumpía su curso. El edificio más sobresaliente era la iglesia parroquial con un reloj público en la torre, frente a la plaza adornada por una fuente de bronce. El cementerio estaba situado sobre una colina sembrada de melancólicos cipreses. La mayoría de las casas eran de un solo piso, aunque en el marco de la plaza había algunas de dos plantas. La ciudad contaba también con una Caja de Ahorros, un hospital, una escuela primaria y una imprenta, donación de los señores Montoya y Sáenz. El clima era fresco a comienzos y a finales del día, perfecto durante las horas intermedias, el aire transparente le daba una cualidad luminosa al paisaje. Don Pedro aseguraba que no había otro lugar en el mundo donde hubiera preferido vivir. Allí había nacido y allí quería morir, rodeado de la familia y de los vecinos acostumbrados a verlo pasar por la calle, vestido con una casaca negra de corte impecable, confeccionada en Medellín por el maestro Juancho Rojas, zapatos con hebilla de plata, y en las tardes lluviosas la capa de paño negro.

—Por fin llegamos —suspiró doña Marcelina, quitándose el sombrero con gesto fatigado—. ¡Quién sabe cómo les habrá ido a las niñas! —agregó.

—Seguro que les fue bien —respondió Obdulia, con una sonrisa forzada.

En ese preciso momento las vieron aparecer por la bocacalle. María Luisa y María Jesús llevaban idénticos delantales blancos y caminaban de prisa, la una al lado de la otra. Era evidente que habían salido a hacer un mandado y que obedecían la orden de regresar sin distraerse ni jugar en la plaza. María Jesús traía un canasto lleno de huevos.

—¡Llegaron! —gritaron en coro.



---

María Luisa corrió hacia su madre, arrojándose en sus brazos. María Jesús quiso hacer lo mismo, sin recordar que traía el canasto con los huevos. Obdulia trató de advertirle pero ya era tarde. La niña tropezó con una piedra y cayó de bruces en mitad de la calle.

Todos fueron testigos del milagro. Los huevos rebotaron sobre el suelo como pelotas de caucho. Algunos, impulsados por la caída, rodaron hasta quedar debajo de las patas de los caballos. Don Pedro se agachó para recogerlos uno a uno, examinándolos para encontrar aunque fuera una mínima fisura en la cáscara. Estaban intactos.

\*\*\*

Doña María Josefa los esperaba en la casa. Había llegado después del almuerzo con una conserva de mortiños, el pretexto para ver cómo se portaban sus sobrinos, a quienes en ausencia de sus padres trataba de someter, sin mucho éxito, a una disciplina espartana.

—Usted no debió haberse quedado hasta tan tarde, María Josefa —le dijo doña Marcelina, mirándola de arriba abajo.

Pensaba que su cuñada parecía una campesina y no la esposa de un prócer de la Independencia, la hija de una de las familias principales de Rionegro. El rostro de doña María Josefa estaba surcado de arrugas, tenía las mejillas curtidas y reseca por el viento y el sol, las manos ásperas como las de una criada. En lugar de los elegantes botines que doña Marcelina usaba aun para estar en la casa, calzaba unas botas de montar que parecían haber pertenecido al comandante.

—Estamos a media hora de camino —dijo, mirando a Aldemar para indicarle que debería acompañarla de regreso a la finca.

—Si quieren pueden quedarse a dormir —sugirió amablemente don Pedro—. No es bueno que salgan a media noche.

—No es medianoche, hermano —respondió ella, entrando a la casa detrás de su cuñada—. Hay luna creciente, así que no



---

habrá problema —agregó desde el zaguán—. No puedo dejar a Ramón solo, y además mañana tengo que madrugar.

—Yo también voy con ustedes, mamá. Hace días que no amezco en la finca —dijo Obdulia con firmeza, como para enfren-  
tar de antemano los reparos que pondría su suegra.

María Jesús, sin soltar el canasto que ahora apretaba contra el pecho, pidió que la dejaran ir.

—¡Entrégume esos huevos, no sea que se le vuelvan a caer! —ordenó Obdulia, molesta por la expresión en el rostro de su suegra—. Estaré de regreso en un par de días.

—¡No importa! ¡Yo quiero ir! —insistió la niña.

—Pídale permiso a su mamá.

—Mamá, ¿puedo ir con Obdulia y la tía María Josefa?

—Claro que no —respondió doña Marcelina—. ¿Cómo se le ocurre que pueda andar por ahí, a media noche?

—Obdulia me lleva en la silla. ¡Quiero ir! —insistió María Jesús, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya le dije que no.

—¿Qué tiene de malo que yo vaya? ¡Quiero ir a Santa Ana! Obdulia me vuelve a traer —insistió la niña, sin parar de mover nerviosamente la pierna derecha.

—Déjela ir —intercedió don Pedro. Conocía a María Jesús, tan obstinada como Pascual cuando se le metía una idea en la cabeza—. Si comemos ya y ensillan rápido, pueden salir en menos de una hora. Tienen que cambiar de monturas, Aldemar —añadió, como si doña Marcelina hubiera dado el consentimiento.

—Sí, señor.

—Usted manda, Pedro. Y usted responde si le pasa algo a la niña —dijo su mujer, castigando a Obdulia con la mirada severa de esos ojos tan parecidos a los de Pascual.

—Estaremos en la finca en un abrir y cerrar de ojos —aseguró su cuñada, sin pasar por alto el descontento de doña Marcelina—. Se va a manejar muy bien, ¿verdad, María Jesús?

—Sí, tía. ¿Puedo dormir en la cama de Obdulia?

---

—¡Mercedes y Filomena! —ordenó doña Marcelina, dirigiéndose con aspereza a las hijas mayores—. Vayan a ayudar en la cocina.

—Bueno, señora —dijo Filomena, una joven de dieciocho años. Era evidente que también le gustaría pasar unos días en la finca de sus tíos, pero no se arriesgó a pedir permiso.

\*\*\*

Terminada la cena, don Pedro Bravo tomó una vela y se dirigió al estudio, una habitación al lado derecho de la casa a la cual se llegaba saliendo al corredor. El estudio no era más que una modesta habitación amoblada con un escritorio de persiana, una estantería con los libros que habían pertenecido a don Manuel Bravo, su padre, el maestro de hombres tan célebres como Juan de Dios Aranzazu y José María Córdova, a quien llamaron el héroe de Ayacucho cuando la buena fortuna le sonreía, y el mártir del Santuario cuando se le volteó el Cristo, como decía doña Marcelina.

En la penumbra del estudio paseó la mirada por los lomos de los libros tantas veces leídos, *La historia de Carlos V*, las *Comedias* de Moratín, los dos tomos de las *Cartas matemáticas*, los trece tomos del padre Feijoo, las *Lecciones instructivas* de Tomás Iriarte, las *Novelas* de Cervantes, las *Aventuras de Telémaco*, las *Delicias de la religión*, el *Arte de hacer vino*, la *Curia filípica*, las *Fábulas* de La Fontaine, la *Historia de los progresos aritméticos* del padre Paulino, las *Poesías* de Quevedo, el *Orinoco ilustrado*. También guardaba en el estudio, fuera del alcance de los niños, un binóculo, una pesa romana, cuatro botellitas con tapa de cristal, un antejo de larga vista, un lente de aumento, un taladro y una caja de carpintería que habían formado parte de la herencia de su padre, junto con la esclava Quiteria, avaluada en cuarenta pesos, y la esclava María Josefa, cocinera, avaluada en doscientos. Ambas habían muerto y sus huesos reposaban en el cementerio de Rionegro, de manera que lograban en la muerte una igualdad con sus amos como jamás habrían imaginado en vida.

---

Don Pedro observó que nadie había aireado la habitación durante los días que pasó en Medellín. Las cosas estaban tal cual las había dejado, ahora cubiertas con una ligera capa de polvo, el libro abierto en la mesita al lado de la silla, la libreta de cuentas sobre el escritorio, un ejemplar de *El Pueblo*, el periódico liberal, abierto en la página con un ensayo de Pascual en protesta por las medidas del ex presidente Ospina Rodríguez contra la revolución de Mosquera, poco antes del cerco de Carolina.

*¿Quiénes son los revolucionarios? ¿Quién es el responsable de la guerra civil?*

*El partido revolucionario no es el partido rebelde. Revolucionario es el que sigue los principios de la Revolución. Rebelde es el que se levanta contra las instituciones de un país, a mano armada. El partido revolucionario hoy en la Nueva Granada es el partido federal, puesto que es el que representa más directamente el principio del progreso y de la mejora social. El partido rebelde es el gobierno nacional y el círculo que lo apoya.*

*Este último es el responsable de la guerra civil. No hay que perder esto de vista.*

*Desgraciadamente es la táctica hoy de este círculo, la mentira. Y tanto ha hecho que ha logrado persuadir a algunos de que es el partido federal el que ha conspirado contra el Gobierno.*

*Mil veces se ha demostrado lo contrario. ¿Quién rompió el fuego de la guerra cuando la Nación estaba sumida en una profunda paz? ¿Quién sino el círculo del gobierno federal invadiendo inicualemente el territorio de Santander? Este círculo ha hecho por la guerra:*

*Las invasiones contra Santander.*

*Los decretos violentos de septiembre que declararon la Confederación en estado de guerra, y al presidente armado de facultades dictatoriales.*

*El reclutamiento en plena paz, y la elevación arbitraria del pie de fuerza.*

*La infame rebelión del Cauca a órdenes de Carillo.*

*Las leyes inconstitucionales y la tenacidad con la que las ha sostenido.*

---

*La exigencia del desarme y la entrega de las armas a los estados de Santander y Cauca. Exigencia vil e infamante después de haber sido vencido por esos estados. Exigencia cuyo único fin era el de lanzarlos en la rebelión, puesto que no podía ser que ellos permanecieran inermes en frente de enemigos armados, llenos del rencor de la derrota.*

*En fin, todos los elementos que han venido a producir la guerra presente, han sido premeditada y tenazmente preparados por el gobierno federal y el círculo que lo apoya.*

*Y pretender hacer hoy el papel de nobles víctimas engañadas por la perfidia de sus enemigos. Y es tal la tenacidad, y tal el descaro con que mienten, que han logrado quizás engañar a muchos.*

*Pero no, el triunfo de la mentira es efímero. El velo que encubre su fealdad se rasga al fin, y un día el pueblo maldice al infame que lo engañó, con más fuerza que al tirano franco, al bandido que tiene siquiera el valor de sus crímenes.*

El desprecio de su hijo por las medidas opresoras del gobierno de Ospina, el apoyo incondicional a la causa de Mosquera, se traducían en esas líneas apasionadas. Pascual sufría por la suerte de los jóvenes campesinos reclutados en sus parcelas para ir a servir en las filas gobiernistas en defensa de unos principios desconocidos, unas sutilezas retóricas que no habrían llegado a comprender si alguien se hubiera tomado el trabajo de explicárselas. Padecía por las familias desplazadas de sus tierras, hombres, mujeres y niños que pasaban de un día a otro a la condición de miserables, por las mujeres que debían valerse solas mientras los hombres se batían para mantener a los señores en el poder.

Don Pedro Bravo había vivido lo suficiente para comprender que ninguno de los dos bandos estaba totalmente equivocado, que ninguno tenía completamente la razón. La inexperiencia de Pascual, su temperamento emotivo, podrían llevarlo a enfrentar situaciones peligrosas. Sabía que los sentimientos y las vivencias personales dominaban la razón de su hijo, más que la lógica o los principios abstractos.



---

Para Pascual era difícil juzgar las situaciones de manera objetiva, porque las lealtades y las simpatías interferían en el juicio. Su hijo tomaba los hechos de manera personal. Con frecuencia levantaba un muro de silencio a su alrededor con el único ánimo de protegerse. Pero la alabanza y el halago eran como un bálsamo para su temperamento tímido, a pesar de la aparente seguridad en sí mismo.

Le dolía la imagen negativa que el público se formaba de su hijo, a quien personas muy respetables consideraban un rebelde sin causa, el enemigo de la propiedad privada, un demagogo que traicionaba la seguridad del Estado. Algunos de sus detractores habían llegado al extremo de tildarlo de revolucionario influenciado por las ideas importadas de Europa por Camilo Antonio Echeverri, ese otro traidor a su clase social según ellos, el que se oponía a los privilegios de los ricos para salir en defensa del pueblo al cual se le debía educación, nuevas fuentes de empleo, caminos para sacar sus productos, hospitales, escuelas.

Un mes antes del cerco de Carolina, Pascual había sido tildado de traidor a los intereses de su clase en un artículo anónimo publicado en la prensa con el título de *Un nuevo Prudhon*. El artículo insinuaba su falta de honestidad en forma tan mezquina que don Pedro salió en su defensa y publicó otro en el cual proclamaba a los cuatro vientos su amor de padre, y la confianza que le merecía la conducta de su hijo:

*Como el autor del artículo está oculto bajo el anónimo, no puedo conocer quién es el que injustamente me ofende en lo que más aprecio: el honor de mi querido hijo. No deseo tampoco saber quién sea el que, prostituyendo así su conciencia, olvida lo que se debe a la moral y a la justicia.*

*Para satisfacción de mis amigos y de las personas imparciales declaro: que estoy más que satisfecho de la buena conducta moral de mi hijo, y que nunca he tenido motivo para reprenderlo por hechos de inmoralidad.*

*Estoy cierto que el autor del artículo de que me ocupo se dejó arrastrar por pasiones de partido, para ofender el nombre y la*



---

*reputación de mi hijo, sin advertir quizás que hay deberes que Dios y la sociedad imponen, y que no les es dado violar impunemente.*

Sin embargo la advertencia era clara: Pascual Bravo tenía enemigos, pese a estar en lo cierto cuando advertía que el pueblo era el destinatario de los errores e injusticias de los gobernantes. Más que atacar sus ideas políticas, esos enemigos arremetían anticipadamente contra el papel que podría llegar a representar en el Gobierno.

Con gesto cansado don Pedro Bravo apartó el periódico y abrió el cuaderno de tapas de cuero donde anotaba los acontecimientos más importantes de la vida de los hijos: El nacimiento de cada uno, la confirmación, la primera comunión. En la primera página había escrito, hacía 24 años:

*Rionegro, lunes 2 de julio de 1838. Nació Pascual a las 11 ¼ de la noche, lunes, le bautizó el dr. Pro. Cura Esteban Antonio Abad el día 4 de los mismos. Padrinos el señor José María Echeverri abuelo materno y la señora Pastora Bernal, abuela paterna.*

Un renglón más abajo aparecía consignada la ceremonia de confirmación, con un espacio en blanco donde debería estar anotada la fecha:

*Rionegro, marzo de 1843. El Ilustrísimo Obispo Dr. Juan de la Cruz Gómez Plata confirmó a Pascual, siendo padrino don José Ignacio Echeverri Jaramillo.*

Entonces destapó el tintero, humedeció la pluma y comenzó a consignar el matrimonio por poder de su hijo mayor con su sobrina Obdulia. Un error, la fuente segura de una desdicha que se viviría en privado, tal como mandaban la prudencia y la buena educación.

---

## OCTUBRE DE 1862

Obdulia despertó de repente, como si alguien hubiera gritado su nombre en la oscuridad de la noche. La lluvia golpeaba con fuerza el entejado, el viento empujaba los maderos de la ventana.

—¡Obdulia! —llamó María Jesús—. ¡Obdulia!

—¿Qué le pasa, niña? —respondió la joven, buscando a tientas los fósforos para encender la vela sobre la mesa de noche.

—Viene Pascual.

—Deje dormir, María Jesús —dijo sin encender la vela, volviéndose hacia la pared y arropándose con las mantas.

—Pascual viene —repitió la niña.

—¿Cuándo? —preguntó con voz soñolienta. Tal vez era mejor oír de una vez por todas lo que María Jesús tuviera que decir, sin duda otra de sus extravagantes fantasías.

—Mañana.

—Ah, sí, mañana. Seguro que viene mañana, no es sino esperar a que amanezca y Pascual aparece. ¿Usted cómo inventa tantas cosas, María Jesús? —preguntó, resignada a pasar otra noche de insomnio. Desde su matrimonio por poder con Pascual Bravo le costaba trabajo conciliar el sueño. Con frecuencia despertaba pasadas las doce para permanecer despierta hasta que los primeros trinos anunciaban la salida del sol.

—Soñé que venía.

---

—Duérmase que todavía falta para que amanezca —ordenó, pensando que tal vez si se concentraba en el rumor de la lluvia sobre las tejas volvería a dormirse y olvidaría durante unas horas la preocupación por la suerte de un matrimonio que había comenzado al revés, porque no era natural que Pascual y ella vivieran separados, sin más comunicación que unas cartas escritas apresuradamente, bajo la vigilancia de los guardias y la curiosidad de los compañeros de cautiverio.

—Los sueños no necesariamente pasan en la vida, María Jesús.

—Éste era un sueño verdadero.

—Duérmase a ver si no amanecemos rendidas.

—Hay sueños que son verdad y otros que no. Éste sí era. Por eso sé que Pascual llega mañana —insistió la niña, visiblemente molesta. Obdulia vaciló y por un momento estuvo inclinada a creerle, pero luego se dijo que no era bueno hacerse ilusiones por el sueño de una chiquilla cuya conducta podía ser sorprendente, mas no por eso digna de ser escuchada cada vez que le daba por pronosticar el futuro.

Ella anhelaba más que cualquier cosa el regreso de Pascual. Imaginaba la sonrisa que él le regalaría, le parecía oír sus palabras de amor, sentir junto al suyo la tibieza de ese rostro que comenzaba a olvidar. Porque ahora no podía recordarlo en conjunto sino separando sus rasgos, de manera que evocaba con facilidad sus grandes ojos negros, su nariz aristocrática, la forma del mentón, pero cuando trataba de visualizarlo, el recuerdo le entregaba la imagen borrosa de esa persona a la cual le había entregado su amor de manera incondicional.

—Bueno. Entonces durmámonos, a ver si mañana estamos bien bonitas para recibirlo —respondió, acariciándole el pelo—. Durmámonos —repitió.

En lugar de obedecer, María Jesús permaneció sentada en la cama, temblando de frío, sin poder apartar de su mente la imagen del hermano mayor que regresaba del cautiverio demacrado por las fiebres, las penalidades y la humillación del presidio.

---

\*\*\*

Flor de Lis corría por la calle Palacé como si la persiguiera el Diablo, sin reparar en el asombro que su carrera despertaba en la gente. Corrió sin detenerse hasta llegar a la puerta del convento, donde llamó con tanta insistencia que la hermana tornera preguntó si acaso habían llegado las tropas de Mosquera.

—Ya casi llegan, hermanita —respondió la criada, que luego entró como un huracán al cuarto de la plancha, donde Estefanía almidonaba las sábanas de la madre priora.

La tensión de la ciudad durante las últimas semanas aumentaba con las medidas represivas tomadas por el Gobierno. A diario se repetían las rondas para capturar a los sospechosos, crecían las contribuciones forzosas a los liberales para que financiaran la guerra contra los de su propio partido, con aporte de empréstitos cada vez más altos. Las mejores bestias se requisaban para el servicio del Ejército y ya ni don Gabriel Echeverri, o don Julián Vásquez, salían a la calle bien montados. Las recuas de mulas cargadas de mercancía habían dejado de recorrer la calle del Comercio, las carretas de bueyes con materiales de construcción eran una rareza. Ahora los comerciantes habían dejado de pararse en las puertas de los negocios para hablar de política con sus dependientes y los vecinos. Sus mujeres vestían más severamente que nunca, las criadas que iban al mercado los martes y los viernes ya no formaban alegres corrillos como antes de la guerra. A las seis de la tarde la ciudad se estremecía con el toque de retreta ordenando que los habitantes se encerraran en sus casas hasta el día siguiente, bajo amenaza de ir a templar a la cárcel.

En el campo las cosas no mejoraban. Los hombres mayores de quince años huían por el monte con tal de evitar el reclutamiento. Las mujeres y los niños no alcanzaban a cultivar la tierra, de manera que la falta de alimentos se hacía sentir hasta en las mesas de los ricos. Los caminos estaban en peores condiciones que nunca, las obras públicas suspendidas, los gastos destinados a mejorar la educación se iban en financiar la guerra.



---

La zozobra llegaba hasta el claustro del convento del Carmen, donde las religiosas temían, ahora sí, que Dios las hubiera abandonado.

—Debemos rogar para que el tirano se mantenga por fuera de los límites del estado —repetía la madre priora, recordándoles que en Bogotá las comunidades sucumbían ante las medidas de Mosquera. El poder del Estado sobre la Iglesia se consolidaba con la expulsión de los jesuitas, las propiedades de la Iglesia eran vendidas en pública subasta.

Hasta Flor de Lis sabía que a las protestas del arzobispo Herrán, Mosquera había respondido encarcelándolo y suspendiendo a las comunidades religiosas que se negaban a entregar sus propiedades, cuya venta serviría para continuar la lucha hasta someter el estado de Antioquia, último paso para ser reconocido como amo indiscutible del país.

La madre priora tenía razones para temer por la continuidad de ese pequeño universo que regentaba con tanto tino. Amigos y parientes la mantenían informada sobre las últimas movidas del supremo director de la guerra, ahora dueño de más de medio país. Comprendía que las amenazas del obispo Riaño, que prometía excomulgar a los católicos antioqueños que se atrevieran a rematar bienes eclesiásticos, no serían más que pañitos de agua tibia si Mosquera ganaba la guerra contra el gobierno conservador. La perspectiva de un buen negocio podría más que las amenazas relacionadas con una incierta vida en el más allá. Los halagos del poder, vinieran de donde vinieran, serían más persuasivos que los consuelos de la religión, o la oscilante lealtad a los principios políticos.

Estefanía y Flor de Lis rezaban con devoción ejemplar, para complacer la petición de la priora. La hermana Lucía del Sagrado Corazón, llegada al convento hacía más de cuarenta años, reprimía una sonrisa mientras cantaba con los párpados entorñados el *Tantum Ergo*, deteniéndose en las vocales, *taantuum eeeeeergooooo sacrameeeeeentuuuum, veeeenereeeemum cernuiiiiiii et antiiiiicum documeeeeeentum, noooooovom ce-*





---

a medir sus fuerzas contra las de Mosquera en el Cauca, se encerró con llave en su habitación y, sin contemplaciones para con el amor propio, les mandó a decir que se atrincheraba para no recibirlas. Entonces las señoras acudieron al despacho del gobernador.

Marceliano Vélez negó la petición. Esa misma tarde los condenados salieron de la cárcel al redoble de los tambores de la banda de guerra de Santo Domingo. Como en un trance, medio inconscientes por el terror, los jóvenes condenados subieron hasta la plazuela de San Francisco donde el pelotón de fusilamiento los acribilló frente a la multitud entre la cual Flor de Lis brilló por su ausencia, pues a pesar de sus esfuerzos no logró que esa tarde la dejaran salir. Al día siguiente el gobernador madrugó para Manizales, desde donde podría observar mejor los movimientos de las tropas antioqueñas que librarían en el Cauca la última batalla contra el supremo director de la guerra, el que ahora se hacía llamar presidente provisorio de la Nueva Granada y a quien, de acuerdo con el concepto tal vez optimista de los legitimistas, no le estaba yendo nada bien.

Cinco días después, en Manizales, Marceliano Vélez se entregaba sin oponer resistencia tras la derrota de las fuerzas antioqueñas en la batalla de Santa Bárbara de Cartago, que repitió la milenaria y monótona contradanza de la muerte. El general Santos Gutiérrez dirigía las tropas de Mosquera, mejor preparadas por las posiciones ventajosas que ocupaban y por las trincheras que las defendían. Las tropas antioqueñas iban comandadas por el coronel Braulio Henao, tan diestro en el manejo de las armas como torpe con el de la palabra, pues apenas sabía leer y escribir. Lo acompañaba el ex gobernador Giraldo. Ambos hombres azuzaban la tropa para que avanzara con temeridad, conscientes de jugarse el todo por el todo y, peor aún, de tener que triunfar contra alguien que había logrado someter al resto del país.

Al comienzo de la batalla la victoria pareció favorecer a los antioqueños. En la primera embestida contra las trincheras desalojaron parte de la fuerza mosquerista, pero al lanzarse contra la segunda trinchera en un desesperado ataque cuerpo a cuerpo, los

---

cadáveres antioqueños sembraron el campo. Braulio Henao cayó prisionero aunque en seguida logró huir, malherido, maldiciendo la suerte que les hacía perder. El ex gobernador Giraldo sucumbió a la defensa de los liberales de la segunda trinchera. Cumplía la promesa de ofrecer la vida, pero perdía la causa por la cual se sacrificaba.

El gobierno conservador caía en Antioquia. Tomás Cipriano de Mosquera podría hacer su entrada triunfal a Medellín donde los liberales proclamarían la victoria militar de la revolución, que culminaba con la derrota del general Braulio Henao.

Al presidente Mosquera no le quedaba sino legitimar su gobierno con una nueva constitución política.

\*\*\*

—¡Los soltaron! ¡Los soltaron! —repetía Flor de Lis sofocando a Estefanía en un abrazo. En la carrera había perdido el manojito de malva que había salido a comprar para el estreñimiento de la madre priora, pues las hierbas medicinales del huerto se habían secado sin razón aparente—. ¡Yo misma los vi salir! —Entonces su semblante se nubló—. Pero pasó algo horrible...

—¿Qué dice, Flor? ¿Que soltaron a los presos? ¿Está segura? ¿Segura? ¡No quiero hacerme ilusiones! ¿Alcanzó a ver a José Manuel?

Estefanía hablaba en voz alta, indiferente a la preciada regla de Teresa de Jesús. Ese día la hermana Lucía del Sagrado Corazón hacía penitencia con un rejo atado al cuello, haciéndose llevar de cabestro alrededor del patio por una novicia, como si fuera un jumento. La madre priora conversaba con su hermano en el locutorio, así que por el momento escapaban a la vigilancia.

—¡No pude acercarme porque había un gentío frente a la cárcel! ¡Todos gritaban vivas al Partido Liberal, vivas a Mosquera! Tampoco pude hablar con Néstor antes de que ocurriera el accidente... —repitió Flor de Lis, pasándose la mano por la frente como para alejar la imagen del hombre agonizante.

---

—¿Cuál accidente? —preguntó Estefanía con un hilo de voz.

—Néstor mató a uno de los liberados.

—¡Pero si Néstor está de parte nuestra!

—Sí, pero pasó un accidente —repitió Flor de Lis con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Le aseguro que fue sin querer!

—¡Dígame la verdad, Flor! ¿Le ocurrió algo a José Manuel?

—No, don José Manuel está bien. Libre y sin un rasguño, como usted quería.

—Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió? —Estefanía se humedecía los labios con la lengua, apretándolos luego en un gesto nervioso.

—Néstor mató al coronel Cipriano Rodríguez. Acabo de verlo echando sangre por la herida como un marrano degollado, ¡pero sé que Néstor no tuvo la culpa! ¡La gente gritaba como loca, parecía un baile de San Vito! A Néstor se le fue el tiro, créame que se le fue.

\*\*\*

La noticia del desastre de la batalla de Santa Bárbara, seguida de la capitulación del gobernador Marceliano Vélez en la Aldea de María, cerca a Manizales, bastión hasta ese momento inexpugnable en la defensa del estado de Antioquia por ser una plaza enclavada en lo alto de una colina desde la cual se divisaba la hoya hidrográfica de Chinchiná, protegida hacia el sur por las faldas escabrosas de la montaña y hacia el norte por el río Guacaica, se regó como pólvora por la ciudad, sin necesidad de proclamas oficiales ni anuncios en los diarios. En las esquinas ya se describían los pormenores de la muerte del ex gobernador Giraldo antes de que las autoridades encargadas terminaran de oír el recuento oficial de los hechos de parte de un mensajero, enviado por el gobernador Marceliano Vélez para advertir a los medellinenses sobre el giro de ciento ochenta grados que tomaba la política.

—El Cristo se nos volteó —le dijo el secretario de Hacienda y gobernador encargado Luis María Restrepo al propietario de



---

la imprenta, don Isidoro Isaza, aplastando un cigarro contra el cenicero. Después le dio la espalda para mirar los nubarrones que empezaban a oscurecer el cielo por la cüesta de Santa Elena. Pronto bajaría la temperatura, pero en ese momento los habitantes de la ciudad disfrutaban de un clima perfecto, ni frío ni caliente, ni húmedo ni seco, una temperatura que apenas se notaba.

—Lo más prudente es entregarle el gobierno de la ciudad al jefe civil y militar, y soltar a los presos antes de que nos linchen —dijo don Isidoro Isaza, preocupado por el tumulto que había en la calle.

—¿De dónde saldrían tantos liberales? —preguntó el gobernador encargado. ¡Si ayer se contaban en los dedos de las manos!

Temeroso de la turba que amenazaba con crear un verdadero motín frente a la cárcel, el jefe del estado mayor, Camilo Barreneche, desplegó en la plaza la fuerza militar que no había ido a combatir al Cauca. Los soldados trataban de evitar que la multitud derribara la puerta de la prisión, sirviéndose de las bayonetas como barrera. Las órdenes del gobernador encargado se cumplieron de inmediato y el gentío aclamó a los presos que salieron a plena luz del sol gritando vivas al general Mosquera, vivas a su partido. Pascual Bravo salió el primero, pálido, con los ojos encendidos por la fiebre y una sonrisa deslumbrante. Flor de Lis alcanzó a verlo y tuvo la impresión de que él se había fijado en ella, distinguiéndola entre el gentío. A medida que los presos salían la gente repetía sus nombres: Miguel Londoño Marulanda, Camilo Antonio Echeverri, Cipriano Rodríguez, Pascual Bravo, Juan Pablo Uribe, José Manuel Toro.

\*\*\*

—No se preocupe, Estefanía. ¡Le juro que don José Manuel está bien! —la tranquilizó Flor de Lis, devolviéndole el alma al cuerpo—. Estaba pálido, como el resto, pero se veía alentado. ¡Era el que más contento parecía, gritaba vivas a Mosquera, abrazaba a las personas que se le acercaban! Me pareció que todo el mundo quería felicitarlo.



---

—¡Cuénteme bien qué fue lo que pasó, Flor! —suplicó Estefanía. Con José Manuel vivo, tenía esperanzas de vivir ella también. Su muerte habría significado la muerte en vida, la certeza de no poder recobrar a la niña.

—Pues el jefe civil y militar comenzó a gritar desde un balcón. Le pedía orden a la gente, felicitaba a los presos por estar libres. ¡Las cosas que hacen estos señores! —dijo Flor de Lis, orgullosa por el descubrimiento que acababa de hacer—. ¡Diez minutos antes los mantenía encerrados, pero como perdieron, los felicitaba como si fuera verdad que estaba contento! ¿No les dará pena voltearse así?

—Siga, Flor, ¡cuénteme! —rogó Estefanía.

—Pasito, que las van a oír —advirtió la Donada, que apareció en la puerta con un montón de sábanas. El olor de la ropa secada al viento y al sol se esparció por la habitación—. Si siguen hablando así las van a castigar. ¿Qué será lo que pasa afuera? ¡Nunca se había oído semejante alboroto!

Aunque las monjas hubieran olvidado su verdadero nombre, la Donada se llamaba Pastorita Jaramillo. Cuarenta años atrás, el párroco de Rionegro la había comprado a un comerciante de la ciudad que no estaba dispuesto a malgastar el dinero en la crianza de una pequeña esclava, para donarla al convento del Carmen. La Donada no sabía dónde había nacido ni cuántos años tenía, aunque los registros del convento anotaban cinco años en el momento de su llegada. Tenía el pelo apretado, las caderas amplias, la piel oscura y una nariz de blanca que contrastaba con la boca de labios gruesos. No conocía otro mundo fuera del convento, razón por la cual había seguido al servicio de las monjas después de la promulgación del decreto de liberación de los esclavos. Barría, trapeaba, vaciaba bacinillas, lavaba, cocinaba, fregaba desde el alba hasta bien entrada la noche como correspondía a una antigua esclava, hija y nieta de esclavos. Nadie habría podido decir si era feliz o desdichada, si aceptaba o renegaba de su suerte.

Del pasado, la Donada guardaba una imagen que la acosaba con una crueldad desgarradora: el rostro de su madre en

---

la cocina del comerciante la tarde en que el cura vino para llevársela, paralizada por el dolor, impotente frente a las leyes que decretaban que su hijita de cinco años podía ser vendida y regalada, igual que un animal en la plaza de mercado.

—¡Los presos acaban de salir! —exclamó Estefanía.

—¿Por eso hay tanta gritería?

—Por eso —dijo Flor de Lis sentándose en el banco donde amontonaban la ropa planchada antes de llevarla a los armarios.

—¿Así que los liberales ganaron la guerra? —La pregunta de la Donada, que seguía con el bulto de sábanas en los brazos, era más bien una afirmación.

—Las tropas de Mosquera le ganaron a las conservadoras. Imagínese que los liberales mataron al ex gobernador Giraldo —explicó Flor de Lis, repitiendo lo que había oído decir en la calle.

—¡Ahora sí nos fregamos! —exclamó la Donada.

—Se fregaron las monjas, Donada —respondió Flor de Lis, molesta por el pesimismo de la criada—. ¡Nosotras vamos a salir libres, igualitico que los liberales que estaban presos! ¿Cómo así que nos fregamos? ¿No le parece gracia que don José Manuel pueda salir a buscar a la niña, que yo pueda encontrar a Judas Tadeo? ¿O que mañana nos abran la puerta de este maldito convento? ¡A usted no hay quién la entienda, Donada!

—Flor me estaba contando que ocurrió una desgracia —dijo Estefanía para evitar que Flor de Lis y la Donada se enfrascaran en una de esas agrias disputas tan frecuentes en ellas—. ¡Siga, Flor! ¡Cuéntenos lo que pasó!

—Pues el jefe del estado mayor felicitaba a los presos desde el balcón cuando oímos un disparo. Como que uno de los liberados, el coronel Cipriano Rodríguez, se asustó al ver a Néstor y bregó por arrebatárle el fusil. ¡Dicen que Néstor estaba apuntándole a la gente pero yo sé que no es cierto! Don Cipriano se le tiró encima para impedir que disparara, y ahí se le fue el tiro. El pobre señor cayó sobre la piedra que sirve de puente del caño

---

en la calle. Ahí mismito lo recogieron para llevarlo a la casa del señor Sañudo..., aunque, si quieren que les diga, a mí me parece que ya estaba muerto.

—¡Pobre señor! Morir el mismo día en que quedó libre...  
—dijo la Donada.

—Ya se murió, seguro que ni cuenta se dio —respondió Flor de Lis.

—Si estuviera vivo se daría cuenta de que iba a reunirse con su familia. Usted parece que no tuviera corazón, Flor —dijo la Donada, moviendo tristemente la cabeza. Entonces pareció recordar que cargaba las sábanas y se volvió para dejarlas sobre la mesa de planchar.

—¡Tenemos que estar pendientes, porque José Manuel tratará de comunicarse conmigo! —dijo Estefanía.

\*\*\*

Don Pedro Bravo esperaba a su hijo mayor en la puerta de la casa en la calle Belchite en Rionegro. El esplendor que una vez le diera el comercio a la ciudad se había apagado gradualmente a medida que esta actividad se incrementaba en Medellín, o debido al traslado de los grandes comerciantes a Bogotá. Faltaba poco para que la noche cayera sobre la ciudad que las gentes adornaban con guirnaldas en las ventanas y tapices en los balcones. Las campanas de los templos tocaban a rebato, los liberales bailaban en la plaza al son de guitarras y triples.

La casa estaba repleta de curiosos que esperaban presenciar el reencuentro de Pascual Bravo con sus padres, con la esposa, a la cual no le había tocado ni un dedo a pesar de llevar ocho meses de casados. Si las cosas hubieran ocurrido como era natural, ella debería seguir el ejemplo de las mujeres de la familia, fértiles, robustas de cuerpo y de espíritu, como doña María Josefa.

La mujer del comandante Escobar recorría desde muy temprano la casa de su cuñada. Daba órdenes a las criadas, regañaba a los chiquitos como si fueran hijos suyos, irritaba los nervios de doña Marcelina, engalanada con el traje negro de amplio vuelo y

---

los aretes de oro de Mompox. Doña María Josefa habría podido asegurar que su cuñada tenía las mejillas pintadas porque ese brillo saludable, esa lozanía, no eran naturales en una persona de su edad.

“La falta de sentido común de estas mujeres es aterradora” pensó don Pedro, cuando a eso de las ocho de la mañana vio llegar a su hermana, a Obdulia y a María Jesús, empecinadas en el relato del sueño premonitorio, disponiéndose a pasar el resto del día en el estudio para no ser testigo de la actividad que se apoderó de los habitantes de la casa. Pero a través de la ventana del estudio oía la voz de su hija que adornaba el cuento con nuevos detalles cada vez que una vecina se acercaba a preguntar si era verdad que Pascual Bravo regresaba a Rionegro, de manera que pasadas las doce del día poco se parecía el relato al sueño original que había sacudido su conciencia a media noche.

Antes de las seis de la tarde la comitiva cruzó el puente. Los cascos de los caballos resonaron sobre los tablones para luego remover alegremente el cascajo del camino. Al verlo desmontar del caballo, don Pedro pensó que su hijo mayor aparentaba mucho más de sus veinticuatro años. El muchacho, que había partido tan resuelto en ayuda de las tropas liberales de la Costa, regresaba con las mejillas demacradas y una sonrisa triste, como si hubiera dejado la juventud tras las rejas de la prisión.

“Al menos en esto se equivocó María Jesús” pensó don Pedro cuando abrazó a su hijo. “Pascual no viene envuelto en ningún resplandor, sino agotado y enfermo”. Los huesos de los hombros se sentían frágiles, como chamizos recogidos en el monte.

—¡Qué alegría volver a tenerlo en casa! —dijo doña Marcelina, extrañamente serena. Los curiosos se arremolinaban en torno al héroe del cerco de Carolina llamándolo por su nombre, como si al pronunciarlo pudieran contagiarse de esa aureola romántica que lo envolvía.

Pascual Bravo se inclinó para tomar en brazos a María Jesús.  
—¡Cómo está de pesada! —dijo.



---

—¡Soñé que llegaba hoy! Obdulia no me quería creer, pero la tía María Josefa dijo que era verdad y vinimos a esperarlo.

Él se volvió con la niña en brazos para mirar a su esposa. Hasta ese momento la gente los había mantenido separados. Todos querían tocarlo, decirle algo, preguntarle qué iba a hacer de ahí en adelante, cómo veía el futuro político del estado. Obdulia trató de leer en los ojos de su marido, pero éstos se velaron al contacto con los suyos. Ella comprobó una vez más lo que ya sabía. Pascual no la amaba, no como ella quería que la amara. Por más esfuerzos que hiciera para cautivarlo, nunca conseguiría más que esa camaradería nacida de los juegos compartidos en la infancia, de la franqueza en el intercambio de opiniones, como si ella fuera un amigo al cual podía acudir en busca de un consejo, o de ayuda para corregir sus artículos sobre los manejos políticos de los conservadores y la necesidad de otorgarle derechos a los pobres.

Obdulia forzó una sonrisa. “Con tal de poder estar a su lado me conformo” pensó, aunque sabía que se mentía a sí misma. En voz baja le dijo que don Pedro le estaba preguntando algo.

—¿Qué decía, papá?

—Preguntaba por Camilo Antonio.

—Camilo Antonio se quedó en Medellín para preparar el recibimiento del general Mosquera. Yo mismo debo acompañar al general, cuando pase por aquí dentro de una semana.

—Usted debe descansar —dijo doña María Josefa—. El general Mosquera puede esperar, así como ustedes tuvieron que esperarlo más de un año en la cárcel. Lo mejor será que pase unos días en Santa Ana. Lo cuidaremos tanto que se va a recuperar en un abrir y cerrar de ojos.

—Aquí también podemos cuidarlo —dijo doña Marcelina, visiblemente molesta. Finalmente habían logrado entrar a la casa seguidos de los parientes más cercanos, y ahora se preguntaba si sería mala educación cerrar la puerta para impedir la entrada de cuanto curioso había en Rionegro.

—Me seduce la idea de pasar unos días en el campo antes de regresar a Medellín —dijo su hijo, recordando que desde la finca



---

se alcanzaba a oír el lejano tañido de las campanas de San Antonio de Pereira. Necesitaba estar solo, olvidar el acecho continuo de la vida en la cárcel, la irritante presencia de los guardias y los demás prisioneros. Obdulia no sería un estorbo, siempre había sabido apartarse cuando él lo necesitaba—. Gracias, tía, creo que aceptaré su ofrecimiento —añadió, sin mirar a su madre.

—¿Cuándo tienen prevista la llegada de Mosquera? —preguntó don Pedro durante la cena, recordando la primera visita del presidente a Medellín en 1846. Entonces su hijo era un niño deslumbrado por la figura del presidente, quien se hacía acompañar a todas partes por una guardia de húsares negros vestidos con brillantes uniformes color rojo escarlata, tal como se veía en las cortes europeas.

—El general llegará antes de una semana, papá. Mosquera acaba de declararse jefe civil y militar del estado y vendrá en ese carácter a enfrentar problemas como el de unas arcas completamente vacías, o los odios políticos que dificultarán su gobierno. Debemos estar dispuestos a ayudar —añadió, mirando a su padre con preocupación. Sabía que don Pedro estaba distanciado del antiguo compañero de luchas, a quien la ambición de poder había llevado por caminos diferentes al del estudio, el trabajo discreto y la vida en familia.

—Seguramente pondrá en ejecución sus infames decretos contra el clero —dijo don Pedro. No era su intención hacerlo, pero en ese momento abordaba el único tema que se había prometido no tocar.

—Esos decretos fueron útiles durante épocas turbulentas en países civilizados como Francia —respondió Pascual Bravo, llevándose a los labios la copa de vino de Burdeos que su padre acababa de volver a llenar—. Aquí también pueden servir esas propiedades heredadas por los santos, a través del testamento de los fieles, y administradas por la Iglesia. Con la puesta en marcha de esos decretos, dichos bienes ingresarán al comercio, y así podrán generar riquezas para el común de las gentes.

—La época a la que usted alude no tuvo nada de civilizada, Pascual —respondió don Pedro—. Y el beneficio económico que

---

puedan traer tales medidas me parece muy discutible. Usted no debe olvidar que recibió una educación cristiana, ni dejarse arrastrar por el pensamiento ateo de Tomás Cipriano de Mosquera.

—No lo olvido, papá. Aun desde la cárcel he seguido de cerca las medidas del presidente provisorio en materia de tuición y desamortización, y puedo asegurarle, como creyente que soy, que en nada atropellan los derechos del clero. En cuanto a las pretensiones del mismo, eso es otra cosa —añadió, con las mejillas encendidas por la fiebre o el calor con el cual defendía sus ideas—. El poder de la Iglesia regresará al plano espiritual debidamente supervisado por el Estado. Sus grandes latifundios, esas extensiones de tierras no trabajadas, entrarán en circulación integrándose al circuito productivo —terminó con vehemencia.

—El pueblo no comprenderá tantas sutilezas, Pascual —dijo don Pedro, incómodo por el giro que tomaba la conversación—. La gente verá en esas medidas la profanación de la institución en la cual pone su esperanza, en un mundo que pocas le ofrece. No habrá gobierno que pueda sostenerlas sin incitar a una revolución. Recuerde muy bien lo que le digo, Pascual. Temo por los gobernantes que tengan que imponerlas —añadió—. Pero, bueno, hoy celebramos su regreso, hijo. No vamos a malograr la velada hablando de política.

Luego habló del buen tiempo, de las sabaletas que se pescaban en el río.

Terminada la cena, los parientes se despidieron uno tras otro. Doña María Josefa tenía prisa por llegar a la finca donde el comandante Escobar la esperaba, y volvió a desdeñar el ofrecimiento de pasar la noche en casa de su hermano. Se marchó sola con Aldemar, arropada con una capa de paño para protegerse de la llovizna penetrante que caería hasta el amanecer, ablandando la tierra para la siembra.

—Su mamá está perfectamente loca y reblandecida —dijo doña Marcelina, mirando a Obdulia con enojo.

—Ella siempre madruga a las cuatro. Además, papá la está esperando.

---

—Ramón bien pudo venir a saludar a Pascual.

—Ya podrá saludarme cuando vaya allá, mamá —dijo Pascual.

—Filomena, ¡llévese a María Jesús! —ordenó doña Marcelina al ver que la niña continuaba entre los mayores, pendiente de cada palabra. Desde el estudio, don Pedro lamentó la dureza con la cual su mujer trataba a las hijas. No sucedía lo mismo con los muchachos a quienes prodigaba un trato tierno a veces, otras respetuoso, lleno de consideraciones. A ellos los colmaba de pequeños detalles, en tanto que obligaba a las niñas a servirles como si fueran las criadas y ellos huéspedes importantes en su propia casa.

Filomena se llevó a rastras a la niña. María Jesús se retorció presa de uno de esos ataques de ira que le hacían arrojar espuma por la boca. Pateaba y gritaba como una endemoniada. Aquella noche no valieron ni las amenazas de bañarla con agua fría en el patio, ni las palabras de Obdulia que prometía llevarla a pasear a la finca. Don Pedro cerró con tranca la puerta del estudio.

Finalmente, Obdulia y Pascual Bravo se encontraron a solas en la habitación amoblada con una cama con cortinas de furla, una cómoda, un escaño, una mesa con un aguamanil, dos taburetes y un cuadro del Corazón de Jesús. Obdulia fue la primera en hablar.

—Usted se ve muy cansado, Pascual. ¡Ha tenido un día como para matar a cualquiera!

Su marido se tendió sobre la cama completamente vestido, cuidándose de mantener los pies en el suelo para no ensuciar la colcha con las botas de montar. Miraba fijamente el dosel de la cama, débilmente iluminado por un candelabro de tres velas que ardía en la mesa de noche. Luego cerró los ojos, presa de una fatiga tan grande que el menor gesto le costaba un esfuerzo sobrehumano.

Obdulia se sentó a su lado en el borde de la cama. Con dulzura le acarició la frente, el pelo. —Tiene fiebre, Pascual.

—Sí. La tuve todo el tiempo que pasé en esa maldita prisión. Pero ahora que estamos juntos voy a recobrar la salud —dijo,

---

tomándole la mano y besándole la muñeca—. Obdulia, me gusta la idea de pasar unos días con usted en el campo.

—Podemos leer, hacer caminatas hasta San Antonio. ¡Si quiere, podemos visitar a Miguel Londoño en Vilachuaga! —dijo Obdulia, con una sonrisa—. En una semana estará bien, Pascual. Haremos lo que sea necesario para que se alivie.

—Ya Pedro Justo Berrío me había advertido que la falta de libertad envilece. ¡Cuánta razón tenía! Uno entra a la cárcel lleno de arrojo y sale convertido en un guiñapo —respondió amargamente, sin dejar de mirar el juego de luces y sombras en el dosel.

—Apenas recobre las fuerzas volverá a ser el de antes —dijo Obdulia. En silencio rogaba para que su marido la viera, así fuera por un instante.

—Me parece que soy otra persona. A veces ni me reconozco.

Obdulia sintió miedo. ¿Dónde quedaba ella en medio de tanto cambio, de tantos padecimientos?

—Usted se pondrá bien, Pascual. Cuando Mosquera pase por aquí, estará completamente restablecido.

—Tengo que estar bien antes de una semana. Van a ocurrir cosas importantes para nosotros, Obdulia. Necesito su ayuda. ¡No sabe cuánto me reconforta saber que estará a mi lado para enfrentar lo que se nos viene encima! —dijo Pascual, como si las responsabilidades que presentía llegar fueran una carga, en lugar del reconocimiento a sus méritos, o como si fueran un peso que debía soportar por deber, más que por vocación.

—Usted sabe que puede contar conmigo, Pascual. Puede contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé. Obdulia..., usted me perdona si... ya sabe... estoy muy cansado.

—Claro que sí. Lo que necesita es descansar —dijo ella, levantándose para buscar en el armario la camisa de dormir—. Voltéese mientras me cambio —añadió. Y dándole la espalda, comenzó a desabotonarse la blusa.



---

## NOVIEMBRE DE 1862

La expresión del rostro de su marido fue suficiente para que doña Inesita comprendiera que algo andaba mal. La palidez alrededor de la boca, la raya cruel de los labios apretados con las comisuras hacia abajo, la mancha roja en la piel tensa sobre los huesos protuberantes de la frente anunciaban un inminente estallido de cólera. Una intensa sensación de miedo se apoderó de ella. Carmen, Rosario y Ester comían en silencio, como si pudieran evitar la tormenta que sentían avecinarse. El único sonido en el comedor era el de los cubiertos al chocar contra los platos de loza.

Doña Inesita miró de reojo a don Agustín y se encogió en la silla. Fuera cual fuera la causa de tanta desazón, la culpa era suya. Así había sido siempre: los triunfos le pertenecían a él, los fracasos, los inconvenientes, las dificultades, a ella. Cuando las cosas no salían bien su marido la incriminaba con un odio enconado, como si fuera la portadora de la mala fortuna en aquella casa donde no había hecho más que cuidar el precario equilibrio del diario transcurrir. El dolor de la injusticia iba por dentro, socavando la alegría, despedazando cualquier vestigio de amor propio que pudiera quedarle después de un cuarto de siglo de vejaciones. Notó los intentos de Ester por congraciarse con don Agustín, lanzándole sonrisitas que disfrazaban el dolor de la joven, el temor de despreciar a su madre, incapaz de ponerle límites a una situación intolerable, el miedo de odiar a su padre.



---

—¿Será que algún día podremos visitar a Estefanía en el convento, papá? —preguntó, atreviéndose a romper el silencio.

—Las monjas guardan clausura, Ester —respondió don Agustín, antes de tomar otra cucharada de la espesa sopa de arroz.

—Pero la madre priora recibe a su hermano, a las amigas. ¡Una cantidad de señoras van a visitarla! —respondió Ester, sacudiendo la melena rubia de una manera que consideraba encantadora y que a su madre le pareció una coquetería fuera de lugar.

—Eso es la madre priora. Otra cosa son las aspirantas o las novicias.

—¡A lo mejor Estefanía llega a ser priora! —dijo Rosario, alentada por el atrevimiento de su hermana.

—Lo dudo —respondió tajante don Agustín—. Ninguna de ustedes sirve para nada, pero la peor es Estefanía.

A través de la puerta calada alcanzaban a ver las matas del patio, reseca por el sol inclemente del mediodía. Pero en el interior de la habitación reinaba una densa y premonitoria oscuridad, iluminada por los encendidos destellos de la cólera del comerciante. De repente, don Agustín pareció recordar que faltaba algo. Al ver el movimiento de sus ojos, doña Inesita inclinó la cabeza y miró fijamente el bordado del mantel. Lo había cosido antes del nacimiento de Estefanía. A veces tenía la impresión de vivir simultáneamente la infancia de las hijas, las enfermedades de la niñez, los altibajos de la adolescencia, la tristeza de cada día sumada al dolor de vivir al lado de ese hombre violento, cuyos cambios de humor temía más que cualquier cosa.

—Carlina, ¡el aguacate! —ordenó don Agustín.

La cuchara de doña Inesita se hundió lentamente en la sopa adobada con un guiso de cebollas y tomates rehogados en grasa de cerdo. Cuando la cocinera anunció que los aguacates estaban verdes ya era demasiado tarde para preparar otro almuerzo. La carne estaba aliñada, cocida y molida, el guiso de tomates y cebollas, en su punto, las tajadas de plátano maduro, crepitando en el aceite, el arroz, flojo. Carlina trató de encontrar un aguacate maduro en la calle, pero la situación era tal

---

que ni aguacates se conseguían en las esquinas, como antes de la guerra. La madre y las hijas esperaban lo inevitable.

—Están verdes —respondió Carlina, poniendo un vaso de leche postrera frente al plato de cada una de las niñas.

—¡Le dije que trajera un aguacate!

—Los que hay en el solar no se pueden comer. Y en la calle ya no se encuentran —respondió la criada.

—No me importa. ¡Traiga un aguacate! —repitió el comerciante. Ester no sonreía. Ahora jugaba con la servilleta, retorciéndola sin misericordia.

Carlina se dirigió a la cocina y regresó con tres aguacates en una bandeja de madera. Bastaba ver el color verde oscuro de la piel para comprender que faltaba por lo menos una semana antes de que estuvieran pintones.

—Estos son los mejores —dijo.

Don Agustín palpó uno a uno los frutos duros como piedras, con la boca apretada en el mismo gesto cruel. De repente tomó aliento como si fuera a zambullirse en el charco de una quebrada. Doña Inesita volvió a contener la respiración, las niñas se concentraron en la comida. Sabían que su padre estaba a punto de perder el control. Don Agustín empujó la silla hacia atrás, se puso de pie, tomó el vaso de agua y lo lanzó contra la pared del fondo del comedor. Un reguero mojó las uvas bordadas del mantel. Los pedazos de vidrio cayeron sobre la cómoda donde doña Inesita guardaba la vajilla de porcelana inglesa que sacaba cuando tenían visita, decorada con castillos y paisajes azules sobre un fondo blanco.

Poco después conocerían el motivo de la cólera olímpica de don Agustín, razón por la cual Vicente Gómez se refería a su patrón como el Poderoso, capaz de romper una mesa de un puñetazo, de pisotear un fanal de cristal hasta molerlo, de rasgar con las manos rollos del más fino paño inglés: el general Tomás Cipriano de Mosquera había hecho su entrada a Medellín con parte de los integrantes del Gobierno Nacional. Fiel a los principios del partido en el poder, y al ver el desastroso estado de

---

las finanzas, había decretado que el estado de Antioquia debería pagar un empréstito forzoso de un millón doscientos mil pesos, de los cuales le correspondía la mitad a la ciudad de Medellín, y a don Agustín Giraldo la escandalosa suma de cincuenta mil pesos, según la cuota asignada por la junta repartidora.

Aunque por nada del mundo lo habría repetido en voz alta, doña Inesita se atrevió a pensar que la culpa la tenía su marido por alardear tanto sobre el alcance de su fortuna. Porque don Agustín no perdía la oportunidad de proclamar su riqueza ante ricos y pobres. Si se trataba de estos últimos lo hacía para que no quedaran dudas acerca de la superioridad que lo distinguía como a uno de los grandes capitalistas del estado de Antioquia. Si eran personas adineradas, para que no fueran a olvidar el plano de igualdad en el que se encontraban, de manera que, a pesar de estar lejos de ser cierto, muchos lo creían tan rico como don Gabriel Echeverri o don Julián Vásquez.

Esa noche doña Inesita se acostó lo más lejos posible del cuerpo de su marido, todavía envuelto en los efluvios de la rabia, y apretó los ojos, esforzándose por no moverse. Si don Agustín olvidaba su presencia bajo la intimidad de las mantas, ella quizás podría hacer lo mismo con la de él. Trató de concentrarse en las oraciones, luchando en vano por alejar el recuerdo de Estefanía. La niña estaba a punto de cumplir un año. ¿Quién la tendría? ¿La cuidarían bien? ¿La arroparían en las noches frías, celebrarían sus gracias? Ya debería estar dando los primeros pasos, Estefanía había caminado a los once meses. De nuevo trató de pensar en otra cosa, en el empréstito que tanto atormentaba a don Agustín, en la mala cosecha de aguacates en el solar. ¡Tanto ahorrar y saber que de nada había servido, porque ahora el recaudador se llevaba el fruto de sus penurias atesoradas en el sillar de la ventana que daba al patio!

\*\*\*

El general Tomás Cipriano de Mosquera no se daba tregua, como si el triunfo sobre el gobierno conservador en aquella región

---

fuera el más importante de su larga vida de guerrero. Asistía a los bailes en su honor, nombraba liberales de probada lealtad en puestos claves de la administración. Entre los miembros del Gobierno Nacional que llegaron de Bogotá estaba el doctor José María Rojas Garrido, secretario del Interior de la Unión, a quien Mosquera nombró secretario de Gobierno para el estado de Antioquia.

Pendiente del desarrollo de los acontecimientos en los que participaba de manera activa, Pascual Bravo parecía aliviado por la llegada de Mosquera. En cambio, Camilo Antonio Echeverri observaba con escepticismo el rumbo que tomaba la política. Camilo Antonio era uno de los liberales que se preguntaban con sorna quién los defendería de Mosquera. Ciertamente no le profesaba la devoción de su joven pariente, a quien el supremo director de la guerra había nombrado prefecto de Occidente cuando apenas llegaba a la finca de sus suegros para pasar esa corta temporada que debía restablecer su salud y encaminar el matrimonio hacia el amor, en lugar de limitarse a una serie de formalismos que se realizaban en público para tranquilidad de ambas familias. El decreto precedió el arribo del general a Rionegro, la última etapa del viaje desde Manizales hasta Medellín.

Ese día Pascual Bravo y Obdulia paseaban por la huerta con María Jesús quien, según Aldemar, no le perdía ni pie ni pisada a su hermano mayor. Después del mediodía había caído un aguacero que se repetiría antes del anochecer, a juzgar por las nubes oscuras que se formaban por el lado de La Ceja del Tambo. Pascual Bravo se veía mejor, como si el hecho de estar libre fuera suficiente para recobrar la vitalidad y esa elegancia que lo hacía parecer un personaje de otro mundo, menos agreste, alguien acostumbrado a moverse en los salones europeos por donde decían que se pavoneaba Mosquera. La fiebre cedía. En lugar de sumirse en ese silencio tan común en él parecía contento, pues el decreto de Mosquera nombrándolo prefecto de Occidente iba mucho más allá de sus aspiraciones inmediatas. En cambio Obdulia se llenó de temores, como si en lugar de premiar a su marido Mosquera estuviera condenándolo al desastre.



---

—¿Qué le pasa, Obdulia? —preguntó, cuando ella le devolvió el decreto después de leerlo—. ¿No se alegra? Mosquera acaba de posesionarse y ya me ofrece un cargo importante.

—Claro que me alegro, Pascual, pero pensé que... ¡Pensé que podríamos pasar una semana más en la finca!

Obdulia necesitaba tiempo para estar a su lado, tiempo para ayudarlo a cambiar, para seducirlo hasta convertirlo en el amante apasionado que reclamaban a gritos sus sentidos, tanto como su corazón.

—Eso lo dejaremos para más adelante. Ahora debemos prepararnos para vivir en tierra caliente. Apenas Mosquera esté instalado en Medellín, tendremos que trasladarnos a Santa Fe de Antioquia. Quiero que me acompañe, Obdulia. Piense que yo podría estar en la cárcel. En lugar de ello, le ayudaré al presidente a consolidar las grandes transformaciones que el país necesita.

La joven se limitó a asentir, diciéndose que perdía a Pascual cuando no había alcanzado a poseerlo.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó María Jesús, agitando un manojo de cilantro.

—¿Usted tiene que ponerle cuidado a todo lo que hablan los mayores? —preguntó su hermano.

La niña hizo un mohín y no respondió.

—Tal vez más adelante pueda venir —agregó él, inclinándose para arrancar unas hojas de menta que trituró entre las yemas de los dedos—. Por el momento, Obdulia y yo iremos solos. Los niños de tierra caliente tienen un color amarillo que no le gustaría a mi mamá. Es preferible que se quede con ella.

—Pascual, ¿las tierras del prefecto de Occidente tocan las de Berrío? —preguntó Obdulia.

—Sí, lindan con las del prefecto del Norte. ¿Por qué?

—Por nada... estaba pensando...

—No piense, Obdulia —advirtió él, con una brusquedad ajena a su trato cortés—. ¡Usted no tiene por qué dudar a toda hora! Lo importante es que me dé ánimo ¿Acaso preferiría que siguiera



---

preso, con las manos atadas, viendo pasar la vida de largo sin poder hacer más que escribir cartas?

—Usted sabe que no. Quiero ayudarle en lo que necesite —respondió la joven, volviéndose para enredar una tomatara en la vara.

—Pues entonces muéstrese más animada. ¡María Jesús, dígame a Aldemar que ensille! Vamos a Rionegro a dar la noticia.

—¿Yo voy también? —preguntó la niña.

—Cómo no va a venir, si es como una sombra.

Acto seguido, el nuevo prefecto de Occidente les dio la espalda y se alejó rápidamente por entre las eras de pimientos con los que doña María Josefa preparaba el encurtido.

\*\*\*

—¿Obdulia se queda con nosotros? —preguntó esa noche doña Marcelina, rebotante de orgullo. El nuevo amo del país acababa de hacerle a Pascual un merecido reconocimiento. Ella siempre había sabido que su hijo mayor estaba llamado a ocupar posiciones elevadas. Y como nadie es profeta en su propia tierra, decía, era precisamente Mosquera, un forastero, el que veía más allá de su juventud o de su aparente inexperiencia, para reconocer en él a un aliado que podría ayudarle a devolver el orden y la prosperidad al estado de Antioquia. Pero don Pedro parecía preocupado. Obdulia notó su sonrisa forzada al abrazar a su marido.

Mientras seguía cada giro de la conversación, la joven fingía estudiar atentamente los frascos de vidrio verde alineados sobre el aparador, herencia de don Manuel Bravo, el abuelo que compartía con Pascual. Los frascos eran lo único que quedaba de la destilería de vino de mora, que junto con una modesta fábrica de loza habían ayudado a mejorar sus escasos ingresos de maestro de escuela.

—No, señora, yo viajo con Pascual —respondió, sin poder disimular el malestar que sentía.

—¿Para qué? ¡Lo único que hará será estorbarle! Pascual estará tan ocupado que usted apenas si podrá verlo. Es preferible que se quede con nosotros.

---

—Obdulia viene conmigo —contradijo Pascual.

Por un momento el rostro de doña Marcelina reveló los años que tenía. Quiso replicar, cambió de idea y permaneció en silencio, mirando a través de la puerta los pétalos de las camelias que parecían de concha nácar a la luz de las estrellas.

\*\*\*

Días más tarde el presidente provisorio de la Nueva Granada hizo su entrada a Medellín montado en un soberbio caballo negro. La multitud se volcó a las calles para aclamarlo, como si nadie hubiera hecho otra cosa que anhelar su triunfo durante los tres años que duró la guerra en contra suya. Las campanas de los templos echaban a volar como si la Iglesia Católica, Apostólica y Romana se alegrara por el arribo del tirano a estas tierras alejadas de Dios y de los hombres, a ese largo y estrecho valle hundido en la inmensidad de los Andes.

El hombre que Obdulia vio por primera vez desde el balcón de una casa cercana a la Catedral cabalgaba con la cabeza vuelta hacia la derecha y miraba en dirección a la montaña del Boquerón. La figura hierática de Mosquera estaba más allá de los vivas, de las guirnaldas de flores, de las bayonetas desplegadas en saludo del batallón Bomboná, de la música marcial de la banda de guerra. La plaza principal se veía rodeada por un cuadrilátero compuesto por sus soldados que, al verlo llegar precedido por los músicos, saludaron militarmente. Las condecoraciones y los bordados del uniforme de gran gala del presidente provisorio brillaban bajo la luz rutilante del mediodía, entre los destellos del bronce pulido de los instrumentos de viento, del centelleo de las joyas de algunas damas, del brillo de los trajes de seda de colores claros que vestían las hijas de las principales familias, liberales o conservadoras, porque todas se habían acicalado con esmero para recibirlo.

El rostro de Mosquera parecía labrado en piedra. Obdulia buscaba en vano una emoción en su semblante, preguntándose si ahora que había vencido el último obstáculo para llegar una vez

---

más a la cima del poder se daría el lujo de disfrutar de los gozos del triunfo, o si para él lo verdaderamente importante era la lucha, no sus consecuencias. Pero lo único que leía en su rostro era arrogancia. El general llevaba en la mano izquierda las riendas del caballo negro, apoyada la otra en el muslo derecho, con el codo hacia afuera.

El presidente provisorio de la Nueva Granada recibía el homenaje de los antioqueños como un merecimiento. Las blancas patillas disimulaban la mandíbula destrozada en una guerra perdida en el pasado. Hondos pliegues descendían desde la nariz hasta las comisuras de los labios dándole una expresión adusta, no exenta de ironía. El general pasó tan cerca del balcón que la joven pudo ver el brillo acerado de los ojos enmarcados por las cejas hirsutas, la piel cuarteada por años de vida a la intemperie. Tomás Cipriano de Mosquera emanaba el aura inconfundible del poder, ese magnetismo que provocaba sonrisas en las amigas de Obdulia como si en lugar de un viejo reseco se tratara de un apuesto oficial, en las señoras casadas que se llevaban las manos al pecho como si estuvieran viendo una aparición, en los hombres que lo vitoreaban como si su proximidad pudiera significar alguna ventaja, en los jóvenes liberales como Pascual Bravo, como Miguel Londoño Marulanda, como Juan Pablo Uribe. Ellos sonreían seguros de poder cifrar en un solo hombre su destino.

\*\*\*

Obdulia volvió a verlo durante el baile de disfraces ofrecido por don Gabriel Echeverri esa noche. A pesar de las privaciones de los últimos meses, la casa del hombre más rico de Medellín lucía espléndida. Las llamas de las velas se reflejaban en los espejos de cristal de roca, en la mesa servida con los más finos cristales de Murano y Bohemia, en las bandejas de plata labrada rebosantes de manjares conseguidos como por arte de magia en una ciudad donde encontrar unas coles parecía cosa imposible.

Los disfraces también contradecían las penurias de sus dueñas durante los últimos años. Doña Marcelina llegó con un tra-

---

je bordado en oro que guardaba en un baúl desde que su hijo Pascual era un niño de brazos, y que al ajustarse a su cuerpo desmentía un cuarto de siglo. Su entrada al salón de don Gabriel Echeverri provocó un murmullo de admiración. A la luz de las velas parecía apenas mayor que Pascual. Otras señoras vestían como imaginaban que lo habían hecho María Estuardo, Cleopatra, Salomé. La madre de Miguel Londoño Marulanda lucía un lunar pintado en la mejilla, el pelo empolvado, y parecía sofocarse en un corpiño que le aplastaba los senos. Algunos invitados se habían limitado a vestir lo mejor que tenían en el escaparate. Don Pedro, Pascual Bravo y Obdulia estaban entre el grupo de los menos aventurados en cuestiones de atuendo. Sólo una belleza como la de doña Marcelina permitía vestir un disfraz estrafalario sin caer en el ridículo. Su nuera notó con envidia el placer que producía mirarla, preguntándose si su apariencia ordinaria tendría que ver con la indiferencia de Pascual.

Camilo Antonio Echeverri, en cuya compañía Obdulia olvidaba sus sentimientos de inferioridad, estaba de etiqueta, muy al contrario de aquella otra fiesta celebrada hacía casi veinte años cuando apareció vestido, o mejor dicho medio desnudo en el salón de su padre como un boga, descalzo y tan flaco que daba lástima.

Don Gabriel Echeverri, el hombre que había recorrido el tortuoso camino hasta la riqueza y el poder después de haber sido un joven labrador a quien su madre alquilaba con el único esclavo de la casa al vecino que quisiera pagarle un jornal, no sabía, después de tantos años si en aquella ocasión Camilo Antonio había pretendido burlarse de sus intenciones de transformar a sus hijos en personas civilizadas contratando a *míster* Gregory, el maestro de música, para que les enseñara a tocar el piano a las niñas, la flauta a Camilo Antonio. En aquellos salones por donde ahora se paseaba el general Mosquera seguido de una nube de cortesanos se habían organizado lecturas, conferencias, charlas ilustradas promovidas por el antiguo jornalero que había llegado a ser gobernador del estado, terrateniente, minero, comerciante y



---

uno de los hombres más respetados del país gracias a esa voluntad inquebrantable, a la sagacidad política y a un olfato especial para no dejar pasar de largo ninguna oportunidad.

Ejemplo de la animadversión que despertaba Camilo Antonio fue la acusación hecha cuando era un colegial, de haberle disparado un tiro de pistola al padre Freile, catedrático del colegio Académico. Las mismas mujeres que ahora se pavoneaban vestidas de emperatrices por los corredores de su casa, las que sonreían arrobadas cuando el general Mosquera se inclinaba a besarles la mano, aseguraron en esa ocasión que el escapulario de la Virgen de las Mercedes había salvado al padre Freile del tiro sacrílego, cuando todo lo que había hecho Camilo Antonio era estallar un triquitraque junto a la puerta del salón.

Así eran las cosas en aquella ciudad donde una inteligencia brillante despertaba suspicacias y donde el rumor, la comidilla, ocupaban el lugar de los hechos. Ahora, protegido por la victoria de los liberales, el hijo de don Gabriel Echeverri recibía atenciones de las mismas personas que no habían dudado en tildar una broma de intento de asesinato. Pero las zalamerías se tornarían en inquina cuando la rueda de la fortuna volviera a girar en su contra. Aunque no creía en Dios, don Gabriel Echeverri rogó al cielo para que el nuevo gobierno pudiera asentarse sobre unas sólidas bases constitucionales, con el apoyo de un ejército bien armado y el respaldo de unas arcas, si no rebosantes, por lo menos a medio llenar.

Atento a lo que pasaba a su alrededor, don Gabriel Echeverri observó la mirada preocupada de don Pedro. “Está pensando lo mismo que yo” se dijo, invitando a Alejandro Botero, un joven conservador que al parecer practicaba la tolerancia festejando la llegada al poder de sus enemigos políticos, a una copita de brandy.

El dueño de casa también observaba que Obdulia no le quitaba los ojos de encima al huésped de honor, reluciente como un pavo real. Desde niña había oído decir que el general tenía una colección de uniformes confeccionados por los mejores sastres

---

ingleses. Consciente de la curiosidad que despertaba en ella, Mosquera se acercó a saludarla.

—Tengo mis esperanzas puestas en su marido, señora —dijo el presidente provisorio de la Nueva Granada después de las presentaciones, con esa galantería que algunas mujeres encontraban irresistible. En el trato con las damas el caudillo se suavizaba, su mirada adquiría la languidez de un venado. Obdulia comprendió que algunas encontrarán difícil resistirse a ese encanto repentino en el hombre que horas antes había sabido recibir los honores militares y civiles de la ciudad con una frialdad impasible. Cambiaron algunas frases corteses, estudiándose con atención mal disimulada. Si antes la joven desconfiaba de Mosquera, ahora que tenía tan cerca esos ojos duros como el acero de la espada cuajada de piedras preciosas que llevaba al cinto temblaba por la suerte de Pascual.

—Me gustaría saber qué espera de mi marido, general —se atrevió a preguntar cuando el giro de la conversación lo permitió.

—Cuento con Pascual para organizar el gobierno de Antioquia, señora. Pondremos sus dotes extraordinarias al servicio del Estado. Tengo toda mi confianza depositada en él —respondió Mosquera, sin disimular la molestia que le causaba la pregunta.

Pascual Bravo recibía los halagos de quienes un par de semanas antes lo consideraban un reo peligroso cuando más, un fracasado cuando menos. Nada fundamental había cambiado en él y sin embargo la gente lo trataba con deferencia, buscaba una frase que señalara un vínculo común, una posible alianza en el futuro.

En aquel preciso momento Alejandro Botero, con quien Pascual y Camilo Antonio solían ir a cazar antes del cerco de Carolina, lo invitaba a participar en otra cacería, dándole unas palmaditas cariñosas en la espalda. Desde el lugar donde Obdulia se encontraba con Mosquera alcanzó a oír las palabras del joven conservador, pronunciadas en un tono de voz un poco más fuerte de lo necesario:

---

—¡La falta que nos hicieron, hombre! —afirmaba, incluyendo a Camilo Antonio.

—Pascual también cuenta con su apoyo, general —dijo Obdulia, encarando una vez más al supremo director de la guerra.

—¿Cuál sería ese apoyo según usted, señora? —preguntó.

—Llegado el momento, usted tendrá que actuar en favor de mi marido.

—¿A cuál momento se refiere?

—Ahora no le puedo decir. Pero sé que en el futuro Pascual lo va a necesitar. Espero que no le quede mal.

Mosquera irguió aún más la cabeza y la miró sorprendido.

—Veo que no me da las gracias por la confianza que deposito en su joven esposo —dijo con voz áspera.

Camilo Antonio los miraba con el ojo bueno. La expresión de su rostro la alentó a concluir.

—Pascual juega con todas las cartas sobre el tapiz.

—Me alegra saberlo, señora —dijo Mosquera. Y con una breve inclinación de cabeza dio por terminada la entrevista. Otras personas esperaban impacientes para hablar con él.

\*\*\*

Era más de media noche cuando Obdulia y Pascual salieron de la fiesta, acompañados por un criado que alumbraba la calle con un farol. Don Pedro y doña Marcelina se habían marchado dos horas antes, pero su hijo quiso disfrutar hasta el último minuto aquella velada que daba inicio a su carrera política. Caminaba de prisa por la estrecha acera donde no cabían los dos al mismo tiempo. Obdulia se esforzaba por seguirle el paso preguntándose si así sería su vida, con Pascual siempre adelante, ocupado en resolver otros asuntos, olvidándose de ella, contento de tenerla a su lado pero indiferente a sus necesidades, diciendo cualquier cosa menos lo que ella quería oír, pensando como un hombre público cuando lo que ella necesitaba era un marido, un hombre que le diera hijos, que regresara a casa por las tardes contento de haber vivido un día más en la paz, no en la guerra.

---

Entraron a la habitación que compartían en la casa que don Pedro tenía en arriendo cerca de la iglesia de la Vera Cruz y comenzaron a desvestirse en silencio, absortos en sus propios pensamientos. Para Obdulia era como si Pascual estuviera protegido por una campana de vidrio, transparente pero sólida, frágil y al mismo tiempo impenetrable.

En eso pensaba cuando él se acercó a ella y la rodeó en un abrazo cálido, capaz de expresar lo que necesitaba saber. Al sentir su calor la joven estalló en sollozos, apretando el rostro contra su pecho. La soledad de las últimas semanas era aún peor que la de los primeros días de su matrimonio. A pesar del poco tiempo que llevaban viviendo juntos, sentía que una especie de desgano se iba apoderando de ella. Estaba cansada, sin fuerzas para luchar, sin ánimo para recortar esa distancia que se ahondaba entre los dos. Entonces Pascual comenzó a acariciarla con una pasión que Obdulia no había probado antes, llevándola en brazos hasta la cama.

Movida por una urgencia nueva, la joven se sacó la camisa por encima de la cabeza para ofrecerse completa, sin miedo, sin pudor, sin la angustia de querer alcanzar lo inalcanzable. Aquello que se interponía entre los dos había desaparecido. Sus respiraciones se fundían en un mismo ritmo, las caricias más atrevidas eran la confirmación de ese amor que ambos anhelaban compartir. Sumergido en el cuerpo de su esposa, Pascual la sintió suave y húmeda, y finalmente pudo olvidar las preocupaciones, los planes para regresar a Santa Fe de Antioquia, los decretos que al día siguiente dictaría Mosquera contra el clero, el rostro preocupado de su padre. Comenzó a moverse con gracia y ternura. Obdulia respondía yendo hacia él como si quisiera absorberlo de manera absoluta, profunda, hasta entrar juntos a ese vacío en el cual se hundía la existencia, allí donde desaparecían el tiempo, el dolor y la muerte, para ascender cada vez más rápido, cada vez más alto, hasta gritar la intensidad de su goce.

\*\*\*



---

## NOVIEMBRE DE 1862

Llegaba la hora en que las almas condenadas a vagar sin rumbo hasta el fin de los tiempos, por haber contrariado las leyes sagradas asesinando, fornicando, renegando de Dios, de la Virgen y del Divino Niño, regresaban a los lugares profanados por su conducta escandalosa. En el convento del Carmen, el padre Naranjo advertía a las monjas acosadas por visiones que el peor castigo consistía en ver sin ser visto, en oír sin ser oído, en no dejar más rastro de la propia presencia que un viento helado, un hedor nauseabundo que quedaba en el aire o el rumor de unos pasos inciertos al filo de la media noche.

Seres atormentados con la apariencia de un perro negro, brujas que viajaban sobre los techos de la ciudad montadas en cáscaras de huevo, atraían con sus maléficas emanaciones a una legión de súcubos que dejaban tras de sí una estela de maldad pura que las almas sensibles, como la hermana tornera en el convento del Carmen, podían presentir. La hermana también veía el plasma de algunos condenados, borrosas figuras con la piel hecha jirones sobre los huesos amarillentos, ancianas con telas de araña en las cuencas vacías, hombres con traza de bandidos y el cuerpo marcado con las heridas causadas a otros con machetes, con disparos de fusil, a pedradas, a garrote, porque cualquier objeto se convertía en arma en las manos de alguien con sed de matar. Últimamente la espantaba

---

un sacerdote encorvado que rondaba la puerta del convento apoyado en un bastón de macana.

Esa noche el fantasma apareció poco después de las nueve. Rondó frente a la puerta y al cabo de un rato desapareció como si se lo hubiera llevado el Diablo. La madre priora, advertida por la hermana tornera, pidió oraciones por las ánimas del Purgatorio. En tiempos de guerra las pasiones más ruines se adueñaban de los hombres que morían llenos de odio, desgarrados por deseos de venganza.

Segura de que el fantasma haría una segunda aparición, Estefanía abrió con sigilo la puerta de la celda. Tuvo que recorrer a tientas el camino hasta la pequeña habitación donde se guardaban ornamentos y muebles viejos, situada sobre la puerta principal del convento. Un aguacero torrencial bañaba la ciudad. Mientras subía los peldaños, esforzándose por no pisar un tablón suelto, se preguntó si José Manuel acudiría a la cita con ese tiempo horrible.

La puerta del cuarto cedió fácilmente a la presión. Bendiciendo a Flor de Lis por haberla dejado abierta antes de irse a dormir, Estefanía caminó hasta la ventana con los brazos extendidos para no tropezar. El ruido de las alas al girar sobre sus goznes se ahogó en la lluvia, el agua venteada le golpeó el rostro. Sus ojos acostumbrados a la oscuridad distinguieron vagamente la figura del espanto en la calle, alumbrado por el farol de la puerta. El fantasma avanzó con paso decidido hasta el muro del convento. Al ver a José Manuel con la sotana pegada a los huesos, el sombrero calado hasta las sienes, Estefanía tuvo que contener las ganas de reír. Se acercó aún más a los barrotes y sacó el brazo con la mano extendida hacia abajo. José Manuel alzó el suyo. No alcanzaban a tocarse, pero sentían que el gesto los acercaba.

—¿Estás bien, Estefanía? —preguntó José Manuel, tratando en vano de ver el rostro oculto por las sombras—. Estuve rondando la calle hasta hace dos horas, cuando me pareció que alguien seguía mis movimientos desde adentro.

---

—Con seguridad que era la hermana tornera, ve demonios por todos los rincones. ¡Me muero de la impaciencia por salir de aquí, José Manuel! Estas entrevistas son peligrosas. Si las monjas se llegan a dar cuenta ¡estamos perdidos!

—Es sólo cuestión de días, mi amor —respondió José Manuel alzando el rostro hacia la ventana—. El clero pierde poder. Dentro de poco estarás libre. Además, siempre tenemos la posibilidad de adoptar el plan de Flor de Lis. Sólo hace falta que te resuelvas y nos ponemos de acuerdo para sacarte de aquí. Es lo mejor que podemos hacer, Estefanía. Vivir separados no tiene sentido. Tú y yo ya somos marido y mujer.

La criada proponía que Estefanía saliera después de maitines vestida con sus ropas. La hermana tornera, con los ojos debilitados por la edad y el ayuno de casi medio siglo, no alcanzaría a distinguir sus facciones en la claridad incierta de la aurora. Sin pensarlo dos veces abriría la puerta creyendo que se trataba de la criada, y la dejaría libre como un pajarillo soltado de la jaula por la propia mano de su dueña.

—Es mejor esperar, José Manuel. Nunca se sabe quién pueda andar por la calle. Parece que todo el mundo tiene espías. Berrío, Mosquera, su hija Amalia, los militares, los comerciantes. Todos vigilamos y somos vigilados. La madre priora tiene una red de informantes que se extiende por la ciudad, en la cual participan desde sus parientes y las señoras principales, hasta sus sirvientas.

—Aun así podemos vencer esos obstáculos —dijo José Manuel—. Lo único que nos separa es la puerta del convento.

—¡Hemos perdido tanto que no quiero arriesgar nada, José Manuel! Si fracasamos en el plan podrías regresar a la cárcel acusado de haberme raptado, y yo pararía quién sabe dónde. Hay que ser prudentes para poder recobrar a la niña. Ella necesita que por lo menos uno de los dos esté libre. No, es mejor esperar... —dijo Estefanía.

—Bueno, en todo caso las cosas se les están complicando a las monjitas. Por otra parte, lo que dices es cierto. Sé que última-

---

mente te tienen prohibido acercarte siquiera a la puerta del convento. Es probable que las monjas sospechen que estás tramando algo, así que es mejor devolverles la confianza.

—¿Qué has sabido de la niña, José Manuel? —preguntó Estefanía. Volvió a sentir ese dolor que la presencia del hombre empapado por la lluvia alejaba sólo por un momento. Se pasaba horas en la capilla con los ojos entornados imaginando cómo sería la sonrisa de Isabel, el color de su pelo. A pesar de la distancia sentía que un vínculo físico la unía a su hija. Sabía que Isabel estaba viva.

—Eso precisamente era lo que venía a decirte. Pude hablar con Carlina la semana pasada. El Tungo estuvo en tu casa el día del alumbramiento. Doña Inés le entregó la niña.

—¡El Tungo! Jamás habría pensado que pudiera hacer una cosa así. ¿Hablaste con él? ¿Qué te dijo? ¿La niña está bien? ¿Quién la tiene? ¡No puedo creer que por fin voy a tenerla conmigo! Es lo que más anhelo en la vida, José Manuel.

—Tu padre lo mandó a una correría hace cosa de dos semanas. Parece que los negocios van mal. A don Agustín le tocó pagar el mayor empréstito del Estado, así que andará a la caza de nuevas oportunidades para el contrabando. Pero apenas regrese, El Tungo me dará la información que necesitamos para recobrar a Isabel. Debes confiar, Estefanía. Te prometo que te devolveré a la niña, así tenga que ir de casa en casa por todo el país.

—¿Y si Vicente se niega a decirte dónde está? Él le obedece ciegamente a papá.

—No se negará, de eso me ocupo yo. También hablé con Carmen Peña. Don Agustín pagó una suma importante por su silencio, pero parece sincera cuando asegura que no sabe qué hicieron con la niña. También me dijo que era una criaturita muy bella. Estamos a punto de recobrarla, así que tranquilízate. Es sólo cuestión de semanas.

—Dios te oiga, José Manuel —Estefanía sollozaba calladamente—. Ahora vete, no sea que las monjas se den cuenta y me encierren a pan y agua. ¡Por un castigo así enloqueció la hermana



---

tornera! Esta mañana después de misa se arrastró por el suelo y nos besó los pies. Besó hasta los de la Donada, a quien de ordinario sólo le dirige la palabra para darle órdenes.

—¡Vaya espectáculo! Me habría gustado presenciarlo —dijo José Manuel, tratando de poner una nota despreocupada en la voz—. Prométeme que vas a estar tranquila, Estefanía. Yo estaré pendiente.

—¿Cuándo vas a volver?

—Te avisaré por intermedio de Flor de Lis. Mientras tanto, recuerda que pronto estaremos juntos. Entonces nadie, ni la misma guerra, podrá destruir nuestra felicidad.

—Temo que a la niña no la hayan cuidado bien.

—Don Agustín es un desalmado, pero no lo suficiente como para entregarle la nieta a personas inescrupulosas. Seguro que estará bien —respondió José Manuel, mientras pensaba para sus adentros que el comerciante bien podía haberla abandonado a su suerte.

—Tengo un mal presentimiento..., la única preocupación de papá es que nadie se entere.

—No puedes perder el ánimo, Estefanía. Verás que a la niña no le ha pasado nada. Te prometo que muy pronto estará con nosotros.

—Es tanta mi impaciencia que no me siento capaz de esperar más. Escríbeme, José Manuel. Si no recibo noticias tuyas podría enloquecer. No sé cómo pude sobrevivir el año en que estuviste preso. Parecía que habíamos alcanzado la dicha y de un momento a otro todo se vino abajo, como las murallas de Jericó.

—¡Como las murallas de Jericó! —sonrió José Manuel bajo la lluvia—. Has estado oyendo más sermones de la cuenta, mi amor. No le hagas caso al padre Naranjo. Te escribiré todos los días. Flor de Lis te hará llegar mis cartas. Esa joven ha sido nuestra salvación.

—Así es. Ella ha sido mi único consuelo desde el momento en que me encerraron. No tenemos cómo agradecerle lo que ha

---

hecho por nosotros. Tengo todas tus cartas bien escondidas, José Manuel. ¡Me avisas apenas sepas algo de la niña!

—Es mejor que destruyas las cartas. No debemos dejar evidencia.

—Las tengo escondidas, no sería capaz de romperlas. Esas cartas son lo único que tengo.

—Me tienes a mí, Estefanía. En cuanto Vicente confiese, te aviso para que dejes de preocuparte por la niña.

El espanto se alejó bajo la lluvia hasta fundirse en las tinieblas de la noche. Estefanía se quedó un rato en la ventana, tiritando de frío. El agua llovida formaba un charco a sus pies. Luego cerró los alerones, se desnudó en la oscuridad y secó el charco con la tosca camisa de dormir, antes de regresar a la celda.

\*\*\*

A la mañana siguiente la hermana tornera pidió hablar con la madre priora para contarle que la noche anterior había soñado que Estefanía recorría desnuda los corredores del convento.

—Esa muchacha se trae algo entre manos —aseguró—. ¿No ha notado, madre, lo cambiada que está?

La priora también se había percatado del cambio en el comportamiento de Estefanía, pero lo consideraba a la luz de su corazón bondadoso. De un momento a otro la hija de don Agustín Giraldo había vuelto a sonreír, como si la vida en el convento no fuera ya un tormento. Ella comprendía mejor que nadie la tragedia de la joven. Rezaba para que algún día dejara de añorar a su amante, para que el recuerdo de la niña se desvaneciera hasta ser una pena llevadera, que la acompañaría hasta la hora de reunirse con las religiosas fallecidas en el cementerio del convento.

—Tranquilícese, hermana, que a Estefanía no le pasa nada fuera de lo corriente —respondió la madre priora prometiéndose tener una larga entrevista con la joven—. Está olvidando la vida que llevaba antes, eso es todo. En lugar de abrumarla con sospechas debemos ayudarle a superar el mundo que dejó atrás.

---

—A mí me parece que Estefanía no tiene vocación —dijo la hermana tornera, sin dar su brazo a torcer—. Si el mundo le hace tanta falta, no debería haberlo abandonado.

—Para unas personas es más difícil que para otras, aunque tengan vocación —respondió la priora, impaciente—. Estefanía es una de ellas.

—Pues le repito que anoche la vi caminar desnuda por los corredores —insistió la hermana tornera.

—Soñó, hermana, lo cual es muy distinto a haberla visto. Le recomiendo que se confiese con el padre Naranjo y que a la hora de dormir se tome una bebida de cidrón —dijo la priora, dando por terminada la entrevista. Tenía preocupaciones y no estaba dispuesta a málgastar el tiempo discutiendo la veracidad de los sueños de la hermana tornera, aunque la inquietaba la naturaleza de éste en particular. Hablaría con el padre Naranjo.

\*\*\*

No tuvo tiempo de hacerlo, porque a las tres de la tarde el redoble marcial del tambor guerrero rasgó el aire perfumado del patio del convento del Carmen. Protegido por las bayonetas del batallón Girardot, el pregón leía en voz alta el decreto de Tuición dictado por el presidente provisorio de Colombia, general Tomás Cipriano de Mosquera.

En el término de setenta y dos horas los sacerdotes deberían prestar juramento de sumisión al Gobierno. De no hacerlo serían perseguidos, encarcelados y condenados al ostracismo. Los obispos sólo podrían ejercer una vez les fuera otorgado el pase para officiar.

La división en el seno de la Iglesia en la región no se hizo esperar. Algunos sacerdotes, como José Sinforsoso Upegui y Joaquín Guillermo González, de Santa Rosa de Osos, Juan María Rojas, de Santo Domingo, Antonio Ramírez, de Carolina, consideraban más ventajoso el sometimiento. Oponerse a la autoridad respaldada por las armas no tenía sentido, de poco servía un párroco escondido en el monte. Era mejor amoldarse a las circunstancias.

---

La fuerza pública recibía instrucciones, incentivadas con promesas de ascensos y recompensas, de capturar a los clérigos renuentes para luego remitirlos a Medellín.

Los cazadores de clérigos sabían que era preciso obrar con cautela, de manera que los rebeldes no tuvieran tiempo de perderse en el monte donde muchos se escondían vestidos como miserables labradores para poder seguir diciendo misa, bautizando a recién nacidos y administrando los sacramentos entre la tupida maleza, al pie de las quebradas. Tal como sucedía en otros lugares del país, los clérigos fugitivos se veían obligados a cambiar con frecuencia de escondite. Atravesaban bosques y serranías, vadeaban ríos, dormían a la intemperie, soportaban las inclemencias del tiempo, las picaduras de los insectos y corría el rumor de que algunos enfrentaban hasta el ataque de las fieras hambrientas. Sin embargo, los sacerdotes sometidos consideraban que tanto esfuerzo no valía la pena, que era mejor obtener el pase que arriesgarse a los peligros de la clandestinidad para llegar al mismo punto de partida, el derecho a seguir siendo lo que eran.

Había otros dispuestos a defender la supremacía de la autoridad religiosa, un poder consolidado a través de siglos de manejos tan feroces como los de su contraparte en el mundo. Desde Santa Fe de Antioquia, el obispo Domingo Antonio Riaño, la figura más alta del clero antioqueño, incitaba a los sacerdotes a desacatar los decretos de tuición y desamortización. Los prelados que optaran por obedecer las leyes humanas, encarnadas en Tomás Cipriano de Mosquera, serían excomulgados del seno de la Iglesia.

En Medellín, el capellán del convento del Carmen acordó con el obispo que ejercería de manera privada su ministerio, ocultándose en casas de familia. Durante los tres primeros días siguientes a la promulgación del decreto, el padre Naranjo acudió al monasterio, confesó y repartió comunión entre las religiosas que sollozaban ante la perspectiva de quedarse sin su Esposo Sacramentado. Al tercer día, después de una desgarradora despedida que Flor de Lis presenció con la mirada fija en el ruedo de



---

la falda, el padre Naranjo salió para su casa donde lo esperaba una multitud que conservó el fervor religioso hasta el momento en que el jefe municipal, Cenón Trujillo, dobló por la esquina acompañado de una escolta de soldados fuertemente armados. Los fieles se dispersaron como si se hubiera desatado una granizada. Al fin y al cabo pronto sonaría el toque de queda, eran las seis de la tarde, hora de ir a comer.

Al ver la cara de pocos amigos del jefe municipal, el padre Naranjo cerró con tranca la puerta de la casa. Caminó bien despacio, como para no provocar el miedo, llegó hasta el solar, utilizó la escalera del albañil que por esos días blanqueaba las paredes, subió al tejado y caminó por los techos de la ciudad hasta la residencia de las señoras María Josefa y María Antonia Álvarez, benefactoras del convento, dejando tras de sí un reguero de tejas rotas. Desde arriba alcanzaba a ver la guardia de cien hombres que rodeaba la cuadra, y en el centro del patio a su hermana, empequeñecida por la distancia en medio de las azaleas, aterrada ante el espectáculo de su propio hermano que huía por los techos de la ciudad como si se tratara de un vulgar ladrón de gallinas.

\*\*\*

La orden de escoltar al obispo Domingo Antonio Riaño a Medellín llegó en el preciso momento en que Obdulia terminaba de desempacar el último baúl. Su marido llevaba varios días sumido en uno de esos estados taciturnos que lo aquejaban en el momento menos esperado, y la orden lo puso de peor humor. Aunque no protestó pues eso habría significado mostrarse contrario a las órdenes de Mosquera, ella comprendió que no deseaba abandonar, así fuera temporalmente, las tareas administrativas que lo ocupaban el día entero y parte de la noche.

—¡Si apenas acabamos de llegar y usted ya tiene que volver a Medellín! —exclamó, recordando lo azaroso que era cruzar el río Cauca, cuando Pascual Bravo entró al comedor, donde una negra le ayudaba a desempacar los platos de loza, para

---

informarle en un tono seco, casi oficial, que esa misma tarde salía con el obispo.

—¿Acaso Mosquera no podía confiarle el encargo a otra persona? —preguntó Obdulia, dolido por la distancia infranqueable que su marido interponía entre los dos.

—Tal parece que no, Obdulia —respondió él—. Mosquera confía en mí.

—¿Confía para convertirlo en guardián? —se atrevió a insistir, a sabiendas de que provocaba su enojo. Inmediatamente se arrepintió, pero una fuerza más poderosa que la prudencia la obligaba a hablar. Pascual tenía círculos oscuros alrededor de los ojos que brillaban con un fuego enfermizo, como si las fiebres se hubieran apoderado nuevamente de él.

—La cuestión religiosa es prioritaria dentro del programa de gobierno del general, y usted lo sabe muy bien, Obdulia —respondió. Al parecer ella tenía que adivinarlo todo: las prioridades del general, el plan de gobierno, los problemas de la región, tenía que conocer los horarios que trastocaban la vida doméstica, anticipar los cambios de humor de Pascual, cuando él podía pasar por alto su soledad, la necesidad inmensa de su amor. Pero al parecer concentraba sus fuerzas en el trabajo. Esto era lo prioritario. Su matrimonio valía poco, o nada, frente a las responsabilidades de su marido, que parecía no tener tiempo, ni mucho menos interés, por atender ambas cosas.

—Pues si yo fuera usted, no estaría tan halagado por esas muestras de confianza, Pascual.

¿Por qué se negaba a reconocer lo que para ella resultaba tan claro? Mosquera utilizaba a cualquiera que se prestara a sus fines. Sin personas que le sirvieran como lo hacía Pascual, el presidente provisorio de la Nueva Granada no sería más que un viejo reseco y engreído, una figura de opereta con sus uniformes bordados, la espada cuajada de piedras preciosas, las condecoraciones que debían pesar varias libras, la grotesca mandíbula de plata que chasqueaba al hablar. Tanto oropel no era más que la

---

evidencia de un amor propio desbordado, de un olímpico desprecio por sus semejantes.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no confío en Mosquera. Usted lo sabe muy bien. No confío desde que conversé con él en la fiesta de don Gabriel Echeverri. Yo de usted me mantendría en guardia.

—¿En guardia? ¿En guardia de un hombre al que sólo le debo favores? —preguntó él, inclinando hacia Obdulia su hermoso rostro encendido por la ira.

—De un hombre que en cualquier momento puede hacerle una mala jugada.

—¡Ahora me dice que debo esperar una mala jugada de la persona a la cual le debo la libertad y el honor de ocupar el cargo de prefecto de Occidente, que bien podría merecer alguno de sus amigos de confianza! —respondió Pascual Bravo, atravesando la habitación para mirar hacia la calle.

—Pues yo sostengo que ese hombre no es de fiar —insistió Obdulia, mirando también por la ventana hacia las blancas fachadas de las casas vecinas.

El calor espejeaba en la atmósfera. Desde el primer día Obdulia se había mostrado encantada por esa ciudad situada en la margen izquierda del río Tonusco, con sus vegas sembradas de frutales y palmeras. Conocía los monumentos y las plazuelas, la catedral de aspecto imponente, los templos atiborrados de obras de arte, la plaza con su fuente pública, los árboles centenarios que daban sombra al caminante, las casas solariegas adornadas con bellos portalones donde habitaban las orgullosas descendientes de los antiguos funcionarios de la Corona.

Su marido estaba obsesionado por devolverle su aspecto digno en lugar del abandono material en el que se encontraban las plazas, las fuentes, los camellones y caminos que a veces recorría de sol a sol. Por la noche le escribía al secretario de Gobierno en Medellín pidiéndole el envío de prisioneros para trabajar en las obras, o que separara sumas de dinero para la reconstrucción de la ciudad.

---

El deseo de cumplir bien con la tarea que le había sido encomendada era evidente. Si Pascual no tenía tiempo para ellos dos; pensaba Obdulia para consolarse, era porque lo invertía en remitir a Medellín a los reos acusados de hurto, en combatir la corrupción prohibiendo que ningún ciudadano pudiera entrar sin permiso del jefe a las oficinas administrativas, ni mucho menos leer documentos de las mismas, en exigirle al alcalde la reorganización de la policía, en recopilar antiguas ordenanzas para dejar en orden el archivo. Y ahora Mosquera lo ponía de carcelero en lugar de apreciar lo que hacía por la región.

Las comunicaciones que su marido le dirigía al secretario de Gobierno en Medellín debían llenar cajones en las oficinas de la casa de gobierno. Ellas contenían decretos relativos a la residencia de algunos corregidores como el de Frontino, o declaraban que el suplente del juez del circuito continuara en su cargo hasta tanto el presidente del estado, o sea el omnipotente, omnipresente Mosquera, no resolviera otra cosa, nombraban oficiales y suboficiales de la guardia municipal o anunciaban la apertura de escuelas dedicadas a la enseñanza primaria. Pascual Bravo también le escribía personalmente a Mosquera pidiéndole que le permitiera enviar comisionados con el carácter de inspectores a los distritos que lo necesitaran, dándole cuenta detallada del estado de cosas en la prefectura. Frente a su genuino interés por el bienestar de la comunidad, no era de extrañar que Mosquera pensara en él para tantas tareas, incluyendo la de llevar preso al obispo Domingo Antonio Riaño a la capital del Estado.

—Quiero recordarle por enésima vez que el gobernante al cual usted se refiere con tanto irrespeto es el presidente provisorio de la Nueva Granada, el presidente del Estado hasta que se nombre a alguien en el cargo, la persona a la cual usted y yo le debemos todo. Lo que pasa, Obdulia, es que usted está influenciada por su padre. Sé muy bien que el comandante Escobar siempre tuvo sus diferencias con Mosquera —dijo él, con un tono de voz hasta ahora desconocido, mezcla de ironía y rencor.



---

—Pues el suyo también tuvo diferencias con el hombre al que le debemos todo, como usted dice, Pascual. ¿Qué cree que va a decir don Pedro apenas sepa que anda de guardián del señor obispo?

—Yo no ando de guardián de nadie, Obdulia. ¡Tengo el encargo de acompañar al obispo a Medellín, y así lo haré! Me disgusta sobremanera su manía de tergiversar las cosas. Si Mosquera logra convencerlo para que se someta, evitaremos nuevos actos de violencia. Si Riaño obedece, el escándalo suscitado a raíz de la promulgación del decreto de tuición se acallará de una vez por todas.

—¿De una vez por todas? ¡El escándalo con el clero apenas comienza, Pascual! Y bastante daño que le va a hacer. Mejor dicho, que nos va a hacer a nosotros. Ojalá se acuerde de lo que le digo, cuando las cosas se le compliquen. Lo que está haciendo le va a granjear enemigos, tenga la seguridad. ¿Sabe una cosa, Pascual? En lugar de dedicarle hasta el último pensamiento a Mosquera, debería sacar más tiempo para nosotros dos.

—Está muy equivocada, Obdulia. Estas medidas tienen claros fines económicos y administrativos que ayudarán a sacar al país del atraso en que se encuentra. Cuando esté menos ocupado podré dedicarme más a usted, Obdulia. Por el momento su deber es secundarme, no criticar todo lo que hago.

—Pues ojalá que las cosas le salgan tan bien como se imagina.

—Con Mosquera vamos a lograr muchos de los cambios necesarios para que la vida de la gente sea un poco mejor, Obdulia. Quiero que entienda eso.

—Lo entiendo, Pascual, no piense que soy una tonta. Como me paso el día entero sola, no hago más que tratar de entender. Lo que no me puedo explicar es por qué actúa como si yo no existiera, como si no le importara.

—No volvamos con eso, Obdulia, se lo ruego. Estoy ocupado, es todo. Usted no sabe lo que puede suceder, no hace ni el menor esfuerzo por enterarse de los problemas que nos aquejan en el Gobierno.

---

—Son tantas las cosas que pueden suceder... —respondió ella, antes de salir de la habitación con los ojos llenos de lágrimas, para pedirle a la negra, que se había retirado al verlos discutir de esa manera, que le ayudara a empacar las cosas de Pascual. No iba a permitir que él la viera llorar. Eso sólo provocaría su dureza, lo alejaría aún más.

\*\*\*

A las tres de la tarde la comitiva partió para Medellín. José Miguel Botero y José María Martínez Pardo acompañaban a Pascual Bravo. Domingo Antonio Riaño, obispo de Antioquia, montaba una mula colorada, vestido con unos pantalones negros y unas botas de montar inglesas. El prelado era un hombre corpulento, de ojos saltones, penetrantes. Tenía el pelo entrecano, el rostro lleno y una voz con hondas resonancias, acostumbrada a mandar. El prefecto de Occidente le había concedido dos horas para reunir sus pertenencias, herrar la mula y montar.

Esa noche durmieron en la casa de la viuda Escandón, a pocas leguas de la ciudad amodorrada por el calor que chamuscaba las vegas del río Tonusco, tan diferentes a las del Rionegro, siempre verdes, salpicadas de flores, de manera que en verano parecían una alfombra. Al día siguiente madrugaron para que el obispo dijera misa y confirmara a una veintena de niños en Sopetrán, una población que antes de la peste de los cultivos de cacao había conocido momentos de prosperidad evidentes en las calles bien empedradas, en las casas con amplios huertos sembrados de árboles frutales que asomaban sus ramas por encima de las tapias, sombreando las calles abrasadas por el sol. A la una de la tarde estaban en San Jerónimo, donde descansaron hasta el día siguiente.

Cinco soldados y tres peones de estribo escoltaban al prefecto de Occidente. El obispo Riaño se mostraba sereno, limitándose a responder si Pascual Bravo o alguno de sus acompañantes le hablaba. Cada cual estaba convencido de su papel. Pascual Bravo protegía a la comunidad del poder ancestral de la Iglesia.

---

Poder de orientar y dominar el pensamiento, de alentar la falsa esperanza, la necesidad de obedecer para no merecer en la otra vida castigos más atroces que cualquiera de los inventados por el hombre.

El joven prefecto observaba en los antioqueños cualidades que en un momento determinado podían llegar a convertirse en defectos. La laboriosidad, el ingenio, el valor podrían dar paso a la anarquía. Los mansos campesinos que ahora labraban los campos podrían llegar a extremos de intolerancia y violencia hasta despreciar cualquier asomo de autoridad si se los dejaba carentes de educación. Miró al obispo que cabeceaba en la mula, como si en lugar de ir a rendir cuentas estuviera en un viaje de placer, y recordó la última frase en la carta de Mosquera:

*Dígale al obispo que si se atreve a venir con el bastón, se lo rompo en la cabeza.*

Pascual Bravo todavía mantenía viva la fe religiosa que le habían inculcado los jesuitas cuando era estudiante en el colegio de San José, y la que había aprendido del ejemplo de don Pedro, más creyente que doña Marcelina, rigurosa a la hora de observar los preceptos pero sin la profundidad de su marido para cultivar una verdadera espiritualidad.

Reconocía que la religión era un freno contra el desorden, más eficiente que el mismo poder civil. En su tierra servía para contener la inclinación de sus pobladores a lo material, esa tendencia a recurrir a lo ilícito cuando no se conseguían los resultados esperados a través del trabajo honrado. Pero esa misma fuerza era también un factor de supersticiones y atraso. El prefecto de Occidente se preguntaba, secándose la frente con un pañuelo de lino, cómo debería obrar un gobernante para sacarle partido al poder secular de la Iglesia sin que su influencia sobrepasara la esfera del poder civil.

\*\*\*

Un silencio sepulcral marcó la entrada del obispo Riaño en vísperas de la fiesta de san Juan de la Cruz a Medellín. La ciudad

---

seguía convertida en cuartel militar, los templos cerrados, las tropas caucanas al acecho, como si en cada hombre, mujer o niño se ocultara un sedicioso. El clima de desconfianza exasperaba los ánimos. Las noticias cambiaban como el rumbo del viento en las tardes de lluvia, y nadie sabía de qué manera se resolverían los acontecimientos.

El párroco estaba libre después de reconsiderar en la cárcel la decisión de obedecer al obispo acatando las órdenes de Mosquera, pero al salir encontró que tenía poco trabajo. Todavía tras las rejas había hecho público juramento de sumisión al Gobierno, acto que le valió el desprecio de los fieles. Ahora las señoras principales le negaban el saludo, cosa que en su sociedad se consideraba el peor castigo, insultando así al antiguo confesor. Los más fervientes católicos preferían vivir sin los auxilios espirituales a los que estaban habituados con tal de no ocupar a un sacerdote que incurría, según ellos, en pecado mortal.

Flor de Lis esperaba la llegada de la comitiva en las afueras de la ciudad. De no estar preso por haber dado muerte al coronel Cipriano Rodríguez, el propio Néstor gozaría con ella de esa brisa que acariciaba el cuerpo con tanta sutileza como el mejor de los amantes. La joven tenía órdenes de avisarle a la madre priora el arribo del obispo, para alertar a los ciudadanos y desafiar a las autoridades, tocando a rebato las campanas del convento del Carmen.

Pascual Bravo notó la presencia en la calle de la criada de las monjas. José Manuel Toro se la había señalado un viernes al medio día cuando Flor de Lis caminaba con la Donada en dirección a la plaza, pidiéndole que la protegiera si alguna vez llegaba a saberla en peligro. Al verla correr en medio de un revuelo de enaguas en dirección al convento no pudo evitar una sonrisa.

Las campanas del convento del Carmen espantaron las palomas posadas en las cúpulas rojas de la iglesia de la Candelaria. Todavía tocaban cuando el señor Luis María Arango, el doctor Ramón Martínez Benítez y el doctor Manuel Vicente de Larroche salieron de sus casas vestidos con la elegancia que ameritaba la



---

ocasión para recibir al prelado. Las devotas esperaban al obispo con una merienda en casa de doña Juliana Naranjo, donde solía hospedarse en Medellín.

Traían de regalo gelatinas, galletas de mantequilla, corozos confitados, vino de mandarina. Las voces agudas vibraban en protesta contra el capricho autocrático de un hombre que volvía al revés el orden establecido. A Pascual Bravo le regalaron el furor de sus miradas, capaces de hacer sentir en un parpadeo la fuerza de la censura, la humillación del desprecio. Esas miradas también podían halagar, aprobar o mostrarse cariñosas, pero no era el caso con el joven liberal tan dispuesto a seguir los dictados de Mosquera.

\*\*\*

La visita del obispo al convento del Carmen estaba programada para la primera hora del día siguiente. La hermana tornera se puso de rodillas al verlo llegar y hasta le habría besado los pies si el obispo no la hubiera detenido con un gesto impaciente de la mano, donde la amatista del anillo lanzaba destellos mundanos. Esa mañana ofició ayudado por el párroco sometido, pues los demás sacerdotes habían huido o estaban en la cárcel. La capilla rebosaba de gente. Las monjas detrás del coro, los fieles en la nave. A juzgar por los sollozos de las mujeres, se habría dicho que se celebraba una misa de difuntos.

Después de repartir la comunión, el obispo renovó el Santísimo Sacramento, al que dejaría como juez y testigo de los excesos cometidos por los liberales hasta ese día, y de los que todavía iban a cometer. Flor de Lis buscó la mirada de Estefanía detrás de las rejas del coro. Pudo ver su cabeza inclinada, las manos apretadas contra el pecho. La criada sonrió.

“Si yo creyera en Dios también pediría lo mismo”, pensó, y por si acaso elevó una plegaria fervorosa que debía acelerar el arribo de fuerzas del Gobierno. La Donada, en cambio, sollozaba mansamente, como había aprendido desde que la arrebataron de

---

los brazos de su madre para traerla a servir a las religiosas y, por intermedio de ellas, a Dios. Flor de Lis la empujó con el codo:

—¿Qué le pasa, Donada?

—¡Chissst! —exclamó una señora, cubierto a medias el rostro cetrino con un pañolón.

—¿Por qué está llorando, Donada?

—Porque van a meter al obispo a la cárcel. ¡Ahora sí nos quedamos en la calle!

—¿No es eso lo que queremos, pues?

—Eso no. ¡Ni riesgos! —respondió la Donada, con los ojos muy abiertos.

—Pues nos van a dar la libertad que tanto esperamos, Donada. ¿Qué le pasa? ¿Acaso se embobó? —Flor de Lis hablaba casi en voz alta. La señora del pañolón trató de fulminarla con la mirada pero la criada la miró insolente, encogiéndose de hombros.

—¡Chissst! —ordenó otra vecina.

—No sea egoísta, Donada. Rece para que la fuerza pública nos saque ligerito de aquí.

—¿Y para dónde nos vamos a ir?

—Para alguna parte, ya se verá. Seguro que no vamos a dormir en la calle. Rece, rece por Estefanía y su hija, rece para que yo pueda encontrar a Judas Tadeo —ordenó Flor de Lis, inclinando piadosamente la cabeza.

\*\*\*

Terminada la misa, el obispo y la priora se retiraron al locutorio. Flor de Lis les servía chocolate y pandeyucas amasados antes del amanecer por las manos diligentes de la Donada.

—He venido para presentarme al presidente Mosquera, obediendo a su mandato terrenal —dijo el obispo, llevándose a los labios el delicado pocillo de porcelana—. Estoy dispuesto a llegar a la cárcel o al destierro. Si algún sacerdote sometido pretende venir a celebrar usted no debe franquearle la puerta de este sagrado recinto.

---

Flor de Lis pensó en el párroco que había oficiado con el obispo. ¿Acaso no estaba entre los sacerdotes sometidos?

La madre priora asintió. Las preocupaciones no la dejaban dormir y en su rostro se veían las huellas del insomnio.

—¿Qué debemos hacer si las tropas de Mosquera vienen a violentar la capilla, señor obispo? —preguntó, viendo acercarse el momento fatal.

—Si esto llegara a ocurrir, ninguna de ustedes deberá presenciar el acto, reverenda madre. En tal caso, usted deberá retirarse con las religiosas al interior del convento mientras se comete el sacrilegio. Quiero recomendarles que no toquen las campanas, ni den recado para celebrar. La cólera de los hombres se ha desatado contra la Iglesia. Aunque no debemos ceder, tampoco debemos hacer nada para provocarla.

—¿Y cómo debo obrar en caso de que las fuerzas del Gobierno vengan para expulsarnos del convento?

Flor de Lis por poco vuelca la fuente con la mermelada de naranja.

—Tenga más cuidado, mijita —dijo la madre priora—. Termine de disponer las cosas y retírese.

—En seguida, madre —respondió Flor de Lis. La respuesta del obispo la desconcertó:

—En ese caso ustedes deberán actuar como las santas religiosas durante la Revolución Francesa, haciendo pública demostración de fe. Sin embargo, yo no creo que suceda tal cosa —respondió el obispo, tomando un sorbo de chocolate. Flor de Lis se preguntó si acaso sus esperanzas serían infundadas. ¿Qué tal que Mosquera se contentara con meter al prelado a la cárcel?

La madre priora acosaba al obispo a preguntas, como si supiera que ésta sería la última entrevista.

—¿Cree conveniente que saquemos algunas de las alhajas del convento para depositarlas en casas de particulares, su reverencia?

Flor de Lis no alcanzó a oír la respuesta del obispo porque, después de comprobar que no faltara nada en la mesa primorosamente arreglada con un mantel de lino almidonado y planchado

---

por ella misma, tuvo que abandonar el locutorio. Sin embargo, ya había oído lo que le interesaba. Resolvió no contarle los pormenores de la conversación a Estefanía para no inquietarla, suficiente tormento tenía con pensar en la niña y en don José Manuel, que no había podido dar con su paradero.

\*\*\*

La entrevista entre el presidente Mosquera y el obispo Riaño se llevó a cabo el 28 de noviembre a las doce del día. A pesar de la hora hacía fresco. Las calles de la ciudad eran un lodazal debido a las lluvias de fin de año que arreciaban después de las cuatro de la tarde, con granizada si en la mañana había calentado el sol. Las pocas carretas que circulaban se atascaban en el fango. Mosquera esperaba al obispo en el palacio presidencial situado en la carrera Palacé, a pocos metros del convento, en la casa de la familia Santamaría, famosa por la belleza de sus mujeres, el carácter práctico de los hombres y la inclinación al ahorro riguroso de unas y otros.

Acompañaban a Mosquera los secretarios de Estado Cenón Trujillo y Rojas Garrido, el general Santos Gutiérrez, el general Level Goda y un nutrido grupo de liberales. Pascual Bravo, José Miguel Botero y José María Martínez Pardo estaban presentes, lo mismo que Camilo Antonio Echeverri, Miguel Londoño Marulanda, José Manuel Toro, Juan Pablo Uribe. El prelado hizo su entrada sin bastón. A su lado marchaban el cura párroco de Medellín, los presbíteros Francisco de Paula Benítez, Manuel Salvador Valenzuela y los señores Manuel Vicente de la Roche, Remigio Martínez y Ramón Martínez Benítez. Estos últimos llevaban cuatro días convenciendo al obispo para que no perdonara a los sacerdotes sometidos ni diera permiso de sometimiento a quienes todavía no lo habían hecho.

Un murmullo recorrió el salón de la señora Santamaría, decorado al mejor estilo europeo con sofás de rollo, alfombras persas, cuadros al óleo y un pianoforte, cuando el obispo Riaño entró con expresión tranquila, sin dejar traslucir cualquier



---

sentimiento de rabia o temor hacia el señor de la guerra, el dueño de la controversia, el viejo acostumbrado a las luchas parlamentarias, tan infatigable en el manejo de la palabra como en el de las armas. La fuerza del prestigio, el poder del mando estaban de parte de Mosquera. El general recibió una ovación apenas pronunció las primeras palabras para convencer al obispo de someterse a los decretos de tuición y desamortización de manos muertas, pues en nada atacaban el dogma católico:

—El episcopado y el clero colombiano son culpables de la prolongación de la guerra, padre obispo —dijo Mosquera, resplandeciente en bordados de oro y plata—. Es preciso arreglar las cosas de los eclesiásticos que se niegan al ejercicio de su ministerio, tal como lo impone la ley.

Consciente de la hostilidad de la audiencia, el obispo habló de las distinciones entre el poder civil y el eclesiástico. Dejaba en claro su resolución de no someterse a los decretos mientras el Papa no lo dispusiera.

—Padre obispo —preguntó Mosquera, con semblante airado—, ¿se somete o no se somete?

—*Non possumus*, señor. Es necesario que el Papa intervenga en esto —repitió el obispo—. La cuestión no puede resolverse en tan breve tiempo.

—Mi resolución es irrevocable en esta materia —dijo Mosquera—. Estoy resuelto a emplear la fuerza para hacer respetar los decretos. Si el padre obispo no presta el juramento de obediencia será confinado a Iscuandé. Los clérigos que no se sometan también serán desterrados. ¡Y si alguno de ellos se convierte en revolucionario lo haré fusilar! ¡Puedo probar que a un clérigo también le caben cuatro balazos en el pecho! Padre obispo —repitió por tercera vez el residente provisorio. Los asistentes seguían la entrevista en silencio—: ¿Se somete o no se somete?

—Señor, tengo que atender a mi conciencia. *Non possumus*.

—Poco me importa su conciencia. Lo que me interesa es la mía.

---

—*Non possumus*. Señor, necesito algún tiempo para arreglar mis cosas, mi familia...

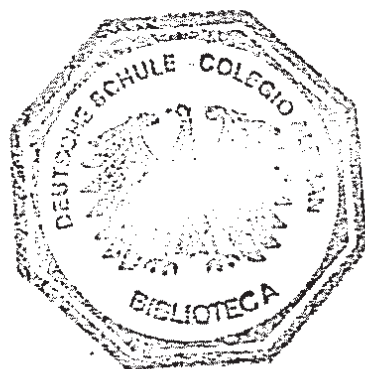
—No hay término. Se somete o va a la cárcel. De ser así, saldrá mañana mismo para Iscuandé.

—*Non possumus* —repitió el obispo, como si estuviera recitando una letanía.

—Capitán Arboleda —ordenó Mosquera llamando a uno de sus hombres—, lleve al señor a la cárcel. —Y dándole la espalda al obispo salió del salón con paso marcial, la cabeza ligeramente vuelta hacia la derecha, la espalda envarada como había visto hacer a los monarcas europeos.

El obispo Riaño salió a la calle, molesto por la intensa luz que taladraba el cielo encapotado. Tenía dos horas para almorzar y prepararse para el viaje.

El capitán Arboleda lo condujo a la cárcel. Al ver llegar al obispo, Néstor, uno de los presos, pensó que el mundo andaba al revés. Decían que Mosquera iba a indultarlos a todos, menos a los clérigos rebeldes. De ser así, él saldría libre a pesar de haber matado a un hombre, mientras que el obispo partiría hacia el destierro sólo por negarse a ceder sus derechos.





---

**SEGUNDA PARTE**





---

*Muy pronto terminaré mis compromisos y devolviendo la autoridad suprema en el seno de la Convención, dando cuenta de cuanto he hecho, explicaré como Diputado muchos hechos; y pobre de fortuna y rico de honra me retiraré a una tierra hospitalaria a escribir mis memorias sobre Bolívar, después de arreglar a este heroico y empobrecido Estado; estoy cansado de una vida tormentosa y no quiero, ni puedo, ni tengo voluntad de continuar por más tiempo una vida pública en que por medio siglo he llenado mis deberes como buen ciudadano, para recibir por correspondencia denuestos de unos, injurias de otros, ingratitude hasta del marido de mi hija y sinsabores que aceran el espíritu más fuerte. Los que están creyendo que puedo apetecer la continuación de mis servicios como empleado público se desengañarán viéndome fuera del teatro en que ellos quieren figurar.*

Así escribía Tomás Cipriano de Mosquera a su amigo Justo Briceño, días antes de la instalación de la convención en Rionegro. Palabras difíciles de creer para quienes habían presenciado las actuaciones del presidente provisorio de la Nueva Granada durante los citados cincuenta años, y en especial durante los últimos tres. Ciertamente, no lo creían muchos de los liberales que asistirían a una convención cuya característica más sobresaliente sería la de estar conformada por miembros de un solo partido, aunque divididos y con frecuencia más preocupados por convertirla en freno a las aspiraciones dictatoriales del general, que en cumplir con el objetivo de instituir el sistema federal a través

---

de la Federación de los Estados Unidos de Colombia, fundamentada en el pensamiento liberal de la época con sus sueños de libertad y justicia humanitaria.

Razón tenía Obdulia cuando pensaba que tendría que regresar sola a Medellín después de haberle encontrado el gusto al ritmo de la vida en tierra caliente, a la brisa tibia que se levantaba del Tonusco antes de la puesta del sol, a los patios sembrados de selva en las casas coloniales de la antigua capital del estado.

Pascual Bravo regresó a Santa Fe de Antioquia una semana después de la entrevista de Mosquera con el obispo Riaño para ordenar sus asuntos y volver a toda prisa a la capital, donde se elegiría a los diputados de la nueva Legislatura Constituyente del Estado de Antioquia, en tanto que Obdulia quedaba encargada de cerrar la casa y seguirlo para esperar el rumbo que tomaría su vida según el designio de los nuevos acontecimientos políticos. El joven prefecto dejaba en claro que si su mujer se rebelaba ante el papel pasivo que le imponían las circunstancias tendría que hacerlo en silencio, porque él sólo tenía tiempo para el trabajo.

La Legislatura nombró a Tomás Cipriano de Mosquera presidente del estado de Antioquia. Quedaron como designados el general Santos Gutiérrez, Pascual Bravo, Domingo Díaz Granados, Luciano Restrepo y Antonio Mendoza Llanos. Los acontecimientos se sucedían con rapidez vertiginosa. Quienes habían criticado a Pascual Bravo en el pasado volvían a difundir rumores sobre su desenfrenada ambición o su falta de experiencia en la vida para poder asumir tantas responsabilidades.

El general Mosquera declinó el cargo de gobernador dejándolo en manos de Antonio Mendoza Llanos, un médico bogotano llegado a Rionegro hacía más de treinta años. El nuevo presidente del estado había protegido a Mariano Ospina Rodríguez cuando éste huía de la represión originada por la conspiración contra Bolívar, en la cual había participado. Aunque liberal, Mendoza Llanos era católico convencido, y ahora se mostraba preocupado por la suerte que pudiera correr la Iglesia en Antioquia, y en especial por las amenazas que se cernían sobre el convento del Car-

---

men. Conocía a la madre priora y compartía sus temores, pues los sabía bien fundados.

Libre de tareas administrativas, Mosquera se concentraba en la organización de la Convención Nacional. Después de mucho ponderarlo decidió que se llevaría a cabo en la ciudad de Rio-negro, donde las mayorías liberales le eran fieles, aunque habría preferido Cartagena de Indias, o Ibagué, pues temía constantemente por su vida, a pesar de las diarias manifestaciones de adhesión que recibía.

Don Pedro Bravo había ido a verlo un par de veces. Las visitas fueron breves y la conversación demasiado formal, tratándose de dos viejos camaradas. Después de cada entrevista, Mosquera quedaba con la impresión de que don Pedro subrayaba las diferencias entre ambos. Él se contaba entre los poderosos de la tierra, mientras que su antiguo compañero no era más que un simple ciudadano, un hombre abrumado con la tarea de sacar adelante una familia numerosa en medio de las trabas de la guerra.

El nombre de Pascual Bravo volvía a figurar en la lista de los llamados a cambiar el rumbo del Estado, para alegría de doña Marcelina, orgullosa a más no poder de los triunfos de su hijo, a quien ya veía en los cargos más elevados no sólo de la región sino del país. Los designados por la Legislatura como representantes de Antioquia a la Convención fueron José María Rojas Garrido, Mamerto García, Domingo Díaz Granados, Antonio Mendoza Llanos, Juan Crisóstomo Soto y Camilo Antonio Echeverri, como principales. Quedaban como suplentes Ricardo Wills, Luciano Restrepo, Juan de Dios Restrepo, Nicolás Villa, Carlos Sáenz, Emiliano Restrepo y Pascual Bravo, liberales a quienes Mosquera consideraba personas sobresalientes. Todo el mundo comentaba que el general reconocía a Pascual Bravo, tal vez por su extrema juventud o por su carácter idealista, como una ficha que podía llegar a serle útil en el futuro. Nada tenía qué reprocharle salvo su impertinente esposa, esa campesina de ojos grises y pequeños dientes de loba que con tanto descaro lo había desafiado en la fiesta de disfraces ofrecida en su honor por don Gabriel Echeverri.



\*\*\*

El 4 de febrero de 1863 a las doce del día se instaló la Convención de Rionegro en la casona de tapias encaladas y ventanas pintadas de verde que había pertenecido a don Sinforoso García, un próspero comerciante santandereano. La casa, de amplios corredores, patios sembrados de flores, era la mejor de la ciudad. Los salones en galería permitirían a los convencionistas la tranquilidad necesaria para deliberar a sus anchas mientras el país esperaba escéptico los resultados de una nueva constitución, tan ineficiente como las anteriores, así como en el futuro comprobarían que serían las venideras, para mejorar la vida de los colombianos.

Tomás Cipriano Ignacio María de Mosquera y Figueroa Arboleda Salazar Prieto de Tobar Vergara y Silva Hurtado de Mendoza Urrutia de Guzmán, descendiente de Carlomagno, del Príncipe Doria de Moscovia, de los Duques de Feria y Alba, de Guzmán el Bueno y primo de doña Eugenia de Montijo, emperatriz y reina de los franceses, de quien además era amigo personal, se hizo escoltar hasta la casa de la convención por los elegantes batallones de su guardia. Desplegados en dos alas, a lado y lado de la calle, los soldados uniformados de gala mostraban los sables con los cuales habían derrotado a las tropas de la Confederación Granadina. Al llegar al palacio legislativo, como a partir de ese momento se llamaría la casona de don Sinforoso García, la banda de guerra entonó un aire triunfal. Con ademanes solemnes el caudillo ocupó el solio que le tenían preparado, donde pronunció con voz extrañamente articulada, considerando las limitaciones que le imponía la mandíbula de plata, las palabras que darían inicio al fin de los sueños de Obdulia:

—Queda instalada la Gran Convención Nacional.

Bajo un cielo radiante la multitud estalló en vítores.

En ese momento terminaba la dictadura de Mosquera, que el Pacto de Unión de los Estados bajo su mando había reconocido hacía poco más de un año.

---

\*\*\*

Una suave brisa refrescó la llegada al palacio legislativo de los convencionistas venidos de diferentes puntos del país, y que ahora se alojaban en las casas de las principales familias de Rionegro. La luz refulgía en las paredes todavía húmedas con la última lechada de cal, los techos de teja oscura enmarcaban un cielo sin nubes que repetía a la perfección el color de las hortensias.

Al entrar a la casa de la convención, Camilo Antonio Echeverri se dijo que no podía haber nada más perfecto que esa mañana luminosa. Un grupo de convencionistas conversaba frente a la puerta labrada del comedor. El sonido de sus voces moduladas con los alambicados acentos de los moradores del altiplano, o de quienes llevaban años viviendo en la capital, le llegaba matizado por el sonido de la brisa entre el follaje del patio y los gritos entusiastas de los curiosos en la calle. Camilo Antonio Echeverri clavó en ellos la mirada penetrante del único ojo que revelaba un carácter sin benevolencia para con los indecisos, para con los oportunistas que abundaban en las filas de la política y se asomaban sedientos al pozo sin fondo de los beneficios del poder.

Para nadie era un secreto que el Tuerto Echeverri no comulgaba con el general Mosquera. No estaba ni estaría dispuesto a comprometerse de manera absoluta con ninguna corriente política, con ningún partido, con ningún jefe, con ningún credo, con ninguna teoría, y mucho menos con los fines claramente autoritarios, por más progresistas que fueran, del general.

A pesar del apoyo político que le brindaban las mayorías liberales de Rionegro, Mosquera había llegado a la ciudad custodiado por una guardia de diez hombres que despertaban la curiosidad de los ciudadanos al ver cómo lo seguían día y noche, con las armas mal disimuladas debajo de las ruanas, dispuestos a defenderlo en caso de una agresión. Pero el general sabía muy bien que sus mayores enemigos no estaban ocultos entre la turba, sino en el seno mismo de la convención. De los setenta y tres miembros que la componían, treinta y siete pertenecían a la facción radical

---

y sólo veintiséis a la suya. Los radicales se manifestaban dispuestos a mantener su independencia y a quitarle todo el poder que les fuera posible. La lucha sería enconada, así en el discurso de instalación el general hubiera renunciado protocolariamente a la Presidencia del país, pues sus intenciones de seguir al frente del Gobierno eran más que evidentes.

En su fuero interno, Mosquera resentía que el poder tan arduamente perseguido se convirtiera en asunto de discusión. Dos días después de instalada la convención, Salvador Camacho Roldán presentaría un proyecto mediante el cual, mientras se expedía la Constitución Política, el gobierno ejecutivo estaría a cargo de un ministerio compuesto por cinco ministros.

El 9 de febrero quedó definido el gobierno provisorio a cargo del general Santos Gutiérrez en el Ministerio del Interior, el general José Hilario López en el de Relaciones Exteriores, el general Eustorgio Salgar en el de Hacienda, el doctor Froilán Lagarcha en el del Tesoro y el general Tomás Cipriano de Mosquera en el que le correspondía sin lugar a dudas: el Ministerio de Guerra.

A pesar del orden aparente que iba tomando la vida política del país, y en medio del ambiente falsamente idílico del palacio legislativo, los convencionistas pronto se dividieron en dos bandos: el de los mosqueristas, secundado por Rojas Garrido, González Carazo, Leocadio Guzmán, Pascual Bravo, Vicente Gutiérrez de Piñeres, y el de los radicales donde descollaban figuras de oratoria brillante y pensamiento atrevido como Camilo Antonio Echeverri, Salvador Camacho Roldán, Justo Arosemena y Manuel Ancízar.

Durante la mañana del 12 de febrero se discutió un proyecto de decreto mediante el cual se establecerían las garantías individuales en el estado de Antioquia. La mayoría de los convencionistas antioqueños intervino para que se negara el proyecto. Pascual Bravo fue uno de sus más vehementes opositores, argumentando que el momento no era propicio para permitir tantas libertades. Camilo Antonio Echeverri, por el contrario, sostenía la necesidad de restablecer los derechos de los asociados en Antioquia. En un

---

elocuyente discurso, que once meses más tarde se mostraría profético, el Tuerto Echeverri argumentó:

*No temáis, señores diputados, a los que ayer huyeron delante de las huestes liberales; no temáis a esos que conspiran entre el silencio y las tinieblas, pero que tienen miedo a la luz y a la publicidad[...]démosles derecho hasta para volver a conspirar[...]*

Esa terrible palabra quedó flotando en la límpida atmósfera de una mañana de verano en Rionegro, con su hálito de falsía, con su amargo sabor a traición.

\*\*\*

—Está bien que usted apoye a Mosquera, hombre, pero eso no quiere decir que no vea cuáles son sus verdaderas intenciones —le decía Camilo Antonio a su primo Pascual a la hora de la cena en casa de don Pedro mientras exprimía, sin darse cuenta, la naranja agria para la sopa en el vaso de cerveza. Quienes lo conocían de cerca estaban acostumbrados a sus permanentes distracciones y no se extrañaban al verlo mojar el lápiz en el tintero o caminar bajo la lluvia con el paraguas cerrado, usándolo a manera de bastón. Al ver lo que acababa de hacer, Obdulia fue a la cocina y le trajo más cerveza, retirándole la que acababa de arruinar.

—Qué pena haberla molestado, Obdulia —dijo Camilo Antonio, mirándola en una forma que la hacía sentirse incómoda, mientras Pascual corría la silla para ayudarle a sentarse, con un gesto más posesivo que cariñoso.

Camilo Antonio bebió un sorbo y siguió mirando a Obdulia con insistencia. Era evidente que la joven le agradaba. El ejemplo de doña María Josefa la había llevado a rechazar la vida de muchas jóvenes de su edad, condenadas a las charlas insustanciales con las amigas, a leer las revistas de moda que llegaban de París, al libro de cocina y al *Año cristiano*. Camilo Antonio celebraba delante de todos su manera de decir lo que pensaba a pesar de las miradas fulminantes de doña Marcelina cuando se hablaba de política o, peor aún, cuando compartía con otras personas los pequeños sinsabores de la vida diaria, pues según ella una señora



---

no debía mostrarle a la gente más que la parte agradable de la vida privada, manteniendo las contrariedades y las penas en la más absoluta reserva.

—Yo también pienso que no se le debe entregar a Mosquera todo el poder que reclama —dijo Obdulia, antes de que su marido pudiera responder.

Pascual Bravo se veía agotado después de un día de enfrentamientos verbales entre ambos bandos, y ahora se limitaba a escuchar la conversación, esforzándose por mantenerse al margen. Por la expresión de sus ojos Obdulia veía que estaba presente a medias, lejos de ellos, lejos, más lejos aún, de ella, pues ahora se había vuelto casi invisible para su marido, siempre preocupado por los debates que se habían llevado a cabo ese día o por las discusiones que se adelantarían el día siguiente. Doña Marcelina observaba sin decir nada, reprochándole con la mirada que su hijo apenas hubiera probado bocado, reprochándole su fatiga y esa tristeza escondida en el fondo del alma, como si en lugar de haber alcanzado el poder a los veinticinco años, el respeto de sus mayores, la confianza de los amigos, Obdulia fuera un freno para su ambición.

—Es lo mejor para el país —dijo Camilo Antonio mirando a don Pedro—. Debemos buscar la democracia, cosa que no se logra cuando un solo hombre controla el manejo del Estado —agregó.

Para Obdulia era claro que en Rionegro se ponía en juego no sólo el destino político del país sino también el de su vida íntima. Porque Pascual seguiría los pasos de Mosquera, caminaría por el sendero que éste trazara, obedecería las órdenes que le diera sin medir las consecuencias, sin detenerse a reflexionar si tanta admiración por un hombre les llevaría algún beneficio, o si era más bien una de esas imprudencias que se pagan caras en la vida. Más sensata era la actitud de Camilo Antonio, pensaba Obdulia, tan cuerdo pese a que sus detractores, que no eran pocos, lo tildaban de ser un loco de la peor calaña, un hijo calavera, un excéntrico lleno de ideas importadas de otras latitudes que para nada servían allí.

---

Sin embargo, el rechazo de las gentes no era una consideración de peso para el primo hermano de doña Marcelina. Después de estudiar derecho en Bogotá durante cuatro años había regresado a Medellín con un profundo conocimiento de las leyes pero sin título alguno, pues simple y llanamente no había querido graduarse. Camilo Antonio Echeverri amaba la ironía de escritores como Sócrates, Marcial, Juvenal y Plauto. Los leía y releía hasta aprenderse de memoria largos pasajes que declamaba con esa voz en la cual vibraba una nota, entre triste e irónica, de manera que era imposible dejar de prestarle atención. Durante tres años vivió en Inglaterra, viajó por Europa, perfeccionó sus conocimientos de otras lenguas, pudo ver el mundo que en aquella tierra ocultan las montañas cerradas alrededor de una pequeña capital de provincia donde la evolución del pensamiento no alcanzaba a llegar y las ideas pasaban a ser prejuicios, lugares comunes que se aceptan como un dogma. Nueve años atrás, Camilo Antonio había fundado *El Pueblo*, un periódico liberal donde se publicaban también los artículos de Pascual Bravo, quien deslumbraba a los lectores con una prosa brillante para un joven de su edad y esa claridad de ideas que prometían convertirlo en una de las grandes figuras políticas del país.

—Es mejor no olvidar que el derecho público no se funda en el derecho divino, sino en la soberanía popular —agregó Camilo Antonio, con el propósito de cerrar una larga discusión sobre la verdadera democracia. Pascual trataba de mostrarse cortés, aunque era evidente que esperaba el momento de levantarse de la mesa. Tal vez saldría a dar un paseo, le agradaba bajar por la calle hasta la orilla del río. Después regresaba a la casa frotándose las manos para calentarlas, con el esbozo de esa sonrisa que tanto amaba Obdulia. Una sonrisa que, de haber estado dirigida a ella, la habría llenado de alegría, por leve que fuera.

—Eso es lo que significa ser liberal —añadió, apurando hasta el fondo el vaso de cerveza.

—De acuerdo, no discuto nada —dijo Pascual, dejando los cubiertos sobre el plato con un gesto de profundo desaliento.

---

—Es hora de ir a descansar. Ustedes deben estar rendidos —dijo Obdulia, poniéndose de pie y tomando una vela para dirigirse a su cuarto. Entonces, sin saber por qué, se volvió para decir:

—Camilo Antonio, ¿podría repetirme esa frase suya sobre la libertad?

—Obdulia, ¿no ve lo cansados que estamos para andar recitando frasecitas? —dijo Pascual, poniéndose de pie.

—La libertad es al hombre y al espíritu como las alas a las aves, una parte integrante de su ser —recitó Camilo Antonio, levantando hacia la joven el vaso vacío. Ella estuvo a punto de sonreír pero su sonrisa se ahogó en un repentino temor.

—Sin embargo, esa libertad es casi imposible de alcanzar —añadió.

Sabía que el paso de una sociedad regida por la Iglesia católica a una progresista, donde las personas tuvieran un amplio ejercicio de sus derechos, no estaba garantizado con sólo consignarlo en una nueva constitución. Al contrario, tantas libertades podrían desviarse o incluso ampliar el camino del conservadurismo. Nada garantizaba que los seres humanos a quienes regiría la nueva constitución supieran aprovechar la oportunidad que se les ofrecía al proponerles una sociedad fundamentada en la educación y la apertura del país a ideas y mercados internacionales, libre de la tutela de la Iglesia, de imposiciones y prejuicios. Esa palabra, que tan bien le sonaba a Obdulia, podría llegar a no ser comprendida por los colombianos. Libertad de pensamiento, de expresión, de enseñanza, libertad de imprenta, de circulación de impresos, de trabajo, de industria, de comercio, hasta libertad de armas. ¿Qué iban a hacer los piadosos con tantas libertades? ¿Sucumbirían gobernantes y gobernados al vértigo de la libertad, continuarían aferrados a las cadenas de la ignorancia, de la apatía y el conflicto armado?

—¿En qué piensa, Camilo? —preguntó Obdulia, con una sonrisa.

—Qué pena, Obdulia, me puse a pensar en las aves. Ahora, si me lo permite, prima, pido permiso para retirarme —dijo,

---

mirando a doña Marcelina atenta a cada giro que tomaba la conversación.

Al ver la mirada que doña Marcelina le dirigía a su hijo mayor, Obdulia comprendió de repente que el corazón de su suegra se llenaba de presagios que habrían hecho eco en el suyo, si ambas hubieran dejado de lado el orgullo.

—¿Qué tiene qué hacer en la calle a estas horas? —le preguntó don Pedro a Camilo Antonio. Hondos pliegues descendían desde su nariz hasta las comisuras de la boca. Acababa de regresar de Ambalema después de viajar durante varios días por trochas intransitables. Pensaba exportar a los Estados Unidos un cargamento de tabaco, y esa noche se mostraba optimista. Si todo salía como era de esperar, las ganancias servirían para pagar deudas y reducir los intereses que terminarían por devorar el patrimonio familiar.

—Está tronando, seguramente va a llover —agregó.

Como en obediencia a sus palabras, un relámpago iluminó los camelios florecidos del patio.

—No se preocupe por mí. Voy a echar una manito de tute y regreso antes de la media noche.

Pascual miró a su pariente con un velado reproche en los ojos surcados de profundas ojeras.

Con la llegada de los convencionistas a Rionegro había hecho su aparición un personaje de Sonsón, Indalecio Uribe, tahúr profesional, cuya compañía evitaba a toda costa. A Pascual Bravo le parecía indigno que personas con semejantes responsabilidades malgastaran las horas de descanso en arriesgar sus haberes con un jugador de la peor calaña, un embaucador de tan mala fe que había traído consigo los dados, las cartas y dos mulas para cargar los sacos llenos con las panochas de oro que les arrancaría a los convencionistas.

El tahúr atrajo sin mucho esfuerzo la atención de un grupo de liberales aficionados al juego. Cada noche apostaban, fumaban y bebían hasta el amanecer, y no era raro que terminaran la juerga en cualquiera de los sórdidos lupanares de la calle de la Chirria,



---

en los límites de la ciudad. Camilo Antonio Echeverri ya había perdido una pequeña fortuna y debía hasta la camisa que llevaba puesta. Después de esas juergas llegaba a la casa de la convención más demacrado que de costumbre, con el único ojo que ardía como si llevara vivo el recuerdo de las horas de placer, la voz ronca y la inteligencia más despierta que nunca.

—Camilo, usted debería acostarse temprano —insistió don Pedro—. A los dos se les nota el cansancio —agregó, incluyendo a Pascual—. ¡Con lo bueno que es madrugar después de una noche tranquila!

Eso era lo que anhelaba don Pedro, tranquilidad. Reconocía que había llegado la hora de hacerse a un lado para ceder el paso a la siguiente generación, algo que evidentemente Mosquera no pensaba hacer. Ahora que se veía desplazado por Pascual, a quien la gente saludaba con una deferencia que hasta hacía poco le tenía destinada a él, don Pedro sentía una mezcla de alivio y amargura. La vida le ahorraba las responsabilidades del hombre público. Su obligación era la de mantener la familia a flote, dejándole a su hijo la tarea de trabajar por causas más grandes, si es que la política y la guerra podían llamarse así. Porque ahora que los años le ofrecían también la posibilidad de considerar las cosas de otra manera, pensaba que era más sabio vivir la vida calladamente.

Don Pedro se volvió para contemplar el perfil de su mujer. Las finas arrugas alrededor de los ojos se esfumaban en la penumbra, su piel adquiría el color de los duraznos maduros. La amaba sin condición a pesar de su carácter cambiante, de su tendencia a dominar la vida de los demás, de esa vanidad que a veces le parecía tan encantadora y otras lo exasperaba.

—No me demoro. Estaré de vuelta antes de que se duerman —dijo Camilo Antonio, a sabiendas de que nadie le creería.

—Es mejor que no salga, primo —dijo doña Marcelina—. En la calle se dicen cosas poco tranquilizadoras.

—Sé lo que se dice, prima. Que Mosquera piensa fusilar a dos o tres radicales para escarmentar a los demás. Si eso fuera cierto,

---

José Hilario López, Felipe Zapata o yo mismo podríamos correr la suerte de los fusilados en la Huerta de Jaime. Pero Mosquera no es tan torpe. Él sabe que los radicales luchamos abiertamente para frenar sus aspiraciones dictatoriales y abiertamente tendrá que luchar contra nosotros. Todos saldremos vivos de la convención.

—Bueno, entonces llévese la llave —dijo ella con desgano, poniéndose de pie para entregarle la pesada llave de hierro que guardaba dentro de una fuente de porcelana pintada a mano en una de las consolas del salón.

—Gracias, prima —dijo Camilo Antonio. Y sin decir más, salió de la casa.

—Voy a ajustar la puerta. A Camilo se le olvidó cerrarla —dijo Obdulia, dirigiéndose al zaguán por donde se colaba una corriente de aire con el olor de la lluvia que aún no había comenzado a caer.

—¡Parece increíble que una persona tan inteligente pueda ser tan distraída! —dijo don Pedro.

Tenía intenciones de leer en el estudio mientras la casa volvía a la normalidad. Le irritaba el ir y venir de las criadas levantando la mesa, el ruido del agua en la cocina, el llanto de las niñas, las promesas y las amenazas de su mujer para que se fueran a la cama sin protestar. Le habría gustado pedirle a Pascual más detalles sobre las sesiones del día, pero al verlo tan cansado prefirió callar.

\*\*\*

El Tuerto Echeverri guardó la llave y se dirigió a la casa de don Francisco Llano donde se reunía esa noche el grupo de convencionistas aficionados al juego. Avanzaba en la oscuridad sin pisar las basuras, el estiércol, las desigualdades de la calle mal empedrada, como si en lugar de un ojo tuviera dos. Pese a la tormenta eléctrica que encendía fuegos de artificio por los lados de El Capiro, algunos jugadores esperaban su llegada para comenzar a repartir la baraja.

---

Era probable que Mosquera recibiera los honores de los dueños de casa. Aunque prefería el ajedrez a los juegos de azar, el general participaba a veces acompañado por los diez guardaespaldas que formaban una muralla de carne y hueso entre su persona y los peligros de una vida sembrada de odio y envidias. Camilo Antonio se preguntaba si en verdad aquellos diez hombres servirían para proteger la vida del general en caso de un atentado. Porque la sorpresa podía más que esa vigilancia aburrida a la que Mosquera se sometía, sacrificando la libertad de seducir a las damas sin testigos o de expresar sus opiniones sin que fueran registradas y tergiversadas pocos minutos después, pese a la orden de mantener la más estricta reserva sobre cualquier cosa que pudiera hacer o decir.

El chorro de luz proveniente del zaguán se derramaba sobre el lodo de la calle. Al recordar a Mosquera, El Tuerto Echeverri pensó que le habría gustado conocer a esa Susana Llamas, la hermosa mulata de ojos verdes y piel atezada, la única mujer que el supremo director de la guerra había amado fuera de su hija Amalia, por quien sentía esa especie de camaradería más propia entre un padre y un hijo. Por la incasta Susana, como la llamaban quienes conocían a la antigua prostituta elevada a la categoría de favorita del hombre más poderoso del país, Mosquera había sufrido una pasión desenfrenada que pasaba por alto, como solía hacerlo, la opinión de los demás.

Cuando el país conoció la existencia de esa relación que no debería haber durado más de unas semanas, las críticas llovieron sobre Mosquera. Su antiguo secretario en Lima le escribió desde Medellín una carta en la que aseguraba que

*Susana, por su conducta arrastrada, prostituída, verrionda, es la mujer más despreciada que hay en esta ciudad.*

A pesar de tan malos calificativos, el general le confesaba a su amigo Ramón Espina:

*Juro a usted que Susana ha sido y es la única pasión que he tenido en mi vida. Yo conozco ahora que jamás había amado a una mujer. Si ella me llegara a ser infiel no sé lo que haría. ¿Qué dice*

---

*usted de un amor semejante a los cincuenta y un años? Estoy más enamorado ahora que un cadete a los dieciocho.*

Cumplido el tiempo del olvido, seguía atormentado por el recuerdo de esa mujer de condición tan diferente a la suya, una contradicción en la imagen de impasible autoridad tan cuidadosamente forjada.

Esa historia de amor despertaba en Camilo Antonio Echeverri el único asomo de simpatía por el general. Porque a su ambición desmedida respondía con un rechazo instintivo, el mismo que sentía por todo aquel que buscara de manera desesperada el poder. Sabía que Mosquera necesitaba los honores como otros hombres el aire para vivir. A pesar de lo que afirmaba en la carta dirigida a su amigo Briceño escrita poco antes de la instalación de la Convención, el caudillo habría sido desdichado ocupándose exclusivamente de la siembra y la cosecha, de los capataces y de las cuadrillas de negros que todavía se plegaban a la voluntad del *amo Mosquera* como si fueran esclavos en la hacienda solariega de Coconuco, a donde acudía para aliviar las penas o recuperar la salud apenas sentía recrudecerse la enfermedad venérea contraída cuando era un adolescente.

Camilo Antonio Echeverri se detuvo a pocos metros de la puerta. Nada delataba la presencia de Mosquera, cuya apariencia fastuosa contrastaba con el traje sencillo de los demás asistentes a la Convención. Jamás salía a la calle sin una de las casacas bordadas, sin las condecoraciones o el sable de honor, aun ahora que había dejado de ser el presidente provisorio para descender, seguramente por poco tiempo, al de ministro de Guerra.

El ojo único del Tuerto Echeverri veía más allá de las apariencias marciales, así como veía excrementos y cáscaras de frutas en la oscuridad de la noche. En ese Tomás Cipriano de Mosquera, que seguía sin olvidar a la mulata de ojos verdes, también detectaba al comerciante. Su mirada altanera conservaba la sagacidad del joven que a los veinte años había viajado desde Popayán hasta Cartagena con un cargamento de cascarilla de quina para pagar los gastos del viaje. Era precisamente en el ejercicio del comercio, no en la



---

política, donde el viejo león había desarrollado el pragmatismo, la capacidad para aquilatar el valor de los hechos, para medir las fuerzas de sus oponentes, la paciencia para esperar el menor indicio de flaqueza en el adversario que terminaría por pagar lo que él exigiera en términos de dinero, apoyo u obediencia.

Una sonrisa se dibujó en el pálido rostro de Camilo Antonio Echeverri. Por contradictorio que pudiera parecer, esa particularidad de su carácter acercaba a Mosquera a los rudos habitantes de aquella región montañosa, aislada de la brillante civilización europea que atraía al caudillo como la luz de un fanal a las chapolas de invierno.

Estaba a punto de poner el pie en el quicio de la puerta cuando vio salir de las sombras de la calle a José Manuel Toro, la última persona que habría esperado encontrar en Rionegro. Desde su liberación, cinco meses atrás, apenas si lo había encontrado en dos o tres ocasiones. El fervor político que se apoderaba de Pascual Bravo, de Juan Pablo Uribe, de Miguel Londoño Marulanda parecía haberse apagado en aquel hombre. Algunos decían que los largos meses de prisión habían quebrantado su optimismo y no quería saber de legislaciones, de cambios de gobierno, del caucano por quien había arriesgado la vida y perdido la libertad durante tanto tiempo. Camilo Antonio recordó la respuesta de Pascual la tarde en que le preguntó por él.

—José Manuel está trabajando en el tejar de Guayabal. Parece que el negocio va saliendo a flote después de años de estar casi en la ruina. Ahora no puede ocuparse de política.

—Si quisiera, podría ocuparse de ambas cosas. Del tejar a Medellín no hay más de media hora a buen trote —respondió Camilo Antonio en esa ocasión, diciéndose para sus adentros que su pariente parecía saber algo que él ignoraba.

—Quizás más adelante regrese con nosotros. Presiento que se ha apartado tanto para poder estar con Estefanía —respondió ese día Pascual Bravo, de manera tajante.

José Manuel Toro parecía incómodo. Esperaba encontrar a algunos de los partidarios liberales en Rionegro, escala obligada

---

en el viaje de Medellín a la población de El Peñol, pero el hecho de tropezar con Camilo Antonio Echeverri en medio de la noche lo tomó por sorpresa. Ambos se miraron durante un instante antes de hablar.

—Hombre, José Manuel, ¡quién lo hubiera imaginado! ¡Esperaba deslumbrarme con la imagen de Mosquera y en cambio me lo encuentro a usted! ¿Qué vientos lo traen por Rionegro?

—Estoy de paso. Mañana salgo para El Peñol.

—¿Asuntos de negocios?

—Exactamente.

—Me ha comentado Pascual que el tejar va viento en popa.

—Sí, hemos vuelto a producir. No tanto como antes, pero es un comienzo.

—¿Por qué no nos avisó que llegaba? Pascual se habría alegrado de verlo. Y mi prima Marcelina le habría dado posada en su casa. A propósito... ¿ya conoció a Obdulia?

—Armé el viaje de manera intempestiva, así que no pude avisar. Pero de ninguna forma habría importunado a doña Marcelina. Tengo un cuarto improvisado con sacos de maíz en el corredor de la fonda, es todo lo que necesito por una noche —respondió José Manuel, molesto por verse obligado a dar explicaciones—. No, no he tenido el gusto de conocer a la señora de Pascual Bravo —agregó.

—Bueno, ya tendrá tiempo. Una joven encantadora —dijo Camilo Antonio—. Volveremos a reunirnos cuando termine la Convención. Mi pariente nos tiene reservada más de una sorpresa. Bueno, veo que tiene afán, así que no lo demoro —añadió.

—Voy a tomarme un trago antes de acostarme. Mañana madrugada.

—Hasta la vista, entonces.

—Adiós —dijo José Manuel.

En seguida se arrepintió de haber tratado al amigo con tanta cortedad, pero ya era demasiado tarde para invitarlo a una copa y compartir con él la angustia de esas horas. Lamentaba no haberle hablado de la confesión de Vicente Gómez, de lo preocupado que

---

estaba por tener que regresar con la niña. Quizás debería haber traído a Flor de Lis para que le ayudara, pero Estefanía podía necesitarla en el convento y no era cosa de alborotar a las monjas con su desaparición.

Antes de revelarle el paradero de su hija, El Tungo le imploró que no fuera a delatar ante don Agustín el secreto más celosamente guardado, aunque en su opinión había cosas peores en la vida del comerciante. Después de contarle dónde estaba Isabel, Vicente Gómez se disculpó asegurando que no había hecho otra cosa que obedecer las órdenes del patrón, pero que había buscado lo mejor para la recién nacida. Por eso se la había encomendado a su hermana Lola, la mujer de un arriero de El Peñol. Su cuñado era bebedor, cierto, pero también era trabajador y había logrado escapar a las redadas del Gobierno. Lola, su cuñado y sus hijos vivían con la pequeña Isabel no muy lejos del pueblo que tomaba el nombre de la piedra tutelar desprendida de la luna antes de que Adán y Eva habitaran el Paraíso.

También le contó que Lola se mantenía acosada por visiones del pueblo sumergido bajo una inmensa laguna. La joven padecía delirios. Según ella, la iglesia, la plaza, los árboles, las casas de los comerciantes, los solares, las huertas, las humildes viviendas de los pobres reposaban en el fondo de un lago de aguas heladas sobre las cuales se deslizaban veloces embarcaciones que dejaban tras de sí una estela de espuma. Lola se retorció las manos y lloraba en las visitas al pueblo, sin dejar de repetir que estaban sumergidos, que todos eran fantasmas cuyo recuerdo perduraba en una incierta memoria, incapaces de distinguir entre la realidad que era la muerte y el sueño de estar vivos. Pero a pesar de las visiones era una buena madre. Todavía estaba amamantando al menor de los niños, así que tendría leche para Isabel.

—Créame, don José Manuel, yo siempre le he tenido aprecio a la niña Estefanía, tan linda, tan formalita. Por eso le entregué la recién nacida a mi hermana sin decirle nada a nadie, ni siquiera a Carlina, que no ha parado de preguntar desde la noche del nacimiento. El que nunca pregunta es don Agustín,

---

pero me parece que piensa que la llevé por esas tierras que abrió don Gabriel Echeverri en el Cauca. Aunque prometió hacerlo, tampoco manda ni un real para la crianza. Es como si Isabel no hubiera venido al mundo —decía El Tungo mientras volvía el perfil bueno hacia su interlocutor, en un intento por congraciarse con él.

—Hace como seis meses la vi —continuó, azorado por el silencio de José Manuel, por el brillo en los ojos verdes—. La niña no es muy grande, usted comprenderá que somos gente pobre. Nos conformamos con lo que haya de comer, a veces suficiente, a veces poco. Pero le aseguro que mi hermana la quiere como si fuera suya. Como a buena hija de pobres, a su niña no le ha faltado nada. Verá lo linda que es, con los hoyuelos de la niña Estefanía y el pelo castaño como el suyo. ¡Menos mal que salió de la cárcel, don José Manuel! ¡No está bien que a una recién nacida la separen de su madre, así caiga en buenas manos!

José Manuel Toro escuchaba el relato del Tungo sin quitarle los ojos de encima.

—Isabel estaría con su madre desde hace meses si usted no se hubiera perdido quién sabe dónde.

—Andaba por el Atrato, en busca de negocios para el patrón. Usted sabe que le cobraron un empréstito de cincuenta mil pesos y ahora está tratando de recuperar esa plata.

La conversación se había llevado a cabo el día anterior en el tejear de los Toros en Guayabal. José Manuel apenas tuvo tiempo de avisarle a Estefanía, por intermedio de Flor de Lis, que en menos de una semana estaría de regreso con la niña. Estefanía escaparía del convento, según el plan ideado por la criada. Buscarían un cura que los casara, y si no lo encontraban se irían a vivir juntos hasta que las cosas volvieran a la normalidad y apareciera cualquier sacerdote, sometido o no, que quisiera bendecirlos. Lo más urgente era rescatar a Isabel.

—La niña no es muy grande, don José Manuel.

La frase le taladraba el cerebro. Los presentimientos de Estefanía no eran infundados, después de todo. Su pequeña hija había



---

padecido hambre. Desgarrado entre la rabia y la amargura, José Manuel Toro se dijo que de ahora en adelante dedicaría la vida a protegerlas.

\*\*\*

Todavía brillaban las estrellas en el firmamento cuando José Manuel Toro y Fermín Zapata, uno de los obreros del tejar, bebieron una taza de chocolate endulzado con panela, ensillaron las mulas y salieron pensativos por el camino de herradura hacia El Peñol. José Manuel no reparaba en la belleza de un paisaje que se desplegaba en suaves pendientes donde los campesinos liberados del Ejército, o sus hijas y viudas, cultivaban la tierra. Las manchas claras de los yarumos brillaban como plata bruñida en medio del verdigris de los montes, bordeados de largas nubes que señalaban la línea del horizonte bajo el azul intenso del cielo.

El sol de tierra fría comenzaba a calentar. Ambos hombres enrollaron las ruanas que tenían puestas. José Manuel se veía tan pensativo que su acompañante no se atrevía a interrumpirlo. Sabía que se dirigían a El Peñol en busca de una hija natural del patrón. No era frecuente que un hombre de su posición quisiera recobrar a una criatura nacida en esas condiciones después de haberse desembarazado de ella, pero don José Manuel tenía todo el derecho de criarla, si esa era su voluntad. Fermín Zapata también tenía prisa por llegar hasta la piedra caída del cielo, así que cada cierto tiempo hundía los talones en los ijares de la mula, que apretaba el paso para luego volver a la monótona cadencia.

Desde la distancia vieron aparecer la inmensa mole gris que parecía balancearse sobre el filo de una colina demasiado pequeña para sostenerla. A Fermín Zapata le habría gustado cubrir en un abrir y cerrar de ojos las subidas y bajadas, pasar por el pueblo, cruzar en línea recta las vueltas del camino. Las montañas parecían montículos de tierra, empequeñecidas por el tamaño colosal del monolito de doscientos metros de alto que se le antojó el lomo de un animal fantástico, dormido sobre el filo del barranco. Desde niño la imaginaba enorme pero no tanto,

---

imponente pero no como para quitarle el aliento a un cristiano. La piedra era mucho más grande que la Catedral, más que varias manzanas con sus calles y casas, tan alta como ningún edificio podría llegar a serlo. Se preguntó si la Luna, que desde la tierra se veía pálida, sería de ese color pardo.

Al acercarse observó que la base de la piedra mostraba grandes vetas blancas, como heridas hechas por las garras de otro animal monstruoso. El joven obrero veía la impaciencia de José Manuel por llegar a su destino y por eso no se atrevió a pedirle que se detuvieran a descansar recostando la espalda contra esa superficie manchada por el musgo.

En lugar de hacerlo siguieron las instrucciones de Vicente Gómez y tomaron el sendero que pasaba frente a la piedra para continuar hasta el maizal junto al cual se levantaba la casita de bahareque que reconocerían por la quebrada bordeaba de sauces llorones.

—Este es el camino, don José Manuel —dijo Fermín, señalando el sendero trazado por el ir y venir de los vecinos que salían a buscar el camino de herradura que llevaba al pueblo y a otras poblaciones como Rionegro, Marinilla, La Ceja del Tambo, donde podían vender o intercambiar los productos que con tanto esfuerzo le arrancaban a la tierra.

José Manuel Toro tenía la boca seca.

Poco después adivinaron la cercanía de la pequeña vivienda por el hilo de humo de la cocina. Desde lejos pudieron ver que había gente en los corredores, pequeños grupos de hombres y mujeres frente a la casa, niños que corrían de un lado para otro. Una novillona pastaba tranquilamente junto al portillo.

Al ver a los forasteros en buenas bestias, tocados con sombreros de ala ancha que no alcanzaban a resguardarlos del sol, los niños abandonaron los juegos, los mayores, las conversaciones, un perro escuálido trató de ahuyentarlos con un par de ladridos. Un pesado silencio descendió sobre ellos. Ahora sólo se oían los sonidos del campo, interrumpidos por el paso de las mulas sobre la tierra del camino.

---

—Parece que hay fiesta —dijo Fermín.

José Manuel observó a los campesinos que lo miraban fijamente. Hombres con las manos encallecidas y la piel cuarteada por el viento de tierra fría, mujeres deformes de tanto dar a luz, chiquillos mal alimentados, bocas apretadas sobre las encías desdentadas. Los campesinos lo miraban entre atemorizados e incómodos. Acostumbrados a vivir en las soledades de la montaña, cualquier forastero llegado del pueblo, o de más lejos, era una probable amenaza. Aunque el reclutamiento estaba momentáneamente suspendido, el temor se adivinaba en cada semblante.

Al llegar a la casa José Manuel se apeó de la mula. Las mujeres vestían de negro o de lo que en su momento debería haberlo sido, porque las faldas mostraban un color indefinible. Algunas llevaban delantales manchados. Los hombres, descalzos como ellas, vestían camisas de manga larga remendadas en los codos, los puños deshilachados por años de uso.

Con un gesto que pareció autoritario, José Manuel se echó hacia atrás el sombrero. Tres chiquillos corrieron a esconderse detrás de sus madres. Una campesina rubia cargó al más pequeño, otra reprendió a una niña por querer preguntar algo. José Manuel se sintió perdido, como si hubiera equivocado el rumbo.

—Buenas tardes —dijo al fin, recobrando el aplomo.

—Buenas tardes —respondieron algunas voces.

—¿Quién de ustedes es Lola?

Nadie respondió. El silencio se hizo aún más pesado, las mujeres bajaron los ojos, los hombres desviaron la mirada. José Manuel repitió la pregunta. Entonces el círculo se abrió para dar paso a una joven con huellas de llanto en los ojos. Lola tenía el pelo azabache anudado en una trenza, la piel de porcelana, la boca carnosa. Su belleza hacía aún más terrible la expresión idiotizada de los ojos, que miraron a José Manuel con una quietud aterradora. Ésta era la mujer que deliraba con un pueblo fantasmal sumergido bajo un mar de agua dulce, la que hacía de madre para su hija mientras la verdadera se moría de angustia en el claustro de las carmelitas descalzas.

---

—Vengo de parte de Vicente Gómez. Soy el padre de Isabel.

Un murmullo se elevó en el aire transparente. José Manuel observó un tominejo suspendido en el aire frente al cáliz de una flor.

Lola lo miró espantada. Después se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos.

José Manuel la sacudió por los hombros. El corazón le latía con tanta fuerza como si hubiera estado en medio del fragor de una batalla.

—¿Por qué llora, mujer? —preguntó—. ¡Responda! ¡He venido por mi hija! —Lola movía los labios sin proferir palabra.

—¡Ave María Purísima! —dijo una de las vecinas.

—Sin pecado concebida... —respondieron las demás.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llora de ese modo? ¿Por qué no me responde? —repitió José Manuel. Lola sollozaba con la barbilla hundida en el pecho.

—Hay que decirle... —dijo uno de los campesinos mirando a la concurrencia. Luego se volvió hacia la joven de los ojos claros.

—¿Qué es lo que tienen que decirme? ¡Hable, mujer, hable!

La campesina rubia se acercó a ellos. Apartó las manos de José Manuel de los hombros de Lola, que ahora profería pequeños gritos de animal herido. Como si recitara una oración, dijo lo que José Manuel ya sabía, lo que comprendió desde el minuto en que comenzaron a descender por el camino.

—Su niña murió anoche, señor. Llevaba dos meses con la tos. No culpe a Lola. Ella hizo lo que pudo, se lo aseguro. Yo misma le ayudaba a preparar el jarabe de hojas de brevo, le acercaba la olla de agua hirviendo para que Isabelita respirara el vapor. Esas son cosas de mi Dios... De cada tres niños por lo menos uno se muere. Ahora su hijita está en el cielo. Isabelita no sufrirá lo que sufrimos las mujeres. Ella nunca sabrá lo que es perder un hijo —añadió, mirándolo con tristeza.

José Manuel sintió náuseas. Alguien le ofreció una copa de aguardiente que rechazó, haciéndola rodar por el suelo. Lola lo miró por entre las largas pestañas húmedas de llanto, secándose la nariz con el dorso de la mano.



---

—La niña está adentro, señor —dijo la joven de los ojos claros.

La mirada de las campesinas era más suave ahora, los hombres tenían la cabeza descubierta.

José Manuel la siguió como en un trance. Juntos entraron a una de las dos piezas que componían la vivienda. Sobre la única mesa estaba la caja de toscos tablones. Un campesino borracho cabeceaba en el suelo recostado contra la pared. Un niño pequeño dormía también a sus pies, envuelto en una ruana que olía a orines. José Manuel se acercó al ataúd abierto para que los vecinos pudieran ver el cadáver de su hija vestida de ángel, con una corona de flores y alas de papel.

En silencio contempló el pequeño rostro, tratando en vano de buscar algún parecido con Estefanía. El cadáver se le antojó patético, con la burda corona y las alas mal recortadas. Miró la nariz afilada, los labios descoloridos, los pequeños huesos de la frente, y se dijo que esos rasgos pertenecían a un ser ajeno por completo. De haberla encontrado en la calle no le habría prestado la menor atención. Pero las manitas cruzadas sobre el pecho hicieron que en él brotara un amor tan absoluto, una compasión tan grande como nadie habría podido describir.

Aquello bastó para que comprendiera de un solo golpe el dolor de Estefanía. Todo su ser se rebelaba ante el injusto destino que había padecido su hija. Entonces José Manuel apoyó los brazos en el borde del ataúd, y estalló en sollozos.

---

### ABRIL DE 1863

Desde que la amenaza se cernía sobre el convento del Carmen, las damas principales de Medellín llegaban diariamente hasta el torno para indagar por la suerte de las religiosas. El repentino cambio de gobernador, así como los debates sobre la cuestión religiosa al interior de la Convención, donde el general Mosquera perdía poder en todos los asuntos menos en éste, exacerbaban el clima de ansiedad.

Había quienes se indignaban por la forma como el gobernador Mendoza había sido destituido de su cargo. Otros se mostraban partidarios de la corriente de nuevas ideas que prometía el cambio. En lo que la mayoría estaba de acuerdo era en lo inminente de la expulsión, que ahora pendía como la espada de Damocles sobre las cabezas de las monjas. Decían que la orden de violar el monasterio y apresar al fugitivo padre Naranjo ya estaba dada.

Los más enterados aseguraban que el nuevo presidente del estado había ordenado poner un cerco de soldados alrededor del convento para incomunicar a las religiosas. Se afirmaba también que don Fernando Posada, hermano de la priora, había sacado al padre Naranjo de la ciudad disfrazado de paisano para ocultarlo en una propiedad suya en el campo, lo cual no era ninguna garantía, pues los caminos estaban llenos de efectivos que perseguían a los sacerdotes fugitivos para llevarlos a la cárcel,

---

donde ahora eran prácticamente los únicos ocupantes, gracias a la promulgación del decreto que amnistiaba a los presos políticos y comunes, excluyendo a los sacerdotes no sometidos.

Doña María Josefa, doña Bernardina y doña Antonia Álvarez, las señoras Andrea Bernal, Encarnación y Antonia Jaramillo, Rosalía Saldarriaga, Inesita Uribe, Mercedes Tirado, Felicia Vélez, Bárbara Restrepo y, por supuesto, doña Mercedes Zuláibar de Barrientos, insigne portadora del prestigio de haber sido dos veces suegra del presidente Ospina Rodríguez, ahora fugitivo en Centroamérica gracias a los hábiles manejos de su esposa doña Enriqueta Vásquez, acudían al torno para tranquilizar a las religiosas. Si esa tarde faltaron a la cita fue por temor a uno de los chaparrones que se alternaban con el sol desde el amanecer.

La idea de ser expulsadas del único hogar que conocían aterrizaba a las religiosas. La madre priora trataba de calmarlas, asegurándoles que Dios se encargaría de protegerlas, exhortándolas, ahora que no contaban con el consuelo espiritual del capellán, de la Santa Misa, de la comunión, a observar con más exactitud que nunca las prescripciones. Muchas de ellas llevaban décadas encerradas en el claustro. Habían olvidado cualquier paisaje fuera del perfil de las montañas sobre los muros del patio y no recordaban haber vivido en más sociedad que la conformada por ellas mismas. Se preguntaban cómo podrían sobrevivir en caso de perder los bienes que suministraban las rentas del convento, dónde pasarían las noches, en qué lugar se reunirían a orar. Cierto era que los amigos les tenían un alojamiento provisional, pero la gente, aun la más caritativa, se cansaba de dar después de un tiempo.

El temor a lo desconocido les quebrantaba la salud. La hermana tornera tenía visiones horribles: soldados de chaqueta roja que perseguían a las monjas desnudas por los claustros del convento, jóvenes novicias que daban a luz a pequeños demonios vestidos de militar. La hermana María Liberata de las Nieves exhibía llagas en las rodillas de tanto rezar, y hasta la hija de don Agustín Giraldo había perdido la lozanía y pasaba horas con la mirada fija en un punto indefinible.

---

Desde hacía dos meses casi ni comía. En varias ocasiones la madre priora la había sorprendido deshecha en llanto. Le parecía que el dolor de la joven tenía un motivo diferente a la angustia que atormentaba a las monjas, pero por más que le diera vueltas al asunto no lograba explicarse qué podía ocurrirle. La priora vivía al tanto de lo que pasaba en la ciudad. Sabía que en la casa de don Agustín Giraldo no había ocurrido ninguna desgracia fuera de la onerosa contribución al empréstito forzoso. Así se lo dijo a Estefanía para ver si lograba conocer la causa de su dolor, pero la joven se apartaba en medio de un mutismo absoluto.

Esa tarde la hermana tornera esperaba la llegada de don Fernando Posada, hermano de la priora. Le abrió la puerta y sin pronunciar palabra, tal como ordenaba la regla, lo condujo al locutorio. Las paredes de la habitación estaban adornadas con los retratos de las primeras religiosas de la orden en su lecho de muerte. Unas mejor logradas que otras, las pinturas alcanzaban el efecto deseado, recordándole al visitante la certeza del fin. Don Fernando, un hombre de elevada estatura, pelo entrecano, color enfermizo y facciones correctas, estaba acostumbrado al sombrío decorado del locutorio. Sin embargo, sus ojos pálidos recorrieron la galería de retratos deteniéndose en el de una religiosa de rasgos delicados, tan parecida a su hermana, que se sobresaltó.

—Cuénteme, Fernando —dijo la priora después de invitarlo a sentarse—. Se dicen cosas poco alentadoras. ¿Qué tan ciertas son?

—Me apena decirle que son verdad —respondió don Fernando diciéndose que su hermana había envejecido más de la cuenta en el último año—. Traigo malas noticias —agregó, aceptando la taza de chocolate que le ofreció la criada del convento. Tomó un sorbo de la bebida humeante y probó una de las galletas de mantequilla que la criada dejó en la mesita al frente suyo.

—El gobernador Mendoza ha sido destituido.

La madre priora pensó en la visita de Mendoza hacía quince días con el fin de asegurarle que nadie perturbaría el convento mientras él fuera gobernador. Varias veces repitió que en caso



---

necesario las defendería hasta con el bastón, afirmando con esa voz tan seca como su figura que primero pasarían por encima de su cadáver, antes de arrojarlas a la calle.

—Entonces, ¿los rumores son ciertos? Se afirman tantas cosas en el torno que ya no sé qué creer, hermano —dijo la priora—. A veces tengo la impresión de que esas buenas señoras están tan confundidas como nosotras —agregó, sacudiendo con una mano las migas de galleta que habían caído sobre la mesa y recibéndolas en la otra, para dejarlas sobre una carpeta, con tanto cuidado como si fueran una reliquia.

Flor de Lis regresó al locutorio, esta vez para recoger el pocillo y el plato vacíos. Al ver las migas sobre la carpeta de lino las sacudió sobre el pocillo, olvidando las instrucciones tantas veces recibidas.

—Pascual Bravo se presentó ayer, pasada la hora del almuerzo, a la residencia del gobernador Mendoza —continuó don Fernando, sin hacer caso de la presencia de la criada—. El joven iba tan atildado como siempre, dejando tras de sí una estela de colonia inglesa. Llegó solo, envalentonado por la ambición, sabiéndose respaldado por sus amigos políticos. Luego de ser recibido con la mayor cortesía por el gobernador, lo intimó, en nombre de la Legislatura, a renunciar a su cargo, asegurándole que de no hacerlo sería depuesto.

—¡No lo puedo creer, Fernando! ¿El hijo de don Pedro Bravo se prestó a esos manejos?

—Así son las cosas ahora, hermana. ¡Un filipichín puede darse el lujo de pedirle la renuncia al propio presidente del estado! ¡Peor aún, puede hacerlo a sabiendas de que se saldrá con la suya!

—Eso quiere decir que ahora estamos en manos de Dios —dijo la priora, componiendo mecánicamente los pliegues del hábito.

—Ustedes deben pensar qué camino van a tomar, porque de ahora en adelante el trato será otro.

---

—¿Y qué le respondió el gobernador Mendoza a ese joven atrevido? —preguntó la priora.

—Le respondió que tenía la conciencia de haber cumplido con cada uno de sus deberes como magistrado. Que se sentía fuerte en presencia de una coalición que caminaba por senderos extraviados, y que no renunciaría porque no era tan débil como para someterse a semejantes exigencias. Dijo que aceptaba ser depuesto, pero que exigía un acta de acusación, pues como republicano aceptaba la soberanía del Cuerpo Constituyente, aunque como hombre rechazaba el ultraje y los medios indirectos.

—¿De qué pueden acusar a un caballero como el doctor Mendoza? —preguntó la priora mirando a su hermano—. Mucha brega les dará inventar cargos en contra suya.

—No fue necesario. Los miembros de la Legislatura Constituyente se las ingenieron para dictar un Acto Adicional y Reformatorio, que decretaba que el día veinte cesarían en sus empleos los funcionarios de orden ejecutivo nombrados por la Legislatura. El poder ejecutivo del estado de Antioquia sería ejercido por un presidente provisorio nombrado por la misma Legislatura Constituyente, acto que firmarían el presidente y el secretario de la Legislatura, sin necesidad de la firma del gobernador. Al proyecto se le dio un debate que lo convirtió en Ley. Ayer la Asamblea eligió por votación a Pascual Bravo como presidente provisorio del estado de Antioquia. El contrincante fue Salvador Camacho Roldán, pero el hijo de don Pedro y doña Marcelina obtuvo la victoria por una modesta mayoría —explicó don Fernando, visiblemente preocupado.

—Mejor nos habría ido con Camacho Roldán... —dijo la madre priora frunciendo el ceño, al ver que Flor de Lis entraba de nuevo al locutorio para saber si se les ofrecía algo.

—No interrumpa, por favor. Si la necesito la llamo —dijo la priora señalando la campanilla de plata sobre la mesa—. Esa muchacha es de lo más entrometida, Fernando —dijo, apenas la criada salió—. A veces me arrepiento de haberle hecho caso a Mercedes. Sólo por amistad la recibí. Siempre queda la duda de

---

que alguien así pueda reformarse. Pero, bueno, me estaba contando de la derrota de Camacho Roldán.

—A mí se me hace que es una muchacha diligente —dijo don Fernando, mirando hacia la puerta por donde había salido Flor de Lis con un revuelo de faldas que dejaban entrever sus pantorrillas de campesina acostumbrada a subir y a bajar lomas—. Pero sí, estoy de acuerdo con usted, hermana. Nos habría ido mejor con Camacho Roldán a la cabeza del estado. Aunque no es antioqueño, es un hombre más ponderado que ese presumido liberalito que se las da de escritor y de estratega. La inexperiencia nos va a costar cara. Estamos en manos de Mosquera, porque Pascual Bravo lo sigue como un perrito faldero. Vale la pena aclarar que Mosquera le escribió una carta al doctor Mendoza pidiéndole disculpas por la forma como había sido destituido del cargo. Como Pilatos, se lavó las manos.

—De manera que el hijo de don Pedro Bravo es el nuevo gobernador. ¿Será que Mosquera no está enteramente de acuerdo con su elección?

—¿Por qué?

—Por lo de la carta pidiéndole disculpas al doctor Mendoza.

—No crea. Esas jugadas son de rutina entre los políticos. Ellos se atacan y reconcilian de la manera más inconsecuente. A Mosquera le conviene quedar bien con Dios y con el Diablo. Recuerde que la Convención lo rebajó de categoría, de manera que por ahora sólo es el ministro de Guerra. Falta ver cómo actuará dentro de unas semanas, si lo eligen como presidente del país.

—Así será. No hay nadie con más voluntad para lograr sus aspiraciones que el caucano. ¡Usted no se imagina lo confundida que estoy, Fernando! Nuestros temores están a punto de materializarse. ¿Se da cuenta de la responsabilidad que cae sobre mis hombros? Tendré que velar por el bienestar de mi comunidad sin un techo, sin rentas para mantenernos. Pasaremos a ser unas mendicantes, sostenidas por la caridad pública. ¡Y pensar que tampoco tendremos el consuelo espiritual de los sacramentos!

---

De repente nos encontramos completamente desposeídas —dijo la priora, paseando la mirada por los rostros de las religiosas difuntas de los cuadros colgados frente a ellos.

—En la Convención todavía se discute la cuestión religiosa. Mosquera le ofreció la presidencia del estado a Camilo Antonio Echeverri, pese a ser uno de sus principales opositores.

—¿Por qué haría una cosa así? Con lo arrogante que es.

—También es sagaz y conoce bien a la gente. Sabe que Camilo Antonio es un hombre con criterio, alguien que ha podido formarse mejor que la mayoría de los liberales antioqueños. Ha viajado, ha leído, tiene una amplitud de miras que a mí personalmente me parecería un rasgo muy tranquilizador, si hubiera aceptado. El Tuerto Echeverri ha propuesto fórmulas menos duras con el clero, lo cual no significa gran cosa, porque de todas maneras los bienes de la Iglesia serán sometidos al mismo decreto de tuición que ya opera en otras partes del país. Me duele hablarle así —dijo, al ver que las cuentas de palo de rosa del rosario se retorcían entre los dedos ahusados de su hermana.

—Veo que nada de lo que dicen las señoras en el torno es invento —dijo la priora—. Aceptaremos la voluntad del Señor.

—Hablaré con ellas para ver cómo podemos ayudarles.

—¿No será que todavía quedan esperanzas? Si Camilo Antonio Echeverri habla en favor de la Iglesia en la Convención, puede ocurrir el milagro que le pedimos a Dios. ¡Vea cómo son las cosas! El hijo de don Gabriel Echeverri se muestra menos despiadado con la Iglesia, y eso que tiene fama de ser ateo perdido —dijo la priora, esbozando una sonrisa.

—No se haga ilusiones, hermana. Es mejor que vaya preparando a las monjas —dijo don Fernando poniéndose de pie—. Desafortunadamente para ustedes, el convento posee algunos bienes muy tentadores —agregó.

Afuera llovía a cántaros.

—¿Por qué no espera a que escampe? —preguntó la priora, invitándolo con un gesto a que volviera a sentarse.



---

—¿Con lo que duran estos aguaceros? ¡Si no para de llover desde hace un mes! Pero no se preocupe, que puedo caminar bajo los aleros.

Don Fernando y la priora salieron del locutorio y caminaron por el corredor mojado por la lluvia hasta el torno, donde Flor de Lis los esperaba con el paraguas que ella y la Donada usaban cuando tenían que salir a cumplir con alguna diligencia urgente, casi siempre relacionada con la compra de remedios para estabilizar la digestión de la priora.

—Llévese el paraguas, don Fernando —dijo la criada.

—Le agradezco. Pero tal vez ustedes lo puedan necesitar —respondió, dudando entre aceptar el ofrecimiento o arriesgarse a pescar un resfriado.

—Hoy no vamos a salir. Mañana lo devuelve —respondió Flor de Lis, diciéndose que tal vez eso lo traería de vuelta con otras buenas noticias.

Entre tanto ella trataría de animar a Estefanía con la perspectiva de quedar en libertad. Después de saber que la niña estaba muerta había rechazado el plan de salir disfrazada del convento para reunirse con José Manuel. Pero ahora que la suerte estaba de su parte, seguro se alegraría. Algo tenía que contentarla. Estefanía no podía seguir penando el resto de la vida, se dijo Flor de Lis, mientras recordaba con dolor a Judas Tadeo.

---

### ABRIL 15 DE 1863

Pascual Bravo se posesionó en la presidencia del estado con el juramento de cumplir fielmente la Constitución y las leyes. La respuesta al discurso de bienvenida pronunciado por el presidente de la Legislatura, Jorge Gutiérrez de Lara, dejó claro que no se hacía ilusiones sobre la difícil situación del territorio que iba a gobernar. Pero creía que si combinaba la buena voluntad con el trabajo infatigable, muchos de esos problemas encontrarían remedio y la vida de las gentes podría ser un poco menos dura de lo que había sido hasta entonces.

Ciertamente era más optimista que Obdulia, pues actuaba confiado en una ley providencial que orientaba el desarrollo histórico de la humanidad. Para ella, en cambio, la vida era en términos generales una tormenta estéril, donde la guerra y el despotismo superaban los aciertos en ese supuesto camino hacia un porvenir mejor.

Tal vez el optimismo de su marido se debía al hecho de ser una persona creyente, a pesar de su escepticismo frente al dogma católico y no obstante sus críticas a los manejos de la Iglesia para permanecer en el poder. Tenía una fe ciega en algo así como el Dios Desconocido, una divinidad abstracta que emanaba la ley del progreso hacia el cual marchaba la humanidad en medio de lágrimas, sudor y sangre, palabras que repetía frecuentemente, como si quisiera aceptar que el dolor era ineludible, tanto en la

---

vida de cada hombre en particular, como en el acontecer histórico en general. En ese momento la esperanza en el porvenir era tan real para Pascual Bravo como la incertidumbre lo era para Obdulia. El nuevo presidente del estado pensaba que en la ciencia, el arte, la industria, la moral se encontraba la fórmula mediante la cual el hombre podía desarrollar la inteligencia, los sentimientos y la fuerza, cualidades esencialmente humanas.

Obdulia sabía que pocas personas encarnaban esos ideales tan bien como él. Además de su poderoso atractivo físico, su marido cautivaba con una inteligencia profunda, con los sentimientos de preocupación por la ignorancia de la gente, con el deseo de organizar los medios de acción del Gobierno para crear nuevas fuentes de empleo. Ella sabía que a partir de ese día trabajaría para crear una escuela de artes y oficios, una casa de la moneda, para construir puentes, caminos, escuelas. Ahora que asumía la presidencia del estado tenía el poder, aunque también era un hecho que carecía del dinero necesario para obrar. Obdulia se preguntaba en secreto cómo haría Pascual para realizar sus planes sin un centavo en las arcas del estado.

Aquella mañana lo vio partir camino a la Legislatura en compañía de Camilo Antonio Echeverri. Había salido a despedirlos a la puerta de la casa, cuando Camilo Antonio, que ya tenía un pie en la acera, se volvió hacia su marido para decir con una sonrisa:

—Cada vez que los dioses quieren castigar a los hombres, les conceden sus deseos.

—¡Deje de hablar de castigos, Camilo Antonio! —dijo Obdulia, componiendo las impecables solapas de la levita de su marido.

Al verlo impaciente por salir a tomar posesión de su cargo, se preguntó si podría debatirse con éxito en medio de las mañas de políticos más avezados que él, si sabría nadar en las aguas turbias de la ambición, si sería capaz de devolver la normalidad a un territorio destrozado por la guerra y la parálisis económica. El peso

---

que recaía sobre los hombros de su marido era infinitamente mayor de lo que su figura aristocrática parecía poder soportar.

También se decía que su hermosa cabeza era la de un poeta, no la de un oscuro combatiente, porque en eso iban a querer convertirlo sus oponentes. ¿Quiénes eran en realidad sus amigos? Además de Camilo Antonio, que tenía la franqueza de expresar su inconformidad con algunas de las ideas de Pascual, ¿con quién podrían contar?

Durante aquellos días las preocupaciones colmaban el tiempo de Obdulia. Llevaba medio año de casada, pero Pascual vivía en silencio su vida, y ella en soledad la suya. Su marido tenía una manera sutil y dolorosa de apartarla en el momento en que ella más lo necesitaba. Si percibía el menor asomo de flaqueza, si notaba su necesidad de afecto su mirada se volvía fría, las frases, cortantes. Obdulia habría dado cualquier cosa por romper esa muralla que parecía elevarse cada día más entre los dos, para que Pascual respondiera a sus intentos de entablar una conversación con algo más que una respuesta tajante. Pero el periódico, la pluma y el papel para escribir una proclama, un decreto, la puerta del estudio dolorosamente cerrada hasta altas horas de la noche, la mesa donde ella cenaba sin más compañía que el ruido de los cubiertos, eran los símbolos del abismo que se abría entre los dos.

Tal vez si pudiera concebir un hijo Pascual le permitiría entrar de lleno en su corazón. Pero Obdulia sufría cada mes el más doloroso desengaño, mientras ingeniaba la manera de hacerse amar, sin lograr nada, como no fuera alejar aún más a su marido.

Trataba de distraerse con el manejo de la casa, algo que no había podido hacer en Rionegro cuando vivía con doña Marcelina, asediada por esos ojos hermosos e implacables. Casi a diario salía a comprar los alimentos, las velas, el vino, el carbón. Para terminar de amoblar la casa consiguió en el comercio una mesa redonda, dos esquineros para el comedor, un espejo de cristal de roca, una vajilla de porcelana, linón para hacer cortinas, mientras



---

Pascual se preparaba para echarse sobre los hombros la tarea de resolver la totalidad de los desastres de Antioquia.

Cuando su marido y Camilo Antonio se perdieron de vista, Obdulia cerró la puerta, regresó a la habitación y buscó en qué entretener la ansiedad.

De tanto ayudarle a corregirlo, se sabía de memoria el discurso que Pascual pronunciaría en ese momento en la Legislatura. Las frases resonaban en sus oídos como si estuviera oyéndolas:

*Yo no desconozco la gravedad de la situación actual, ni puedo embragarme con vanas ilusiones [...]*

*La teocracia que se cree la heredera forzosa de los tiranos peninsulares aliados y protectores de la Inquisición: la teocracia ha establecido y ejerce una propaganda diabólico-jesuítica, cuyos fines son desterrar para siempre de nuestra patria la libertad, el progreso y la filosofía [...]*

*Colombia ha confiado su santa causa a los estados. Cada uno de ellos, al asumir la soberanía, echa sobre sí una inmensa responsabilidad. La labor de la reorganización interior nos está confiada[...]*

*Grave es, si, ciudadano presidente, el momento actual. En las cavernas infernales rugen airados los huracanes de la destrucción.*

Lo imaginaba de pie, erguida la cabeza, los ojos brillantes. Sabía que Pascual declamaba sin necesidad de leerlo, el discurso que tenía en la mano. Seguramente Salvador Camacho Roldán seguiría cada una de las inflexiones de su voz. Camilo Antonio Echeverri lo miraría fijamente con el solo ojo perspicaz, preguntándose cómo acabaría todo aquello. En esa mala hora su marido recibía el campo arruinado, cientos de campesinos desplazados por la guerra, las arcas vacías. Gobernaría un estado sin moneda corriente, con pésimas vías de comunicación y una falta aterradora de escuelas y maestros.

“Esto sí que nos va a costar trabajo”, pensaría en ese instante Camilo Antonio Echeverri, inclinándose ligeramente hacia adelante para no perder ni una palabra del discurso.

\*\*\*

---

A la hora y minuto en que el nuevo presidente tomaba posesión de su cargo, Pedro Justo Berrío pedía que le llevaran una bebida aromática a su despacho en Santa Rosa de Osos. La saboreó como si se tratara de un vino exquisito, decidió que necesitaba estirar las piernas y sin avisarle al secretario salió a dar una vuelta por la calle.

Aunque pudiera parecer contradictorio, el jurista consideraba que la elección del joven liberal como presidente del estado era la mejor oportunidad para el avance de su propia carrera política. Por buenas intenciones que tuviera el hijo de don Pedro Bravo, iba a necesitar el apoyo de un grueso ejército. La administración del estado, arruinado por la guerra, requería contribuciones que nadie podría pagar. Al cabo de unos meses el inexperto y ambicioso presidente se encontraría completamente solo, obligado a tomar decisiones desesperadas, con la opinión pública en contra, sin saber quiénes eran los amigos y quiénes fingían serlo para servir a sus propios fines.

El viento helado de Santa Rosa de Osos le golpeaba el rostro. Berrío se detuvo para llenar los pulmones, diciéndose que no había nada mejor que salir a dar una vuelta por el pueblo después de un día de trabajo. Los labios gruesos se plegaron en una sonrisa lo suficientemente amplia como para sorprender a varias vecinas, pero él no se dio cuenta. Pensaba en la insatisfacción de los conservadores con la elección de Pascual Bravo. Les dolía haber perdido el poder, dejándolo en manos de un joven brillante pero enceguecido por Mosquera, y hasta los mismos liberales comenzarían a dar muestras de inconformidad tan pronto las circunstancias lo obligaran a plantear medidas económicas.

“Como si fuera poco, Pascual Bravo ya tiene opositores entre las filas moderadas del liberalismo” se dijo el jurista, mirando las palomas posadas en el techo de su casa.

\*\*\*

Mientras el prefecto del Norte caminaba por las calles de Santa Rosa de Osos, doña Inesita Uribe de Giraldo se armaba de valor

---

para abordar a su marido en el corredor de la casa, ahora que las niñas estaban en el costurero y Carlina haciendo un mandado.

—Agustín... —dijo con un hilo de voz—. Por ahí se comenta que van a expulsar a las monjas del convento. ¿Usted ha pensado qué vamos a hacer con Estefanía?

Doña Inesita acariciaba la idea de volver a ver a la hija, a la cual tenía tan cerca y sin embargo tan irremediablemente lejos. Estefanía se le aparecía en sueños tal como era antes de la desgracia, alegre, enamorada de la música. Necesitaba explicarle cómo habían sido las cosas, pedirle perdón por haber tomado la única decisión que podía tomar, labrando la desgracia de tres generaciones de mujeres.

—No vamos a hacer nada —respondió don Agustín.

Doña Inesita notó que sus pupilas se contraían. En la frente protuberante de su marido apareció esa mancha oscura que antecedió a la explosión de su cólera. Comprendió que habría sido más prudente callar, pero lo dicho dicho estaba, así que se resolvió a insistir.

—¡Pero es que las van a arrojar a la calle! —continuó, alentada por la necesidad de ver a Estefanía—. Las monjas todavía no tienen dónde hospedarse. No sabemos si ella está contenta o no. Usted sabe que Estefanía nunca demostró ninguna vocación religiosa. Podría volver con nosotros... —agregó, con un hilo de voz.

—Le dije que no vamos a hacer nada. ¡Estefanía seguirá a las monjas al mismo infierno, si es preciso!

—Piense que se trata de... —dijo doña Inesita, pero no pudo terminar. La mirada de odio de don Agustín la dejó pasmada en medio de las jardineras. Se llevó la mano al pecho y contuvo la respiración, mientras su marido se alejaba taconeando como si quisiera triturar los ladrillos del piso.

Entonces oyó claramente el insulto que le dirigió desde el zaguán, antes de dar un portazo que estremeció hasta los mismos cimientos de la casa:

—¡Esta malparida!

---

\*\*\*

A pocas cuadras de allí, en otro corredor sembrado de josefinas donde bordaban servilletas en punto de cruz al suave vaivén de las mecedoras, doña Rosalía Saldarriaga le preguntaba a doña Mercedes Zuláibar:

—Mercedes, ¿usted cree que las monjas van a necesitar todo el servicio que tienen ahora?

—Supongo que sí —respondió la ex suegra del ex presidente Ospina, dándole las últimas puntadas al pétalo de una rosa. El recuerdo de Flor de Lis le volvió a la memoria. La madre priora no se quejaba, pero ella adivinaba que el ensayo no había resultado exitoso. Flor de Lis salía a la calle más de lo corriente, y aunque la saludaba con deferencia si acaso llegaban a encontrarse, doña Mercedes veía en sus ojos un brillo insolente que nada bueno presagiaba.

—¿A *todo* el personal?

—¿Qué quiere decir con eso, Rosalía? —preguntó doña Mercedes mirándola por encima del aro de los anteojos.

—Estaba pensando que tal vez podría quedarme con la Donada, ahora que van a expulsar a las monjas. Ellas tendrán que regresar algún día a sus hogares porque no podremos mantenerlas indefinidamente... y... bueno, usted sabe que desde hace meses necesito una cocinera.

—¡Me parece el colmo que piense así, Rosalía! La Donada ha servido desde que tenía cinco años en el convento. ¿Acaso no se da cuenta de lo mal hecho que es sonsacar a una muchacha del servicio? Eso es imperdonable. Es como llevarse un marido ajeno, Dios me perdone la comparación, pero le aseguro que algunas lo considerarían peor.

—Pero es que no veo cómo la Donada puede servir en un convento que va a desaparecer. Además de ella están el criado Ildefonso y la joven esa que usted les trajo de Santa Rosa. ¡Ay, Mercedes! ¡Usted no se imagina los trabajos que he pasado! ¡El servicio se acabó, las sirvientas de ahora no son ni la sombra de lo que eran antes de la guerra!



---

—Trataré de traerle una buena muchacha cuando vaya a La Dolores, Rosalía. A mí me han salido muy buenas. Pero eso sí, ¡ni pensar en la criada de las monjas! Yo le aseguro que el convento no va a desaparecer. Puede que a las religiosas las expulsen temporalmente, pero hay quienes velan por sus intereses. Por los intereses de todos nosotros... —añadió en tono misterioso, antes de cortar el hilo rosado con unas tijeritas de oro.

—Como a usted le duran tanto, ya se le olvidó lo que es entrenar una cocinera salida del monte.

—Pues va a tener que hacerlo, Rosalía.

\*\*\*

En el cementerio del convento del Carmen, Flor de Lis sacó la carta del corpiño y se la entregó a Estefanía. Ésta la leyó sonriendo por primera vez desde que José Manuel le diera la noticia de la muerte de la niña. Los días del cautiverio estaban contados.

---

### MAYO DE 1863

La madre Genoveva de la Santísima Trinidad, priora del convento del Carmen, le entregó al presidente el sobre marcado con la caligrafía de don Pedro Bravo. Un candelabro de cristal sobre una mesita redonda alumbraba el locutorio, sin que su luz alcanzara de lleno los cuadros de las prioras en el lecho de muerte, indefinibles entre las sombras. Eran poco más de las siete de la noche y en la calle resonaban las pisadas de la guardia que rondaba el convento. Luego de rasgar el sobre, el presidente se dispuso a leer la carta.

*Mi querido Pascual:*

*Salgo de madrugada para Ambalema, sumido en la más honda preocupación. Mucho hemos hablado acerca de las responsabilidades que usted debe asumir como Presidente del Estado. La tarea no será fácil. Su madre y yo le rogamos a Dios para que lo llene de valor y entendimiento.*

*Le escribo para recordarle las obligaciones que como buen cristiano le corresponden. Las primeras son transitorias y terminarán una vez se cumpla su mandato. Las segundas son permanentes y por ellas habrá de velar hasta el último instante de su vida. Dentro del cumplimiento de las mismas usted tiene, como cristiano y como gobernante, la obligación de proteger a las religiosas del convento del Carmen, pues sobre ellas se cierne la terrible amenaza de extinción.*

---

*Desde niño usted ha sido testigo del respeto que merecen las buenas señoras. Yo mismo tengo el orgullo de haber sido su benefactor. Como padre y como cristiano, le ruego que me brinde el consuelo de guardarlas de todo peligro, ahora que la Divina Providencia le ha dado autoridad para hacerlo.*

*Espero verlo a mi regreso. Mis oraciones lo acompañan siempre.*

*Pedro Bravo*

El presidente dobló la carta esforzándose por mantener una expresión imperturbable.

—Reverenda madre, le pido el favor de no recibir noticias que no son ciertas —dijo, con frialdad—. Usted recibe visitas que, con el pretexto de la amistad, vienen a darle razón de todo, llevándola a tomar medidas perjudiciales. Nada he ordenado contra ustedes, y sin embargo la ciudad está en expectativa.

La madre priora pensó que su interlocutor parecía un muchacho acabado de licenciarse, no un gobernante. Pascual Bravo se veía tan joven, tan vulnerable, que por un momento se compadeció de él.

—Señor presidente —respondió—. Comprendo muy bien cuáles son sus compromisos. —Ambos seguían de pie junto a la mesita redonda con incrustaciones de concha nácar. La religiosa notó el parecido entre el presidente y su madre—. “Tiene la misma belleza, pensó, pero doña Marcelina es un ángel y éste un demonio azuzado por la influencia diabólica de los rojos”.

—La comunidad que dirijo necesita en estos momentos el amparo y la protección de sus amigos. No es prudente que despida a mis benefactores, a menos que usted pueda garantizarnos esa protección —explicó, tratando de adivinar cuáles eran los verdaderos sentimientos del muchacho. Frente a esos rasgos todavía limpios de las huellas del dolor se sentía un ser atemporal, alguien que había vivido más de lo que el hijo de don Pedro Bravo podría concebir.

—Como Pascual Bravo, haré todo lo que pueda por ustedes —respondió el presidente con un visible esfuerzo por mantener

---

la distancia propia del cargo—. Pero como gobernador, tengo que acatar y cumplir lo que se decida en la Constitución.

—Entonces no hay nada más qué decir, señor —respondió la priora dando por terminada la entrevista.

—Así es, madre —dijo Pascual Bravo, despidiéndose con una inclinación de cabeza. Deseaba alejarse de allí lo más pronto posible. Estaba enojado con don Pedro por haberle tendido esa trampa, obligándolo a entrevistarse con la priora.

“Menos mal que don Mariano Uribe nos prestó su casa en la plazuela de San Roque”, pensó la priora, notando con desagrado la sonrisa que le dirigía el nuevo presidente a Flor de Lis, que esperaba con un farol para conducirlo hasta la puerta, donde la hermana tornera se santiguó como si hubiera visto al mismísimo Demonio. “Al menos no tendremos que dormir en la calle el día en que nos arrojen fuera del convento. Mañana mandaré a esta muchacha con Ildefonso para que lleven sábanas y cobijas, porque en cualquier momento nos veremos en la calle”.

\*\*\*

Antes de que transcurrieran veinticuatro horas, uno de los benefactores del convento del Carmen, don Marcelino Restrepo, llegó sofocado por la angustia para anunciarle a la priora que ese día se haría la exclaustación de las diecinueve religiosas.

El semblante de la priora se veía tan sereno como si le hubiera anunciado una visita del Santísimo. “La procesión va por dentro”, pensó don Marcelino.

—No sé qué voy a hacer —respondió con dulzura la religiosa—. Usted sabe que algunas de las monjas están enfermas. Mucho me temo que sucumban ante la impresión. ¿Será que todavía queda alguna esperanza, don Marcelino? ¿Si el padre Naranjo estuviera aquí! ¿Cómo debo actuar en el momento en que vengan a sacarnos?

—Lo mejor es cerrar el torno con doble cerrojo y arrojar las llaves a la calle —respondió don Marcelino, de acuerdo con un plan urdido por los amigos de las religiosas—. Yo estaré pendiente



---

para recogerlas y las guardaré en mi casa. Esta medida tal vez logre disuadir al gobernador. Si a Pascual Bravo le queda un ápice de decencia no se atreverá a derribar la puerta.

—Eso está por verse... —dijo la priora. Después de la entrevista con Pascual Bravo le quedaba claro que ni aun de haberlo querido, podría protegerlas. La Constitución y las leyes estaban por encima de sus convicciones, en caso de que éstas hubieran sido las de un cristiano, no las de un descreído, porque para nadie era un secreto lo que pensaba el hijo de don Pedro Bravo sobre la religión y la Iglesia.

\*\*\*

A las once de la mañana comenzó el calvario de las monjas con la llegada del jefe municipal, Cenón Trujillo. Valiéndose de la confusión para vigilar la calle desde la ventana del segundo piso, Estefanía y Flor de Lis lo vieron acercarse escoltado por la guardia vestida de rojo. Una vez en la puerta, el señor Trujillo llamó con el aldabón. Como nadie le respondió se retiró diciendo a voz en grito para que los curiosos que se agolpaban en la calle, y las monjas en el interior, pudieran oír bien:

—¡A las cuatro de la tarde veremos si abren!

Una frenética actividad se apoderó del convento del Carmen. Las monjas doblaban los avíos de las camas para que los encargados de llevarlas a la casa de don Mariano Uribe no tuvieran mucho trabajo, empacaban los enseres de cocina, las sábanas y los manteles de la ropería, cortaban manojos de plantas medicinales en la huerta, sacaban las telas de los cuadros, cubrían las imágenes sagradas. Cuando todo estuvo a punto, la madre priora las reunió en el locutorio.

—No es momento para andar con lamentaciones —advirtió, serena, como sabía serlo—. Debemos afrontar con entereza la prueba que Dios nos manda. Cada una de ustedes estará lista con hábito completo, con capa y velo. Todas llevarán en la mano el breviario y el crucifijo. Cuando me oigan tocar la campanilla nos reuniremos en el coro bajo. Flor de Lis —ordenó, pronunciando

---

con desagrado el nombre que hoy más que nunca le parecía terriblemente profano.

—Diga, madre.

—Recoja las llaves del monasterio y escóndalas en un lugar donde sólo usted pueda encontrarlas cuando yo le pida venir a recogerlas.

—Si, reverenda madre —respondió Flor de Lis, mordiéndose el labio inferior.

“Por lo menos tiene la decencia de mostrarse acongojada”, pensó la priora, preocupada por las enfermas. La hermana tornera sufría calambres que la inmovilizaban en las más extrañas posturas. Después de cada convulsión su cuerpo tardaba horas en recobrar la forma natural, dejándola nudosa y retorcida como el tronco de una vieja acacia. Sus hermanos, don Lucio y don Manuel Upegui, sabían que llegada la hora fatal la encontrarían en una silla en la puerta. Ellos deberían alzarla y llevarla en andas hasta la casa de don Mariano Uribe, respondiéndoles a los entrometidos que la religiosa estaba enferma y no podía ir de otra manera.

Dos horas antes de la caída del sol del último viernes del mes de mayo resonaron los primeros golpes en la puerta exterior del convento del Carmen. La madre priora tocó la campanilla. Tal como habían acordado, las monjas se reunieron en el coro bajo para dar inicio al rezo de las letanías. Algunas sollozaban calladamente, pero la priora presidía con dignidad de vestal la última reunión de la comunidad. Desde el interior del convento oían el rumor de las voces de los espectadores en la calle, ahogadas por los golpes que derribaban la puerta. Derrotados por la firmeza de los maderos que no cedían ante los embates de los soldados, los agentes del Gobierno mandaron llamar a los cerrajeros, quienes a golpes de barra falsearon las cerraduras de la puerta exterior. A punta de barra y martillo terminaron de derribar la puerta reglar.

Finalmente encontraron el camino libre para violar el claustro. Con paso orgulloso, los miembros de la fuerza pública en-

---

traron al convento del Carmen, subieron las escalas, penetraron en el coro alto sin encontrar a las religiosas, volvieron a bajar, registraron el locutorio, el refectorio y por último llegaron a la puerta del coro bajo, cerrada con tranca y aldaba. Las botas de los oficiales resonaban en las baldosas pulidas por las sandalias de las monjas. Don José Pablo Escobar, secretario de Cenón Trujillo, golpeó con violencia:

—Madre priora, abra la puerta en nombre de la autoridad —ordenó.

—No puedo abrirla —respondió la religiosa.

El secretario repitió la orden y la priora, la respuesta. Los agentes empezaron a golpear la última puerta que faltaba para dar cumplimiento a la orden constitucional de exclaustación de las religiosas. El aldabón se rompió, las cerraduras cedieron.

Las religiosas estaban de rodillas, presididas por la priora que oraba junto al comulgatorio. Las cabezas desnudas de la Donada y de Flor de Lis contrastaban con los velos blancos de las novicias. Cenón Trujillo, Pantaleón Callejas, José Pablo Escobar, Nemesio Gaviria, Antonio María Rodríguez y varios miembros del Gobierno contemplaron con interés a las religiosas que tanta brega le estaban dando al nuevo presidente del Estado.

—¿Quién de ustedes es la madre priora? —preguntó Trujillo para ganar tiempo.

Una de las dos mujeres sin velo, al parecer una criada, señaló a la priora, aunque no habría hecho falta pues la presencia de la mujer hincada junto al altar denotaba autoridad. Cenón Trujillo vaciló como si, en lugar de una dama de la misma edad de su madre, se tratara de uno de los tantos señores de la muerte que merodeaban por el campo, unas veces con la escarapela de los liberales, otra con la de los conservadores. Entonces se resolvió a enfrentarla, anunciando con voz oficial:

—En la Convención de Rionegro se ha expedido una ley por medio de la cual se dispone que los monasterios sean extinguidos y las comunidades religiosas disueltas. Con la autoridad que me ha dado el señor presidente del estado, don Pascual Bravo, le

---

ordeno que ahora mismo entregue el monasterio y salga a la calle con la comunidad.

—No salimos del monasterio porque no podemos —respondió la priora sin levantar la mirada, con las manos en actitud de oración—. Cumpliremos nuestros votos solemnes hasta la muerte. No estamos dispuestas a quebrantarlos.

—Nadie les exige que los quebranten. Usted bien sabe que en cualquier parte pueden observarlos —respondió Trujillo, tratando de ver las facciones de la priora, de rodillas, a sus pies. Aunque la humillada debería ser ella, cada vez se sentía más incómodo—. Les ordeno que no se resistan a salir. Puedo sacarlas a la fuerza, pero no quisiera hacer uso de ella —advirtió. Había recobrado la confianza que por un instante estuvo a punto de perder—. En la puerta las aguardan amigos y familiares. Ellos las llevarán a sus casas.

Al oír estas palabras, una aspiranta levantó la cabeza y lo miró sin temor, con un brillo de esperanza en la mirada. Cenón Trujillo creyó reconocer los ojos crespos de la hija de don Agustín Giraldo, pero no tuvo tiempo para corroborarlo, ocupado como estaba en convencer a la priora, que continuaba alegando con vehemencia las razones por las cuales no podía obedecer. Exasperado, Trujillo la tomó por el brazo y la obligó a ponerse de pie. En ese instante un aguacero se precipitó sobre el techo del convento.

Algunos curiosos con miedo al agua corrieron hasta sus casas, pero la mayoría de las personas reunidas para presenciar la salida de las religiosas seguía allí. Doña Mercedes Zuláibar abrió el paraguas. Doña Inesita Uribe hizo lo mismo, con la esperanza de ver en cualquier momento a Estefanía. Estaba dispuesta a abandonar a las hijas menores para irse con ella. Había logrado reunir algunos ahorros. Trabajaría para su hija en lo que fuera, cosiendo, lavando ropa si era del caso, tratando de reparar en algo el daño que le habían hecho. El deseo de volver a ver a Estefanía le había dado valor para salir de la casa y esperar la expulsión de las monjas, en un osado desafío a la autoridad de don Agustín.



---

Sintió que alguien la miraba y se volvió para ver quién era. Carlina Lopera esperaba entre las últimas filas de curiosos. No llevaba paraguas y el pelo mojado se le pegaba al cráneo. Los ojos bondadosos la miraron con pesar. Doña Inesita le hizo una seña para que se acercara y le ofreció un lugar bajo el paraguas que cada una aferró por el mango, la mano blanca de la señora, la mano encallecida de la criada tocándose sin notarlo, emocionadas porque en cualquier momento iban a ver a Estefanía.

En el interior del convento, Cenón Trujillo gritaba exasperado:

—¡Vaya, gendarme, dígame a la tropa que entre!

La tropa uniformada de rojo que aguardaba órdenes en el corredor entró al coro bajo con paso marcial. Los soldados rodearon a las religiosas. Flor de Lis, cansada de estar arrodillada, esperaba de pie el desenlace. Uno de los soldados reconoció a la novia de Néstor. Los demás esperaban la licencia de los vencedores con las mujeres de los vencidos. Aunque la mayoría de las monjas eran viejas, algunos rostros frescos y llorosos se alzaban suplicantes. Advertido por José Manuel Toro, Eduardo Escobar había identificado a Estefanía y la encomendaba en voz baja al soldado que tenía cerca.

La madre priora comprendió que aquellos hombres curtidos en la lucha, acostumbrados a cometer atrocidades, estaban dispuestos a cualquier cosa.

—Ha llegado la hora que nos tenía deparada Nuestro Señor —dijo, de cara a la comunidad que ponía en ella la esperanza, o la resignación—. Ofrezcámosle este sacrificio y renovemos nuestros sagrados votos —añadió con voz clara. Cenón Trujillo no pudo menos que admirar el temple de su adversaria.

El coro de voces pronunció por última vez los votos. Luego la priora volvió a tomar la palabra, con los ojos fijos en Trujillo:

—Ponemos por testigo a Jesús Sacramentado que salimos de este claustro por la fuerza y violentadas.

—¡Salgan, salgan! —decía Trujillo con deseos de acabar de una vez por todas, empujándolas hacia la puerta como si fueran ganado de feria.

---

A pocos metros de la salida, la hermana María Liberata de las Nieves sufrió un desmayo. Estefanía y la Donada la sacaron a rastras hasta el corredor, donde las ráfagas de lluvia le devolvieron la conciencia. Al llegar a la puerta principal, escoltada por Cenón Trujillo, la madre priora se puso de rodillas y de nuevo constató que salían del monasterio por la fuerza.

—No se vuelva a encartar con la hermana Liberata —le ordenó Flor de Lis a Estefanía, que trataba de mirar hacia la calle por encima de la cabeza de las monjas. La portería estaba flanqueada por soldados uniformados de rojo, impávidos bajo la lluvia, frente a la multitud que presenciaba en silencio el mayor sacrilegio cometido por el gobierno en Antioquia.

—Pobrecita..., me da pesar —dijo Estefanía, volviéndose para ver a la madre Liberata.

—No le dé pesar, que a ninguna le dio de usted. ¡Y cuidadito se le olvidan las recomendaciones de don José Manuel!

—Sí. Sé muy bien lo que tenemos qué hacer.

—No se me vaya a asustar apenas vea a toda esa gente.

—¿Está lista, Donada? —preguntó Estefanía tomando de la mano a la antigua esclava. La negra se limitó a asentir. En un envoltorio llevaba las únicas pertenencias que tenía en el mundo: dos mudas de ropa interior, una saya, una camisa y un pañuelo de lino que le había regalado doña Mercedes Zuláibar de aguinaldo el año anterior, su máspreciado tesoro.

—Manténgase al pie de nosotras. Vamos a salir juntas —dijo Flor de Lis.

El agua venteada sonaba fuerte contra los muros del convento. Estefanía alcanzaba a ver las manchas negras de los paraguas sobre las cabezas de la gente. Un murmullo se elevó cuando la madre priora salió a la calle. Las religiosas la seguían una tras otra. Al llegar a la puerta, las señoras principales las protegían con el paraguas y las conducían hasta la casa de don Mariano Uribe. Otro murmullo se elevó cuando los señores Upeguis salieron con la hermana tornera en vilo. La religiosa tenía descolgada la cabeza y balbuceaba incoherencias.

---

Finalmente, Estefanía se encontró en la calle. Miró a su alrededor desconcertada. La lluvia le golpeó el rostro, no era capaz de distinguir a nadie entre la multitud. Sólo veía rostros curiosos, coléricos, apesadumbrados, sonrientes. José Manuel no aparecía por ningún lado, tal vez no la reconocía con el velo. Sin pensarlo alzó ambas manos y con un movimiento brusco lo arrancó de su cabeza, dejándolo caer al arroyo en que se había convertido la calle. Un repentino silencio acompañó el gesto de Estefanía cuando sacudió bajo la lluvia la pesada cabellera que aún no había sucumbido a la tijera de la orden. El tiempo pareció detenerse. Flor de Lis dijo algo pero ella no alcanzó a comprender. De repente distinguió a su madre, que la miraba por entre un velo de lágrimas. Doña Inesita trató de hablar pero no pudo. Carlina extendió la mano que le había enseñado a dar los primeros pasos, la que la había alimentado, protegido y consolado desde niña:

—Mi Dios la ampare y la favorezca, hija.

Entonces Estefanía lo vio, abriéndose paso por entre las filas de curiosos. Al llegar junto a ella, José Manuel la tomó en los brazos y la besó en la boca frente a la criada y a doña Inesita, frente a la guardia roja y a las monjas, frente a los cientos de curiosos y a las autoridades de la ciudad. Estefanía sintió que la pasión de aquel beso borraba el año y medio de encierro, la soledad, la angustia de tantas noches en las que lo único cierto había sido la incertidumbre.

La multitud protestó indignada, pero ellos no sentían más que la cercanía el uno del otro. Con una sonrisa José Manuel apartó un mechón húmedo de la mejilla de Estefanía.

—Vamos —alcanzó a decir rodeándole los hombros con un brazo.

—Vamos —respondió Estefanía, volviéndose hacia su madre. Doña Inesita sonrió.

—¡Miserable! —gritó entre la multitud don Agustín, a quien dos guardias inmovilizaron.

—¡Flor! —llamó Estefanía.

---

—Aquí estoy —dijo la joven—. Camine, Donada, ¡no se quede ahí como una boba!

La Donada apretaba contra el pecho el paquete con sus pertenencias. La multitud había vuelto a callar y contemplaba en silencio la escena. Ahora no se oía más que la lluvia. La criada vaciló.

—¡Muévase, que no la vamos a esperar toda la vida! —apremió Flor de Lis. José Manuel y Estefanía esperaban abrazados bajo la cortina de agua que arreciaba con violencia.

La Donada negó con la cabeza.

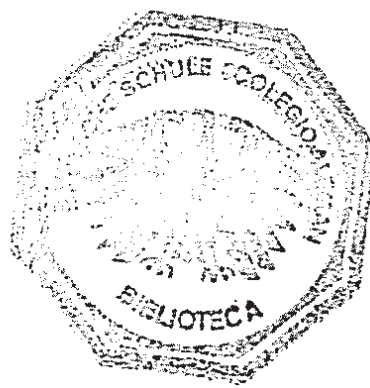
—Sigan ustedes, que yo me quedo con las monjas.

—Venga —dijo una vez más Flor de Lis—. ¡No se quede con esas mujeres!

—No puedo, vayan ustedes —dijo la criada, moviendo tristemente la cabeza.

—¡Haga lo que le dé la gana! —exclamó Flor de Lis.

Y dándole la espalda comenzó a caminar detrás de la pareja que se abría paso por entre los curiosos y los soldados uniformados de rojo, situados a lado y lado de la calle, como si fueran una guardia de honor.





---

## AGOSTO DE 1863

El Tungo acababa de encontrarse con la hija de su patrón. Estefanía doblaba por la calle del Codo en compañía de la esposa del presidente del estado y una niña de trenzas anudadas con grandes moños de seda roja. Ambas jóvenes parecían indiferentes a los comentarios que las seguían como un reguero de malicia, como una proclama del bien y del mal. Una señora vestida de negro volvió la cara al pasar junto a Estefanía. Y aunque era evidente que deseaba saludar públicamente a la esposa del presidente, doña Antonia Jaramillo enarcó las cejas y miró hacia el interior de un almacén de artículos de minería como si las bateas, los azadones y las barras fueran objetos dignos del mayor interés.

La conducta escandalosa de Estefanía en la puerta del convento del Carmen era todavía asunto de discusión entre las buenas familias de la ciudad. De nada valía que se hubiera casado con José Manuel con todas las de la ley, ante testigos y por la Iglesia, acompañada por su madre, Carlina y sus hermanas menores. Aunque después de eso don Agustín Giraldo había tratado de proteger a la gente de la desvergüenza de la hija desheredándola, ésta amenazaba una vez más las buenas costumbres y ofendía no sólo la inocencia de las hermanas, sino a todas y a cada una de las jóvenes de Medellín, conocidas o no, educadas o humildes analfabetas, cada vez que venía a visitar a la esposa del presidente del estado.

---

Como si fuera poco, Obdulia se entrevistaba públicamente con ella, cuando el propio don Agustín tenía prohibido que doña Inesita y las hijas volvieran a dirigirle la palabra so pena de arrojarlas a la calle, con la advertencia de que esta vez ya no acudiría a la sagrada protección del convento del Carmen, sino al desamparo absoluto. Y para comprobar que no se andaba con miramientos, al día siguiente de la boda que él conoció cuando ya su hija y José Manuel estaban casados, el comerciante llamó al notario con el fin de excluir a la hija mayor del testamento. Ahora Estefanía era tan pobre como él, se dijo El Tungo, pero claro que esto no debía importarle, después de lo que había padecido.

Al verla pensó que estaba más bella que nunca, con el pelo recogido en una moña, los ojos brillantes y esa sonrisa en los labios que provocaba hoyuelos en las mejillas. Porque Estefanía sonreía como si hubiera hecho las paces con la tragedia. Era más alta que la esposa del gobernador y al hablar inclinaba ligeramente hacia ella la cabeza.

“Menos mal que las monjas no alcanzaron a cortarle el pelo”, pensó El Tungo, quitándose el sombrero con ese desasosiego que sólo le despertaban los más oscuros contrabandistas o los más celosos agentes de aduana.

Estefanía se detuvo y con un movimiento involuntario tomó el brazo de su amiga. A dos pasos estaba el hombre que se había llevado a su hija acabada de nacer, el que la había cobijado durante las primeras horas de vida, el que las había separado de manera irremediable hasta que la muerte puso punto final a la esperanza. El Tungo pareció encogerse. Tragó saliva y esperó a que Estefanía decidiera si iba a saludarlo.

—Cómo le va, Vicente.

Los ojos de Obdulia se animaron. Comprendió que el hombre era el empleado de don Agustín Giraldo, el que había ayudado a sembrar la desdicha en la vida de su amiga.

—Más o menos, niña Estefanía.

—Me alegro.

---

Estefanía seguía mirándolo como si quisiera decirle algo, pero se contuvo y más bien se despidió, tomando de la mano a la chiquilla del pelo azabache y los moños rojos—. Que le vaya bien, Vicente.

—Lo mismo, niña —respondió el hombre, volviéndose para seguirla con la mirada. Nunca se atrevería a preguntarle si lo odiaba o si comprendía que él no había hecho más que obedecer las órdenes de su patrón, que el culpable de la tragedia era don Agustín, que las culpables eran esas damas encopetadas de mirada esquiva, las que aparentaban interesarse en cualquier otra cosa para no saludarla.

Desde la puerta del almacén de artículos de minería El Tungo vio aparecer a Carlina Lopera por la otra esquina, indiferente, como siempre, a las órdenes de don Agustín. La criada era la única persona que no se amedrentaba ante los fustigazos despiadados de su cólera, ni se doblegaba ante los caprichos arbitrarios de su voluntad. El Tungo pensó en doña Inesita, cada día más vieja, más extenuada, con la cabeza hundida entre los hombros, la barbilla perdida y esa expresión desesperada en el rostro abotagado y prematuramente ajado por la ansiedad. Pudo ver también que Estefanía arrojaba los brazos al cuello de Carlina, abrazándola en plena calle, vio la sonrisa de Obdulia, que habló componiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja. Entonces las tres mujeres y la niña comenzaron a caminar en dirección a la casa del gobernador. El hombre aguardó hasta perderlas de vista antes de entrar al almacén, donde don Agustín lo esperaba para tratar un asunto importante.

Últimamente le encomendaba negocios de la mayor delicadeza. Siempre perspicaz para olfatear engaños aun donde no existían, don Agustín ignoraba que Vicente Gómez había traicionado el secreto, revelándole a José Manuel Toro el paradero de la niña. Jamás hablaba de la nieta, como si ésta no hubiera venido al mundo. Ignoraba que estaba muerta, no parecía importarle si Estefanía y José Manuel trataban de encontrarla, y ni siquiera se había dignado recomendarle una vez más que guardara silencio,

---

como si al no mencionar el hecho más mortificante de su vida éste no hubiera ocurrido.

Ahora el comerciante estaba obsesionado con la idea de recuperar los cincuenta mil pesos que le había robado Mosquera, y el descontento de los conservadores con el nuevo gobierno liberal le brindaba una oportunidad como caída del cielo para recuperar parte de la suma confiscada. Las cabezas del partido empezaban a conspirar, a buscar la manera de derrocar al presidente y a su camarilla de amigos. A través de la murmuración, los conservadores ayudaban a esparcir el descontento. El nuevo gobierno oprimía, no existía libertad de culto, la imprenta de don Isidoro Isaza estaba amenazada de cierre. Los campesinos volvían a ser reclutados para servir en las filas del ejército liberal. El hambre y la pobreza empeoraban, el desempleo era como una epidemia que se contagiaba a miles de familias.

Los espías de Pedro Justo Berrío iban de pueblo en pueblo. Se informaban en las fondas camineras, en las posadas, en las plazas de mercado qué tanto apoyo tenía el presidente, cuánta sería la resistencia en caso de una revolución. Una secreta y nutrida correspondencia se cruzaba entre Santa Rosa de Osos y Medellín, entre Medellín y Sonsón, entre Sonsón, Abejorral y Manizales. Los conservadores se organizaban, husmeaban, planeaban, medían, esperaban el momento de asestar el golpe.

La amnistía concedida por Mosquera a los presos políticos había dejado en libertad a muchos enemigos del nuevo gobierno. Los amnistiados ventilaban el odio a la menor oportunidad. El poeta Gregorio Gutiérrez González, a quien El Tungo había visitado varias veces en Sonsón para enterarlo sobre lo que hacían los liberales en Medellín, o para recibir dinero de los conservadores, había estado preso en Honda, donde languidecía escribiéndole versos a la dueña de la casa vecina. Desde su celda la oía tocar el piano, regar las matas del corredor, cuidar a los pericos en la jaula. Mataba el tiempo imaginando el rostro de la mujer cuya voz le llegaba con tiernas inflexiones a través del tabique que dividía la cárcel de su casa. Ahora que el gobierno liberal lo



---

dejaba libre, pasaba a ser uno de los más enconados enemigos de Pascual Bravo. El poeta utilizaba la recién adquirida libertad para recibir visitas de sus partidarios políticos con quienes conspiraba en la sala caldeada con braseros de su finca Aures, en Sonsón. El Tungo había encontrado allí en más de una oportunidad al general José María Gutiérrez Echeverri, al coronel Cosme Marulanda, al general Joaquín María Córdoba, al coronel Obdulio Duque, al general Braulio Henao. Al calor de unos aguardientes, los militares y el poeta de largas patillas, mirada astuta y rostro enjuto, dejaban al descubierto el odio hacia los liberales. Entre trago y trago, con las manos cercanas al brasero, organizaban la reconquista.

Esa mañana, don Agustín revisaba el libro de cuentas donde anotaba el menor gasto o la más ínfima ganancia con una caligrafía perfectamente regulada. Habría sido imposible encontrar entre las páginas una mancha de tinta, un borrón, un cambio en la escritura que traicionara una de esas violentas alteraciones en su estado de ánimo. Al ver a Vicente, el comerciante cerró el libro, lo guardó bajo llave en un cajón del escritorio, se puso de pie y se dirigió a la parte trasera del almacén, donde podrían hablar sin ser oídos. El Tungo se preguntó si don Agustín no habría visto a Estefanía paseándose por la calle con la esposa del presidente del estado, o a Carlina Lopera reuniéndose con ellas. Lo conocía bien y sabía que cuando enfrentaba a un enemigo más fuerte se replegaba.

—Buenos días, don Agustín.

El comerciante no respondió. En lugar de ello abrió la caja de seguridad, sacó una bolsa de cuero y procedió a contar las panochas de oro delante de Vicente. Previamente había separado las que le correspondían, una suma nada despreciable que, si bien no estaba convenida, consideraba suya por derecho propio. Los liberales no podían expedir recibo por la venta de las armas destinadas para su ejército, y los conservadores que las compraban no tenían cómo saber el monto pagado por Vicente. En este negocio ganaba por partida doble.

---

—¿Para cuántos fusiles alcanza? —preguntó, guardando en otra bolsa las monedas.

—Por lo menos para tres —respondió El Tungo.

—Supongo que esta vez también tendrá las cosas en orden.

—No se preocupe. El oficial del ejército del presidente Bravo no se va a quejar a la hora de ganarse unos reales. Las últimas armas que le compramos ya llegaron al Norte, se las prometí a los hombres de Berrío. Los liberales nos van a vender todas las que queramos, patrón —dijo Vicente, pensando que la idea de venderle al enemigo las armas con las que éste los combatiría no era una salida muy inteligente de los liberales, pero él no era nadie para cuestionar las acciones de los oficiales y suboficiales del ejército de Pascual Bravo. Si lo que querían era negociar por debajo de cuerda él no se oponía, siempre y cuando le pagaran por arriesgarse.

—¿Las mulas están listas?

—Listas. Bien herradas, aguantadoras.

—Entonces lárguese y no vuelva hasta que no haya hecho negocio. En unas semanas tendremos una nueva remesa de dinero para comprar otro pequeño lote, así que vaya haciendo los contactos. —Don Agustín hablaba de prisa, pronunciando las palabras de manera exagerada, aunque por esta vez la cautela le ayudaba a controlar el volumen de su voz.

—Despensióñese, que ya están hechos —dijo Vicente, contento porque la entrevista prometía terminar pronto. Quería dar otra vuelta por la calle para ver si volvía a encontrarse con Estefanía y la mujer del hombre contra el cual tramaban.

—Le advierto una cosa —dijo don Agustín, girando los ojos en las órbitas antes de tragar saliva—. ¡Todo en el más absoluto secreto! Ya sabe que el único implicado en caso de ser descubiertos sería usted. Nadie tiene pruebas en mi contra. Si llegáramos a una confrontación, será su palabra contra la mía.

—Nadie, fuera de los que estamos metidos en este enredo, sabe una palabra del asunto —respondió El Tungo, diciéndose para sus adentros que dado el número de los dirigentes de la

---

conspiración, era prácticamente un milagro que Pascual Bravo no supiera que su propio ejército servía como fuente de abastecimiento a las filas conservadoras.

Pero eso no era asunto suyo. Por el momento debía contactar a Venancio, el hombre de confianza de Berrío en Santa Rosa, para hacerle llegar las armas que viajaban por las montañas escondidas entre bultos de maíz, debajo de las ruanas de los campesinos, entre rollos de género, y que luego se guardaban en las fincas de los conspiradores debajo del enladrillado de los zaguanes, en el zarzo, en el cuarto secreto, mientras sonaba la hora.

\*\*\*

A pocas cuadras de allí, en la casa de gobierno, una edificación de dos pisos con pequeños balcones de macana y faroles que colgaban del techo, el presidente del estado hacía un alto en las tareas administrativas para terminar de escribirle una carta a su padre:

*Yo trabajo para la guerra y para la paz —decía el último párrafo—. Y estoy contento con los resultados que voy obteniendo en una y otra política. En efecto, tengo un lucidísimo ejército de mil hombres, organizados en cinco batallones bien disciplinados, vestidos, pagados y mejor mandados, con todos los elementos necesarios para entrar en campaña una hora después de que se les dé la orden. He obtenido que se adopte el contrato que hice para la Casa de la Moneda y ya estoy trabajando en ella: este mes emitiremos moneda. He logrado que se aprueben algunos proyectos de grandes mejoras, entre otros, uno disponiendo la construcción de una penitenciaría y otro estableciendo una dirección general de obras públicas presentado por mí, y de los cuales me prometo inmensas ventajas.*

Pascual Bravo estaba satisfecho. Las cosas comenzaban a marchar de acuerdo con un cuidadoso plan de gobierno que había empezado a esbozar en la cárcel. Nadie habría adivinado al verlo cargado de grillos y cadenas en ese entonces, enfermo de fiebres intermitentes y tan flaco que parecía un espanto, que tan sólo un año después sería el presidente del estado de Antioquia.

---

Creía que había nacido para gobernar, así como otros hombres nacían para trabajar la tierra, para buscar el oro en las minas, para el comercio, para abrir tierras y domeñar la naturaleza. En el ejercicio de la política estaba su razón de ser, a pesar de lo que pensara Obdulio.

Su programa de gobierno se preocupaba por la educación, tanto como por la construcción de obras públicas. Así pareciera una quimera, procuraría que todo niño nacido en el estado pudiera acceder al derecho de la instrucción básica. En uno de sus discursos ante la Legislatura constituyente había retomado la disposición legal de la Legislatura de Antioquia sobre la carretera al mar. Durante su gobierno se abriría un camino que saldría al Atrato atravesando el Chocó para poner a Antioquia en comunicación con el Cauca. En cuanto las finanzas mejoraran, iniciarían la construcción de puentes y caminos.

Tampoco olvidaba la propaganda. Debía dar a conocer el trabajo del Gobierno hasta en el más apartado rincón. Cada logro, cada paso que se diera hacia el progreso, hacia la paz, sería compartido con los hombres del común. En caso de que su gobierno llegara a verse amenazado, el pueblo lo apoyaría, convencido de las bondades efectivas de una labor infatigable y honesta. Gracias a sus esfuerzos la política dejaría de ser asunto exclusivo de unos pocos. Era preciso educar a los ciudadanos en el ejercicio de la democracia, ¿y qué mejor manera que hacerlos conscientes de las luchas y trabajos de sus gobernantes? *La Gaceta Oficial* era el eco de su voluntad de mando en el estado, el reflejo de las acciones encaminadas a reformar la política y a mejorar la vida de cada ciudadano.

El presidente terminó de escribir la carta, la dobló y la guardó en el sobre. Estaba en el despacho desde las cinco de la mañana, después de haber deliberado con los miembros de la asamblea hasta pasada la media noche. Dejó la carta sobre el escritorio con la correspondencia que despacharía después del almuerzo y se acercó al balcón. Los transeúntes pudieron ver la silueta airosa del presidente inmaculadamente vestido de camisa blanca, corbata de lazo, chaleco bien ajustado y pantalones de paño.



---

Una carreta de bueyes con cascajo para una construcción rodaba pesadamente por la calle. Las criadas de las casas vecinas a la plaza se afanaban con la compra, un jinete pasó frente al palacio en una mula encasquillada que parecía haberse salvado de las confiscaciones del gobierno conservador. Tres chiquillos con el pantalón a media pierna corrían detrás de un perro callejero que daba vueltas tratando de morderse la cola. El hombre de confianza de don Agustín Giraldo iba por la calle con aire pensativo como si estuviera planeando algo, y Carlina Lopera se dirigía en dirección contraria con una sonrisa en los labios, como si ella también estuviera en posesión de un secreto.

La figura de El Tungo le hizo recordar a Estefanía. Por el propio José Manuel conocía el papel que el peón había jugado en la tragedia de la pequeña. Pero inexplicablemente, a pesar del dolor de haber perdido a la niña en el preciso momento en que la recobraba, Estefanía parecía más contenta que Obdulia. La joven irradiaba alegría, cuando su mujer se debatía por espantar una sombra de tristeza que le dejaba círculos oscuros alrededor de los ojos y una nota falsa en la risa. Por el contrario, la expresión de Estefanía era la manifestación de un estado de ánimo lleno de alegrías. Últimamente la veía rodeada de un resplandor que parecía provenir de lo más hondo de su ser, como si fuera portadora de una fuerza única, de la cual derivaba su dicha. Se preguntó si Estefanía estaría esperando un hijo, porque tenía el mismo brillo en la mirada, el mismo silencio gozoso que siendo un adolescente había notado en su propia madre cuando esperaba a María Jesús.

Conocía la obsesión de Obdulia por tener un hijo, veía su ansiedad cuando se acercaba el momento de la revelación. En los días anteriores a la fecha en que debía enfermarse, su mujer parecía no hallar sosiego. Hablaba con acentos apresurados como si quisiera moverse por el tiempo hasta rebasar los veintiocho días, hasta llegar a los treinta, al mes y medio sin sangrar, hasta que hubieran corrido las semanas suficientes para ir al consultorio del doctor Manuel Vicente de la Roche, o al del doctor Manuel Uribe Ángel.

---

Pero Obdulia no concebía. Tal vez la frialdad de sus relaciones tenía que ver con ello. Cuando se acercaba a su mujer lo hacía de manera mecánica, agotado por las largas jornadas de trabajo, consciente de cumplir otro deber. El encuentro apasionado de aquella noche después de la fiesta de don Gabriel Echeverri no había vuelto a repetirse. Ahora no sabía si casarse con su prima había sido un acierto o un error. Agradecía la presencia incondicional de Obdulia, aunque a veces se decía que era mejor estar solo, conservar las energías para la titánica tarea de reorganizar el territorio que gobernaba. Pues si bien los asuntos de gobierno iban por buen rumbo, había obstáculos que en cualquier momento se tornarían en barreras infranqueables: la oposición de los conservadores, la falta de compromiso de los liberales, la ignorancia generalizada, las dificultades para reclutar soldados, para entrenarlos, las familias campesinas que habían abandonado sus tierras, la falta de dinero que era como un ancla hundida en el fondo de un mar sin brisa por el cual su velero tenía que navegar.

A pesar de los impuestos sobre los títulos de las minas, el cacao, las mercancías extranjeras y las manufacturadas en la nación, el tabaco, los cigarros, los cigarrillos, las bestias mulares y caballos, el anís, la harina de trigo, la carne, las grasas y los licores extranjeros, tendría que recurrir a otros medios para financiar el tesoro. Había reglamentado la ley sobre rentas y bienes del estado, así como la manera de recaudar impuestos, a sabiendas de que cada una de esas medidas lo volvía impopular ante conservadores y liberales por igual. Pero se arriesgaría a la pérdida gradual del apoyo político con tal de poder adelantar proyectos y reformas.

Buscaba ayuda donde pudiera encontrarla. Tres meses antes había firmado con Mosquera, elegido en la Convención de Rionegro como el nuevo presidente de los Estados Unidos de Colombia, aunque con un poder limitado a dos años sin posibilidades de reelección, medida con la cual sus enemigos habían logrado frenar sus ímpetus políticos sujetando su voluntad a los grandes poderes concedidos a los Estados, un tratado de mutuas

---

concesiones entre el Cauca y Antioquia, que los comprometía a no imponerle trabas al comercio. Sabía que en esta actividad estaba la solución de algunos de los problemas económicos. Si el comercio crecía, la manufactura y la importación de bienes lo harían también. Habría más empleo para los artesanos y los campesinos, el dinero comenzaría a circular.

Pensó en Mosquera. Le desagradaba depender del presidente, cuyos poderes estaban limitados. Muchos de los convencionistas habían votado a favor de la libertad de los estados para limitarlo al manejo de las relaciones exteriores, a la administración del crédito público y de las rentas nacionales, además de otras funciones de importancia secundaria. Camilo Antonio Echeverri le había advertido que esa autonomía sería asumida por unos cuantos dirigentes que dispondrían de las minas, de las tierras. La limitación del poder central favorecería a unos cuantos. Pero su tarea no era pensar qué podría salir mal, sino cómo hacer que las cosas resultaran bien.

—La plata llama a la plata —decía don Gabriel Echeverri. Por eso el presidente libraba de gravámenes la mercancía que se transportaba de un estado al otro. La fuerza pública de Antioquia y Cauca estaba autorizada a traspasar las fronteras en busca de criminales. Ambos territorios se prometían apoyo en caso de invasión o ataque a mano armada contra el sistema constitucional. Sí, aunque no lo quisiera, muchas de sus esperanzas seguían puestas en Mosquera.

Las arduas jornadas de trabajo comenzaban a las cinco de la mañana y terminaban al rayar la media noche. Apenas dormía cuatro o cinco horas, se alimentaba cuando le quedaba tiempo. Además de acudir a las sesiones de la Legislatura, que con frecuencia comenzaban en la mañana, se suspendían al medio día y continuaban después de la cena, presentaba proyectos de ley sobre las rentas del tabaco, los registros de las minas, la adquisición de armas. Ningún individuo debía circular armado por el campo o la ciudad. Había nombrado a los jefes municipales y ahora supervisaba sus tareas, les pedía que rindieran cuentas,

---

que mostraran resultados. No aceptaba como disculpa el poco tiempo en el ejercicio de sus funciones. Un día de trabajo rendía frutos. Exigía poder verlos.

Como comandante en jefe de ese ejército de mil hombres en el que dejaba puestas la esperanza y depositada la confianza, Pascual Bravo se ocupaba de organizar la fuerza pública en servicio activo. Hacía disposiciones sobre la formación de la plana mayor y la conformación de cada una de las divisiones, brigadas, compañías y batallones, disponiendo el pago diario que recibirían desde el primer general hasta el último de los soldados rasos. Nombró también a los jefes militares. Enrique Lara era el mayor general de las fuerzas del estado. El joven Antonio Plaza, inexperto pero con posibilidades de capacitarse en poco tiempo, ocupó el cargo de comandante general de la Primera División de Antioquia.

Pascual Bravo comprobaba con impaciencia que disciplinar al Ejército no era tarea fácil. La mayoría de los soldados eran peleadores, aficionados a los dados, a las riñas, a no perdonar ofensas, a beber aguardiente. Reglamentaba el castigo para los rebeldes y declaraba cuál sería la responsabilidad de los oficiales en caso de desertión, vigilaba el entrenamiento de las tropas y hasta la compra de la caballería. El día anterior había supervisado personalmente la compra de varios animales, entre ellos un caballo gris que pagó de su propio peculio pues iba a dejarlo para su uso, al que llamó Cenizo. Tan entusiasmado estaba con el animal que esa noche llevó a Obdulia a la pesebrera, prometiéndole que en cuanto pudieran ir a Rionegro la dejaría hacer parte del trayecto en él.

Echó una última ojeada a la calle antes de regresar al escritorio, recordando una frase suya pronunciada en un discurso antes de asumir el poder:

*Una nación es una comunión de hombres indivisible y solidaria.*

El territorio que gobernaba estaba muy lejos de serlo. Las palabras eran una utopía porque los antioqueños nunca se pondrían de acuerdo en asuntos de gobierno. Cada cual tomaba para



---

el lado que más le convenía, anteponiendo los intereses particulares al bien común.

Miró el sobre dirigido a su padre y, como si tuviera una idea nueva, mojó rápidamente la pluma en el tintero y reanudó la escritura. Esta vez anotaba los nombres de los principales capitalistas de Medellín. Don Gabriel Echeverri encabezaba la lista. Lo seguían personajes como Alejo Santamaría, Julián Vásquez, Fermín Isaza, Víctor Gómez, Agustín Giraldo. Hacía tiempo planeaba el proyecto que ahora se proponía realizar. Repasó la lista y cuando estuvo satisfecho llamó a Lucrecio Gómez, secretario de Hacienda.

—Lucrecio —dijo, releendo la lista sin mirar a su interlocutor, quien permanecía de pie—. Revise cuidadosamente estos nombres, a ver si se me escapa alguno. Vamos a reunir a los personajes más acaudalados de Medellín. Les presentaremos la situación en que se encuentra el Gobierno para solicitarles un empréstito inmediato de sesenta mil pesos. Los dejaremos en libertad de distribuirlo entre ellos mismos, de acuerdo con sus posibilidades.

—La gente está harta de impuestos, ciudadano presidente —respondió el secretario, consciente del costo político de la nueva medida.

—Lo sé. Lo sé tan bien como usted, Lucrecio. Puede que hasta mejor que usted —dijo Pascual Bravo con el ceño fruncido. Iba a pedirle al secretario que tomara asiento, pero cambió de opinión—. Cada día compruebo el desafecto que causan estas medidas. Lo que más le duele a la gente es que le toquen el bolsillo, pero el grado de penuria en que nos encontramos nos obliga a buscar una solución rápida.

—Revisaré la lista.

—Recuerde que se trata de una contribución voluntaria. Como le digo, las personas citadas podrán deliberar la cantidad que cada una de ellas debe aportar. Les garantizaremos el pago con la hipoteca de las rentas del Estado. La medida puede ser eficaz —añadió, como buscando la aprobación del secretario.

---

—Ojalá que así sea. ¿Cuándo quiere que reunamos a la gente?

—Dentro de un mes. Espero el envío de las armas que prometió el presidente Mosquera. Si llegan a tiempo, podremos bajar la cantidad. ¿Qué le parece si la fijamos en sesenta mil pesos, en caso de recibir el armamento?

—Esa suma resolvería los asuntos más urgentes. Es probable que el comercio y la agricultura mejoren, así que para el año que viene podríamos contar con nuevas rentas.

—Entonces reuniremos a los capitalistas en la segunda semana de septiembre. Quiero hablar con Camilo Antonio. No lo he visto en toda la mañana. ¿Podría mandarlo llamar?

—Camilo Antonio salió a ver una yegua que va a correr el domingo en el Llano de los Muñoz.

Pascual Bravo recordó que después de la carrera don Gabriel Echeverri ofrecería un baile en su honor en la casona situada en la banda derecha de la quebrada Santa Elena. Obdulia andaba encantada con la idea, llevaba semanas cosiendo el traje con ayuda de Estefanía. Hasta se había comprado unos aretes de vidrio negro que le llegaban casi hasta los hombros, una gargantilla y una pulsera. Recordó también que cuando Obdulia le mostró el aderezo pensó que le vendría mucho mejor a la belleza morena de Estefanía, con su sonrisa luminosa y esos ojos brillantes como las cuentas del collar.

—Lucrecio, usted conoce el convento del Carmen, ¿verdad?

—No, ciudadano presidente. No he tenido la oportunidad de ver más allá del torno —respondió el secretario, molesto porque el gobernador lo mantenía de pie como si fuera un subalterno de quinta categoría.

—Se me ocurre que podemos darle un destino útil a ese edificio que nadie va a rematar. A estas alturas ya deberíamos tener una oferta. Los bienes incautados no siempre son garantía... —dijo Pascual Bravo, pensativo—. Incluso pueden ser un peso muerto como en el caso del convento —agregó, sin olvidar que Estefanía lo había descrito como un elefante blanco que no le

---

serviría a nadie fuera de las monjas, a menos que se instalara allí un hospital. O una cárcel.

—Usted dirá qué hacemos con el convento, ciudadano presidente.

—Por el momento búsquese un par de buenos carpinteros, que sean cumplidos, si es que los hay. Las celdas de las monjas quedaban en el segundo piso, frente a un amplio corredor sobre el patio central. Mande cerrar el corredor con una chambrana de barrotes bien firmes y haga instalar al final del mismo una puerta con doble cerradura, de manera que las celdas queden convertidas en prisión. El trabajo tendrá que estar listo en un mes, a más tardar —ordenó Pascual Bravo, diciéndose que Camilo Antonio Echeverri desaprobaría esa iniciativa.

Como el secretario de Hacienda lo miraba sin decir nada, agregó:

—Vamos a construir una cárcel, Lucrecio. Una prisión para presos especiales, en caso de que la junta de capitalistas no dé resultado. Le recomiendo que vaya al convento con la mujer de José Manuel Toro. Ella lo conoce mejor que nadie y podrá darle buenas ideas. ¿Entendido?

—Sí, presidente —respondió el funcionario con una sonrisa imperceptible. Aunque no siempre estaba de acuerdo con Pascual Bravo, respetaba su ánimo resuelto a buscar soluciones allí donde parecía no quedar ninguna.

\*\*\*

A esa misma hora, a cientos de kilómetros de distancia, en la ciudad de sus ancestros, rodeado de sirvientes que se deslizaban silenciosos por los corredores de ladrillo de la mansión familiar en el barrio de La Pamba, en Popayán, Tomás Cipriano de Mosquera le escribía al presidente del estado de Antioquia:

*Hoy seguía para Bogotá, pero anoche llegó el correo del gabinete que había mandado al Ecuador, y me trae la noticia de que el gobierno de aquella república había notificado a nuestro encargado de negocios, residente allí, para que en el término de*

---

*veinticuatro horas saliera de aquella ciudad, lo que verificó al momento, quitando el pabellón colombiano; y que en el Congreso se discutía un proyecto de ley dando amplias autorizaciones a García Moreno, presidente de aquella República, para que nos declarase la guerra y, a más de esto, que el general Flórez estaba estacionado en Ibarra, distante unas treinta leguas de nuestra frontera, con unos cinco o seis mil hombres, por lo que he detenido mi viaje y resuelto ponerme a la cabeza del ejército para batir en detalle a los ecuatorianos, pues tengo conciencia de ello, y sobre todo, conozco "las uvas de mi majuelo". El secretario del Interior y Relaciones Exteriores pondrá en conocimiento de su gobierno todo lo relativo a este asunto.*

*Celebro muchísimo que se haya establecido la Casa de la Moneda, pues será un bien positivo para ese estado y para la nación.*

*Suplico a usted me escriba con frecuencia lo que ocurre en ese estado, pues aunque me tarde en contestar sus apreciables cartas, es por falta de tiempo, como se lo he dicho, me tiene mucho gusto en saber de usted. Su afectísimo y sincero amigo,*

*Tomás Cipriano de Mosquera*

Al recibir esa comunicación días más tarde, Pascual Bravo se dijo amargamente, con un absurdo resentimiento hacia Obdulia, que no hacía falta leer entre líneas para comprender que Mosquera lo abandonaba a su suerte.

\*\*\*

Don Julián Vásquez esperaba la llegada de don Agustín Giraldo a la cárcel improvisada por el presidente en el claustro del convento del Carmen, con el propósito de forzar a los capitalistas al pago del rescate por su liberación. Una pálida luna derramaba su luz sobre el patio de las monjas, ahora tapizado de hojas secas que el viento barría por los corredores. En el rostro altivo de don Julián se dibujó una sonrisa imperceptible, cuando los guardias empujaron al comerciante tras las rejas. El recién llegado saludó a su compañero de infortunio con voz potente, probando a mover los barrotes de la chambrana.



---

—¡Hombre, Julián! —vociferó, sin dejar de repetir el gesto de remangarse la camisa—. ¡Ahora sí nos jodimos! Esta jaula la construyeron los liberales para fusilarnos a todos.

—No llegarán a tanto —respondió don Julián, volviendo a esbozar esa sonrisa irónica que se perdió entre las sombras—. Tan sólo pretenden obligarnos a pagar caro. Es cuestión de paciencia, Agustín. Los rojos tratarán de ablandarnos. Nosotros también a ellos, si cumplimos con el acuerdo de no pagar.

—¡Pues lo que soy yo, no estoy dispuesto a dar ni un céntimo! Mucho menos si se tiene en cuenta los cincuenta mil pesos que ya me robaron. Al perro no lo capan sino una vez, Julián —aseguró el comerciante, estirando el cuello hacia adelante al tiempo que giraba los ojos en las órbitas, como si buscara a un enemigo agazapado en los rincones del corredor.

—Yo tampoco estoy dispuesto a dar nada —respondió don Julián, pasando por alto el último comentario de su interlocutor—. Aunque no lo parezca, las cosas cambiarán de manera muy favorable a la causa conservadora. Me extraña que no lo sepa, Agustín.

Dueño de grandes intereses comerciales que se traducían en tierras, minas, negocios de importación y exportación, Julián Vásquez afianzaba el poder económico de su familia con el fortalecimiento en el poder político de ciertos amigos. A escala nacional, Mariano Ospina Rodríguez, casado con su sobrina Enriqueta Vásquez, había facilitado el crecimiento de su fortuna. A nivel regional, Pedro Justo Berrío, vecino suyo en Santa Rosa, acostumbrado a considerar con sumo respeto la riqueza de los Vásquez, era el gobernante indicado para proteger el desarrollo de sus iniciativas económicas, con medidas favorables a las mismas. Por ese motivo don Julián se desprendía de grandes sumas de dinero para la compra de armas, a sabiendas de que el intermediario clandestino, Agustín Giraldo, se guardaba parte.

—Con tal de lograr una ganancia, así sea la más insignificante, este hombre es capaz de echarle ventaja hasta a las propias

---

hijas —pensó, acariciándose la barba todavía pulida, pues sólo llevaba un día en la Jaula.

—Más rápido de lo que muchos imaginan... —dijo don Agustín, en un tono que pretendía ser enigmático.

Sabía que don Julián tenía que ser uno de los contribuyentes para la compra de armas al ejército rojo, o uno de los colaboradores que pagaban a los espías de Berrío para que recorrieran los caminos con la tarea de llevar y traer noticias, de impartir las órdenes de los caudillos de la revolución.

—Pues ojalá se muevan con celeridad —dijo don Julián, pensando en el carácter ambiguo del comerciante, tan hábil para ciertas cosas y tan torpe para otras. Fundamentalmente deshonesto, dedicado a embaucar de manera sistemática en grandes y pequeñas sumas a sus socios, el comerciante pensaba por analogía que los demás estaban dispuestos a robarle, lo cual lo llevaba a dar siempre el primer golpe.

—Las comodidades aquí son bien precarias. Fíjese en las celdas. Son las mismas que ocupaban las monjas, pero nosotros no hemos hecho voto de pobreza —añadió don Julián Vásquez, recordando de repente que la hija mayor del comerciante, la del escándalo tan lamentable, había pasado allí más de un año en contra de su voluntad—. Bueno, mejor que en la cárcel sí estaremos —finalizó.

—¡Seguro, Julián! —respondió don Agustín, como distraído por otros pensamientos—. ¿Será que vamos a ser los únicos presos? Estos jijueputas son capaces de encarcelarnos para escarmentar a los demás. ¡Imposible que seamos los chivos expiatorios, hombre Julián!

—Espere a que amanezca para que vea llegar a los que estuvieron con nosotros en la junta de capitalistas en la casa de Gobierno.

—¡Si serán ladrones estos liberales!

—Ladrones hay en todos los partidos, Agustín.

Don Agustín miró con atención hacia el patio desolado de las monjas, al parecer tan absorto en sus pensamientos que no escuchó el último comentario de don Julián.

---

\*\*\*

El presidente del estado de Antioquia había reunido a la junta de capitalistas a finales del mes de septiembre. Mineros, comerciantes y hacendados atravesaron la plaza sin cruzar palabra para entrar con aire sombrío a la sala de la casa de gobierno amoblada con sillas de esterilla, una alfombra de yute, un espejo rectangular con marco dorado y un cuadro al óleo del Libertador en campaña. Los recibieron Lucrecio Gómez, secretario de Hacienda, Manuel Posada Arango, secretario de Gobierno, Jorge Gutiérrez de Lara, presidente de la Legislatura, y Camilo Antonio Echeverri, consejero del gobernador.

Pascual Bravo esperó a que la sala estuviera llena para hacer su aparición. Vestido a la usanza europea, se movía con una elegancia natural que don Julián Vásquez no pudo dejar de admirar. El rostro de finas facciones enmarcadas por el pelo castaño, los ojos soñadores bajo las cejas tupidas, se destacaba entre los semblantes curtidos de los hombres más poderosos de Medellín. Jorge Gutiérrez de Lara no supo si admirar o lamentar el carácter temerario del gobernador, resuelto a proponer una medida que no le granjearía sino enemigos.

“Digan lo que digan sus opositores, este muchacho es aventado”, pensó, repasando uno a uno los semblantes hostiles que llenaban la sala.

El presidente saludó antes de comenzar a exponer la situación con un discurso brillante, sustentado por el balance que presentó el secretario de Hacienda. La concurrencia callaba. Terminada la presentación, Pascual Bravo solicitó un empréstito inmediato de sesenta mil pesos, pagadero con la hipoteca de las rentas del Estado. A medida que hablaba sentía crecer hostilidad de la audiencia. La mirada de los capitalistas brillaba con destellos acerados, los brazos se cruzaban sobre el pecho. Los intereses personales, contrariados por años de guerra a los que se sumaba la reciente avalancha de impuestos, se veían de nuevo amenazados por la incapacidad del Gobierno para atender los gastos públicos y re-

---

organizar el Ejército. Finalizado el discurso, el presidente y los demás miembros del Gobierno se retiraron para que los capitalistas deliberaran libremente, repartiéndose las cuotas entre sí.

Pasada media hora, Lucrecio Gómez entró para informarse sobre la decisión de la junta, pues el presidente consideraba que ya deberían de haber llegado a un acuerdo. La respuesta fue laconica. Sólo un puñado de liberales se comprometía a pagar una modesta cuantía. Los demás se negaban rotundamente. Todos quedaban con un mal sabor en la boca. Los capitalistas, por haber sido explotados sin misericordia por el Gobierno, y el Gobierno, por no poder contar con el apoyo de las únicas personas que podían hacerlo. Pero el presidente no se daba por vencido.

En vista de que nada alcanzaría por las buenas, declaró disuelta la junta y una vez a solas procedió a redactar el decreto de conscripción militar.

El Gobierno llamaría al servicio activo a cualquier ciudadano, independientemente de su edad o condición. Lo mismo si era un octogenario, un hombre enfermo o un adolescente, cualquiera podría ser obligado a prestar servicio militar. Quienes quisieran evitarlo pagarían una tarifa fijada según el monto del capital, dividido en siete categorías. Don Agustín Giraldo y don Julián Vásquez, ambos con un capital mayor de doscientos mil pesos, pertenecían a la primera categoría y tendrían que pagarle mil pesos al estado para salir de la Jaula en el convento del Carmen. Los capitalistas pertenecientes a la segunda categoría pagarían seiscientos pesos, los de la tercera, quinientos y así sucesivamente, hasta llegar a los de la séptima categoría, que deberían aportar la suma de cien pesos por su rescate. Redactado el decreto, el presidente del estado convocó al gabinete

—Doctor Gutiérrez de Lara —dijo, tajante—. A partir de este momento usted responderá por la vigilancia de los caminos. Quiero que se intercepten las comunicaciones entre el general Obdulio Duque en Marinilla, Pedro Justo Berrío en Santa Rosa, los generales Joaquín María Córdoba, Cosme Marulanda y Gutiérrez Echeverri en el Sur. Sabemos que las tropas conservadoras



---

del Norte se mantienen activas. Los norteños rechazan los servicios religiosos de los párrocos sometidos de Santa Rosa, Santo Domingo y Carolina, y prefieren oír misa en La Dolores, la finca de doña Mercedes Zuláibar. Le aseguro que allá se está gestando algo. También le recomiendo que vigile las actividades de Gregorio Gutiérrez González en su finca Aures, en Sonsón, las de Fabio Estrada allí mismo, así como las andanzas de Vicente Gómez, el peón de don Agustín Giraldo.

—Doctor Gómez —ordenó, dirigiéndose al secretario de Hacienda—. Usted estará a cargo de la recaudación de los empréstitos. Con esos dineros empezaremos a subsanar los asuntos prioritarios. También deberá clasificar a los hombres pudientes en las poblaciones. Si no quieren prestar servicio activo ni pagar la cuota correspondiente, serán encarcelados hasta que cambien de opinión.

—Doctor Posada —añadió, dirigiéndose al secretario de Gobierno—. Quiero que se tomen medidas para que la imprenta de don Isidoro Isaza sea monopolio del Gobierno, con el fin de impedir publicaciones que no hayan sido sometidas a la censura oficial.

Los hombres asentían sin pronunciar palabra. Cuando el presidente del estado hablaba en ese tono era mejor no discutir.

—Doctor Echeverri —continuó—. Quiero que convoque a José Manuel Toro y a los mejores artesanos de Medellín para que sean maestros en la Escuela de Artes y Oficios.

—Doctor Posada, encárguese de publicar en *La Gaceta Oficial* las filiaciones de los soldados desertores con el fin de proceder a su captura. Ocúpese también de preparar un homenaje a la viuda del historiador José Manuel Restrepo que acaba de fallecer, y que al doctor Manuel Uribe Ángel se le conceda un privilegio para fabricar sus píldoras ferrotónicas.

—Doctor Gómez, a usted se le encomienda la tarea más importante. Encárguese de apresar a Pedro Justo Berrío lo antes posible. Tome las medidas que sean necesarias para impedirle dirigir un alzamiento en el Norte. Recuerde que tenemos los minutos contados.

---

La mirada del presidente se cruzó con la de Camilo Antonio Echeverri. Las circunstancias lo obligaban a actuar en contra de los ideales de su partido, dictando medidas represivas. El ejercicio del poder no dejaba otra salida que actuar como antes lo habían hecho los conservadores: atacando las libertades, violando las garantías individuales, enmudeciendo a la oposición, recurriendo a la fuerza armada de manera arbitraria.

Se trataba de vencer o ser vencido.

\*\*\*

Los conspiradores estaban más que satisfechos. El gobierno de Pascual Bravo traspasaba los límites del poder, precipitando su propia caída. A las cárceles abarrotadas de sacerdotes llegaban ahora ancianos y enfermos imposibilitados para pagar el empréstito o prestar servicio militar. La economía estaba peor que nunca, como si el inexperto gobernante no hubiera descubierto que las arcas no se llenaban ahorcando a la gente con impuestos sino con el fomento a la agricultura, la manufactura de bienes, el empleo. La Escuela de Artes y Oficios tardaría años en formar buenos ebanistas, fabricantes de pianos, sastres, zapateros, alfareros. Faltaban caminos, calzadas, puentes y escuelas, labriegos para trabajar los campos abandonados.

Los alcaldes liberales de las poblaciones aprovechaban la autoridad que les confería el asunto del empréstito para cometer toda clase de atropellos contra los conservadores. En San Pedro los obligaban a barrer la plaza a medio día, en Sopetrán a cargar cadáveres hasta el cementerio. Ahora, todos recordaban que la elección del presidente del estado de Antioquia se había hecho violando la Constitución. El descontento, resultado que cualquier hombre en el poder debía esperar transcurrida la mitad de su mandato, era generalizado, y eso que el presidente no llevaba más de ocho meses en el Gobierno.

Los conservadores denunciaban las leyes improvisadas según la conveniencia del presidente. Se ordenaba mediante decreto que la elección para diputados de la Asamblea se haría el

---

primer domingo de agosto de 1864, es decir casi un año después, declarando violadores de la ley a quienes se dispusieran a cumplir la del 10 de junio de 1863, que disponía el 8 de septiembre de ese mismo año para verificar las elecciones del presidente de la Unión y las de los diputados de la Asamblea legislativa. Así como se expedían decretos que anulaban leyes, podrían expedirse otros que a su vez anularían estos últimos, con el fin de perpetuar en el mando a un pequeño círculo opresor contra el cual nada podía la opinión, sin medios para publicar cualquier cosa que no estuviera aprobada por la censura oficial.

A pesar de la vigilancia, los conspiradores se comunicaban evitando zonas pobladas, cruzando atajos, descolgándose por peñascos, utilizando garruchas para salvar los precipicios. Los emisarios conservadores atravesaban a nado los ríos con la correspondencia que habían robado a los liberales envuelta en un paquete debajo del sombrero para evitar que se mojara. Los hombres de Berrío eran buenos para trepar riscos y montañas, los de Obdulio Duque para disimular en las fondas, los de Cosme Marulanda para conseguir armas. Los campesinos aprendían en las haciendas el arte de la guerra. En caso de un alzamiento, estos jóvenes sin organización militar, mal armados, tendrían que vencer al ejército primorosamente dotado y entrenado de Pascual Bravo. Cualquier cosa serviría en el momento de enfrentar a los liberales, desde un azadón o un machete hasta una pedrada certera.

Los conspiradores del oriente y del sur del estado estaban resueltos a dar el golpe, pero faltaba el consentimiento del hombre fuerte. Una noche de ventiscas en Sonsón, la pluma poética de Gregorio Gutiérrez González redactó la carta dirigida a Pedro Justo Berrío, invitándolo al levantamiento armado.

Berrío releyó la carta en su despacho sorbiendo lentamente una tisana. Desde hacía rato anhelaba el momento de llegar a la casa de balcones en la esquina de la plaza, donde el verdor de las matas del patio resplandecería en el crepúsculo después de un día sin lluvia. Al terminar de leer la misiva de los conspiradores se preguntó si tendría que abandonar una vez más ese modo de

---

vida donde cada acción se desarrollaba armoniosamente en el momento preciso, para tomar parte en el horrendo espectáculo de la guerra.

Sabía que los conservadores del oriente y del sur actuaban precipitadamente. Para derrocar al presidente Bravo no hacía falta recurrir a las armas, pues el tiempo se encargaría de vencer a ese joven hacia el cual experimentaba cierta simpatía. El gobernador estaba acorralado. Sin dinero, sin apoyo popular, sin el soporte de Mosquera, quien no sólo incumplía la promesa de enviarle armas, sino que retiraba las tropas caucanas para ir a combatir a Flórez en el Ecuador, ¿qué otro camino le quedaba al hijo de don Pedro Bravo sino tomar una serie de medidas desesperadas? El jurista no necesitaba informes de los espías para saber que los conservadores regresarían al poder por las buenas, o por las malas. Era asunto de darle tiempo al tiempo, mientras el gobierno liberal llegaba por sí solo a la disolución. ¿Para qué, entonces, recurrir a la guerra?

El cielo encapotado de Santa Rosa de Osos se iba oscureciendo mientras Pedro Justo Berrío cavilaba la respuesta. Si él se negaba a participar en la conspiración se evitaría la matanza. Los conservadores vacilarían, tardarían en decidirse a actuar sin el apoyo de las fuerzas del Norte, permitiendo entre tanto que el gobierno liberal se desplomara.

Una bandada de palomas se alzó para volar en círculo por última vez sobre la plaza, antes de posarse en el campanario de la iglesia. El rumor de las alas le recordó a Pedro Justo Berrío el ondear de una bandera. El jurista pidió otra tisana y volvió a recordar la mañana en que había sometido a infamia pública a la prostituta que luego Mercedes Zuláibar quiso reformar enviándola al convento de las carmelitas en Medellín. Siempre supo que aquel experimento acabaría mal. La joven tenía el Diablo metido entre las carnes que se adivinaban deliciosas bajo la tela burda, en el olor inolvidable de esa piel que aun sin haber tocado llevaba pegada a los sentidos, una piel cuyo sabor prohibido tenía grabado en la lengua. Berrío hizo un esfuerzo para alejar la imagen



---

de la pecadora, dobló la carta de Gutiérrez Gonzalez, llamó a su secretario y comenzó a dictar la respuesta.

Aunque estaba de acuerdo con el alzamiento, no consideraba que fuera el momento oportuno. Omitió decir que si en lugar de conspirar, los conservadores se decidieran a permitir que el presidente Bravo, cuyo programa de gobierno seguía con interés, gobernara tranquilamente, las cosas mejorarían. Los impuestos eran un mal necesario, era asunto de cambiar los métodos impopulares de recaudarlos. En cuanto Mosquera abandonara el poder, sería posible dar marcha atrás a la cuestión religiosa. En los demás puntos de la administración del estado, Pascual Bravo obraba con acierto. Berrío tenía claro que cuando llegara a ejercer el poder seguiría el camino trazado por el hombre que ahora pensaba derrocar. En su respuesta a la carta de los conspiradores, dejaba la responsabilidad en manos de quienes habían iniciado la conspiración en Sonsón. La carta terminaba con una frase que resumía su carácter:

*Con todo, si mis amigos se comprometieran, no los dejaré solos.*

\*\*\*

Obdulia terminó de anudar las trenzas de María Jesús antes de asomarse a la ventana para ver si Estefanía llegaba.

—No entiendo por qué se toma tanto tiempo para llegar —dijo, aunque sabía que su amiga venía al paso en una yegua mansa desde Guayabal, con la mano derecha apoyada suavemente en el vientre como para comprobar que la criatura seguía viva y que esta vez nadie iba a arrebatársela. Estefanía parecía envuelta en un halo de dicha serena y estaba tan bella como cuando era una muchacha soltera, cortejada en secreto por el hombre que juraba amarla hasta el fin de los tiempos.

En cambio, para Obdulia el mayor de los anhelos no se cumplía. Cada vez que doña Marcelina indagaba con la mirada por qué tardaba tanto en darle un nieto, sentía el impulso de gritar que no era culpa suya. Con sólo alzar las cejas su suegra la hacía

---

enrojecer como si hubiera cometido un delito, como si faltara en algo a las leyes que decretaban que toda buena esposa debería darle un hijo al año al marido, aunque ese marido hiciera el amor como si pensara en otra cosa, aunque no tuviera tiempo para detenerse en las caricias, como si en el mundo hubiera asuntos más urgentes que el hecho de dar y recibir placer. Los médicos decían que era cuestión de paciencia. El doctor Larroche le había recetado una dieta de carnes y verduras. El doctor Manuel Uribe Ángel le había dado unas palmaditas en el hombro, mirándola con ojos bondadosos bajo las cejas que comenzaban a blanquear:

—Ahora se preocupa porque no tiene hijos, Obdulia. Dentro de unos años se preocupará por no tener más. He visto muchos casos como el suyo. Manténgase ocupada, que ya llegarán los que debe tener.

—¡Obdulia!, ¿por qué no me contesta? —preguntó la niña.

—¿Qué quiere saber, María Jesús? —dijo Obdulia, ajustando los pliegues de la cortina tejida en croché, después de comprobar que la calle seguía desierta. Al ver a la niña se preguntó de dónde habría sacado esa mata de pelo azabache, tan grueso que recordaba las crines de Campanera, la yegua de paso fino que montaba el comandante Escobar cuando decidía abandonar la mecedora para dar una vuelta por Rionegro.

—Le estaba preguntando que si Pascual va a ir al teatro.

—Esta mañana dijo que pensaba ir. Ojalá no cambie de opinión. De todas maneras nosotras iremos con José Manuel y Estefanía.

—Yo quiero que Pascual nos acompañe... —insistió la niña, moviendo nerviosamente la rodilla derecha.

—Ya veremos si puede. Si de verdad quiere ir, no vaya a ensuciar el vestido, porque no tengo más ropa qué ponerle —advirtió.

—¿Qué vamos a hacer mientras tanto?

—Podemos salir a esperar a Estefanía.

---

—¡Vamos! Oiga, Obdulia, ¿será que cuando esté grande puedo ser actriz?

—¿De dónde saca tanta bobada, María Jesús? Si su mamá la oye decir esas cosas, no la deja volver a Medellín.

—José Froilán Gómez dice que tengo grandes actitudes.

—*Aptitudes*, María Jesús. Podrá tener muchas, pero no creo que a su mamá le interese tener una cómica en la familia. Ni a su papá tampoco —respondió Obdulia, descargando en la niña la irritación constante de su estado de ánimo—. José Froilán no debería meterle esas ideas en la cabeza. Desengañese, que si a las mujeres no nos dejan ser médicas, ni abogadas, mucho menos nos van a dejar ser actrices.

—Pues es la pura verdad. ¡Tengo aptitudes!

—¿Y como en qué se le notan?

—José Froilán piensa que soy capaz de representar cualquier papel. ¡El otro día me puso a recitar unas frases y dijo que era lo mejor que había visto!

—Si quiere que le diga, más vale que doña Marcelina no sepa que usted anda ensayando papeles con José Froilán —le advirtió Obdulia, diciéndose que a Estefanía se le estaba haciendo tarde.

—¿Eso qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo. Lo que pasa es que en Medellín no hay actrices. Falta mucho para que lleguemos a ese punto, María Jesús. ¿Por qué no trata de formar una coral con sus hermanas? Pueden cantar en la iglesia, en las fiestas de la Virgen. Además, el teatro es lo primero que cierran cuando hay problemas. José Froilán pasó años sin pisar un escenario.

Optimistas porque creían que la paz sería una realidad después del nombramiento de Pascual Bravo en la presidencia del estado, un grupo de jóvenes amantes del teatro y las letras acudieron donde el artista José Froilán Gómez, quien se desempeñaba como jefe de estado mayor general, para que reorganizara la Compañía Dramática Antioqueña, fundada por él mismo años atrás. José Froilán Gómez era un caballero alto, de modales elegantes y voz melodiosa que llegaba hasta las últimas filas de la

---

sala, capaz de conmover a la audiencia. Aunque había sido senador y ahora volvía a trabajar en el Gobierno, su verdadera vocación estaba en las tablas, donde representaba cualquier papel con la naturalidad de un actor consagrado.

El antiguo senador reunió actores, tramoyistas, escenógrafos. Compuso una pequeña orquesta con un clarinete, una corneta, un bombo y un redoblante. Las puertas del teatro, construido treinta años atrás con los planos inspirados después de un viaje a Europa de Pedro Uribe Restrepo, y gracias al aporte económico de don Juan Uribe Mondragón, volvieron a abrirse con *El tercero en discordia* de Bretón de los Herreros. Pascual Bravo y su esposa presidieron el acto, acompañados de Camilo Antonio Echeverri, que enfocaba el escenario con el único ojo para luego pasear la mirada por entre las filas de espectadores, incómodos por el escrutinio del cual eran objeto. Consciente de ser la única niña en el teatro, María Jesús observaba la sonrisa deferente con la cual hombres y mujeres saludaban a su hermano, el gesto casi imperceptible de los párpados abatidos para disimular el cálculo, la envidia, la desconfianza, el rencor.

Pasadas unas semanas la compañía representó *El conde de Montecristo*. El entusiasmo del público fue aún mayor. Por espacio de unas horas Medellín olvidó los años de guerra, las privaciones, la tragedia que había tocado a las puertas de todos los hogares demostrándole a sus habitantes que no era posible vivir una guerra sin participar en ella. Pero el teatro los sacaba por unas horas del marasmo de incertidumbres y temores en que vivían.

Para ese día, ocho de diciembre, se anunciaba la tercera representación. Como las Navidades estaban próximas, la compañía decidió ofrecer una obra de carácter religioso, *Fe, esperanza y caridad*, que prometía lleno completo en el teatro. José Froilán Gómez no hablaba de otra cosa y hasta el presidente del estado tenía curiosidad por asistir.

—Caminemos hasta la plaza para ver si encontramos a Estefanía —dijo Obdulia, con la idea de distraer a la niña. También necesitaba salir para no pensar en las preocupaciones que



---

Pascual no le confiaba, pero que ella adivinaba. Estaba cansada de aconsejarle que liberara a los presos de la Jaula y se olvidara del empréstito, pero él parecía poseído por el afán de realizar los proyectos de una vez, como si no le quedara todavía más de un año en la presidencia del estado.

Al pasar frente al espejo, Obdulia vio la imagen de una mujer pálida, con el rostro crispado. Estaba mal peinada, pero era tanta la impaciencia de la niña que no quiso hacerla esperar y salió a la calle, sin recordar que Pascual le había recomendado en más de una ocasión el cuidado de su apariencia.

—Mientras más graves sean los problemas —decía—, mejor debe ser la cara que se le presente al mundo.

Fórmula que su marido cumplía a cabalidad, porque parecía sacado de un figurín, en tanto que ella seguía aparentando ser lo que era, una campesina ingenua, sin ninguna sofisticación.

Obdulia y María Jesús caminaron hasta la plaza tomadas de la mano. A pesar de los nubarrones que oscurecían el cielo por los lados del Boquerón, los picos de las montañas hacia el oriente estaban despejados, sin probabilidades de lluvia. “Esta noche no vamos a necesitar paraguas”, pensó Obdulia.

Al llegar a la plaza vieron a un grupo de personas reunidas alrededor de la fuente de bronce.

—¡Hay maromeros! —exclamó María Jesús—. ¡Rápido, Obdulia! ¡Vamos a ver!

Un mal presentimiento se apoderó de Obdulia. Podía tratarse de un accidente como aquel día en que una mula pateó a un chiquillo que se le metía entre las patas, reventándole el cráneo. Pero supo de inmediato que en este caso lo ocurrido tenía que ver con ella, amenazando directamente la felicidad por alcanzar. Quiso cerrar los ojos, dar marcha atrás. Otras personas corrían por las calles aledañas a la plaza para unirse al grupo de curiosos que rodeaba a un mensajero con trazas de haber cabalgado día y noche sin detenerse.

Jacinto Arango, un liberal de Abejorral, venía con malas noticias.

---

El coronel José María Gutiérrez se había rebelado contra el gobierno de Pascual Bravo, derrotando al piquete de tropas liberales en el pueblo y apresando al oficial que las comandaba.

—Es el comienzo del fin —pensó Obdulia, mirando por encima de las cabezas de la gente hacia el cerro del Pan de Azúcar, dorado por los rayos del sol que se ocultaba al otro lado del valle.

Al verla, la gente enmudeció. Alguien susurró que era la mujer de Pascual Bravo. Jacinto Arango se descubrió la cabeza y se quedó parado en medio de la multitud sin saber si debía repetir el relato para satisfacción de los recién llegados que lo acosaban a preguntas, o si era mejor callar por respeto a Obdulia. Algunos la miraron con insolencia, sin ocultar la alegría. Por un instante sólo vio el perfil sin oreja de El Tungo, tan cerca de ella que pudo sentir el olor a sudor de su cuerpo.

—¿Quiere que la acompañe a la casa, misiá Obdulia? —preguntó el hombre, soplándole el aliento a la cara.

—Muchas gracias. Puedo ir sola —respondió, esforzándose en vano por sofocar el miedo. Su mundo, aquel donde se daban las pocas certezas de su vida, se derrumbaba, dando paso a lo desconocido. De ahora en adelante cualquier cosa podía suceder. Lo único seguro era que nada volvería a ser como antes.

El toque de cornetas y tambores estalló de repente en el crepúsculo, anunciando el inicio de la guerra.

\*\*\*

Pascual Bravo se asomó al balcón de su despacho en la casa de gobierno. Hombres de todas las edades corrían a ofrecer sus servicios en los cuarteles. Otros se apresuraban a salir de la ciudad hacia las poblaciones vecinas de Envigado, La Estrella, Hato Viejo, como si el hecho de alejarse unas leguas de Medellín fuera suficiente para salvarlos del desastre. La ciudad parecía un hormiguero con la gente afanándose de un lado para el otro, sin saber qué rumbo tomar.

Al cabo de un cuarto de hora, el presidente del estado regresó al escritorio y procedió a escribir la proclama antes de convocar

---

al gabinete y a los militares José Froilán Gómez, Cenón Trujillo, Antonio Plaza, Juan Pablo Uribe, Miguel Londoño Marulanda. La pluma corría sin detenerse, como si alguna vez hubiera meditado esas palabras que eran una manifestación de confianza en su ejército, tan bien dotado y entrenado:

*¡Antioqueños! La guerra civil ha prendido en el Estado: malos hijos de la patria son sus inicuos autores, ingratos que abusan de la generosidad de sus vencedores de ayer, y no tienen otro motivo para tamaño crimen que su sed de oprimirnos y vejarnos. Si tales hombres llegaran a triunfar, vosotros conocéis muy bien la suerte que os esperaría. Frescos están los recuerdos de su funesta dominación. Quieren engañarnos invocando el nombre sagrado de la religión, como si la religión de Jesucristo no proscribiera la guerra y la matanza. Creen que con hablaros en nombre de ella iréis a los campos de batalla a haceros degollar como bestias, y especulan con vuestras creencias.*

*Los que queráis gozar de libertad y de progreso, los que queráis salvar vuestra libertad y vuestro sosiego, venid al lado del Gobierno, prestadle apoyo decidido.*

*Los que os lancéis en la rebelión sabed que el derecho de la guerra va a juzgaros y que la patria está cansada de perdonar ingratos y de revivir víboras calentándolas en su seno. Los que la auxiliéis sabed que el Gobierno tiene ojos que os cercan y os rodean en lo más recóndito de vuestros secretos.*

*¡Colombianos! El gobierno de Antioquia os debe la seguridad de este estado para que la gloriosa tierra de los libres no se vea pisada por plantas extranjeras, y cuando el honor nacional está comprometido, nosotros sabremos cumplir nuestro deber. La estrella antioqueña lucirá más brillante sobre nuestro antioqueño pabellón tricolor.*

*¡Soldados! Sois valientes, disciplinados y entendidos, nada os falta para vencer. Cada uno de vosotros con vuestras cualidades puede batir diez enemigos de cualquier clase que sean, y para batir masas sin organización no necesitaréis grandes esfuerzos. Seguid confiados la voz de vuestros jefes. Maniobrad frente al enemigo con la misma exactitud y sangre fría que en el campo de entrenamiento.*

---

*Y yo os aseguro la victoria, porque la mano de Dios guía y protege nuestros pasos. No olvidéis que la disciplina es todo, y que sus violaciones serán terriblemente castigadas.*

*¡Antioqueños! El Gobierno tiene un alto deber que cumplir y lo cumplirá. Dadme vuestro apoyo y pronto podréis recomenzar vuestras pacíficas labores.*

*Que los hombres honrados y pacíficos estén tranquilos y obedientes a la voz de la autoridad. Ellos gozarán de todas las garantías.*

*¡Que los malvados tiemblen!*

Obdulia tendría que esperar a que él terminara de luchar por las libertades de los antioqueños. Si los conservadores hacían uso de la religión para servir a sus intereses políticos manipulando la conciencia de la gente, él se sabía poseedor de una fuerza que rebasaba los límites de lo humano. Tenía la razón, y la historia no iba a concedérsela a sus enemigos por más astutos que fueran, por más experiencia que tuvieran en el manejo del engaño. La gente estaba contenta con su gobierno. Recibiría el apoyo popular, así como la ayuda de esa fuerza que lo sostendría en los momentos de lucha con el adversario, en los ratos de vacilación, en la hora de la verdad.

Al reunirse con los militares, fue claro y a la vez breve:

—Formaremos una segunda división del Ejército, que estará al mando del general Antonio Plaza. Los soldados se acuartelarán en el primer piso del convento del Carmen.

\*\*\*

Al anochecer, los capitalistas presos en la Jaula observaron la llegada de la tropa y los pertrechos al antiguo claustro del convento del Carmen.

—¡Las cosas se le están enredando a Pascual Bravo! —dijo don Agustín Giraldo, estirando el cuello y girando los ojos en las órbitas con tanta insistencia que don Julián Vásquez volvió la cabeza para ver si alguien se ocultaba entre las sombras del corredor.



A esa misma hora José Manuel Toro llegaba a la casa del presidente del estado con instrucciones para Obdulia.

Sólo la gravedad de la situación lo había llevado hasta el despacho de Pascual Bravo para ponerse a la orden. No le pedía nada más a la suerte que poder vivir junto a Estefanía al margen de los vaivenes de la política, sin otra preocupación que sacar adelante el tejar. Desde los primeros días de su matrimonio Estefanía se había mostrado interesada por el trabajo. Llevaba las cuentas mejor que él, y era capaz de reconocer la calidad del barro con sólo amasar un poco entre el índice y el pulgar. Vivía la vida con entusiasmo, irradiaba una fuerza contagiosa y alegre. A su lado los días estaban llenos de sorpresas. Podía suspender el trabajo en mitad de la mañana para invitarlo a recoger guayabas para preparar una jalea, o pedía que alguien la acompañara a la ciudad porque iba a hacerle una visita a Obdulia. El único vínculo con la casa de su padre era Carlina Lopera. La criada aparecía por el tejar sin previo aviso y se quedaba unos días con ellos, sin que esto pareciera perturbar a don Agustín. Al parecer, el comerciante había borrado de su mente el nombre de la hija mayor.

José Manuel sabía que su vida estaba una vez más en peligro, sus bienes amenazados por la guerra, pero algo le decía que iba a vivir al lado de Estefanía para entregarle juntos al niño que iba a nacer el amor que le había faltado a Isabel. Tuvo que esforzarse por ocultar la sonrisa que a floraba a su rostro cuando pensaba que sólo faltaban tres meses para el nacimiento de su hijo, cuando Obdulia le abrió la puerta. Lo invitó a pasar, pero él se disculpó alegando otros compromisos, cuando lo que pensaba hacer era salir lo más pronto posible para Guayabal.

José Manuel le anunció que en cuanto amaneciera, ella debería marcharse para Rionegro con María Jesús. El presidente organizaría la segunda división del Ejército y luego, al frente de la primera, se reuniría con la familia. Todavía no se había declarado el alzamiento en el oriente del estado, pero no faltaba mucho para

---

que los conservadores de Marinilla y El Santuario se pronunciaran en su contra.

\*\*\*\*

A pesar de la lluvia, el comandante Ramón Escobar sacó la mecedora al corredor de la casa. Las tapias de la portada adquirían un color plomizo bajo el agua que amenazaba con arruinar el cultivo de papa. Las personas se movían por la casa como si alguien acabara de morir, y hasta María Josefa dominaba las fuertes inflexiones de su voz para impartir órdenes en un susurro.

—Ramón, no se quedé en el corredor con este frío —dijo, ofreciéndole una taza de chocolate—. Desde la ventana también podemos mirar el camino. A lo mejor Obdulia todavía está en Medellín, esperando a ver cómo se resuelve la situación.

—La situación se va a resolver a bala —dijo el comandante, calentándose las manos en la taza de loza.

—Quién sabe. Puede que Pascual llegue a un acuerdo con los conservadores.

—Ellos no quieren acuerdos, María Josefa. Lo único que les interesa es recobrar el poder.

—Bueno, pero eso no quiere decir que las cosas estén perdidas —insistió su mujer, como si quisiera convencerse a sí misma—. Recuerde el tratado con el Cauca.

—¿Usted todavía cree en ese tratado, María Josefa?

—Pues... no sé. En todo caso camine para adentro, que le va a hacer daño.

—A Obdulia le gusta que la espere aquí.

—¡Pero es que no sabemos siquiera si va a venir! —respondió doña María Josefa, exasperada.

—Véala. Ahí viene —dijo el comandante, señalando la comitiva que cruzaba la portada de tapia bajo la lluvia.

—¡Dios mío, viene con la chiquita de Marcelina y con cuatro soldados! ¿Dónde voy a acomodar a toda esa gente?

\*\*\*

---

Antes del anochecer del día siguiente Obdulia recibió una nota de su marido. No le preguntaba cómo le había ido en el viaje, ni mucho menos le hablaba de sus sentimientos, limitándose a participarle las malas nuevas:

*Acabamos de recibir otra noticia: Pedro Justo Berrío levantó bandera en el Norte y se dispone a marchar sobre el Centro.*

\*\*\*

De acuerdo con la consigna revolucionaria, los pueblos del estado de Antioquia comenzaron a caer uno tras otro. En Sonsón, el coronel Francisco Londoño derrocó al alcalde municipal en una mañana. El feroz Cosme Marulanda inició el levantamiento en Salamina, población que se rindió sin resistencia. Titiribí, Támesis, Fredonia, Amagá, Jericó, Andes y Bolívar, se pusieron a las órdenes del coronel José María Caballero. Advertido de antemano por el general Joaquín María Córdoba, el coronel Obdulio Duque organizó en Marinilla la división Giraldo en honor al gobernador muerto en el combate de Santa Bárbara, y planeó el alzamiento para el 9 de diciembre, reclutando campesinos, a quienes incitaba a luchar en nombre de Dios.

El alzamiento estuvo acompañado de misas campales, bailes, concursos de poesía, proclamas, ramos de flores para los hombres que se alistaban en las filas del ejército conservador. En El Peñol, los conservadores sobornaron una vez más a las fuerzas de Pascual Bravo y compraron sus mejores armas a buen precio. En Manizales, Francisco Jaramillo, apodado *Pacho Negro*, dirigió con éxito la rebelión. En Aguadas hizo lo mismo Joaquín María Córdoba, en Neira el comandante Domingo Hincapié. Medellín caería sin necesidad de disparar un solo tiro.

Entre tanto, el presidente del estado calculaba las medidas encaminadas a aumentar el pie de fuerza, a cortar las comunicaciones del enemigo, a conseguir dinero para financiar la guerra, a evitar que el espíritu sedicioso se contagiara a otros pueblos, inmovilizando a los caudillos todavía leales a su gobierno. Cuando Obdulia y María Jesús se despidieron de él para salir hacia

---

Rionegro todavía desconocía el número de poblaciones que se habían unido a la rebelión.

Alumbrado por una vela hacía el recuento de las tareas pendientes. El único sonido en su casa, donde trabajaba antes de salir para el despacho, era el rumor de la llovizna. El presidente del estado luchaba contra el miedo. Más tarde, cuando estuviera rodeado de personas amigas, recobraría la confianza. De repente los pájaros anidados en los árboles que bordeaban la calle comenzaron a cantar. Dejó la pluma en el tintero y abrió los postigos para mirar hacia la calle, donde las casas recobraban los contornos bajo la luz amarilla que se filtraba por entre las nubes al oriente de la ciudad. Pronto despertarían los habitantes que todavía permanecían en Medellín, cargados como él con el peso de la incertidumbre. Todos comenzarían el nuevo día bajo la amenaza de la guerra. Él, que tanto les había prometido la paz, los llevaría de nuevo a la desolación de los campos asediados por la destrucción y la muerte.

Al cerrar la ventana los rincones de la habitación volvieron a perderse en las tinieblas. Inclinado sobre el papel garrapateó instrucciones para que el secretario de Gobierno se dirigiera al estado del Cauca solicitando ayuda con el fin de derrotar a los rebeldes, preguntándose con amargura cuáles de sus colaboradores lo habrían traicionado, quiénes estarían dispuestos a hacerlo si el capricho de la fortuna se inclinara en favor de los conservadores.

Finalmente tomó nota para que Enrique Lara fuera al convento del Carmen y obligara a los presos más prestantes a firmar una carta dirigida a los sediciosos, pidiéndoles que depusieran las armas y se sometieran al Gobierno. Los bienes de quienes se negaran a firmar la comunicación serían expropiados para los gastos de la guerra.

Tan pronto terminara de conformar la segunda división del Ejército llevaría la primera a Rionegro. Entre tanto, haría lo necesario para conocer los movimientos de Berrío. Si lograba inmovilizar la cabeza de la rebelión aseguraría la derrota de los



---

conservadores, que veían en el jurista a su jefe natural, no porque tuviera mejores armas ni un ejército más bien entrenado, sino porque obraba con certeza, obedeciendo a una claridad interior que transmitía a los demás. Pero Berrío era también la cabeza de un cuerpo demasiado disperso por el territorio de Antioquia para ser fácilmente convocado. Si el jurista llegara a faltar, los conservadores se sentirían perdidos.

\*\*\*\*\*

Tres días más tarde el presidente salió para Rionegro al frente de la primera división del Ejército. La segunda división se haría cargo de la defensa de Medellín, a cortar el avance de las tropas del Norte comandadas por Berrío. Las que llevaba consigo defenderían el oriente del estado, cortando a su vez los refuerzos que pudieran recibir desde el Sur las tropas marinillas del general Obdulio Duque.

El Ejército serpenteaba por la cuesta por donde habían subido Obdulia y María Jesús, la primera asediada por miedo, la segunda malhumorada porque la temporada en casa de su hermano terminaba sin haber podido asistir a la representación teatral, que se canceló no bien redoblaron los tambores que anunciaban la guerra.

Pascual Bravo cabalgaba en silencio. Camilo Antonio Echeverri se veía taciturno, el único ojo fijo en las irregularidades del terreno. A veces extendía la mano para arrancar una guayaba agria o un manojito de mortiños que mordisqueaba distraído. El rumor de las quebradas se unía por momentos al ruido acompasado del paso del Ejército, a los trinos de las alondras que alzaban el vuelo desde el tupido follaje del monte. Antes de caer el sol se acercaron a las afueras de Rionegro.

Doña María Josefa y el comandante Ramón Escobar esperaban en la primera portada de teja y tapia junto al camino que descendía hasta el río, para luego entrar a la ciudad. Al ver a su suegra, derecha como un sargento, Pascual Bravo pensó que tenía los mismos ojos de Obdulia. Ella se fijó en el aspecto impecable

---

de su sobrino. El uniforme parecía acabado de planchar, las botas relucían como si hubieran sido lustradas cinco minutos antes, apenas manchadas por el sudor del caballo. El comandante alzó la mano en señal de saludo. Cuando Cenizo tocó los primeros maderos del puente, las campanas de los templos comenzaron a tocar a rebato.

Don Pedro Bravo volvía a esperar en la puerta de la casa al hijo que ahora llegaba como comandante en jefe del Ejército. Al igual que aquella primera vez, cuando salió de la prisión, Obdulia miró a su marido por encima de las cabezas de la gente y por un momento sintió que estaban muy cerca el uno del otro. Pascual Bravo le devolvió la sonrisa. Era un gesto de aceptación, como si finalmente comprendiera que era inútil resistirse.

En medio de una alegría delirante, los habitantes de Rionegro acompañaron al presidente hasta la plaza. Desde el balcón de la casa del doctor Zuláibar, con Obdulia a su lado, saludó a la multitud y pidió que lo acompañaran a restablecer las fuerzas del orden. Nada se había dejado al azar. Hasta el más mínimo detalle estaba previsto para derrotar al enemigo.

\*\*\*

A esa misma hora el grupo de damas principales se reunía en casa de doña Mercedes Zuláibar de Barrientos, con el propósito de escribir una comunicación de vida o muerte. Eran las mismas que habían brindado asilo a las religiosas del convento del Carmen, las que asistían a los primeros viernes, a la hora santa, las que engalanaban los templos, rezaban el rosario vespertino, celebraban el mes de mayo, las que pertenecían a la Congregación de la Buena Muerte, a la Hora de María Santísima, a las Hijas de la Purísima e Inmaculada Concepción, las que de tanto rezar, tomar juntas la merienda, bordar y conversar, formaban una especie de hermandad unida por lazos tan poderosos, que sólo la traición a los principios que gobernaban sus vidas podrían romper. Por eso doña Inesita de Giraldo no estaba con ellas esa tarde. No es

---

que se hubieran puesto de acuerdo para excluirla. Al contrario, el asunto se trataba con la mayor discreción, así que su nombre no se mencionaba siquiera.

Las amigas acababan de tomar chocolate con parva en el comedor adornado con muebles pesados, una bomba de vidrio azul en el techo y briseros de cristal para que las corrientes de aire no consumieran las velas.

Doña Mercedes llamó a la cocinera y le pidió que le ayudara a la dentrodera a recoger la mesa. Ella misma se ocupó de sacudir las harinas de bizcochuelo, las migas de mojicón, y cuando todo estuvo en orden ordenó a las criadas que no las molestaran. La primera media hora fue difícil pues no lograban ponerse de acuerdo sobre la manera de dejar en evidencia la debilidad del gobierno de Pascual Bravo. Al cabo de varios borradores que doña Mercedes iba dejando en un morrito para romperlos después la carta quedó terminada:

*Señor doctor Pedro Justo Berrío*

*Santa Rosa de los Osos.*

*Estimado señor:*

*Como creemos que usted no estará muy al corriente de la situación de esta ciudad por estar los conservadores presos o escondidos, varias señoras nos tomamos la libertad de comunicarle algunas noticias que creemos le serán útiles:*

*El ejército de esta plaza no pasa de 300 hombres no muy bien armados, porque la mayor parte de la gente y las armas están en Rionegro, en donde están atrincherados para esperar a la gente de Abejorral.*

*Aquí tienen los rojos un miedo espantoso. En el convento, que es el cuartel, se han atrincherado de tal manera que es imposible tomárselo. Han acopiado víveres como para esperar un sitio de tres o cuatro meses. Han cavado un hoyo profundo para sacar agua en caso de sitio. Los presos están en el mismo convento y los están estrechando mucho por compartos. Cometieron la vileza de hacerles firmar unas cartas para los jefes conservadores exigiéndoles que depongan las armas para no ser ellos sacrificados.*

---

*Tenga la bondad de reservar nuestras firmas pues solamente por lo apremiante de la situación nos hemos atrevido a dar este paso.*

\*\*\*

“Paso completamente innecesario”, pensó Berrío al recibir la carta, aunque las buenas señoras no tenían cómo saber que el espionaje activo era una de sus mejores armas. El prefecto del Norte conocía mejor que ellas las condiciones en las que se encontraba la fuerza del gobierno en Medellín. Sabía también que el presidente Bravo había ordenado apresarlo, así que se dispuso a abandonar de madrugada la casa de balcones floridos en el marco de la plaza de Santa Rosa.

Su mujer y los niños habían partido para Medellín donde estarían más seguros que en cualquier otro lugar, y las habitaciones silenciosas le parecieron desoladas a esa hora de la mañana. En un rincón de la sala estaban los guacales de madera de roble llenos de paja, con los santos de yeso del pesebre español. Ese año no resonarían las maracas ni las panderetas, las voces de sus hijos no entonarían los villancicos ni se reunirían con parientes y amigos a rezar la novena de Navidad.

“Quién sabe dónde estaremos dentro de un año”, pensó el jurista, bajando las escalas hasta el primer piso. Siempre en silencio llegó hasta el patio donde Venancio le tenía el caballo ensillado, con los cascotes envueltos en paños, la cabeza cubierta con un costal para evitar que se asustara. Sin pronunciar palabra para no alertar a los guardias apostados en la calle, Berrío tomó las riendas y montó ágilmente. Venancio esperó a que metiera los pies en los estribos antes de descubrir la cabeza del animal, que levantó las orejas y comenzó a tascar el freno. Entonces el hombre abrió de un golpe los alerones de la puerta. El jurista espoleó el caballo y salió a pleno galope, pasando como un huracán junto a los centinelas, amodorrados contra los muros de la iglesia.

Pedro Justo Berrío cabalgó hasta Yarumal. En la carrera cortaba atajos, evitaba el camino donde alguien podría reconocerlo y



---

delatarlo a las fuerzas del orden, reclutaba campesinos en nombre del Dios de los Ejércitos, inculcándoles el deseo de embarcarse en una guerra santa. Reclutó a doscientos hombres en El Balsal. El médico, hacendado y coronel Juan Bautista Barrientos se le unió en Angostura con otros cincuenta. Marcelino y Cecilo Sánchez, a la cabeza de setenta rebeldes, derrotaron la guarnición de Pascual Bravo en Santa Rosa. De allí salieron quinientos reclutas para sumarse a las fuerzas que aumentaban a medida que Berrío recorría las poblaciones del Norte.

Con las tropas de Belmira al mando de Vicente Gaviria, Pedro Justo Berrío consideró la posibilidad de caer sobre Medellín. La capital estaba amenazada por el Oriente por las fuerzas de Marinilla, por el Norte por las suyas. Sin embargo decidió esperar. Sus hombres estaban mal armados para medirse con los trescientos soldados que mencionaban las señoras en la misiva.

Era mejor tenderle una trampa a Pascual Bravo, atareado en levantar trincheras en Rionegro y hacer incursiones a Marinilla, atrayéndolo hacia Medellín para que las tropas del Sur pudieran acercarse sin peligro a Rionegro. Sabía que el presidente del estado luchaba por mantener separados los ejércitos revolucionarios. Si lograba impedir que se convirtieran en una sola fuerza podría vencerlos. Pero si los ejércitos conservadores se coligaban enfrentándolo en una batalla decisiva, la derrota del joven idealista sería el fin del gobierno liberal en Antioquia.

A la cabeza de seiscientos soldados Berrío comenzó a recorrer el camino que desde San Pedro bajaba a Medellín. El verde intenso del paisaje, la pureza del aire frío invitaban a la paz no a la guerra. A medida que avanzaba se le unían otros campesinos. Pasó la víspera de Navidad a quince kilómetros de Medellín, en el alto de Medina. Los soldados recordaban el hogar que habían dejado atrás, aunque el afán de luchar los convertía en hombres nuevos, incapaces de detenerse en añoranzas de fiestas familiares. Ya habría tiempo para celebraciones cuando hubieran derrotado a los rojos, cuando la Iglesia hubiera recobrado la dignidad arrebatada y el estado la legitimidad perdida.

---

El 25 de diciembre las tropas de Berrío continuaron el descenso hacia los llanos de Niquía. El olor a fruta madura de la tierra caliente inquietaba el ánimo de las tropas, deseosas de entablar batalla contra el tirano de veinticinco años, delicado como un poeta, elegante como un príncipe. A pocos kilómetros de Medellín el ejército revolucionario armó los toldos. Pedro Justo Berrío esperaba la reacción del presidente del estado, confiado en que al entrar el año llegaría el cambio.

\*\*\*

Cada noche Pascual Bravo se reunía con su estado mayor en el comedor de la casa de don Pedro. Sobre la mesa desplegaba el mapa de Medellín, una mancha irregular donde sobresalía el cuadrilátero de la plaza con la catedral en una esquina y el claro de las plazuelas entre las calles centrales. Las velas de sebo que ardían en los briseros de cristal tallado suavizaban las líneas de aquel rostro que Obdulia amaba desde niña, mientras fraguaba los planes para derrotar el levantamiento conservador. La guerra era la razón que los había llevado a pasar las Navidades con la familia, y el miedo a lo desconocido se instalaba en cada minuto de esos días finales.

Aunque el presidente aseguraba que saldrían victoriosos del asedio conservador, Obdulia y Estefanía vacilaban entre la esperanza y el temor. Los pensamientos se agolpaban en la mente de Obdulia con tanta insistencia que pasaba las noches en blanco. Imaginaba cómo sería la vida si el derrotado fuera el ejército liberal, cómo cambiarían las cosas en caso de derrotar a los conservadores, qué sería de ella si Pascual muriera en un enfrentamiento con sus enemigos. Obdulia observaba a Estefanía cuando ésta se paraba a mirar las camelias del patio con la espalda arqueada por el peso del niño, la mano izquierda apoyada en la cintura, y comprendía que a pesar de su aparente optimismo temía por la vida de José Manuel tanto como ella por la de Pascual. Pero al menos Estefanía tendría al hijo que esperaba, mientras que ella se vería obligada a enfrentar el resto de sus días sin nadie que le dijera que

---

ese anhelar incesante, ese batallar por el amor de su marido, esa lucha continua para arrancarle otra frase, una sonrisa, no había sido más que una vana ilusión.

El Ejército terminaba de cavar trincheras junto al cementerio. Alentados por un par de incursiones a Marinilla donde habían salido victoriosos después de enfrentar en la calle a algunos hombres del coronel Obdulio Duque, los soldados de Pascual Bravo esperaban impacientes las órdenes para entablar batalla contra el ejército revolucionario. Obdulia y Estefanía sabían que el inclemente Cosme Marulanda se acercaba a Rionegro con las tropas del Sur, a las cuales el presidente tendría que vencer después de dispersar las de Berrío. Las jóvenes observaban, seguían al pie de la letra cada conversación para no tener que preguntar. Camilo Antonio Echeverri fumaba sin descanso contribuyendo con acertados comentarios a los planes de guerra, y José Manuel Toro confiaba en que saldría vivo de las batallas que tuviera que pelear al lado de Pascual Bravo, así fuera para devolverle a Estefanía la felicidad que le debía.

Pero a veces el ambiente de la Navidad se imponía y por unas horas olvidaban que la dicha pendía de un hilo cada vez más débil. Doña Marcelina preparaba natilla, buñuelos, manjar blanco, hojuelas. Después de la comida don Pedro rezaba la novena y todos respondían en coro, las estrellas fugaces parecían llover sobre la tierra, los cocuyos danzaban sobre la hierba mojada de rocío en el solar de la casa. Ahora que la guerra amenazaba sus vidas, la felicidad parecía un sueño más fácil de alcanzar.

Antes de irse a dormir Estefanía tocaba en el piano un variado repertorio de valeses, nocturnos, romanzas y fantasías, haciendo gala de una capacidad expresiva que subyugaba a la audiencia. Obdulia veía cómo su amiga cautivaba con su hermoso rostro no sólo a José Manuel, sino a Pascual, a Camilo Antonio, a su suegro, a los niños que la contemplaban embelesados, a las criadas que se paraban en el umbral de la puerta para oírla tocar. Tan sólo el semblante de doña Marcelina permanecía impassible. Su nuera sabía que ella, al igual que otras personas, consideraba que esa pa-

---

sión por la música había tenido que ver con la caída de Estefanía. “Aunque caer sin tocar el suelo no era caer”, pensaba, envidiando el amor que como un luminoso tejido envolvía a Estefanía y a José Manuel de manera tan segura e intensa que compararla con la fría cortesía de Pascual era una tortura más cruel que la misma incertidumbre de la guerra.

Volvía a preguntarse entonces cómo sería su vida en común en caso de tener una, cómo vivirían dentro de cinco, de diez años. ¿Mejorarían sus relaciones o, por el contrario, terminarían convertidos en un par de extraños, en uno de esos matrimonios que después de tanto convivir bajo el mismo techo encuentran que no tienen nada de qué hablar, como no sea de los hijos? Y como en su caso los hijos no parecían llegar, ¿a qué se limitarían sus relaciones? Muchas veces había pensado preguntarle a Pascual por qué se había casado con ella, pero el temor a la respuesta la había llevado a callar. Entonces las notas festivas de la *Polka* a Isabel de Santos Quijano, o *La Galopa*, del mismo compositor, la devolvía al presente y Obdulia comprendía lo inútil de esa preocupación por el futuro. Como decía el comandante Escobar, en la vida casi siempre acababa ocurriendo la única posibilidad que no se había tenido en cuenta. Esto la tranquilizaba por unos minutos al cabo de los cuales regresaba el interrogante que trataba en vano de alejar. ¿Si Pascual y ella no tuvieran futuro alguno? En ese momento Camilo Antonio la invitaba a bailar. Los niños los imitaban y el salón de la casa en la calle Belchite se convertía en un lugar de fiesta donde la sombra de la guerra no tenía cabida.

En la noche del veintisiete de diciembre, Pascual Bravo pidió permiso a su estado mayor para retirarse un momento. Un pesado silencio se apoderó de sus hombres reunidos en el comedor. Cuánto más fácil no sería abandonar ese juego mortal, sentarse a planear el futuro del estado de Antioquia de manera civilizada, en lugar de enfrentarse a los conservadores como si ambos partidos estuvieran compuestos por bestias hambrientas. Cuando regresó, comprendieron que la decisión estaba tomada.



---

—Mañana salimos a pelear —dijo en un tono definitivo—. Enfrentaremos a las tropas de Pedro Justo Berrío, que están cerca a Medellín. Una vez lo hayamos vencido, regresaremos a Rionegro para derrotar a los marinillos antes de que lleguen las tropas del Sur.

El aroma de los jazmines en el patio inundaba la habitación. Los ojos del presidente brillaban como si de nuevo tuviera fiebre.

—Emprenderemos la vía de La Mosca para descender hacia Medellín por Guarne, acercándonos a las tropas de Berrío por los tirabuzones de Copacabana —agregó, en vista de que ninguno de sus lugartenientes respondía.

—¿Cuántos soldados llevaremos? —preguntó finalmente Miguel Londoño Marulanda.

—Iremos con seiscientos soldados, que acuartelaremos en la población. A éstos se sumarán los trescientos que tiene el general Plaza en Medellín. General Uribe —añadió—. Encárguese de hacerle llegar la orden. El general Plaza deberá reunirse mañana con nosotros en Copacabana.

Juan Pablo Uribe salió del comedor con el paso desgarrado de un adolescente. Al verlo, Obdulia pensó en los jóvenes que eran. No se le había ocurrido antes, pero entonces se dijo con amargura que la vida les exigía más de lo justo. Apenas comenzaban a vivir y ya debían enfrentar la posibilidad de la muerte como un hecho cierto. Los hombres que acompañaban a su marido podían morir mañana, a pesar de la vitalidad que vibraba en sus cuerpos. Mientras firmaba su sentencia de muerte, Pascual Bravo continuaba urdiendo los planes para vencer a los opositores.

—Con estos mil hombres cortaremos las comunicaciones del ejército de Berrío. Aunque Santa Rosa haya caído en poder de los conservadores, el Norte seguirá siendo nuestro mientras contemos con el apoyo de Yarumal —decía—. Con las dos incursiones a Marinilla hemos comprobado la debilidad de las fuerzas de Oriente. Una vez liquidado Berrío, derrotaremos al general

---

Obdulio Duque. ¡Entonces habremos recobrado la soberanía! A las cuatro de la mañana emprendemos la marcha.

Se notaba que José Manuel Toro estaba impaciente por reunirse con Estefanía en la última habitación de la casa, que doña Marcelina les había arreglado a regañadientes, mortificada por el escándalo que precedía a la pareja.

De Flor de Lis no tenían noticias recientes. Estefanía le había contado a Obdulia que después de la expulsión de las monjas había pasado varios meses en Santa Rosa buscando en vano a Judas Tadeo. Nadie lo había vuelto a ver ni vivo ni muerto, nadie le daba razón de su paradero. Sin esperanzas de encontrarlo con vida, Flor de Lis buscó su cadáver al pie de la quebrada, caminó leguas arriba y abajo por las orillas. Cuando podía le mandaba razón a Estefanía diciéndole que pronto regresaría a Medellín, sin cumplir su palabra. Al cabo de un tiempo pareció que se la hubiera tragado la tierra, hasta que un día El Tungo anunció que estaba amancebaba con Indalecio Uribe, el tahúr que tan hábilmente despojara a los convencionistas cuando la Constituyente. Juntos recorrían los pueblos del estado con la baraja, los dados, las mulas y los sacos para cargar sus ganancias.

Consciente del malestar que ocasionaba, Estefanía aparecía cautelosa en público. Callaba en presencia de personas desconocidas y se acercaba discretamente a José Manuel como si quisiera buscar su protección. Éste sonreía acariciándole la mano, gesto que indignaba aún más a doña Marcelina. Pero si ella se mostraba distante frente a la pareja, don Pedro trataba a Estefanía con tanta consideración como si hubiera sido su propia hija. Le llevaba guayabitas rojas del solar, la llamaba para mostrarle el turpial que por las tardes cantaba en la baranda del corredor, se ponía de pie cuando entraba a la sala. Estefanía daba las gracias con una sonrisa, doña Marcelina desviaba la mirada, Pascual y Camilo Antonio devolvían la sonrisa como si hubiera estado dirigida a ellos, y Obdulia envidiaba el tremendo poder de su belleza.

---

Aquella noche Obdulia notó que su marido se llevaba repetidamente la mano al bolsillo de la chaqueta, como si quisiera cerciorarse de que algo seguía allí. Cuando finalmente sus hombres se marcharon, lo vio recorrer la habitación con la mirada, como si buscara un lugar dónde ocultar algo. A ella le dolió pensar que tuviera un secreto y estuvo a punto de recriminarlo, pero viéndolo tan animado con la perspectiva de la victoria prefirió averiguar por sí misma de qué se trataba.

Apenas su marido cayó en un sueño inquieto, Obdulia salió de la alcoba y a oscuras llegó hasta el comedor. Sólo entonces encendió la vela que llevaba. Se acercó al jarrón frente al cual su marido se había detenido, buscó en su interior y sacó un papel arrugado. Se trataba de una carta escrita por uno de los adversarios del Sur, el general Joaquín María Córdoba. En ella le recomendaba abiertamente al presidente del estado de Antioquia la rendición. El último párrafo taladró su conciencia hasta que ya en la madrugada, poco antes de que Pascual se levantara para ir a luchar contra Pedro Justo Berrío, pudo dormir media hora.

*El día 8 de este mes se pronunciaron en Honda los generales Diago y Viana a favor de nuestra causa; los pueblos del Centro y Norte de la república se han negado a dar auxilio al general Mosquera para la desacertada e injusta guerra que le ha provocado al Ecuador; en el Bajo Cauca contamos con una fuerza considerable, no habiendo podido resistir desde Cali hasta aquí ninguna de las guarniciones liberales que se hallaban en los pueblos. Armas, equipos y jefes civiles y militares están en nuestro poder, de cuyos antecedentes se deduce que usted no puede ni debe tener esperanzas de ser auxiliado de parte alguna, y que con las fuerzas que tiene a sus órdenes es imposible que pueda resistir a las que le son adversas.*

\*\*\*

Desde el cerro de Venteadero, Pedro Justo Berrío veía acercarse las tropas del presidente del estado de Antioquia después de haber pasado por la hoya de La Mosca. Era evidente que el Ejército del Gobierno estaba mejor preparado para la batalla que el

---

suyo, compuesto de campesinos ilusionados con la idea de verse compensados con tierras si regresaban vivos, con indemnizaciones para las familias en caso contrario. La recompensa del cielo tampoco se haría esperar porque ahora se trataba de perseguir ateos, verdugos de sacerdotes y expoliadores de monjas, blasfemos que se mofaban de los misterios religiosos.

Las tropas de Pascual Bravo comenzaban a subir por la cuesta hacia las toldas del ejército conservador. Los labios de Pedro Justo Berrío se plegaron en una sonrisa. El joven e inexperto presidente mordía otra vez el anzuelo. Lo tenía a escasos kilómetros de distancia. Lo había obligado a abandonar Rionegro, dejando el campo libre para que los ejércitos del Sur se acercaran sin peligro.

A las ocho de la noche el jurista ordenó la retirada de sus tropas. Apenas amaneciera, las tropas del enemigo los seguirían por un territorio surcado por torrentes, sembrado de peñascos, de cerros, de precipicios que él conocía palmo a palmo, hasta llegar a Santa Rosa, donde sus partidarios eran más numerosos que los soldados del presidente.

Al pasar por la población de San Pedro, Berrío derrotó a la guarnición del Gobierno antes de continuar su camino, con el presidente a la zaga. Ambos hombres creían que llevaban las de ganar. Pascual Bravo tenía al enemigo a pocas horas de distancia. Pensaba haber ganado la primera batalla contra las tropas de Berrío sin haber llegado a disparar una bala. Seguiría persiguiéndolo hasta desbandar la tropa, para volver a Rionegro y derrotar a los marinillos al mando de Obdulio Duque, antes de que éste recibiera el refuerzo de las tropas del Sur.

Por su parte, Berrío cabalgaba diciéndose que le tendía a Pascual Bravo la misma celada que le tendieran los rusos al ejército de Napoleón cincuenta años atrás, al replegarse hacia el interior del inmenso país donde la crudeza del invierno pudo más que los cañones del emperador. El tiempo y la topografía eran en este caso sus mejores aliados, aunque ahora tuviera al enemigo a tiro de fusil.

El 31 de diciembre el jurista llegó a Santa Rosa, con el presidente pisándole los talones. En lugar de entrar a la ciudad, Berrío



---

se dirigió a La Dolores, la finca de doña Mercedes Zuláibar de Barrientos, donde su hija Natalia les sirvió chocolate, arepas, quesito y tamales para el desayuno. La tropa se instaló en el patio empedrado de la hacienda. Berrío acompañó a doña Natalia en el comedor helado, donde los alimentos llegaban fríos a la mesa. Hombre bien educado, tuvo tiempo para admirar las flores del patio, comentar lo bien que se comía en La Dolores, preguntar por doña Mercedes, corriendo el taburete para que su anfitriona pudiera ponerse de pie una vez concluido el desayuno.

Los espías no tardaron en llegar a La Dolores con noticias sobre los movimientos del presidente, instalado con su cuartel general en la propia casa de Berrío en Santa Rosa. Tal como pretendía su adversario, Pascual Bravo había decidido dividir sus fuerzas y enviaba la mitad a Rionegro, amenazada por los conservadores de Marinilla y por el arribo inminente de las tropas del Sur. Dejaba la otra mitad en el Norte, al mando del inexperto general Plaza, donde creía haber dispersado las fuerzas revolucionarias. El jurista se felicitó mentalmente. El joven presidente mordía el anzuelo una y otra vez, como si le faltara malicia o buenos consejeros que le abrieran los ojos.

También informaron los espías que los soldados de Pascual Bravo habían encontrado en su casa cinco mil pesos en monedas de oro. Se trataba de un dinero que el jurista le guardaba a un amigo, y que el presidente ordenó cambiar por vituallas para alimentar al Ejército. Lo que los espías no le dijeron, pero que Berrío conocería después, era que su enemigo había dejado sobre la consola de la sala, pisado por uno de los pastores de yeso del pesebre, un pagaré firmado de su puño y letra por cinco mil monedas de oro a nombre de Pedro Justo Berrío.

\*\*\*

—General Plaza —ordenó el presidente del estado apoyado en la baranda del balcón, donde Berrío presenciara el castigo infamante a Flor de Lis.

—Ordene, ciudadano presidente.

---

—Usted quedará al mando de trescientos hombres con el encargo de perseguir y exterminar al enemigo, al que tenemos casi derrotado. Yo regresaré a Rionegro con la otra mitad del Ejército para enfrentar a Obdulio Duque y a Gutiérrez Echeverri.

Un viento cortante soplaba del norte, barriendo las calles solitarias.

—Camilo Antonio —continuó, dirigiéndose a su pariente, dedicado a mirar el cielo plomizo de Santa Rosa de Osos. El presidente del estado sabía que detrás de esa aparente distracción discurría un pensamiento crítico. El primo de su madre no era tan optimista como él, pero tampoco se oponía a sus decisiones, consciente de la necesidad de aplastar el levantamiento—. Voy a dictarle el siguiente informe para el secretario de Gobierno en Medellín.

Camilo Antonio buscó papel y tinta en el escritorio de Berrío, y se dispuso a copiar el informe destinado a dar a conocer a los pobladores de Medellín la victoria del Gobierno sobre el ejército revolucionario de los conservadores.

“Cómo se oye de joven la voz de Pascual”, pensó, mientras copiaba el dictado. “Todavía habla con ese acento entusiasta que se va apagando con la desilusión”, se dijo, mirándolo con el ojo bueno antes de inclinarse sobre el papel para copiar la proclama.

*A las cinco y media de la tarde ocupamos este pueblo: el enemigo está completamente batido y desmoralizado y ha seguido en fuga hacia Angostura o Yarumal. Por las noticias que hemos adquirido tuvo varios heridos y por lo menos cuatro muertos. Este municipio quedará enteramente despejado y sometido al Gobierno de hoy a mañana.*

Con estas palabras los medellinenses podían dormir tranquilos. El nuevo año comenzaba con la promesa de una paz definitiva. La oposición conservadora terminaría de la peor manera porque nada justificaba la pérdida de vidas, pero así lo habían querido ellos. Una vez doblegados, dejarían de conspirar, permitirían trabajar, darían paso al progreso, a las libertades individuales.

---

Pascual Bravo pensó que en lugar de tenerlo como enemigo, le habría gustado contar con el apoyo de Pedro Justo Berrío. Era el hombre que más temía, porque era el que más admiraba. Veía en él la capacidad de adelantarse al momento para prever consecuencias y cambiar el rumbo de los acontecimientos, cosa que él necesitaba con urgencia.

Pensó también, fijándose en las nubes bajas, que apenas terminara la guerra trabajaría con más ahínco que nunca para que el estado de Antioquia alcanzara la paz y el progreso. Sintió en el rostro el golpe del aire frío y se volvió hacia la calle para contemplar la ciudad desierta.

Recordó a Obdulia con un incómodo malestar. Cuando volvieran a estar juntos inventaría tiempo para hablar con ella, para salir de paseo hasta la fuente de la plaza como hacían otras parejas, para llevarla a ver las carreras de caballos. Sería el amante que ella esperaba, así tuviera que arrancar de su memoria por las malas la sonrisa de Estefanía.

---

## ENERO 2 DE 1864

Un jinete solitario cabalgaba en la retaguardia del ejército liberal. Bajo el ardiente sol de enero, el menguado caudal de las quebradas corría perezoso entre las piedras y hasta los pájaros en el monte parecían adormecidos por el calor.

Antes de llegar a Rionegro, El Tungo se desvió en dirección a San Antonio de Pereira, cuidándose de evadir a los liberales. Después de pensarlo había decidido que en caso de ser interrogado diría la verdad, que el fardo de tela en la grupa de la mula estaba destinado a las señoras de Marinilla, diestras en la fabricación de vendajes, así como en la preparación de cartuchos de pólvora, y tan interesadas como sus maridos en derrotar de una vez por todas al joven tirano en la batalla que se avecinaba.

“Lástima que vayan a matar al pobre muchacho”, pensó, arrojando sobre la hierba seca el cabo todavía encendido de un tabaco. “El presidente no parece mala persona, a pesar de lo que aseguran los partidarios de don Agustín”.

Caía la tarde cuando llegó a San Antonio de Pereira. Las puertas del pequeño templo en el marco de la plaza estaban abiertas de par en par, y desde afuera se alcanzaban a ver las llamas de las velas encendidas en honor al santo patrono en el fondo de la nave. Aseguraban los conocedores que el altar estaba adornado por un cuadro de la Virgen y el Niño, pintado por uno de los grandes maestros del Renacimiento, y llegado por obra de quién



---

sabe qué milagro a ese insignificante poblado, pero el jinete no se interesaba en tales pormenores, así que pasó frente al atrio y luego tomó la trocha de la derecha en busca del puente de la quebrada. La mula apretó el paso con el olor del agua. La dejó beber al pie de Vilachuaga, el hogar de Miguel Londoño Marulanda, el joven general del ejército gobiernista cuya vida corría tanto peligro como la del presidente.

No bien se alejó de San Antonio encendió otro tabaco y continuó la marcha dedicado a ratos a contemplar el cielo tachonado de estrellas, hasta llegar a la casa de don Carlos Medina en Marinilla. Un criado descalzo y abrigado con una ruana amarró la mula frente a la casa, le ayudó a bajar el fardo de tela y lo condujo hasta una habitación cuyas ventanas estaban cerradas con trancas de madera apoyadas sobre firmes soportes de hierro. El Tungo se preguntó si esta vez también le ofrecerían un trago de aguardiente y un plato de comida.

Al cabo de un cuarto de hora don Carlos Medina entró en compañía de Alejandro Botero, hijo de una familia cuyo desafecto por la causa liberal era notorio.

—¿Trajo el encargo? —preguntó don Carlos después de saludar a Vicente. Alejandro Botero no se dignó dirigirle la palabra.

—Sí, señor —respondió El Tungo.

—A ver, pues —ordenó, dispuesto a no perder el tiempo con el peón de don Agustín Giraldo. “De tal amo, tal criado” se dijo, pensando que ninguno de los dos le inspiraba confianza.

Vicente Gómez desenrolló la tela sobre una mesa rectangular, único mueble en la habitación, hasta dejar al descubierto tres fusiles acabados de comprar al ejército gobiernista.

Alejandro Botero los inspeccionó con ojo conocedor, visiblemente animado.

—¡Esto era lo que estábamos esperando! Ahora sí tenemos la victoria asegurada —dijo, con una sonrisa.

—Quién sabe... —respondió El Tungo, molesto por la ausencia de interés hacia su persona—. El presidente cree que tiene acorralado a Berrío. Como los conservadores salieron de huida

---

en Venteadero, los liberales ganaron por allá —recalcó, deseoso de llevarle la contraria al petimetre que se disponía a traicionar al amigo, porque, si mal no estaba, eran compañeros desde la adolescencia.

—No crea, Vicente. Las tropas del presidente están divididas. El general Plaza se quedó con la mitad de sus hombres en Yarumal. Si Pascual Bravo lo llega a necesitar tendrá que esperar por lo menos dos días para avisarle, y dos más para que los refuerzos lleguen a Rionegro. En cambio nuestras tropas de apoyo vendrán de un momento a otro —dijo don Carlos, tan satisfecho con la perspectiva de la victoria como un gato frente a un tazón de crema.

—La verdad es que ustedes son buenos para hacer trampa —dijo El Tungo, observando que Alejandro Botero acariciaba la culata del fusil como si se tratara de la cadera de una muchacha.

—Contamos con buenos medios para llevar a cabo lo que nos proponemos. Lo felicito, Vicente —respondió don Carlos esforzándose, ahora sí, por mostrarse afable—. Me encargaré de entregarle los fusiles a sus destinatarios. ¿No tuvo tropiezos por el camino? —añadió.

—Nada, mi don. Las tropas de Pascual Bravo pasaron adelante, así que dejaron limpio el camino. Por allá no había ni un alma de Dios.

La casa de don Carlos Medina, la misma donde don Agustín Giraldo había mandado a temperar a las hijas menores cuando la deshonra de Estefanía, parecía desierta. El cuarto olía a polvo y humedad, como si hubiera estado cerrado durante meses. La llama de la vela alargaba la silueta de los hombres contra las paredes encaladas.

—¿Cómo consiguió los fusiles? —preguntó Alejandro Botero, dándole vueltas al suyo.

—Es mejor que no pregunte, don Alejandro. Lo importante es que ahora los tienen ustedes, no los liberales.

—¿Está preparado para la pelea, Vicente? —preguntó don Carlos.

---

—No, mi don, yo no me las entiendo a bala. Me falta la puntería de don Alejandro, que desde muchacho salía a cazar con el presidente y otros elegantes de Medellín y Rionegro. Tampoco pienso pelear a machete. La pelea la he dado sin tocar sangre desde hace meses, pregúntele al patrón cuando lo saquen de la Jaula.

—¿Ha podido hablar con don Agustín? —quiso saber Alejandro Botero, dejando por fin el fusil sobre la mesa.

—Últimamente no. Los liberales se acuartelaron en el convento con toda clase de víveres y municiones. Parece que esperan un ataque a Medellín.

—Sería mejor si los liberales esperaran un ataque a la segunda división al mando del general Plaza en el Norte —respondió don Carlos, cediendo al deseo de impresionar con el conocimiento de la situación.

—Aseguran que el general Plaza no sabe manejar un arma. Está recién casado y se pasa los días escribiéndole cartas de amor a su mujer. ¿También trajo las municiones, Vicente? —preguntó Alejandro Botero.

—Aquí las tengo —respondió El Tungo, sacando una bolsa de cuero del carriel. Son doce. Cada tirador tiene cuatro disparos. Como lo que les importa es matar a un solo hombre, tienen candela de sobra.

—Se trata de dar de baja a los generales —respondió don Carlos, con el ceño fruncido. No le gustaba el tono insolente que empleaba el peón de don Agustín Giraldo—. Vaya a la cocina y pida que le den algo de comer.

Antes de obedecer la orden que anhelaba recibir, El Tungo tomó una bala, sacó la navaja del carriel y la marcó con una cruz en la punta.

—Con esta bala cruzada no puede fallar el tiro, don Alejandro. Guárdela para el presidente del estado.

\*\*\*

El tres de enero los liberales de Medellín celebraban el parte oficial que comunicaba la dispersión de la guerrilla rebelde

---

comandada por el coronel Pedro Justo Berrío, cuando el prefecto del Centro, Rafael Echavarría, recibió en su despacho a Mario Latorre, un soldado de la segunda división comandada por el general Plaza, a quien Pascual Bravo dejara a cargo de las operaciones en el Norte. El señor Echavarría tardó en comprender el relato del soldado que contradecía la noticia donde se daba cuenta de la desaparición de las tropas de Berrío en las estancias de La Dolores. El soldado tuvo que jurar por Dios Nuestro Señor, por la Virgen del Carmen, por la de las Mercedes y la del Perpetuo Socorro, para que el prefecto creyera por fin que las derrotadas eran las tropas del Gobierno.

En lugar de permanecer en La Dolores tomando chocolate caliente con la hija de doña Mercedes Zuláibar, Berrío había reunido a sus hombres para perseguir al general Plaza, quien luego de saquear a Santa Rosa en busca de armas para su ejército había tomado el camino a Yarumal.

En Angostura, población cercana a Yarumal, Berrío levantó toldos, inspeccionó el terreno, conferenció con sus jefes y luego salió a dar un paseo por el campo con los brazos cruzados, la cabeza inclinada en actitud meditabunda. A esa misma hora el general Plaza descendía por el sitio de Punta de Piedra para entrar con la segunda división a Yarumal, repitiendo el mismo error de los liberales durante la toma de Carolina.

Media hora más tarde Berrío regresaba del paseo y volvía a convocar a su estado mayor conformado por Vicente Gaviria, los hermanos Barrientos, Macario Cárdenas, Abraham García, Luciano Henao y Manuel María Eusse.

—Se acabaron las retiradas —anunció—. Hay que ir a combatir. Dispongan lo necesario para la marcha a primera hora de la mañana. Tomaremos al enemigo por sorpresa —añadió, a sabiendas de que algunos de sus hombres preferían evitar el enfrentamiento. También él, pero no iba a permitir que el presidente Bravo, el joven de veinticinco años que todavía pensaba en la libertad y el progreso cuando el mundo entero se volvía en contra suya, enfrentara con el Ejército en pleno las tropas divididas



---

de los conservadores en Marinilla. Era necesario impedir que la segunda división de su ejército se uniera a las tropas liberales en Rionegro.

—Recuerden la consigna: hay que apuntar al corazón. Los generales primero.

Los jefes se dispusieron a transmitir las órdenes a la tropa. Alguno debió alertar al presbítero Joaquín Guillermo González, amigo de Berrío y capellán de su ejército, porque el prelado se acercó al jurista cuando éste reanudaba el paseo alejándose peligrosamente del campamento, indiferente a las sombras que comenzaban a congregarse sobre el paraje sembrado de robles.

—Coronel —dijo el sacerdote, interrumpiendo los pensamientos de Berrío.

—Diga, padre —respondió Berrío con cierta cortedad. No admitía interrupciones en el momento de resolver un asunto grave, y planeaba nada menos que la estrategia para acabar definitivamente con el gobierno liberal.

—Algunos de sus hombres me piden que le comunique que no quieren reanudar las hostilidades. El general Plaza cuenta con un buen número de soldados, mejor armados que los nuestros. Usted sabe que se llevaron el armamento que encontraron en Santa Rosa. Le ruego que reconsidere la decisión de atacar —dijo el sacerdote.

Hacía frío. Una espesa neblina descendía sobre el campamento, apresurando la llegada de la noche. Al hablar, Berrío exhaló una vaharada. La tajante respuesta a la petición del sacerdote no daba lugar a discusiones.

—Usted, curita, a su misa, y yo a mi pelea.

Joaquín Guillermo González se alejó, con la sotana ligeramente levantada del suelo para que no se le enredara en los helechos quemados por el sol.

\*\*\*

La batalla se resolvió en veintiocho minutos. Conocedoras de la inexperiencia del general Plaza en el intrincado arte de la guerra,

---

las tropas de Berrío descendieron cautelosas como panteras por el alto del Balsal, protegidas por la neblina. Los devotos de la Santísima Virgen marchaban seguros, creyendo que ésta los envolvía en su manto con el fin de ocultarlos del ejército del tirano. Pero la Madre de Dios no tenía por qué haber obrado el milagro, pues el general Plaza y su segunda división se encontraban completamente desprevenidos cuando los conservadores cayeron sobre ellos. Algunos de los soldados liberales se bañaban en el río Nechí que bordea la población de Yarumal, otros preparaban café con agua de panela. Antonio Plaza terminaba de escribirle una carta a su mujer, asegurándole que su mayor anhelo era regresar a la ternura de su abrazo.

El ataque sorpresivo a golpes de lanza, machete, cuchillo, bala, ahogó en un baño de sangre la población de Yarumal. El general Plaza guardó la carta de amor sin terminar y montó a pelo para trabarse en una lucha desigual con el coronel Manuel María Eusse, completamente armado cuando él sólo tenía a la mano lápiz y papel. Un tiro en la sien puso fin a su sueño de amor.

\*\*\*

Sin desmontar del caballo, Pedro Justo Berrío contempló con disgusto el escenario de la batalla. Aunque necesaria en ocasiones, la lucha armada le parecía algo excesivo, un desagradable y sangriento deber. Las heridas mortales en los cuerpos de los jóvenes soldados, pertenecieran al partido que fuera, le causaban un desasosiego que lo acompañaba durante días, sin que la lectura o las largas caminatas pudieran apaciguar. El cielo se abría a esa hora para dar paso a los tibios rayos del sol. Había comenzado definitivamente la temporada de verano, las lluvias no regresarían hasta bien comenzado el mes de abril, pero él todavía sentía el helaje de la noche a campo abierto.

Ahora que había concluido la primera parte de la tarea, su cerebro trabajaba fatigosamente para planear cómo debía continuar sin equivocarse, sin vacilar ante las dudas ajenas, tal como lo había hecho en esta batalla, si es que batalla podía llamarse la

---

matanza de un grupo de jóvenes mal avisados. Ahora hacía falta vencer a sus contendores políticos. Asegurar que el victorioso fuera él y no alguno de los militares conservadores que seguramente acabarían en cosa de días con el hijo de don Pedro Bravo, ese joven arrogante y lleno de una absurda confianza en sí mismo. Él se lo había advertido después del cerco de Carolina, cuando lo llevaba prisionero a Medellín. Pero claro que la ambición lo había cegado hasta conducirlo a ese punto sin retorno.

Berrío seguía en el mismo lugar, pero ya no veía la plaza sembrada de cadáveres. Pensaba que era necesario hacer una entrada triunfal a la capital del estado. La victoria de las tropas de Obdulio Duque y de los refuerzos del Sur sobre Pascual Bravo, que no tardaría en producirse, tendría que aparecer como algo secundario frente a la destrucción de la mitad del ejército gobiernista en esa mañana suavemente matizada por la neblina.

Una vez en Medellín, procedería a liberar a los presos de la Jaula. No necesitaba convencer a don Julián Vásquez, ni a los demás comerciantes encarcelados, de la conveniencia de su nombramiento como nuevo presidente.

Pedro Justo Berrío sabía también que estaba sobre el tiempo. Una vez a la cabeza del Gobierno, tendría que enfrentarse al Gobierno Nacional, apaciguarlo, hacerle comprender que el cambio político en Antioquia había obedecido al deseo colectivo de restablecer el orden, la paz y la libertad, derechos que el gobierno de Pascual Bravo había pisoteado sin clemencia. Porque una cosa era encarar a las tropas divididas del joven presidente, otra muy distinta oponerse al Ejército Nacional comandado nada menos que por el supremo director de la guerra, ahora nuevamente victorioso en su lucha contra el general Flórez en el Ecuador.

Sí, tendría que apaciguar a Mosquera. El viejo león se sentiría herido en su inmenso amor propio ante el derrocamiento de un gobierno instaurado por él. Era preciso hacerle creer que, lejos de ser un motivo de alarma, una voz de guerra para la unión de los estados federados, lo que acababa de ocurrir era una prenda de paz futura, pues establecía un gobierno bajo la base natural del

---

querer de las mayorías. A Mosquera le explicaría que esa revolución se había efectuado sin combinaciones, sin planes premeditados, hasta sin el concierto de sus caudillos.

Una vez logrado este último cometido, podría gobernar a sus anchas. Sabía que en el ejercicio del poder alcanzaría las metas que el joven presidente se había propuesto, sin saber cómo lograrlo.



---

## ENERO 4 DE 1864

Pascual Bravo buscaba el momento propicio para atacar a las tropas conservadoras acantonadas en Marinilla, cuando la noticia de la derrota del general Plaza en Yarumal lo obligó a entablar combate antes de que transcurriera la mañana del cuatro de enero.

Estefanía y Obdulia paseaban por la vega del río con la intención de alejarse del miedo que se respiraba en la casa, donde sus habitantes permanecían a la espera de la batalla en la cual se medirían las fuerzas de los restauradores, como se llamaban a sí mismos los conspiradores, y las del gobierno liberal, las de los viejos zorros de guerra como Berrío, Obdulio Duque, Cosme Marulanda, Gutiérrez Echeverri, y las de Juan Pablo Uribe, Enrique Lara, Miguel Londoño Marulanda y José Manuel Toro, los jóvenes, valerosos, elegantes e inexpertos lugartenientes del presidente del estado.

Éste se encontraba en las trincheras del cementerio cuando recibió la noticia de la muerte de Antonio Plaza y la destrucción de la mitad de su ejército. La situación era desesperada. Ahora debería enfrentar al ejército conservador con un reducido número de soldados y municiones, atacando antes de que las tropas de Marinilla recibieran los refuerzos que esperaban, acantonadas en las faldas del cementerio de la población.

Mientras su marido tomaba la decisión más trascendental de sus vidas, Obdulia acomodaba su paso al de su amiga. Estefanía

---

casi nunca hablaba del pasado ni se refería a su hijita muerta, pero esa mañana dijo de repente, mirándola con esos grandes ojos negros donde asomaban al mismo tiempo el dolor y la ilusión:

—Este embarazo es completamente distinto al primero, Obdulia.

Obdulia permaneció callada, sin saber qué decir.

—A lo mejor me siento así porque ahora no temo por el futuro del niño. Además de tener a mi lado a José Manuel, sé que la criatura es fuerte, que está más resuelta a vivir de lo que estuvo nunca Isabel.

—¡Usted no sabe cuánto he pensado en lo que serían para ustedes aquellos meses, Estefanía! —dijo Obdulia, inclinándose para arrancar un manojito de tréboles—. Yo la vi de lejos el día del desfile de los prisioneros del cerco de Carolina, sin imaginar lo que estaba sufriendo. ¡Cuál no sería su dolor cuando comprendió que José Manuel no podría regresar a su lado! ¡Qué sola debió haberse sentido!

—Ese dolor nunca fue tan grande como el que sentí cuando me separaron de Isabel. Nadie comprenderá el alcance de esta tragedia. Tal vez mamá, pero no estoy segura. Ni siquiera José Manuel puede acercarse a lo que fueron esos días. Si no hubiera sido por Flor de Lis y la Donada seguro que habría dejado de vivir.

—No hable así, Estefanía. Lo que ocurrió con la niña fue terrible, pero a usted todavía la estaba esperando José Manuel. ¡Cuánto se ve que la quiere! Ustedes tenían la esperanza de un futuro, a pesar de estar prisionera en el convento. ¡Seguro que tendrán muchos hijos! —dijo Obdulia, dolorosamente consciente de su propia esterilidad.

—Nadie reemplaza a un hijo muerto, Obdulia. Podría tener diez, y el lugar de Isabel seguirá vacío. ¡Si la niña hubiera esperado un día más! Yo sé que José Manuel no la habría dejado morir. ¡Si José Manuel hubiera llegado un día antes a El Peñol, si mi hija hubiera resistido con vida unas cuantas horas, estaría con nosotros!

---

—Eso no son más que suposiciones, Estefanía. Es mejor que no se ponga a pensar en lo que podría haber sido. De nada sirve, como no sea para atormentarla. Mejor aproveche la felicidad que le ofrece la vida. ¿No ve cómo la quiere José Manuel? —dijo la joven, acercándose al río para mirar la corriente.

—La verdad es que debería estar agradecida en medio de todo, Obdulia... Pero tengo miedo.

—¡Yo también tengo miedo de lo que pueda ocurrir hoy, mañana! Los conservadores nos están cercando. Pascual y sus hombres no son más que un puñado de ilusos enfrentados al furor de quienes no han podido aceptar que perdieron el poder. ¡Y el asunto ese de la Jaula terminó de dañarlo todo! Si la situación se resuelve en contra nuestra, algunos dirán que merecíamos ese destino. Si triunfamos, dirán que fue un golpe de suerte, Estefanía. Pero, ¿cómo ganar cuando el mundo entero parece apoyar a los conservadores?

—¡No quiero pensar en la guerra, odio tener que vivir con este temor! No es justo que mi felicidad vaya a terminar así de pronto después de todo lo que he sufrido. Mi único anhelo es vivir al lado de José Manuel, levantar juntos a este niño que va a nacer. Creo que es un varón. No sé por qué, pero algo me dice que será un hombrecito. Eso colmaría de felicidad a José Manuel. Él no lo reconoce abiertamente, pero sé que se siente culpable por haberme dejado sola cuando nació la niña, por haber llegado tarde a El Peñol.

—José Manuel no las abandonó nunca, Estefanía. Usted lo sabe.

—Lo sé, pero aun así él se siente culpable.

Las aguas del río corrían bajo los sauces, punteadas por blancos destellos de luz. A pesar de su inofensiva apariencia Obdulia lo sabía traicionero, capaz de atrapar en remolinos al más experimentado nadador, arrastrándolo hasta el lecho pedregoso. De repente la brisa les llevó la voz de María Jesús. La niña agitaba los brazos al final de la calle. Parecía un molino de viento en medio de la gente, que se afanaba de un lado para el otro, sin rumbo

---

preciso. Las mujeres salían a la puerta, regresaban al interior de las casas y volvían a salir, tal como Obdulia había visto hacer en Medellín cuando estalló la guerra.

Sin pronunciar palabra las jóvenes emprendieron el regreso. Estefanía respiraba fatigosamente aunque ahora se movía con agilidad, como si el peso del niño que llevaba en el vientre no fuera nada comparado con el horror de lo que estaba por suceder.

\*\*\*

Todo ocurrió como en un sueño, en un abrir y cerrar de ojos, con una rapidez vertiginosa. En la memoria de Obdulia quedaron grabadas las palabras que no dijo antes de que Pascual Bravo saliera a pronunciar su arenga invitando a los rionegreros a seguirlo hasta la cuchilla oriental de la quebrada de Cascajo, un insignificante riachuelo que corre abajo del cementerio de Marinilla. Tampoco olvidaría los rostros. El de su suegra, pálido, más hermoso que nunca cuando abrazó al hijo mayor y le dio la bendición, el rostro triste de su suegro al besarlo en ambas mejillas como si fuera un niño, el de María Jesús, enmarcado por esa increíble mata de pelo azabache, el semblante sonriente de los primos y primas menores que no alcanzaban a comprender la gravedad de la situación, el rostro luminoso de Estefanía, pendiente de cada palabra, de cada movimiento de José Manuel. Recordaría hasta el último minuto la expresión de los ojos de Pascual cuando las vio llegar juntas, las que pronunció a continuación:

—José Manuel —ordenó.

—Diga, presidente —respondió José Manuel, soltando la mano de Estefanía.

—Ensille una bestia y salga inmediatamente para Medellín. Comuníqueme a don Tomás Uribe, el gobernador encargado, que vamos a derrotar a los conservadores en Marinilla.

Un leve rubor cubrió los pómulos de José Manuel. En sus ojos verdes relampagueó un destello de cólera. El aparente



---

desprecio era grave para ese hijo de artesanos que había secundado a Pascual Bravo en todos sus sueños.

—Esa razón la puede dar cualquiera, presidente. Mi deber es acompañarlo en la batalla.

—Su deber es hacer lo que yo le ordene.

—Usted no puede dar una orden que vaya en contra de mi dignidad. No soy un cobarde, Pascual.

—Yo puedo dar las órdenes que quiera, José Manuel. No se le olvide con quién está hablando.

—Y yo puedo desobedecer las órdenes que considere, ciudadano presidente —dijo José Manuel, desafiante. Un incómodo silencio se apoderó de los presentes. Hasta las criadas estaban pendientes del enfrentamiento entre el presidente del estado y uno de los pocos amigos que le quedaban.

—Obedece o lo meto en prisión. ¡Sargento! —dijo el presidente, dirigiéndose a uno de sus hombres.

El sargento dio un paso al frente, dispuesto a detener a José Manuel.

—Reconsidere, José Manuel. La noticia es importante y no quiero que la lleve cualquiera. Por eso lo nombro mi portavoz. Es eso o el calabozo.

Obdulia no tuvo valor para mirar a Estefanía. José Manuel salió del salón sin despedirse. Desde la sala oyeron el galope del caballo que lo llevaba a la vida, al porvenir, junto a la mujer que amaba, a ser el padre de los siete hijos que llegarían como la reafirmación de esa pasión que los había llevado a enfrentar hasta a la familia, la más poderosa y arbitraria de sus poderosas y arbitrarias instituciones.

Entonces la multitud los empujó hacia la plaza. Pascual Bravo subió con Obdulia al balcón de la casa del doctor Zuláibar y desde allí incitó a sus soldados a luchar por la libertad, pronunciando varias veces el nombre de José María Córdova. Al escuchar esas palabras su mujer se estremeció. Invocar al héroe asesinado en la batalla de Santuario era atraer la mala suerte a una contienda que

---

se iniciaba sin previo aviso, sin el tiempo necesario para planear una estrategia.

Apenas el presidente terminó de arengar a sus hombres regresaron a la penumbra del salón del doctor Zuláibar. Rodeados de personas extrañas, de testigos curiosos o indiferentes, se dieron el último abrazo. Obdulia sintió por un instante el rápido latir del corazón de su marido. Sus labios rozaron su boca y sin darle tiempo para decirle cuánto lo amaba, para rogarle que cuidara su vida, Pascual Bravo salió a la plaza bañada de sol donde los soldados lo recibieron con una ovación.

Desde el balcón lo vio alejarse a la cabeza de las tropas, tan gallardo en su uniforme como un héroe de novela, seguido de los soldados impecablemente uniformados y de una multitud de campesinos armados con machetes y picas, jóvenes labradores entre los que iban niños de doce o trece años. Los dueños de las casas del marco de la plaza repartían aguardiente. Mezclado con pólvora serviría para infundir valor a los combatientes cuando el horror de la matanza pusiera en entredicho el deseo de triunfar. La última imagen que tuvo Obdulia fue la de Camilo Antonio Echeverri, jinete en la mula negra, extendiendo el brazo para recibir el licor y beber un trago largo antes de perderse de vista.

Sólo entonces se percató de la presencia de don Pedro. Había estado a su lado todo el tiempo, aguardándola para regresar a la casa donde vivirían la espera más larga. Al pasar frente al atrio su suegro se detuvo como si quisiera entrar a la iglesia, pero luego recordó que doña Marcelina estaba sola y continuaron el camino en silencio.

En ese momento la joven se reprochó con amargura no haber previsto que Pascual tendría sed bajo ese sol ardiente. Pensó en mandar a Aldemar con una botella de agua pero luego comprendió lo absurdo de su propósito, y agradecida por el silencio de don Pedro lo siguió hasta la casa, donde se pusieron a rezar, confiados en que sus ruegos, contrarios a las plegarias de los marinillos, pondrían de su parte el favor de Dios.

El ejército restaurador esperaba en el alto de Santa Ana junto al cementerio de Marinilla, a escasas diez cuadras de la plaza principal, el ataque de las tropas de Pascual Bravo. Setecientos hombres que superaban en número las diezmadas fuerzas del presidente del estado después de haber sacrificado inútilmente la mitad de sus tropas. Los conservadores sabían que los refuerzos provenientes de Sonsón y Aguadas no tardarían en llegar y la perspectiva animaba a los hombres, mientras observaban el avance del Ejército, bien uniformado y mejor disciplinado del gobierno liberal.

Valerio Antonio Jiménez, cura párroco de Marinilla, estaba tan decidido como los jefes de su partido a vencer a los ladrones del poder de la Iglesia. No habían comenzado a resonar los primeros disparos cuando ya estaba al frente de las mujeres del pueblo, a quienes puso a rezar un afanado rosario antes de llevarlas a la casa cural donde comenzaron a fabricar balas, cartuchos, armamento y vendajes para los heridos.

Desde lo alto de un promontorio el coronel Obdulio Duque contemplaba las posiciones que tomaban las tropas del Gobierno en la ladera, moviéndose con disciplina bajo la canícula. El ala derecha del ejército liberal quedaba al mando del coronel Jesús Gómez. El ala central estaba dirigida por Juan Pablo Uribe y por el propio presidente del estado que cabalgaba de un lado a otro en el caballo moro impartiendo órdenes, resplandeciente de bordados y galones en el uniforme militar. El ala izquierda estaba comandada por los coroneles Venancio Salazar y Julián Molina, mientras que Enrique Lara recorría toda la línea de batalla. Una brisa fresca agitaba las ramas de los árboles, esparciendo su aroma sobre el valle.

El jefe conservador sabía que el triunfo era cuestión de paciencia. Debía economizar municiones. Para ello retrasaría el inicio del combate, de manera que los refuerzos que se avecinaban a marchas forzadas tuvieran tiempo de llegar. Sus hombres

---

lucharían con el sol al frente, pero los soldados del presidente del estado llevarían en el alma el peso de la derrota en Yarumal.

Los curiosos de ambos bandos se instalaban en el alto de Tinajas al oriente de Marinilla. Desde allí podían contemplar el pequeño valle regado por el riachuelo todavía limpio de sangre. Estaban ansiosos por observar el espectáculo de la muerte y esto les provocaba una emoción fuerte, no exenta de alegría. En el alto se formulaban apuestas, se tejían conjeturas, se vendían mazorcas asadas, empanadas y tragos de tapetusa.

Pese a las intenciones de retrasar el combate, los ánimos exasperados de los ejércitos enemigos no daban pie para más tregua. Sonaban los vivas al Partido Liberal, los vivas a la restauración, las maldiciones al tirano, cuando estallaron los primeros tiros.

En ese momento Alejandro Botero, Demetrio Tovar y Manuel Arango terminaron de almorzar en el comedor de don Carlos Medina, se fumaron un cigarro acompañado de una copa de coñac y caminaron tranquilamente hasta el cementerio, fusil al hombro, orgullosos del papel decisivo que desempeñarían en la batalla. Alejandro Botero jugaba con la bala cruzada que guardaba aparte, en un bolsillo del pantalón. Con paso seguro se acercaron a las altas pencas de fique en el promontorio antes ocupado por el general Obdulio Duque cuando estudiaba las posiciones del ejército del presidente del estado. Las pencas formaban una barricada. Ese era el lugar previamente elegido para aguardar el momento de apuntar al corazón de los generales y disparar a mansalva.

Las fuerzas del Gobierno luchaban con valor, las conservadoras, con prudencia y astucia. El combate cuerpo a cuerpo manchaba las aguas antes límpidas del arroyo. Los soldados de Pascual Bravo lograron romper la resistencia de los restauradores que operaban entre el alto del cementerio y la quebrada, avanzando hasta las primeras calles de Marinilla donde fueron repelidos por las fuerzas de Obdulio Duque. Tres combatientes conservadores cayeron presos.



---

—¡Fusílenlos! —fue la orden del presidente del estado, orgulloso combatiente en el caballo moro.

Los tres desdichados cayeron fusilados en presencia de las tropas, tres muertos más entre los muchos que sucumbían al furor del enemigo.

El sol pegaba en la ladera ocupada por las tropas conservadoras, desalentadas ante el arrojo de los liberales. Pero a las cuatro de la tarde Juan Pablo Uribe cayó muerto de un balazo que le partió el cráneo después de haberse acercado peligrosamente a las pencas de fique junto al cementerio. Esa muerte enardeció los ánimos de los conservadores que se abalanzaron sobre el cuerpo sin vida, lo desnudaron, castraron y molieron a golpes hasta volverlo un amasijo de carne.

Fue entonces cuando Valerio Antonio Jiménez, el cura párroco, enardecido él también por las tropelías de los liberales contra la Iglesia, les pidió a las mujeres que vistieran las ropas de sus maridos y blandieran escobas, palos, banderas, lo que tuvieran a mano, para simular que eran los refuerzos del Sur. Las obligó a subir hasta el alto de Tinajas, donde los curiosos, horrorizados por el espectáculo de la muerte, habían comenzado a dispersarse, para hacerlas descender por la cuesta del cementerio gritando en son de guerra, mientras las campanas del templo echaban a volar como si festejaran la llegada de los refuerzos conservadores.

El pánico cundió entre las filas liberales que perdieron a Miguel Londoño Marulanda en el preciso momento en que su tío materno, el implacable Cosme Marulanda, recibía un vaso de limonada de manos de su hermana en la portada de la finca Vila-chuaga y respondía a sus ruegos con el juramento de proteger la vida de su sobrino.

Las tropas del general Joaquín María Córdoba y las de Cosme Marulanda llegaron con pocos minutos de diferencia al campo de batalla. Mientras el general Córdoba inspeccionaba el terreno, Cosme Marulanda contemplaba el cadáver de su sobrino en poder de los conservadores. Una sombra de tristeza asomó a los ojos aindiados del coronel, que resaltaban como dos rayas negras en el

---

rostro blanquísimo. Luego de mirar en silencio el rostro crispado por el dolor de la agonía, ordenó que lo llevaran a la casa de don Carlos Medina.

—¡Me responden por la integridad de mi sobrino! —fue la orden impartida a los dos campesinos que se alejaban con el cadáver, contentos de salir del infierno en el que los odios políticos habían convertido al pequeño valle regado por el arroyo que ahora fluía con espumas de sangre.

El coronel Obdulio Duque se dijo que sólo faltaba matar a Pascual Bravo para que las fuerzas de la restauración recobraran las riendas del Gobierno y la vida volviera a la normalidad en el estado de Antioquia. Los liberales perdían el coraje ante la arremetida brutal de los recién llegados y la muerte de sus jóvenes comandantes, pero todavía quedaba un grupo de valientes con la esperanza de no haberlo perdido todo. Los muertos del bando enemigo superaban en número a los liberales. En un último intento por ganar la cima del cementerio, Pascual Bravo decidió ordenar el contraataque. A la cabeza de sus tropas, seguido por Camilo Antonio Echeverri, comenzó a escalar la cuesta del cementerio.

Apostados detrás de las pencas, fuera del campo de visión de los liberales a quienes en cambio veían muy bien, Alejandro Botero, Demetrio Tovar y Manuel Arango cargaron una vez más los fusiles, pegaron el ojo a la mira y aguardaron, respirando lentamente para no alterar el pulso, hasta que vieron acercarse al presidente del estado. Ahora Pascual Bravo y Camilo Antonio Echeverri estaban a escasos metros, seguidos de la tropa dispuesta a salvar las trincheras conservadoras para tomarse el pueblo. A pleno galope, el presidente volvió la cabeza para decirle algo a su pariente. Los tres hombres le apuntaron al pecho. Las tres descargas sonaron al tiempo, como si hubieran sido una.

Camilo Antonio Echeverri sintió que las patas de la mula cedían bajo su peso, e instintivamente miró al jinete que cabalgaba a su lado. Primero vio cruzar una expresión de asombro por los ojos de Pascual Bravo, después vio aparecer la pequeña mancha

---

roja en el pecho. El caballo moro detuvo el galope al sentirse sin jinete, la mula de Camilo Antonio cayó muerta al recibir el disparo destinado a él. Ambos hombres rodaron por el suelo. Camilo Antonio Echeverri alcanzó a incorporarse y a tomar el caballo por la brida, antes de mirar el cuerpo sin vida de su pariente.

El grito victorioso de los conservadores estalló en el atardecer incendiado por los arreboles que repetían en el cielo el color de la sangre en el arroyo. Las tropas liberales ya huían en desbandada hacia Rionegro. Una bala, único proyectil entre los miles disparados esa tarde, decidía la victoria conservadora. Los francotiradores nunca sabrían a quién le había correspondido el honor.

El general Gutiérrez Echeverri, hombre apasionado por las buenas bestias, se acercó al lugar donde yacía el cuerpo de Pascual Bravo y sin decir palabra tomó las riendas de Cenizo. Haría su entrada triunfal a Medellín en el caballo del presidente, para recordarle a los ciudadanos lo peligroso que era pretender gobernar pasando por alto los poderes tradicionales.

Camilo Antonio Echeverri se secó el sudor de la frente. Como entre brumas vio acercarse a Cosme Marulanda, el temible, el feroz vencedor de otras batallas, el implacable enemigo de los liberales. Por un momento pensó que venía a rematarlo. Abajo, el estrecho valle era un infierno de gritos de gozo, de estertores de muerte. Los conservadores se precipitaban tras los fugitivos hacia Rionegro, donde antes de media noche se tomarían el cementerio.

Cosme Marulanda estudió con interés el cuerpo tendido sobre la tierra amarilla. La sangre había dejado de correr y si no fuera por esa mancha rabiosa en el pecho, cualquiera diría que el joven presidente del estado reposaba después del combate para recobrar las fuerzas, enmendar los errores, fortalecer los aciertos y seguir gobernando como era su intención. Camilo Antonio Echeverri no pudo controlar el impulso de inclinarse para trazar con el índice el perfil de su pariente. Sentía sobre la espalda la mirada del vencedor.

---

—Señor Echeverri —dijo el coronel—. Hace menos de una hora le prometí a mi hermana que velaría por la vida de su hijo. Ahora que está muerto lo único que puedo hacer es cuidar la integridad de su cadáver. Las tropas conservadoras están ebrias de pólvora y aguardiente. Si no actuamos de inmediato es probable que no podamos evitar la profanación de los muertos. Es preciso que me ayude a poner a salvo el cuerpo del presidente.

—Soy su prisionero, general. Usted ordena —respondió Camilo Antonio Echeverri, diciéndose que la cabeza de su pariente se bamboleaba como la de un muñeco cuando los soldados lo tomaron por los brazos y las piernas para llevarlo cuesta arriba, por el mismo camino por donde el general Gutiérrez Echeverri había subido con el caballo moro.

—Tenga la bondad de seguirme —ordenó Cosme Marulanda—. Enviaremos dos cadáveres sin nombre a Rionegro, con las tapas de los ataúdes bien claveteadas para encubrir el engaño. Nosotros enterraremos aquí a mi sobrino Miguel y al presidente del estado. Cuando los odios se hayan aplacado, podrán cambiarlos de fosa llevándolos con la debida ceremonia al lugar de honor que les corresponde.

—No podremos darles sepultura en el cementerio, general —atinó a responder Camilo Antonio Echeverri. Tenía la vista borrosa, la fatiga era tanta que ya ni sentía el ardor de la sed—. Siempre habrá merodeadores dispuestos a saquear las tumbas.

—Los enterraremos en una casa particular —respondió el coronel.

Las calles de la ciudad estaban desiertas, como si los marinillos no acabaran de creer en la victoria y esperaran una sorpresa de parte del enemigo. Los soldados iban adelante con el cadáver. Cosme Marulanda y su prisionero caminaban detrás. Ambos pensaban que el silencio casi podía oírse después del fragor de esa tarde de matanza a orillas del Cascajo.

Don Carlos Medina les abrió la puerta. Adentro esperaban Alejandro Botero, Demetrio Tovar, Manuel Arango y Vicente Gómez, el hombre de confianza de don Agustín Giraldo. Los cuatro con-



---

versaban animadamente junto a la mesa del comedor, sobre la cual descansaba el cuerpo sin vida de Miguel Londoño Marulanda.

\*\*\*

Antes de que los lugartenientes del coronel Cosme Marulanda anunciaran en la puerta de su casa la muerte del hijo mayor, doña Marcelina estalló en sollozos. En pocas palabras, despojados de cualquier emoción, los soldados conservadores relataron lo ocurrido en la batalla y le ordenaron a Obdulia que los acompañara, no sin antes exponer brevemente el plan de enterrar a Pascual Bravo al lado de Miguel Londoño Marulanda en dos tumbas secretas, donde la familia no tendría siquiera el derecho de ir a rezar por sus muertos. Al cabo de un breve intercambio de palabras, don Pedro y los mensajeros decidieron que Obdulia iría sola para no despertar sospechas. Así mantendrían el engaño que culminaría cuando se diera sepultura a dos humildes campesinos que suplantarían al presidente del estado y a su amigo, en el cementerio de Rionegro. Obdulia tendría que afrontar al lado de personas extrañas, acompañada por los enemigos de su marido, el momento más desgarrador de su existencia.

No había tiempo que perder. Pronto caería la noche sobre los campos sembrados de fugitivos liberales, tras los cuales correrían los triunfantes conservadores, con la intención de apresarlos. Obdulia apenas tuvo tiempo para abrazar a María Jesús antes de montar en la pequeña yegua blanca que le tenían ensillada y salir a pleno galope hacia las afueras de la ciudad. Las pocas personas que encontraban en la calle comprendían lo ocurrido, y al verla se santiguaban o se cubrían el rostro con las manos. Salieron de Rionegro y cabalgaron en silencio bajo un cielo donde empezaban a brillar las primeras estrellas. Obdulia pudo ver cómo el horror de la guerra se prolongaba en el camino. Algunos fugitivos se desplomaban sobre la tierra calcinada por el sol, otros caían en manos de los conservadores que los conducían de vuelta a Marinilla, unos cuantos lograban escapar huyendo por los matorrales. Los heridos agonizaban en el suelo.

---

Le pareció que estaban ebrios de sangre, liberales, conservadores, oficiales y soldados rasos, triunfadores y vencidos. Sus acompañantes iban armados hasta los dientes, recelosos de los hombres que se tambaleaban de fatiga o a causa de las heridas. Un fugitivo desesperado tomó la yegua de Obdulia por la brida pero antes de que ella pudiera defenderse uno de los soldados le pegó con la culata en pleno rostro, haciéndolo rodar por tierra. Ambos hombres seguían sin dirigirle la palabra. Era tanta su hostilidad que llegó a preguntarse si no le estarían tendiendo una celada para privarla de la libertad, o tal vez para acabar con su vida.

Serían las siete de la noche cuando desmontaron frente a una de las casas en el marco de la plaza de Marinilla. El Tungo, el mismo hombre que la había mirado con tanta insolencia la tarde en que recibieron en Medellín la noticia del estallido de la revolución, abrió la puerta. Fue tan grande la sorpresa de Obdulia al ver ese rostro mezquino, iluminado desde abajo por la vela que sostenía en una mano, haciéndole pantalla con la otra, que no pudo reprimir una exclamación. Pero el silencio parecía ser la última consigna de los conservadores, pues sin decir palabra le dio paso, haciéndose a un lado.

Lo que vio a la entrada de la casa la llenó de horror. Los liberales habían terminado de cavar una fosa en medio del amplio zaguán. La tierra se amontonaba junto a las paredes. Los ladrillos del piso estaban apilados en el corredor, iluminados por la luz azulada de aquella noche de verano. Obdulia se dijo que en ese mismo momento las luciérnagas estarían danzando sobre la hierba de los potreros de la finca, perdiéndose entre las ramas de los árboles para volver a encenderse alegremente, inocentes del terror provocado por los hombres.

En el centro del patio estaban los toscos ataúdes. La joven creía estar soñando. No era cierto que ese día, que había comenzado con un paseo por las vegas del río, hubiera terminado en tragedia, que en el transcurso de unas horas su universo se hubiera derrumbado de manera irremediable. Parecía imposible



---

que Pascual estuviera muerto en alguno de aquellos cajones en el patio de esa lúgubre vivienda.

Se sentía observada. La miraban los soldados que la habían escoltado hasta Marinilla, la miraba Vicente Gómez, la miraban otros hombres cuyas siluetas alcanzaba a percibir en el claroscuro de la noche. Uno de ellos avanzó hacia ella. Estaba tan aturdida que no reconoció su silueta inconfundible hasta tenerlo a un paso de distancia.

—Venga conmigo, Obdulia —dijo Camilo Antonio Echeverri, ofreciéndole la mano.

—¡Gracias a Dios que está vivo! —alcanzó a decir, con un supremo esfuerzo por no romper a llorar delante de sus enemigos. ¿Sonreían los conservadores amparados por las sombras, o se compadecían de ellos? ¿Se regodeaban en la victoria, o en el fondo de sus corazones les quedaba un asomo de inquietud por haber dado muerte al mejor de los jóvenes, al más honesto de los hombres, al más valiente de los soldados, al más hermoso de los amantes?

—No me explico por qué estoy vivo —respondió—. Los demás murieron. Pascual, Juan Pablo, Miguel. Se deslizaron al abismo uno tras otro, ligeros como sombras..., venga conmigo, Obdulia —repitió.

Años más tarde, cuando regresó a Medellín del exilio que se impuso en las tierras de don Gabriel Echeverri en el Cauca, Camilo Antonio le contó a Obdulia que los hombres que los acompañaban eran los mismos que habían fraguado el plan para acabar con la vida de Pascual y sus generales en el campo de batalla sin arriesgar la propia, agazapándose tras las pencas hasta que tuvieron la oportunidad de dar en el blanco sin ser vistos.

De la mano de Camilo Antonio, Obdulia se acercó al centro del patio. El Tungo arrimó la vela para que pudiera ver a Pascual por última vez, sereno en la muerte como jamás lo había estado en vida. Al verlo, la joven se dijo que le sería imposible guardar esa imagen. Olvidaría su rostro así como ya lo había hecho cuando estuvo prisionero en poder de los conservadores. Sus hermo-

---

sas facciones se irían disolviendo con el paso del tiempo hasta escapar al recuerdo, su expresión soñadora, el brillo de sus ojos, perdidos para siempre.

Ahora que estaba muerto había algo nuevo en él. Pascual Bravo era libre de no volver a sufrir, libre de no volver a caer en la trampa que el poder y la gloria le habían tendido hasta dejarlo sin vida. Y ella era libre de seguir amándolo en la muerte como lo había amado siempre, de manera absoluta, sin dudas ni remordimientos. Se inclinó para acariciarle la frente, hundiendo los dedos en el pelo castaño, tan parecido al de su madre.

Poco después resonaron los martillazos que sellaron las tapas de los ataúdes. Obdulia comprendió que uno de los hombres era el coronel Cosme Marulanda. A pesar de su fama de contrincante feroz, era el único, aparte de Camilo Antonio, que parecía sinceramente conmovido.

Fue Cosme Marulanda quien dispuso que el ataúd de Pascual quedara en el zaguán, el de Miguel en otra fosa cavada en el solar. Las sepulturas permanecerían ignoradas hasta para los mismos habitantes de la casa, a no ser por su dueño. Camilo Antonio rezó un padrenuestro. En medio de la pena Obdulia sintió también una paz agradecida. Había sido la mujer de Pascual Bravo durante más de un año, había podido ofrecerle lo mejor de sí misma en esa azarosa aventura, plagada de traiciones.

Camilo Antonio Echeverri y el general Cosme Marulanda trabajaban hombro a hombro con los soldados, arrojando grandes paletadas de tierra para llenar la tumba en el zaguán de la casa de don Carlos Medina.

—Que no se note nada —advirtió don Carlos—. ¡Si mi mujer llega a saber que tiene dos muertos en la casa, habrá otra revolución!

Antes del amanecer, Camilo Antonio le ofreció a Obdulia una copa de brandy. La joven la recibió, dolorosamente consciente de que Pascual ya no era más que un recuerdo. Hacía unas horas la había abrazado en la sala del doctor Zuláibar, había sentido el sabor de su boca rozando la suya, la emoción del desafío en



---

el temblor de sus manos. Decían que los muertos seguían vivos mientras alguien los recordara, pero ella sabía que algún día, no muy lejano, no volvería a hablarse de él. Dentro de unos años nadie podría evocar el timbre de su voz, la elegancia de su figura o la gracia de su sonrisa. Tampoco recordarían que había luchado por traer la paz y el progreso a una región marcada por el atraso y el aislamiento.

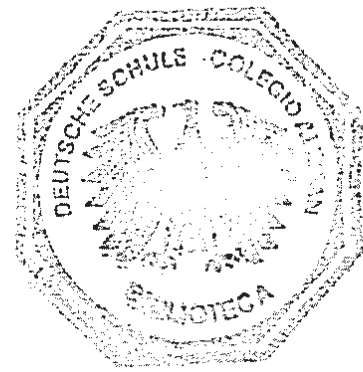
Guardó el pañuelo manchado de sangre y el poema que su marido llevaba en el bolsillo y que Cosme Marulanda le entregó estrechándole la mano. Cuando su propia vida se acercara a su fin le daría esos recuerdos a María Jesús, para que ella a su vez los legara a sus hijos y éstos a los suyos. Tal vez alguna de sus descendientes, otra niña con la misma mata de pelo azabache, habitante de un mundo sin duda distinto al suyo, abriría un cofre de madera lustrada por el tiempo para contemplar el pañuelo donde aquellas manchas de sangre, que ahora miraba con el alma partida, habrían ido perdiendo el color hasta llegar a ser un tenue vestigio de esa muerte violenta e inútil en las faldas del cementerio de Marinilla.

De repente se dio cuenta de que estaba de día. Supo que el dolor llegaría más tarde, con una brutalidad tan aterradora como la escena que acababan de vivir. Pero en ese momento era incapaz de experimentar la enormidad de su pérdida, como si su alma se dispusiera a recoger fuerzas para soportar lo que vendría después. Con Camilo Antonio a su lado salió a la luz inclemente de la mañana. No permitió que nadie le ayudara a montar en la yegua que la noche anterior la había llevado hasta allí. Sin decir palabra, seguida de Camilo Antonio y de Cosme Marulanda, enfiló el animal en dirección a Rionegro.

Los tres comenzaron a marchar en silencio por el camino desolado, en nada semejante a ese otro que los había conducido al naufragio de la esperanza, mientras Pascual Bravo soñaba que era la senda que lo llevaría al cumplimiento de todos sus deseos.



Seix Barral



**España**

Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona (España)  
Tel. (34) 93 492 80 36  
Fax (34) 93 496 70 58  
Mail: [info@planetaint.com](mailto:info@planetaint.com)  
[www.planeta.es](http://www.planeta.es)

**Argentina**

Av. Independencia, 1668  
C1100 ABQ Buenos Aires  
(Argentina)  
Tel. (5411) 4382 40 43/45  
Fax (5411) 4383 37 93  
Mail: [info@eplaneta.com.ar](mailto:info@eplaneta.com.ar)  
[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

**Brasil**

Rua Ministro Rocha Azevedo, 346 -  
8º andar  
Bairro Cerqueira César  
01410-000 São Paulo, SP (Brasil)  
Tel. (5511) 3088 25 88  
Fax (5511) 3898 20 39  
Mail: [info@editoraplaneta.com.br](mailto:info@editoraplaneta.com.br)

**Chile**

Av. 11 de Septiembre, 2353, piso 16  
Torre San Ramón, Providencia  
Santiago (Chile)  
Tel. Gerencia (562) 431 05 20  
Fax (562) 431 05 14  
Mail: [info@planeta.cl](mailto:info@planeta.cl)  
[www.editorialplaneta.cl](http://www.editorialplaneta.cl)

**Colombia**

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11  
Bogotá, D.C.  
(Colombia)  
Tel. (571) 607 99 97  
Fax (571) 607 99 76  
Mail: [info@planeta.com.co](mailto:info@planeta.com.co)  
[www.editorialplaneta.com.co](http://www.editorialplaneta.com.co)

**Ecuador**

Whympier N27-166  
y Av. Orellana  
Quito (Ecuador)  
Tel. (5932) 290 89 99  
Fax (5932) 250 72 34  
Mail: [planeta@access.net.ec](mailto:planeta@access.net.ec)  
[www.editorialplaneta.com.ec](http://www.editorialplaneta.com.ec)

**Estados Unidos y Centroamérica**

2057 NW 87th Avenue  
33172 Miami, Florida (USA)  
Tel. (1305) 470 0016  
Fax (1305) 470 62 67  
Mail: [infosales@planetapublishing.com](mailto:infosales@planetapublishing.com)  
[www.planeta.es](http://www.planeta.es)

**México**

Av. Insurgentes Sur, 1898, piso 11  
Torre Siglum, Colonia Florida, CP-01030  
Delegación Álvaro Obregón  
México, D.F. (México)  
Tel. (52) 55 53 22 36 10  
Fax (52) 55 53 22 36 36  
Mail: [info@planeta.com.mx](mailto:info@planeta.com.mx)  
[www.editorialplaneta.com.mx](http://www.editorialplaneta.com.mx)  
[www.planeta.com.mx](http://www.planeta.com.mx)

**Perú**

Grupo Editor  
Jirón Talara, 223  
Jesús María, Lima (Perú)  
Tel. (511) 424 56 57  
Fax (511) 424 51 49  
[www.editorialplaneta.com.co](http://www.editorialplaneta.com.co)

**Portugal**

Publicações Dom Quixote  
Rua Ivone Silva, 6, 2.º  
1050-124 Lisboa (Portugal)  
Tel. (351) 21 120 90 00  
Fax (351) 21 120 90 39  
Mail: [editorial@dquixote.pt](mailto:editorial@dquixote.pt)  
[www.dquixote.pt](http://www.dquixote.pt)

**Uruguay**

Cuareim, 1647  
11100 Montevideo (Uruguay)  
Tel. (5982) 901 40 26  
Fax (5982) 902 25 50  
Mail: [info@planeta.com.uy](mailto:info@planeta.com.uy)  
[www.editorialplaneta.com.uy](http://www.editorialplaneta.com.uy)

**Venezuela**

Calle Madrid, entre New York y Trinidad  
Quinta Toscanella  
Las Mercedes, Caracas (Venezuela)  
Tel. (58212) 991 33 38  
Fax (58212) 991 37 92  
Mail: [info@planeta.com.ve](mailto:info@planeta.com.ve)  
[www.editorialplaneta.com.ve](http://www.editorialplaneta.com.ve)







**María Cristina Restrepo**

## Amores sin tregua

Dos mujeres, en ese instante mágico de transformarse de ninfas adolescentes en esposas, están abocadas por gracia y fuerza del amor y del destino a convertirse en magas que protegen sus vidas y las de sus hombres. Una desafía los prejuicios de su época y los de una ciudad que marcha bajo el pesado repicar de los campanarios, para dignificar su pasión por el hombre que ha elegido su corazón y rescatar a su hijo, que le ha sido arrebatado y abandonado en el campo. La otra debe empuñar la brújula de los sentimientos para salvar su matrimonio de los avatares de una guerra civil, de las perplejidades de su marido y hasta de sus propias incertidumbres.

**En estas mujeres resplandece la belleza tanto como la sensatez, aunque están acorraladas por escrúpulos morales y mezquinas villanías familiares, en medio de una guerra que las despoja de sus hombres y despedaza sus sueños.**

Personajes, época y costumbres, así como la guerra misma, la desbarajustada guerra civil de 1864 en la que batallaron caudillos impetuosos como Mosquera y Berrío, unos a nombre de unas castas imperturbables, otros a título de unos candorosos insurrectos, han sido dibujados de manera precisa y ejemplar por una novelista que ratifica su escrupuloso talento para reconstruir una historia que parece toda tan bella como real.

Seix Barral

ISBN 958-42-1399-7



9 789584 213990